

HQNTM

AUTORA *BEST SELLER* DE *THE NEW YORK TIMES*

brenda novak

*nunca me olvidé
de ti*



brenda
novak
*nunca me olvidé
de ti*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2019 Brenda Novak, Inc.

© 2020 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Nunca me olvidé de ti, n.º 209 - febrero 2020

Título original: Unforgettable You

Publicada originalmente por Mira Books, Ontario, Canadá

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQN y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited. Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-1348-136-4

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Dedicado al equipo empaquetador que acude a mi casa dos días al mes para preparar las «Cajas del Lector Profesional de Brenda Novak», un servicio de suscripción dirigido por mi hija a través de mi página web y que incluye ejemplares autografiados de mis libros, y también de libros de otros autores, además de divertidos complementos para lectores. Gracias a Theresa Atashkar, Janice Bechtel, Marilou Frary, Cindy Gabriel, Yolanda Gliko, Leslie Henning, Dana Kelly, Patricia King, Danita Moon, Stephanie Novembri, Jan Plott, Jeri Ramos, Liz Schneider-Cheyne y Brittany Walton por el trabajo duro, la buena compañía, las estupendas historias y abundantes risas. ¡Las cajas del lector profesional no serían posibles sin vosotras!

Capítulo 1

Jada Brooks empujaba la silla de ruedas de su hermano por el mercadillo de productores locales que se celebraba ese segundo fin de semana de junio, en un sábado por la mañana que respondía al cliché de «la foto perfecta», pues no se veía más que cielo azul y el típico tiempo suave del sur de California, cuando de repente vio algo que le hizo pararse en seco.

—¿Qué pasa? —Atticus se volvió en la silla y miró a su hermana.

Habían pasado trece años desde que recibiera aquel balazo y ya se había acostumbrado a la parálisis que le afectaba a los miembros inferiores del cuerpo, siendo capaz de aguantar el peso de su cuerpo con los brazos. Era capaz de realizar casi cualquier actividad y, desde que su camioneta había sido adaptada adecuadamente, también podía conducir. Sin embargo, si se encontraba en un espacio más o menos abarrotado, resultaba más relajante y más fácil de mantenerse juntos si ella empujaba la silla. La visita al mercadillo mientras Maya, la hija de doce años de Jada, ayudaba a su abuela en la tienda de galletas, se había convertido en una costumbre ocasional desde el divorcio de Jada y su regreso a la ciudad hacía tres meses.

—Es que... —Jada sacudió la cabeza para deshacerse de la imagen que se resistía a desaparecer. Sin duda se había equivocado y no había visto a quien creía haber visto.

Maddox Richardson se había marchado de la ciudad poco después de que ella quedara embarazada, y no tenía ningún motivo para regresar. A diferencia de ella, él no tenía familia por la zona. El único motivo por el que se había instalado en Silver Springs años atrás era por la orden judicial que le había enviado al rancho de muchachos de New Horizons, un colegio interno para adolescentes problemáticos. Y se había marchado de allí al matricularse en otro colegio, en otro lugar, un lugar que nunca le habían comunicado a ella. Después de aquella horrible noche, Maddox había sido literalmente borrado de su vida por exigencia de sus padres, lo cual no había sido fácil considerando todos los trámites burocráticos que la madre de Maddox había tenido que realizar para complacerlos.

El que fuera justo para Maddox obligarle a marcharse a otro lugar era una cuestión totalmente diferente. Jada intentaba no pensar en ello. De hecho, intentaba no pensar en Maddox.

Por desgracia no se le daba demasiado bien. Infinidad de pequeñas cosas le recordaban a él, sobre todo desde su regreso al lugar en el que se habían conocido. Cualquiera que se le pareciera ligeramente, o se riera como él, o tuviera los ojos del mismo color azul cerúleo. Incluso un olor concreto o una determinada canción, despertaba en ella el recuerdo de su persona. La vida de Maddox se había cruzado con la suya de un modo que jamás podría olvidar... tanto para lo bueno como para lo malo.

—¿Jada? —llamó Atticus.

Ella parpadeó, consciente de que había dejado la frase sin terminar, pero siguió mirando a la gente a su alrededor. Maddox no estaba allí. Seguramente se trataría de alguien de su estatura y

complexión, con el mismo cabello negro azabache. Sin embargo, no localizaba a nadie con ese aspecto. Sin duda esa persona se había confundido entre la multitud que los rodeaba.

–No pasa nada –Jada se obligó a sonreír y volvió a empujar la silla.

De ninguna manera podía mencionar el nombre de Maddox delante de Atticus.

–¿Comparamos un poco de kale para nuestros smoothies mañaneros? –preguntó su hermano.

Atticus seguía viviendo en casa de su madre, nunca había mantenido una relación seria, ni parecía tener intención de hacerlo. Desde el nacimiento de Maya, Jada había vivido en Los Ángeles y aún no había alquilado nada en Silver Springs tras su regreso, de modo que la niña y ella también estaban viviendo en casa de su madre. Esperaba el momento idóneo para mudarse, pero no había muchas casas en alquiler en esa comunidad de artistas, amantes de la naturaleza y gente espiritual. Además, su madre últimamente enfermaba a menudo, de modo que Jada no necesitaba una casa propia.

De haber vivido todavía su padre...

Jada se obligó a apartar la mente de Jeremiah. Perderlo a comienzos de año por culpa de un ictus a la temprana edad de cincuenta y cinco años no había sido fácil, sobre todo porque seguía teniendo la sensación de haberlo defraudado horriblemente y de no haber tenido la oportunidad de compensarle por ello, cosa que en esos momentos intentaba hacer con su madre y su hermano.

–Claro –contestó a propósito del kale–. A lo mejor le sube las defensas a mamá. Se supone que es muy sano.

Parándose delante del puesto más cercano, eligió un cogollo de hojas verdes y aspecto especialmente sano, y estaba a punto de pagarle al vendedor cuando oyó gritar su nombre.

Se volvió y vio a Tiffany Martínez, una amiga con la que había ido al colegio desde el quinto curso, corriendo hacia ella vestida con una blusa de manga corta, sandalias y pantalón corto, todo muy parecido a lo que ella misma llevaba puesto. Dado que Jada había tenido un bebé cuando los demás chicos y chicas de su edad se preparaban para ir a la universidad, su vida había tomado un rumbo totalmente diferente, uno que la había desconectado del grupo de amigos con los que se había criado. Durante los primeros años, después de su traslado a Los Ángeles, se había sentido ignorada, abandonada, descolgada del resto, mientras todos los demás se iban a la universidad y no paraban de hablar en las redes sociales de lo divertidas que eran sus vidas. Seguirlos desde la pantalla de su ordenador mientras sufría por criar a un bebé, cuando ella misma era poco más que una niña, había hecho que todo aquello resultara aún más difícil. Sin embargo, Tiffany siempre le había mostrado su apoyo y había mantenido el contacto. Y en esos momentos, cuando muchos de sus viejos amigos empezaban a casarse y a tener hijos, las cosas estaban cambiando. Jada había restablecido el contacto con varios de ellos que seguían viviendo por la zona.

Pero Tiffany siempre sería su preferida. Y también era la única que conocía el secreto mejor guardado de Jada.

–Hola, Tiff.

Jada guardó el kale en su bolsa reutilizable y la colgó del respaldo de la silla de ruedas de Atticus. Al hablar con ella por teléfono la noche anterior, Jada le había dicho a Tiffany que iba a ir al mercadillo de productores locales y ella se había animado a acudir también. Al igual que Jada, su amiga acababa de divorciarse, aunque no tenía hijos y, salvo cuando estaba trabajando en el hospital regional como enfermera, siempre estaba buscando alguna actividad. Habrían acudido juntas, solían hacerlo a menudo, pero Tiffany no había querido trastocar los planes de su amiga con Atticus.

–Me alegra que hayas venido.

–Llevo aquí un buen rato. Estaba a punto de marcharme cuando... –Tiffany recogió un mechón de rizos cobrizos detrás de la oreja mientras su mirada, tan verde y clara que resultaba impresionante, se disparaba hacia Atticus, cautivo oyente en su silla de ruedas–, cuando vi algo que... bueno, que me recordó a ti y me hizo preguntarme si todavía estarías aquí.

¿De manera que Tiffany no la había visto de casualidad, acercándose para saludar? ¿La había estado buscando?

–¿Y qué viste?

–En realidad fue a una persona –de nuevo Tiffany miró incómoda a Atticus–. Un antiguo conocido nuestro... de hace tiempo.

El corazón de Jada comenzó a latir enloquecido mientras el comportamiento de su amiga se fundía con el susto que acababa de sufrir hacía unos minutos. Por el modo de actuar de Tiffany, agitada y muy consciente de la presencia de Atticus, que no se perdía una palabra, ella lo supo.

–Atticus, ¿te importaría comprar unas cebollas moradas mientras yo charlo con Tiffany?

–Claro, sin problema –visiblemente aliviado por no tener que soportar la cháchara femenina, Atticus se alejó mientras Jada apartaba a Tiffany unos cuantos pasos en dirección contraria, solo para mayor seguridad.

–¿Qué sucede? –susurró–. ¿Por qué tienes ese aspecto de anuncio del fin del mundo?

–¿No lo sabes? –Tiffany agarró a su amiga por los brazos–. ¿No lo has visto?

–¿Visto? –la sospecha de Jada se transformó en terror absoluto–. Supongo que no te estarás refiriendo a Maddox.

–¿Me estoy refiriendo precisamente a Maddox!

Mierda. Entonces lo había visto de verdad. La cuestión era si él la había visto también. Y, sobre todo, ¿qué hacía en Silver Springs?

Jada tragó nerviosamente. ¿Había regresado porque había descubierto lo de Maya?

No podía ser eso, ¿o sí? Su familia había mantenido el embarazo en secreto y no le había resultado difícil ocultar la barriga con ropas anchas mientras el curso escolar llegaba a su fin. Sus padres la habían mantenido encerrada en casa durante todo el verano, coincidiendo con el último trimestre de embarazo, de modo que casi nadie la había visto claramente embarazada. Y poco después del nacimiento se había mudado a Los Ángeles con su bebé. Aparte de Tiffany, las pocas amistades con las que había mantenido el contacto, aunque no muy estrecho, durante los años transcurridos, sabían que se había casado al poco de terminar el instituto, que había tenido una hija y que recientemente se había divorciado. Pero no sabían exactamente cuándo había conocido a su marido o tenido a Maya. La mayoría daba por hecho que Maya era de su ex.

Pero a poco que alguien insistiera en los detalles sobre el momento y lugar del nacimiento de Maya, seguramente les resultaría sencillo sumar dos y dos para que les diera cuatro, y Jada temía que Maddox hiciera justamente eso.

–¿Estás bien? –preguntó Tiffany.

–¿Por qué? –Jada se sentía mareada, floja–. ¿Por qué ha regresado?

–No lo sé, pero ha vuelto. Acabo de verlo.

–¿Estás segura de que era él?

–Sin duda alguna. Es imposible confundirse con Maddox Richardson.

Maddox siempre había destacado, era único, carismático, atractivo... y condenadamente sexy. Ella nunca había conocido a un hombre capaz de hacer que una mujer sintiera una oleada de calor y ese cosquilleo con una simple mirada por su parte.

Tiffany también lo había conocido en la escuela y era evidente que recordaba cómo era. A su

amiga le había interesado el hermano de Maddox, Tobias, no tan enigmático y atractivo como Maddox, aunque se acercaba mucho, a pesar de su mala reputación y el comportamiento que le había hecho merecedor de ella. Su amiga también había estado en la fiesta aquella fatídica noche.

–¿Te ha visto? –preguntó Jada.

–Sí, pero no sé si me habrá reconocido. Nuestras miradas se fundieron durante un segundo, pero enseguida desvió la mirada y continuó su marcha.

Era imposible que no hubiese reconocido a Tiffany. No había muchas personas con su color de pelo y esos ojos verdes y rasgados. Entonces, ¿qué significaba ese comportamiento?

–¿Podría ser que Tobias haya salido de prisión? –Tiffany se agachó para ajustarse las sandalias.

–No tengo ni idea.

–Debería estar fuera. Le echaron ocho años y ya han pasado trece.

–Pero mi padre me dijo que hizo algo dentro de prisión, que se metió en una pelea o en algún lío, y que alargaron su condena. No estoy segura de cuánto tiempo añadieron –era lo último que le había dicho su padre antes de morir, y desde luego no iba a preguntarle a su madre, no iba a sacar el tema delante de ella.

–Me pregunto qué aspecto tendrá ahora –Tiffany parecía tan turbada como se sentía ella.

–No creo que la cárcel lo haya mejorado. Y tampoco sé qué habrán hecho los últimos trece años con Maddox.

–¿No habéis mantenido ningún contacto?

–Ninguno, y lo sabes. Pero a mí también me pareció haberlo visto hace unos minutos. Acababa de convencerme a mí misma de que estaba equivocada cuando apareciste tú.

–Lo siento –Tiffany miró hacia atrás–. Me figuro que no debes sentirte muy contenta.

Jada dirigía la mirada en dirección contraria. Su hermano estaba pagando las cebollas y a Maddox no se le veía por ninguna parte.

–No lo estoy –asintió. Y, sin embargo, un pequeño rincón de rebeldía en su interior sentía un injustificable torrente de emoción y expectación. ¿Qué aspecto tendría Maddox? ¿A qué se dedicaba? ¿Se había casado? ¿Era feliz?

A menudo había intentado localizarlo, durante años se había muerto de ganas de verlo o averiguar cualquier detalle de lo que estuviera sucediendo en su vida. Pero él no participaba en las redes sociales.

–¿Qué vas a decirle? –preguntó su amiga.

Jada no tenía ni idea. ¿Qué podía decirle? Si no se hubiese relacionado con él, su hermano sería un adulto plenamente funcional.

–Voy a intentar evitarlo.

Era la manera más inteligente de manejar la situación, por Maya. Si llamaba la atención de Maddox, él podría descubrir la verdad, suponiendo que nadie se lo hubiese chivado ya.

–Seguramente sea lo mejor –concedió Tiffany–. Las montañas y colinas de por aquí hacen que Silver Springs parezca una ciudad muy pequeña. Pero aquí viven siete mil personas, no es lo bastante pequeña como para que todo el mundo se conozca. Con suerte no te cruzarás con él.

Lo cual no era muy probable. La mayor parte del día la dedicaba a atender en la tienda de galletas de su madre, situada en el centro. Sin duda iban a verse, a no ser...

–Con suerte no se quedará aquí mucho tiempo –murmuró Jada, aunque sin sentirse totalmente capaz de desearlo sinceramente.

Lo había amado locamente, y no había vuelto a sentir nada comparable, un triste testimonio de lo que había sido su matrimonio. Había fastidiado su vida en muchos aspectos, saliendo con el

chico contra el que le habían advertido sus padres, quedándose embarazada a los diecisiete, casándose con el hombre equivocado en una alocada carrera por intentar encontrar la misma clase de amor devorador que había perdido. Y justo cuando empezaba a dejar atrás el pasado, decidida a reconstruir lentamente su vida y tomando todas las precauciones, ¿Maddox aparecía por Silver Springs?

Increíble...

–Sí, puede que solo esté de paso.

–Quizás haya venido a ver a Aiyana –sugirió Jada.

Aiyana Turner dirigía el rancho para muchachos al que Maddox había asistido. Casi todos los alumnos que habían pasado por allí adoraban a esa mujer. Durante años, ella había hecho muchísimo por los jóvenes con problemas y se había ganado sobradamente todos los elogios que le dedicaban.

–Puede que vayan a celebrar alguna clase de reunión –añadió ella para respaldar su idea–. A fin de cuentas estamos en junio, cuando los colegios celebran las graduaciones.

La expresión de escepticismo que asomó al rostro de Tiffany delató sus verdaderos sentimientos.

–¿Conoce a Aiyana tan bien? Él no estuvo en New Horizons durante un curso entero siquiera. Y se graduó en otro centro.

–Aun así, nunca se sabe.

–Puede que tengas razón.

Jada levantó una mano para alertar a su amiga sobre el hecho de que Atticus se acercaba a ellas.

–¿Necesitamos algo más? –preguntó su hermano.

–No –Jada no pudo evitar echar un vistazo a su alrededor–. Tenemos suficiente. Deberíamos irnos.

Las pobladas cejas de Atticus se juntaron sobre los ojos del color del chocolate con leche. Mientras que los cabellos de Jada eran de color rubio arena, sus ojos eran del mismo color que los de su hermano, y por eso, en parte, todo el mundo decía que se parecían.

–¿Ya hemos terminado las compras? Pensaba que íbamos a tomarnos un perrito caliente y una limonada en ese puesto –Atticus señaló el lugar con un movimiento de la cabeza.

Jada no quería correr el riesgo de tropezarse con Maddox, sobre todo estando con Atticus. ¿Cómo iba a sentirse su hermano al saber que Maddox había regresado? A pesar de que no ser directamente responsable de que estuviera sentado en una silla de ruedas, sí había intervenido en lo sucedido aquella noche. De no haber puesto él en marcha los acontecimientos, no habría sucedido nada. Y rápidamente había intentado proteger a su propio hermano, Tobias, que sí era directamente responsable.

–Esa era mi idea también –contestó ella–, pero me está empezando a doler la cabeza. Debería irme a casa y tomarme un analgésico antes de ir a ayudar a mamá en la tienda. ¿Te importa?

–Supongo que no –Atticus levantó ambas manos.

Jada se sentía mal por haber interrumpido en seco la excursión. Atticus y ella empezaban a encontrar sus puntos en común. Después de perder el uso de sus piernas, su hermano se había mostrado huraño y fatalista. Mientras ella había estado viviendo en Los Ángeles le había resultado muy difícil hablar con él. Su madre se quejaba de que se pasaba días sin salir de su habitación, que parecía incapaz de superar la depresión surgida tras la pérdida de movilidad. Por eso Jada se alegraba de que empezara a comportarse con normalidad y a vivir lo mejor que podía. Y por eso

no quería obstaculizar su recuperación, ni siquiera negándose a algo tan nimio como tomarse juntos un perrito caliente. Pero si Atticus veía a Maddox, ella temía que fuera a entrar en barrena y perder todos los avances que había logrado hacer.

—De acuerdo entonces. La próxima vez que vengamos, comeremos aquí —le aseguró Jada mientras se despedía de su amiga agitando la mano en el aire y empujaba la silla de ruedas hacia la salida del mercadillo.

Maddox Richardson se apresuró todo lo que pudo para alejarse del lugar en el que había visto a Jada Brooks. Antes de acceder a regresar a Silver Springs para convertirse en el director de la nueva escuela para chicas que Aiyana Turner iba a abrir junto al rancho para muchachos New Horizons, a las afueras de la ciudad, se había asegurado de que Jada ya no vivía en la zona. Aiyana le había dicho que Jada se había casado, tenía una hija, ¡y vivía en Los Ángeles!

De modo que... ¿se había trasladado a Silver Springs con su pequeña familia? ¿Cabía la posibilidad de tropezarse con ella cada vez que fuera a la ciudad?

¿Estaba tan solo de visita?

Para no ser visto, se detuvo tras el edificio de metal corrugado que protegía a los vendedores y llamó a su nueva jefa.

—No te vas a creer a quién acabo de ver —le soltó a Aiyana en cuanto esta descolgó el teléfono.

—¿Maddox? —la mujer parecía sorprendida ante la falta de saludo o alguna otra introducción. O quizás no hacía más que reaccionar a la urgencia que detectaba en la voz de Maddox.

—Sí, soy yo.

—¿A quién has visto? —ella no le dio siquiera la oportunidad de contestar—. Por favor, no me digas que a Atticus Brooks. Apenas sale de su casa.

¡Eso era lo que le había asegurado ella!

—A Jada. Y Atticus iba con ella.

Se produjo un prolongado silencio.

—¿Te vio? —preguntó Aiyana al fin.

—No lo creo. Me escabullí entre la multitud en cuanto la vi, pero mientras intentaba alejarme de ella todo lo posible, me tropecé con esa amiga con la que solía pasar todo el tiempo... Tiffany algo.

—Tiffany Martínez.

—Esa. Es posible que Jada no se haya fijado en mí el tiempo suficiente para verme bien, pero Tiffany sin duda me reconoció.

—Y se lo va a contar a Jada.

—Sin duda alguna. Así que cuéntame... ¿qué está pasando aquí?

Mientras Aiyana intentaba convencerle de que aceptara el puesto, le había contado que el padre de Jada había muerto. Le había explicado que la madre y el hermano de Jada seguían viviendo allí, pero que si se limitaba a hacer su trabajo y no les molestaba, si no se acercaba a ellos, seguramente ni siquiera se darían cuenta de que había regresado. No solo habían pasado trece años desde el horrible suceso que había destrozado tantas vidas, ¡él ni siquiera había sido el causante de todo aquello! Y la oportunidad que le había ofrecido esa mujer era sencillamente demasiado buena para rechazarla, sobre todo para alguien con su accidentado pasado. Hacía falta alguien como Aiyana para poder ver más allá de la confusión y la ira de su infancia, para descubrir su potencial como adulto.

Además, se lo debía. Aiyana había mantenido el contacto con él a lo largo de todos esos años, le había conseguido una beca para estudiar en la universidad, beca pagada por un adinerado benefactor. Maddox sospechaba que ese benefactor no era otro sino Hudson King, quien tanto hacía por la escuela, aunque la persona que firmaba los cheques había solicitado permanecer en el anonimato. Aiyana también le había ayudado a conseguir su primer empleo en la academia Westlake, en Utah, al recomendarle a su amigo, a la sazón director de la academia. Le había entusiasmado la idea de trabajar para ella, de hacerse cargo de la dirección de la nueva escuela para chicas y de tener la posibilidad de hacer todo lo posible para devolverle lo que ella había hecho por él, a través de su trabajo.

Pero de repente... empezaba a preguntarse si no había cometido un error.

–No sé qué estará pasando –contestó Aiyana–. Haré algunas llamadas.

–Supongo que no habrás oído nada de que Jada haya regresado a la ciudad...

–No, pero no es la clase de noticia que saldría publicada en la prensa. Y he estado tan ocupada con la graduación de los alumnos que no he estado muy al día de lo que sucedía por aquí.

–Seguramente habrá venido de visita.

–Eso supongo yo también.

–De modo que todo va a salir bien.

–Te llamaré en cuanto descubra algo.

–Te lo agradezco –Maddox colgó la llamada y se frotó el rostro con una mano mientras echaba a andar en dirección a las montañas Topatopa. Ya había firmado el contrato de alquiler de la casa en la que vivía, y había tomado el mando de la escuela. No iba a poder echarse atrás tan fácilmente.

A lo mejor se estaba preocupando sin motivo. Dado que el hermano y la madre de Jada vivían allí, era normal que fuera a verlos de vez en cuando. Y si las visitas no se repetían muy a menudo, quizás lograra evitarla.

Dejó escapar el aire y se dirigió hacia el aparcamiento. Sin embargo, apenas había dado dos pasos cuando Aiyana lo llamó.

–¿Qué has averiguado? –Maddox se detuvo y se tapó una oreja para oír por encima de las conversaciones de la gente a su alrededor.

–Creo que será mejor que te sientes –contestó ella.

Capítulo 2

–¿Qué haces aquí tan pronto? ¿No habías ido al mercadillo de productores locales con Atticus?

Jada intentó dejar a un lado sus temores y recelos para que no se reflejaran en el rostro. Su madre parecía cansada, agotada y sabía que, en parte, se debía al lupus que sufría. Los brotes podían ser fuertes, y los últimos meses habían sido duros. Pero Susan también batallaba con su constante preocupación por Atticus. Era su bebé, seis años más joven que Jada, y siempre había sido el preferido de sus padres, lo que hacía que lo sucedido en el instituto pareciera mucho peor. Ella había permitido que el «becerro de oro», de la familia quedara permanentemente lastimado. Atticus casi había perdido la vida delante de ella.

–Hoy hemos decidido volver algo más pronto.

–No habréis discutido... –su madre abrió los ojos desmesuradamente.

–No, claro que no. Me empezó a doler la cabeza, nada más.

–Ah, bueno –Susan ni siquiera preguntó si se encontraba mejor.

Aunque Jada quiso creer que lo habría hecho si Maya no les hubiera interrumpido asomando la cabeza a la tienda desde el obrador.

–¡Hola, mami! ¡Ven a ver esto! He estado horneando galletas de pepitas de chocolate.

El que había estado horneando... algo, era más que evidente. Tenía un pegote de harina en la mejilla y algo más en el pelo.

–¿Tu sola?

–La abuela dijo que esta vez podía hacerlo yo sola.

Al menos su madre parecía querer a la niña, a pesar de haber presionado a Jada para que la entregara en adopción y, cuando se negó a hacerlo, de negarse a reconocer su existencia durante sus primeros dos años de vida.

–Sabe hacerlo –intervino su madre, casi a la defensiva–. La he enseñado.

–Es una chica lista –y también hermosa.

Había heredado el espeso cabello de su padre, que llevaba largo, y también tenía sus enormes y soñadores ojos, como los de Jake Gyllenhaal. Maya era alta, de nuevo como su padre, pero no tenía su cuerpo robusto, en eso había salido a ella. Su hija le recordaba a una gacela, sobre todo cuando practicaba atletismo, su deporte favorito.

–Hay que preparar las galletas *red velvet* –dijo Maya.

–Estupendo, te ayudaré. Ya puedes irte a casa a descansar, mamá.

En el rostro de su madre asomó una fugaz expresión de arrepentimiento mientras miraba a su alrededor. Por difícil que resultara obtener beneficios de Sugar Mama, esa mujer adoraba lo que había creado y no paraba de probar nuevas técnicas de marketing con la esperanza de que el negocio despegara. El hecho de no ganar demasiado dinero nunca había sido un problema mientras el padre de Jada vivía y podía ayudar con los gastos, pero desde su muerte, el dinero empezaba a

escasear. Y esa era otra razón por la que Jada no había alquilado una casa para ella. Había decidido quedarse en casa, pagando un alquiler, una manera de ayudar sin hacer sentirse incómoda a su madre, o culpable por aceptar el dinero. El problema era que con el tiempo que dedicaba a quitarle trabajo a su madre en la tienda, ayudar con la limpieza de la casa y animar a su hermano siempre que podía, no dedicaba mucho tiempo a su propio negocio de gestión de redes sociales de varias empresas. Ya había tenido que dejar marchar a los dos clientes que más tiempo le consumían.

–¿Estás segura? –preguntó Susan.

–Claro. Maya y yo podemos ocuparnos de la tienda, ¿verdad? –Jada se volvió hacia su hija.

–Abuela, sabes que la caja registradora se me da bien –intervino Maya.

–Sí. Es verdad –su madre bajó el tono de voz mientras apartaba a Jada a un lado–. Estos chicos. Hoy en día son capaces de manejar un ordenador como si nada.

Jada sonrió.

–¿Le llevo a Atticus algo de comer o ya habéis comido en el mercadillo?

–No pudimos comer nada. Dijo que iba a prepararse algo en casa.

–En la nevera no hay gran cosa. Será mejor que lo llame –Susan sacó el teléfono del bolso mientras salía de la tienda.

La sonrisa de Jada se esfumó lentamente. Ciertamente que Atticus no podía caminar, pero estaba más capacitado de lo que su madre quería aceptar. Susan tendría que dejar de tratarlo como a un niño. Tenía la sensación de que su madre le hacía sentir más discapacitado, más digno de lástima, y que con ello solo conseguía hundirlo más. Atticus debía superar la autocompasión y su sentido de limitación si quería salir a flote.

Sin embargo, Jada no podía decir nada. Aún no. Tenía intención de hacer algo al respecto en algún momento, cuando la situación emocional fuese más estable. Pero con Maddox de regreso en la ciudad no estaba dispuesta a alterar lo más mínimo la relación entre ella y su madre y hermano. Iba a seguir manteniendo la cabeza agachada y a rezar para que Maddox se marchara sin siquiera averiguar que ella también estaba en la ciudad.

¡Jada había vuelto! En el lapso de tiempo transcurrido desde que Maddox había aceptado la oferta de trabajo de Aiyana y su traslado a Silver Springs, ella se había mudado a la ciudad para cuidar de su madre, recientemente diagnosticada de lupus, y su hermano pequeño. Al parecer, Atticus se había graduado online en informática, pero seguía viviendo en casa de su madre, y no tenía trabajo.

¿Qué probabilidades había de que Jada regresara a Silver Springs justo en ese momento? Maddox era consciente de estar forzando su suerte al mudarse al lugar en el que todo había ido tan mal. Pero Aiyana se había mostrado muy confiada y lo había animado. Y él se había convencido de que todo iría bien porque quería creer que todo iría bien, quería hacerse cargo del centro New Horizons para chicas. Sin la ayuda de Aiyana no habría podido construirse una vida como la que tenía. Esa mujer le había hecho sentirse valorado, y se negó a rendirse cuando él intentó rechazarla. Maddox deseaba hacer eso mismo con alguien, conseguir marcar la diferencia, y Aiyana le había proporcionado el medio para lograrlo.

Lo malo era que aceptar el trabajo que ella le había ofrecido le había acercado de nuevo a la única chica que le había roto el corazón. No soportaba que Jada lo culpara por lo sucedido la noche en que su hermano recibió el disparo, pero era consciente de que tenía sus motivos para

ello. Había sido él quien la había convencido de desobedecer a sus padres y llevarse a Atticus a la fiesta. De no haberla empujado a hacerlo, Atticus seguiría conservando la movilidad de sus piernas

Entró en su despacho y arrojó las llaves sobre el escritorio. El rancho para muchachos New Horizons, al otro lado del complejo de veinte hectáreas, bullía con la actividad de los estudiantes que deambulaban por el campus, jugaban al baloncesto en las canchas al aire libre, al rugby en el campo, o veían películas en el gimnasio. En verano tenían dos semanas de vacaciones, pero muchos alumnos permanecían allí todo el año. New Horizons para chicas, separado del complejo de los chicos por una alta valla, estaba completamente vacío. Maddox todavía no había aceptado oficialmente a su primera alumna, y no sucedería hasta dentro de dos o tres semanas.

Aspiró el olor de la nueva alfombra y la pintura mientras repasaba cómo se había instalado en su oficina. También se había instalado en una casa. ¿Había cometido un error? ¿Debería meterlo todo en cajas de nuevo? Lo cierto era que no veía cómo iba a poder permanecer allí. Era consciente de lo difícil que sería encontrarse con Atticus, si sucediera alguna vez, y no había sentido la menor gana de que sucediera. Todas las cartas de disculpa que había enviado a lo largo de los años habían permanecido sin respuesta. Sinceramente, desearía que esa bala lo hubiera alcanzado a él, pero no había sido así, y porque estaba convencido de haber hecho todo lo que estaba en su mano, estaba dispuesto a mantener la cabeza alta, mirar a Atticus a la cara, y volver a disculparse.

Pero con Jada era diferente. En lo que a ella respectaba, sus emociones se complicaban. Tenía derecho a echarle la culpa, a pesar de que casi lo había destrozado al hacerlo. Maddox había necesitado su perdón más que nada en el mundo, a pesar de no haber tenido el valor de pedirselo.

Por Dios, qué complicada era la vida, sobre todo la suya. Aunque las consecuencias sobre su persona no habían sido tan malas como sobre Atticus, sí que había perdido aún más que Jada. ¡Había perdido a su mejor amigo, y único hermano, durante trece años! Y todo el mundo parecía pensar que se lo merecía, algo contra lo que llevaba luchando desde entonces. ¿Se merecía lo sucedido aquella noche? Era un crío joven y estúpido que solo quería ir a una fiesta. Quizás se había mostrado imprudente en algunas de sus acciones, y desde luego distaba mucho de ser perfecto. Pero jamás había tenido intención de lastimar a nadie, ni siquiera había tocado el arma. De manera que, en su opinión, el castigo no se correspondía con el crimen. El hecho de ser mayor que Tobias, aunque solo fuera por un año, lo había empeorado todo. Su madre, sus profesores, todo el mundo, había esperado de él que evitara que Tobias se metiera en problemas, que lo mantuviera a salvo. Pero Tobias actuaba por voluntad propia y no se dejaba, no se le podía, controlar. En aquella época, Maddox ni siquiera era capaz de evitar meterse él mismo en líos. Y, desde luego, no había sido lo bastante maduro como para responsabilizarse de otra persona.

Sacó el móvil del bolsillo y abrió el calendario. Tobias iba a salir libre el veinte de julio. Maddox se moría de ganas de que llegara el momento. Por otro lado, se sentía receloso, temeroso de descubrir exactamente qué efecto habían producido en su hermano pequeño tantos años entre rejas. Tobias había sido encarcelado siendo muy joven y Maddox dudaba que se hubiese producido mucha «rehabilitación». Tobias no había tenido intención de disparar a nadie, mucho menos a un crío de once años. Había sufrido una alucinación, pensaba que Atticus era una especie de monstruo que lo iba a atacar. Pero eso tampoco parecía haberle importado a nadie.

El teléfono sonó mientras seguía contando los días que faltaban para que soltaran a Tobias. Era su madre, Jill, que últimamente lo llamaba muy a menudo. Cuando era joven y la necesitaba, nunca estaba disponible, demasiado ocupada yendo de un hombre a otro, intentando satisfacerse a sí

misma. Pero desde que Maddox era un adulto y podía ofrecerle algún apoyo, se mantenía en contacto casi constantemente.

Sintió la tentación de rechazar la llamada y enviarla al buzón de voz. No tenía ganas de hablar con ella. Su madre era más soportable desde que no tomaba drogas, pero dado su historial, no podría asegurar que estuviera tan limpia como ella afirmaba. Además, era una mujer muy irritable y emocional, y si él no contestaba a sus llamadas, volvía a intentarlo, o dejaba un largo y airado mensaje trufado de todas las palabrotas que se sabía.

Así pues, murmuró un juramento y pulsó la tecla verde.

—¿Hola?

—¿Te has decidido?

Maddox apretó tres dedos contra la frente. Su madre quería que la llevara con él a buscar a Tobias, pero Tobias había dejado bien claro que no quería que fuera. Maddox no quería repetirle las palabras exactas de su hermano, pero tampoco podía endosársela a Tobias nada más salir de Soledad. Se merecía al menos una oportunidad para aclimatarse, hasta cierto punto, antes de tener que enfrentarse a la persona que siempre conseguía hacerle estallar.

—Me parece que no es buena idea, mamá. Deberíamos darle a Tobias un poco de espacio. Los dos.

—¿Y cómo piensas darle ese espacio si vas a ir a recogerlo?

—Alguien tiene que hacerlo.

—¿Y vas a traerlo a mi casa después?

—No. Ya te lo he dicho. Ha conocido a alguien y van a vivir juntos.

—Aquí, en Los Ángeles, ¿verdad? No en Silver Springs.

—Pues claro que en Los Ángeles. Él jamás se mudaría a Silver Springs.

La única razón por la que Maddox había aceptado la oferta de trabajo de Aiyana y se había trasladado a Silver Springs era que su hermano tenía otro lugar en el que vivir. Tobias llevaba con la misma mujer, hermana de un compañero de celda, desde hacía un año. Pero cartas y visitas no eran lo mismo que una convivencia las veinticuatro horas, siete días a la semana, de modo que Maddox se mostraba escéptico en cuanto a la duración de la relación. Esperaba que fuera duradera. Si esa mujer lo echaba de su casa antes de que Tobias lograra un trabajo, iba a tener que encontrar el modo de ayudarlo, y eso significaba que podría tener que abandonar el puesto que acababa de aceptar, caso de que no decidiera hacerlo de todos modos por culpa de Jada.

—Pues si de todos modos va a venir a Los Ángeles, ¿por qué no podéis pasaros por mi casa?

«¡Porque no quiere verte! ¡Porque tiene la intención de empezar de nuevo, y tú haces que sienta ganas de atravesar la pared con el puño!».

—Pues porque tiene ganas de ver a su chica.

—Y después de trece años en prisión, ¿no tiene ganas de ver a su madre?

Si tantas ganas tenía de ver a su hijo, podría haber acudido a Soledad mucho más a menudo de lo que lo había hecho.

—Estoy seguro de que pronto iré a verte —le aseguró Maddox—. Ha sufrido mucho, démosle la oportunidad de reconciliarse un poco con la vida en el exterior, de sanar un poco, antes de empezar a exigirle cosas.

—¿Y qué tiene de exigencia el querer ver a mi hijo?

Su madre no quería ser rechazada y, seguramente, tenía motivos para sentirse ofendida, pero también era verdad que se ofendía por todo. Y ese era parte del problema.

Maddox abrió la boca para decir algo que la calmara, que evitara un estallido, pues ya percibía

el tono cada vez más agudo de su voz, pero ella no le dio la oportunidad de hacerlo.

–¡Dios mío qué ingratos son los hijos! –exclamó antes de colgar.

Maddox se rascó la cabeza. Intentaba concederle a su madre el beneficio de la duda, sobre todo últimamente. La vida tampoco había sido fácil para ella, pero, por lo menos, había estado más o menos presente, proporcionándoles un techo. El que los había abandonado realmente era su padre. Se habían separado hacía tantos años que apenas lo recordaba.

Sin embargo, las emociones no eran siempre justas y a menudo tampoco eran lógicas. Todavía le resultaba difícil perdonarla por tanta indiferencia y egoísmo, causantes de que Tobias y él vivieran sin vigilancia, en la calle hasta altas horas de la noche, relacionándose con la gente equivocada a la temprana edad de doce y trece años. Nadie se había preocupado por lo que hacían, sobre todo por si su madre bebía o se drogaba, o metía a un hombre en casa.

Se dijo a sí mismo que debería llamarla. Estaría bien que lo hiciera. Pero no fue capaz. Otro día.

Maddox guardó el móvil en el bolsillo y se concentró en los expedientes de las alumnas que el estado esperaba poder enviarles. Su madre volvería a ponerse en contacto con él... en cuanto necesitara dinero.

–¿Te gusta vivir en Silver Springs? –Jada miró a su hija de reojo mientras colocaban las galletas que acababan de hornear en el mostrador.

–Sí –Maya la miró confusa–. ¿Por qué? ¿A ti no?

–Sí, a mí también –contestó ella.

Claro que, teniendo en cuenta lo que había visto Tiffany en el mercadillo de productores locales, o más bien a quién había visto, al igual que ella durante un fugaz instante, empezaba a preguntarse si no habría sido un error regresar allí, si no deberían volver a Los Ángeles.

Maya se limpió las manos sobre el delantal de Sugar Mama y se irguió mientras su madre colocaba la última galleta.

–Entonces... ¿por qué me lo preguntas? –quiso saber la niña–. ¿Es que lamentas haber venido? No me digas que estás pensando en irte. La abuela está siendo muy amable, de momento. ¿No te parece?

–Así es. Y no estaba pensando necesariamente en marcharnos. Es que... esto es muy diferente de Los Ángeles. Quería estar segura de que te gusta.

–Sí que es diferente, pero me gusta más. De todos modos, no podemos irnos. ¿Quién ayudaría a la abuela?

Esa era una buena observación, aunque la niña no era consciente de toda la película. Maya sabía que Eric, el exmarido de su madre, no era su padre biológico. Jada se lo había explicado desde el principio. Ni siquiera sabía que su padre vivía, pues le había dicho que había muerto en un accidente de moto antes de que ella naciera, para así protegerla de un posible sentimiento de rechazo, o que se preguntara dónde estaría su padre, o insistiera en encontrarlo. Quizás no había estado bien mentir, había momentos en que Jada sentía una enorme sensación de culpabilidad, pero la verdad solo causaría más problemas.

Y por eso mismo nunca le había contado que había sido el hermano de su padre quien había herido al tío Atticus, o que ella era la responsable de haber llevado a Atticus al lugar en el que le habían disparado. Solo le había contado que su tío había ido a una fiesta en la que se había producido un altercado y que alguien, bajo el efecto de las drogas, había disparado unos cuantos

tiros, tras lo cual habían encontrado a Atticus tirado en el suelo, sangrando.

–Nos quedaremos y ayudaremos a la abuela –afirmó Jada–. Solo quería asegurarme.

–Es muy difícil instalarse en un lugar nuevo, no me gustaría tener que volver a hacerlo –se quejó Maya–. Ya he empezado a hacer amigos aquí. No me gustaría tener que separarme de Annie.

La mejor amiga de Maya era una chica agradable. Aun así, a Jada le sorprendió que le importara más que Eric. ¡Se había criado con su padrastro! Sin embargo, pensándolo bien, resultaba bastante comprensible. Nunca habían estado demasiado unidos. Eric no la maltrataba ni se mostraba desagradable con ella, pero pasaba mucho tiempo fuera y, cuando estaba en casa, estaba preocupado, emocionalmente inaccesible. De haberse mostrado más abierto, cariñoso y comprometido, a lo mejor ella habría conseguido que funcionara el matrimonio.

–De acuerdo –posó una mano sobre la espalda de su hija para tranquilizarla–. No te preocupes.

Maya sonrió aliviada, pero no tuvo ocasión de decir nada más pues la campana de la puerta sonó y ambas se volvieron para recibir a Aiyana Turner, una mujer pequeñita de piel dorada, largos cabellos negros, que casi siempre llevaba recogidos en una trenza, ropa de brillantes colores y muchas joyas con turquesas.

Normalmente a Jada le habría encantado ver a Aiyana. Todo el mundo la adoraba. Supuso que, cuando muriera, pondrían una estatua con su nombre, pues era muy admirada. Sin embargo, que entrara en la tienda, precisamente ese día, cuando Jada no la había visto desde su regreso a la ciudad, la inquietó. ¿Sabía Aiyana algo de Maddox y su regreso? ¿Se había mantenido en contacto con él durante todos esos años?

Sería muy propio de ella. Había adoptado a ocho de sus alumnos para terminar de criarlos. Había colocado a muchos otros en buenas casas y había seguido trabajando para darles su apoyo mucho después de que se hubiesen marchado para estudiar en la universidad, consiguiéndoles becas, trabajos, cualquier cosa que pudiera ayudarles a construirse una buena vida.

–¡Hola! –saludó alegre Maya. Aún no conocía a Aiyana y lo único que vio fue a una clienta, de las que tan necesitadas estaban, colocándose automáticamente en «modo ventas», tal y como había visto hacer a su abuela–. Acabamos de glasear algunas de nuestras famosas galletas *red velvet*. ¿Le gustaría probar una?

A menudo colocaban una bandeja sobre el mostrador, con una selección de galletas cortadas en trocitos para degustación.

–No hace falta que te molestes haciéndomelas probar –Aiyana guiñó un ojo–. Ya sé lo buenas que están. Por eso he venido.

–Si compra una docena se ahorrará unos cuantos dólares... –le informó Maya.

Jada no pudo evitar reír por lo bajo ante el brillo que desprendía la mirada de Aiyana mientras le seguía el juego a la niña.

–Pues eso haré entonces. Siempre me han gustado las gangas.

Emocionada por haber conseguido una venta, y encima de las buenas, como solía decir su abuela cada vez que conseguía convencer a un cliente para que comprara más de lo que tenía intención de comprar, Maya se apresuró a preparar una caja.

–Es muy amable por tu parte ayudar a Susan como lo estás haciendo –Aiyana se dirigió a Jada mientras la niña llenaba cuidadosamente la caja–. Apuesto a que te estará muy agradecida.

Si lo estaba, desde luego no se le notaba. Jada sospechaba que su madre no la había perdonado por lo de Atticus, y seguramente no lo haría jamás.

–Ha tenido un año duro.

–Sí. Siento mucho lo de tu padre. Te vi en el entierro, pero no quise molestarte.

Jada luchó por contener el nudo que de repente empezaba a crecer en su garganta.

–Gracias, fue muy repentino.

E inesperado. De hecho, no había tenido la oportunidad de solucionar las cosas entre ellos, y eso era lo que más dolía.

–Fue muy triste. Aún era joven –Aiyana esperó pacientemente a que Maya terminara con las galletas y se las entregara–. Me preguntaba, siempre que Maya se sienta cómoda atendiendo la tienda ella sola durante unos minutos, si podrías salir fuera para que hablemos un poco.

Jada sintió que se le encogía el estómago. Aiyana sabía algo, de eso no había duda. Las galletas no habían sido más que una excusa para entrar en la tienda, no al revés.

–Pues, sí, claro. ¿Podrás atender la tienda unos minutos, Maya?

–Claro. Acabo de demostrarte que puedo hacerlo yo sola –contestó la niña con orgullo.

Era evidente que su hija estaba ansiosa por aprovechar la oportunidad, de modo que Jada respiró hondo y siguió a la otra mujer a la calle.

Aiyana se volvió hacia ella cuando apenas habían dado unos pasos, y todavía bajo el techado que conectaba casi todas las tiendas de la ciudad.

–Jada, qué bueno tenerte de vuelta.

A Jada le pareció que la mujer era sincera. De hecho, Aiyana siempre era sincera, pero también notó cierto tono de reserva en su voz.

–Sin embargo, no soy la única que ha vuelto. Por eso has venido, ¿verdad?

La expresión apocada reveló la verdad antes de que la mujer respondiera.

–Te mentaría si dijera lo contrario. Pero cuando le ofrecí a Maddox el puesto de director del centro para chicas de New Horizons, sinceramente no tenía ni idea de que fueras a mudarte tú también aquí, y tan pronto. Esto ha sido toda una sorpresa para mí, y para él, tanto como para ti.

–¿Para eso ha vuelto, entonces? –Jada dejó escapar lentamente el aliento–. ¿Para dirigir la nueva escuela?

–Así es.

Cielo santo. No solo iba a quedarse, sino que tenía un buen trabajo.

–Entonces no está simplemente de paso...

–No. Por lo menos espero que no se marche. Lo necesito.

Jada hizo visera con la mano para proteger sus ojos del sol.

–¿Tú lo necesitas? ¿Estás segura? Quiero decir... ¿está cualificado para dirigir un colegio? –sus padres siempre habían dicho que nunca llegaría a nada, y había tenido que admitir, al menos ante ella misma, que seguramente era así. La mayoría de los jóvenes en su situación nunca llegaban a nada.

–Pues lo cierto es que sí lo está –contestó Aiyana–. Posee una licenciatura y acabó los estudios en tiempo récord en cuanto se asentó. Ha pasado los tres últimos años ayudando a dirigir una escuela privada en Utah. No solo está cualificado, sino que esa escuela le ha proporcionado una brillante recomendación. No creo que pudiera encontrar un candidato mejor. Y, además, lo conozco y me gusta, lo que hace que trabajar con él resulte aún más atractivo.

–¿Y qué pasa con mi hermano? –Jada se frotó la frente.

–Siento si el hecho de contratar a Maddox te parece una falta de consideración por mi parte. Me siento muy mal por lo que sucedió y espero que me creas. Pero Maddox no apretó ese gatillo y, en mi opinión, es tan víctima de aquella noche como los demás. Todos resultasteis heridos en alguna medida, tu pobre hermano el que más, por supuesto, pero eso no significa que sea el único que se merezca algo de consideración.

Jada miraba fijamente el suelo bajo sus pies. No podía decirle a Aiyana que no contratara a Maddox. No había ninguna ley en contra de su regreso. Siempre se había sentido mal por el comportamiento de sus padres tras el tiroteo, yendo al extremo de pagar a la madre de Maddox para que solicitara ante la corte el traslado de su hijo. Maddox tenía el mismo derecho que todos los demás a vivir allí.

–¿Dónde vive?

–Tengo intención de hacer construir una casa en los terrenos de la escuela, pero hay necesidades más importantes en las que invertir los fondos en esta fase inicial, de modo que aún no lo he puesto en marcha.

–Lo cual significa...

–Que vive de alquiler en la casa de la parte trasera de la propiedad de Uriah Lamb.

Jada conocía a Uriah. Su esposa solía enseñarle a tocar el piano, aunque no había continuado con ello. La propiedad no estaba tan alejada del centro como la escuela. Era muy probable que se tropezara con él, sobre todo porque no se imaginaba a ese hombre quedándose en casa todo el fin de semana. Y eso significaba que si ella también quería salir...

–¿Cuándo van a soltar a su hermano? ¿O ya ha salido de prisión?

–Todavía no ha salido, pero lo hará pronto, según tengo entendido. No recuerdo la fecha exacta, pero sé que es en algún momento del mes que viene. Sin embargo, puedo asegurarte que Tobias no vendrá aquí.

Gracias a Dios por las pequeñas gracias concedidas.

–¿Adónde irá?

–A Los Ángeles. Su madre sigue viviendo allí, comparte casa con una compañera de piso que le ayuda a pagar el alquiler, una mujer que trabaja en el mismo bar que ella. Por lo que me ha contado Maddox, Tobias tiene una novia que también vive en Los Ángeles. Se alojará en su casa.

–Entiendo –Jada tenía muchas preguntas, pero una por encima de todas las demás–. ¿Maddox se ha casado?

Aunque la pregunta no tenía nada que ver con la situación con Atticus, si Maddox mantenía una relación con otra mujer, si tenía hijos con otra mujer, sería mucho menos probable que fuera a prestarle atención a ella o, sobre todo, a Maya.

–No.

Jada no soportaba la simpatía que destilaba la mirada de Aiyana, pero no había modo alguno de engañarla, de fingir que Maddox no había significado tanto para ella. Era demasiado intuitiva.

–Nunca se ha casado –explicó Aiyana–, y no tiene hijos.

Un escalofrío de miedo recorrió la columna de Jada. Aiyana no lo sabía, pero había mucho más en juego que simplemente disgustar a Atticus aunque, considerando la situación de su hermano, ya bastaría con eso. Maddox sí tenía una hija, solo que no lo sabía. Y Jada ya no sabía cómo iba a evitar que lo descubriera.

Capítulo 3

El lunes, después de leer los expedientes de las alumnas que tenían más probabilidades de ser admitidas en agosto, Maddox había dedicado el resto de la tarde a elegir el personal y repasar el presupuesto de otoño, intentando descubrir cómo arañar un poco de acá para destinarlo allá. Aiyana se había preocupado más de que los chicos tuvieran un buen lugar para vivir que en que le pagaran, de modo que se enfrentaba a más problemas económicos que en cualquier otro trabajo. Sin embargo, sabía que ella lo hacía por el bien de los chicos y por eso New Horizons era tan especial, por eso él quería participar. Solo tenía que superar los desafíos que provocaba la generosidad de Aiyana ayudándola a encontrar patrocinadores, a contactar con alumnos dispuestos a contribuir o a cultivar relaciones con las personas lo bastante adineradas para ayudar. El estado pagaba por cada alumno que enviaba allí, pero una tarifa muy reducida, algo que Aiyana había negociado para que les resultara más viable. Siempre decía que se resistía a pedir demasiado por miedo a que New Horizons no recibiera a aquellos alumnos que más lo necesitaban, aquellos que llevaban tiempo rebotando de una casa de acogida a otra, o que incluso habían pasado por el sistema judicial.

Maddox había conseguido terminar unas cuantas cosas, pero no se sentía productivo al máximo, no era capaz de concentrarse. No dejaba de pensar en Jada. Desde su regreso a Silver Springs resultaba difícil no pensar en ella. Cada paisaje, cada olor, cada sonido parecía sacar a la luz aquellos días en que eran tan inocentes y estaban tan enamorados. Pero desde que sabía que estaba cerca, era aún peor. Se preguntó qué tal le iría, cómo había sido su matrimonio, cuántos años tenía su hija, qué le había empujado a divorciarse.

Y, sobre todo, se preguntó si alguna vez lo perdonaría...

–Me figuré que te encontraría aquí.

Maddox levantó la vista y vio a Aiyana asomar la cabeza en su despacho. Pasaban de las siete, pero no tenía ninguna necesidad de estar en otro lugar. Desde el regreso de Jada sentía que no podía salir siquiera a cenar o a tomar algo.

–Intento estar preparado.

Fingía que era absolutamente necesario quedarse a trabajar hasta tarde, pero no estaba haciendo nada que no pudiera hacer en su casa. Simplemente no le interesaba pasarse horas en esa casa vacía. En Utah por lo menos tenía a Paris esperándolo. Había roto con ella poco antes de mudarse, pero seguía habiendo algunas cuestiones a solucionar sobre la conveniencia de volver juntos. Últimamente ella le había estado contactando, preguntándole si podía ir a verlo.

Quizás si le permitiera hacerlo conseguiría olvidar a Jada. Salvo que... no estaba enamorado de Paris, y no estaba bien acceder a su visita si sabía que no conduciría a nada.

–¿Tienes un minuto? –preguntó Aiyana.

–Claro –Maddox se levantó y señaló una silla al otro lado del escritorio.

–¿Qué tal va todo? –ella señaló hacia un montón de carpetas.

–No va mal. Todavía hay mucho que hacer, pero lo conseguiremos.

Una pequeña sonrisa curvó los labios de la mujer.

–¿Significa eso que no vas a dimitir?

–¿Dimitir?

–Ahora que sabes que Jada también vive aquí.

–Me siento tentado –Maddox respiró hondo y se dejó caer en la silla.

–Hablé con ella el sábado.

Para evitar el contacto visual, Maddox empezó a ordenar los papeles de su escritorio. Esa mujer tenía la irritante habilidad de ver en el interior de los demás.

–Hablaste sobre...

–Quería que supiera que cuando aceptaste el trabajo no sabías que ella vivía aquí, y que yo tampoco lo sabía cuando te lo ofrecí.

Las palabras de Aiyana le obligaron a detenerse y levantar la vista.

–¿Te lo habrías pensado dos veces de haberlo sabido?

–Seguramente, pero solo porque habría supuesto que lo rechazarías.

Y tenía razón, habría supuesto un punto de inflexión.

–¿Y? ¿Qué dijo ella?

–No mucho. Le preocupa la reacción de su hermano cuando descubra que has vuelto. Pero tú y yo ya hemos hablado de Atticus. Ese chico necesita dejar atrás lo sucedido y pasar página. Por despiadado e insensible que pueda parecer, después de todo lo que ha sufrido, no hay otra elección posible, no si pretende ser feliz.

Eran las mismas crudas verdades que ella le había estado diciendo a lo largo de los años. Maddox recordaba una llamada en particular, cuando ella le había instado a dejar de sentir lástima por sí mismo y a mover el culo. Ese amor despiadado había sido tan necesario como el otro, el incondicional. Lo había comprendido con los años. Sin ella, sin esa persona que seguía pendiente de él, contando con él, era muy probable que hubiese elegido un camino mucho menos productivo.

–¿Se sintió muy decepcionada al saber que vivimos en el mismo entorno?

–No creo que «decepcionada», sea la palabra adecuada –contestó Aiyana tras observarlo atentamente.

–¿Y qué palabra elegirías? –en cuanto formuló la pregunta, Maddox deseó no haberlo hecho.

–Preocupada.

–Pues no tiene nada de lo que preocuparse. Tengo la intención de mantenerme alejado de ella.

–Le dejé claro que no ibas a molestarla.

–Gracias.

Aiyana guardó silencio a la espera de que Maddox volviera a mirarla.

–Me preguntó si estabas casado –dijo cuando sus miradas se encontraron de nuevo.

–Porque... –cada músculo del cuerpo de Maddox se tensó.

–No me lo dijo, pero si mi opinión sirve de algo, creo que porque ella también te amaba.

Aunque, desde luego, no había hecho nada para demostrarlo. Durante meses, después de haber sido trasladado a la academia Rockport, a las afueras de la gélida Chicago, había esperado ansioso una carta, una llamada de teléfono, cualquier cosa. Se sentía desolado, solo, tanto que se le manifestaba en forma de dolor físico. Su madre estaba tan furiosa con él porque había permitido que su hermano se hiciera con una pistola que ni siquiera le dirigía la palabra, aunque el hecho de que estuviese ocupada con otro hombre seguramente tenía más que ver con eso que su enfado.

Tobias había sido juzgado como adulto, y dado que todo el proceso judicial había durado más de un año, debido a su edad y a las partes que se peleaban sobre cómo debería ser juzgado, fue enviado a una prisión de adultos. Maddox había perdido a la chica que amaba más que a nada en el mundo, y tuvo que vivir con la noción de que el hermano de esa chica, de tan solo once años, había quedado paralítico y ella lo consideraba el culpable. Únicamente Aiyana le había ofrecido su apoyo durante esos horribles meses en los que había estado a punto de escapar de la rígida escuela para vivir por su cuenta. Pero ella le había hecho comprender que, por oprimente que le resultara el ambiente en la escuela, era el único camino para tener una segunda oportunidad, y que sería una estupidez desperdiciarlo. También le había prometido el dinero necesario para estudiar en la universidad, con la condición de que mejorara sus notas y se aplicara en los estudios.

Maddox seguía sin saber muy bien por qué había hecho caso a Aiyana. Desde luego no había sido por la promesa de estudiar en la universidad. Sin duda fue por su compasión y entusiasmo, su absoluta determinación a no permitir que se entregara a la vida que habría vivido de no hacerle caso. Aún recordaba la sorpresa que le había generado el interés de esa mujer.

—¿Tienes idea de por qué fracasó su matrimonio?

—No —Aiyana sacudió la cabeza—. Conozco a Susan, aunque no demasiado, y Jada y yo no hemos mantenido el contacto.

Normal, dado que ella le había ofrecido su simpatía trece años atrás, cuando el resto del mundo simpatizaba únicamente con los Brooks.

—¿Cómo está Susan? ¿Ha cambiado?

—En mi opinión, sí ha cambiado, pero no para mejor.

—¿Qué quieres decir?

—Por lo que he oído, nunca ha sido muy cariñosa con Jada y eso, por supuesto, no hizo más que empeorar tras el... accidente. Puede que creas que Susan os culpa únicamente a ti y a tu hermano, pero estoy segura de que Jada también ha recibido su parte. Lo raro es que... por dura que haya sido con Jada, parece todo lo contrario con Atticus. Lo he visto por la ciudad, y es muy capaz de vivir una vida plena a pesar de su discapacidad, pero ella sigue mimándolo como a un bebé. Jamás se marchó a estudiar fuera y sigue viviendo en casa con ella.

Maddox guardó varias carpetas en el cajón derecho del escritorio.

—Bueno, cuando Jada le cuente que he vuelto, puede que entonces sí decida mudarse.

—Pues yo creo que sería lo mejor para él.

—Estás intentando que me sienta cómodo aquí.

—¿Y lo estoy consiguiendo? —bromeó ella.

—Creo en lo que estás haciendo con la escuela, con los chicos.

—Eso significa que te vas a quedar.

—Sí. Lo que estás intentando lograr aquí es mucho más importante que mi incomodidad personal.

—Sabía que eras el hombre perfecto para este trabajo —la sonrisa de Aiyana se ensanchó mientras se levantaba de la silla.

Él también sonrió hasta que la vio salir por la puerta. Entonces, dejó caer la cabeza contra el respaldo de la silla.

¿Les contaba a su madre y hermano que Maddox estaba viviendo en Silver Springs, o dejaba que Susan y Atticus se tropezaran con él algún día y dedujeran lo obvio?

Jada reflexionó sobre la cuestión, como había hecho todo el fin de semana, mientras cerraba la

tienda el lunes por la noche para dirigirse a su casa. Aunque pasaban de las nueve, gracias a los largos días de verano, el sol apenas se había puesto y el aire seguía siendo cálido y cargado del aroma de las flores, muchas de las cuales florecían en las macetas que colgaban de los semáforos. En verano la ciudad estaba llena de turistas y, dado que su madre no podía permitirse desaprovechar la oportunidad, había sido un día muy largo para Jada. No había tenido tiempo de tomar nada para la cena, ni había podido abandonar la tienda para comprar algo, de modo que estaba hambrienta y cansada. Su hija se había marchado sobre las cuatro y media invitada, por Annie y su familia, a cenar y al cine en el cercano Santa Barbara. Así pues, Jada se había quedado sola durante las últimas cinco horas de la jornada. Por un lado, eso significaba que no había nada más para comer que las galletas de la tienda, pero también que Maya tardaría dos horas o más en regresar y que tendría algo de tiempo para hablar en privado con Susan y Atticus... si le apetecía hacerlo.

Seguramente había llegado el momento de hablar del pasado. Su madre y ella no habían hablado realmente de lo sucedido, no tras los primeros reproches y acusaciones y, tras descubrir que estaba embarazada, por la presión por entregar su bebé en adopción. Al negarse a hacerlo, Susan se había vuelto dura y gélida, reprendiéndola continuamente. Se había comportado como si Jada fuese la causante de la pérdida de movilidad en su hermano, básicamente de la pérdida de cualquier posibilidad de futuro para él, y encima estaba imponiéndole a la familia un bebé ilegítimo para que se lo cuidaran en un momento de tanto sufrimiento. Su padre se había limitado a permanecer silencioso. Si Jada intentaba hablar con él se mostraba distante y la conversación era tensa, no real y honesta, y no era eso lo que ella había necesitado. De manera que se había mudado a Los Ángeles, manteniendo muy poca relación con su familia durante los siguientes años. Por duro que fuera vivir por su cuenta con tan solo dieciocho años, y un bebé, siempre sería mejor que seguir viviendo aplastada bajo el peso de las acusaciones y la desaprobación de su familia. No fue hasta que se hubo casado, y su esposo contactara con ellos, que volvieron a establecer una relación, aunque muy lentamente. Al final sus padres habían acogido a Eric como si se sintieran aliviados de no ser ya siquiera remotamente responsables del bienestar de su hija, como si por fin, y bajo esos nuevos términos, se sintieran capaces de volver a aceptarla. También empezaron a reconocer a Maya. Jada había hecho lo posible por dejar atrás el pasado, desde luego no quería reabrir viejas heridas, y había supuesto que alguna clase de relación siempre sería mejor que ninguna, sobre todo porque empezaba a sufrir con su matrimonio, a preguntarse si no habría cometido un error al entregarse a un hombre por el que no sentía ninguna pasión. Había necesitado a su familia, a alguien. Pero su padre había muerto antes de poder realmente superar lo sucedido.

Y no quería que ocurriera lo mismo con su madre.

Decidió que apartaría a Atticus de la consola de juegos, donde sin duda estaría porque allí pasaba toda su vida, y se enfrentaría a ambos.

Pero cuando entró por la puerta vio a su madre pálida y demacrada, tumbada en el sofá viendo la televisión, y no tuvo fuerzas para mencionar a Maddox. El que estuviera en la ciudad no tenía por qué ejercer ningún impacto en ellos. ¿Qué cambiaba? ¡Nada! Su presencia no alteraría la rutina de sus vidas, no afectaría a su situación financiera, no limitaría sus oportunidades, no les costaría nada. Si lo ignoraban y seguían con sus vidas, él también los ignoraría y seguiría con la suya, y así podrían coexistir sin ningún problema.

—¿Qué tal nos ha ido hoy? —preguntó Susan al oír entrar a Jada en el salón.

—Tuvimos una oleada de clientes hacia la hora de cenar. He hecho el ingreso, quinientos cuarenta y ocho dólares, en el depósito nocturno camino de casa.

–Gracias a Dios. La hipoteca de la casa será cargada en la cuenta mañana.

–¿Tienes suficiente dinero para cubrir el pago?

–Apenas –Susan se recolocó la almohada.

–¿Cuándo te pasarán el recibo del coche?

–Dentro de unos días.

Para entonces tendrían más ingresos, pero también había que pagar el alquiler de la tienda, por no mencionar los gastos de publicidad y el material.

–¿Dónde está Maya? –preguntó su madre.

Jada sintió aflorar el resentimiento en su interior. Su madre había llegado a adorar a Maya desde que habían ido a vivir a Silver Springs, lo cual era bueno, se recordó mientras aplastaba los amargos sentimientos. Aun así, hubiera estado bien ver un poco de ese amor cuando Maya había sido un bebé y ella estaba tan desesperadamente necesitada de apoyo emocional. Quizás entonces no habría cometido el error de casarse con Eric, habría sido capaz de distinguir entre el amor verdadero y la desesperación, entre las falsas esperanzas y la genuina conexión.

–En Santa Barbara.

–¿Qué hace allí?

–Ha ido al cine con Annie. ¿Dónde está Atticus?

–En su habitación.

«Por supuesto».

–Me preguntaba si podría echarnos una mano en Sugar Mama mañana. Tengo algunas cosas que hacer de mi trabajo.

–Haz lo que tengas que hacer, yo me ocupo de la tienda.

Ese era el problema. Su madre no debería ocuparse de la tienda, no debería trabajar once horas seguidas. Ya no podía con ello, y Atticus era muy capaz.

–¿Por qué no puede sustituirme él?

–No le resulta fácil maniobrar detrás del mostrador con la silla de ruedas, ni alcanzar el género o entregarles a los clientes la compra, esa clase de cosas.

–Podríamos ver el modo de hacerlo posible.

–Ya lo ha intentado. Es demasiado difícil.

Pero sin duda podía hacerlo. El que no quisiera hacerlo ponía furiosa a Jada, y también el hecho de que su madre avalara sus excusas, empeorándolo todo aún más.

–Maya podría estar con él y hacer toda la parte de alcanzar el género y entregar la compra.

–Tiene problemas de ansiedad, Jada. Ocuparse de la tienda los empeora. No quiero que vuelva a caer en otra depresión.

¿De verdad era ansiedad, o una técnica de manipulación diseñada para asegurarse de nunca tener que hacer nada que no quisiera?

Jada estuvo a punto de formular la pregunta en alto. Ya era hora de que alguien lo hiciera. Su madre estaba tan perdida sin su padre que le permitía todo a Atticus, volcando en él tanta atención que seguramente jamás saldría de su casa. Y quizás esa fuera la intención de Susan, asegurarse de que nunca la dejara sola.

Jada abrió la boca para decir algo, pero, consciente de que provocaría una discusión, volvió a cerrarla y se dirigió a la cocina.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó su madre.

–Buscando algo que comer. ¿Tienes hambre?

–No. Atticus y yo ya hemos comido. Hay un buen programa en la televisión, deberías venir a

verlo conmigo.

–No puedo –contestó ella. Terminado el trabajo en la tienda, tenía que empezar con el suyo.

Capítulo 4

Incapaz de evitarlo, Maddox condujo ante la casa de Jada camino de la suya. Había conseguido no circular por esa parte de la ciudad desde su regreso, pero, desde que sabía que ella también había vuelto, le resultaba mucho más difícil.

Vio un viejo Buick, un coche tan anticuado que lo asoció con la madre de Jada. Una camioneta no demasiado cara y con pasarela para silla de ruedas, que debía pertenecer a Atticus. Y un Chevrolet Volt, más nuevo, aparcado en la calle.

Que por fuerza debía ser el coche de Jada.

Por lo menos ya sabía qué coche conducía y podría estar atento a su presencia si lo veía alguna vez.

Se dijo a sí mismo que debía largarse de allí cuanto antes. No era demasiado tarde y en la casa aún había luces. Alguien podría mirar por la ventana y descubrirlo.

Pero, en lugar de marcharse, Maddox se detuvo por completo frente a la casa. De repente, inexplicablemente, sintió el impulso de acercarse a la puerta. Quería hablar con ellos, reunirlos a todos para decirles que sentía lo sucedido a Atticus y que, aunque se negaran a aceptar sus disculpas, eran sinceras. También quería asegurarles que no les volvería a molestar nunca más, que no tenían nada de qué preocuparse en lo que a él respectaba. No le gustaba que Jada sintiera miedo ante la perspectiva de encontrarse con él, o que dudara a la hora de salir por temor a verlo. Su familia seguramente también estaría vigilante, temerosos de verlo mientras caminaban por la ciudad, como si fuera un leproso que pudiera infectarlos si se acercaban demasiado.

No soportaba la idea de que, simplemente por estar ahí, pudiera hacer que alguien se sintiera tan mal.

Se inclinó hacia delante para poder mirar por la ventanilla del copiloto. Las cortinas de la ventana grande de la parte delantera estaban abiertas. ¿Cómo reaccionarían si lo vieran? ¿Saldrían gritándole que se marchara?

Se preguntó si iban a armar un escándalo al saber que estaba en la ciudad, o intentar convencer a Aiyana para que contratara a otra persona.

Y lo cierto era que debería contratar a otro. Aunque tenía muchas ganas de hacerse cargo de New Horizons para chicas, se sentiría una escoria si la obligara a enfrentarse a la familia Brooks y todos sus amigos y simpatizantes, solo por él. Nadie iba a apoyar a Aiyana si tomara partido por él, y tendría que enfrentarse sola a esa formidable lucha. En Silver Springs había muy pocas personas que lo conocieran personalmente. Lo que sabían era que lo habían detenido por intentar robar un coche a los dieciséis años, que lo habían enviado a un reformatorio, donde él y su hermano habían causado muchos problemas, tantos que uno de los habitantes de su ciudad había quedado lastimado para siempre.

Su fama no era una buena carta de presentación.

Esperó varios segundos, pero nadie se asomó a la ventana ni salió al exterior. De haber sucedido, habría aparcado la camioneta y se habría bajado, les habría dejado que le gritaran y recriminaran su presencia. Pero consciente de que no era bienvenido, a pesar de estar allí con la intención de disculparse, decidió tomarse un poco de tiempo. Quizás sería más fácil si los abordaba después de unas cuantas semanas y cuando ellos hubieran tenido la oportunidad de acostumbrarse a la idea de su presencia en la ciudad. Si no sucedía nada por estar allí, seguramente empezarían a confiar en que no iba a molestarles.

Suspiró, pisó el acelerador y al llegar al final de la calle, giró en dirección a su casa, situada en medio de un huerto de mandarinas, que abarcaba seis hectáreas en un extremo de los dieciséis kilómetros del valle que discurría de este a oeste y que albergaba Silver Springs, como si se tratara de una mano ahuecada que contuviera un preciado sorbo de agua.

Por atractivo y próspero que fuera el centro de la ciudad de Silver Springs, a Maddox le gustaba vivir lejos de las pintorescas tiendas y restaurantes de postín. Prefería los espacios abiertos, poder oler la tierra y los árboles de cítricos de la propiedad. Conocido por su clima mediterráneo, con veranos calurosos y secos, e inviernos templados, en Silver Springs se podía cultivar casi de todo, y así se hacía. Aguacates, nueces, higos, verduras de invierno y verano, peras y otras frutas se producían en la región, junto con una gran variedad de plantas aromáticas. No había mejor lugar en el mundo para cultivar frutas y verduras.

Maddox adoraba esa parte de California, y por eso le costaba tanto hacerse a la idea de tener que marcharse de nuevo, pero lo haría por proteger a Aiyana de cualquier acto en su contra.

Al adentrarse en el camino de tierra que conducía a su casa, el casero, Uriah Lamb, un arisco y viejo granjero de cabello entrecano, se asomó a la puerta de su casa, como si hubiese estado esperando oír el ruido de la camioneta de Maddox. Uriah vivía solo en una casa de 1920 que daba a la carretera. Maddox vivía en otra, más pequeña y de un dormitorio que daba a la parte de atrás, y que había sido construida para el hijo de Uriah, que vivía en la Costa Este.

El olor a hierba recién cortada, fuerte y penetrante asaltó a Maddox en cuanto se bajó de la camioneta. Uriah cortaba regularmente la hierba, fuera necesario o no. Su casero siempre se levantaba al amanecer y se acostaba a las diez de la noche. Hacía tan solo ocho meses que había perdido a su esposa, tras cincuenta años de matrimonio, y la rutina era prácticamente lo único que le quedaba. No se trataba con su único hijo, aunque Maddox no sabía muy bien por qué. Lo único que sabía era que Uriah había mencionado algo al respecto cuando le había enseñado la casa.

–Tengo una sandía recién cortada –gritó Uriah en cuanto Maddox estuvo al alcance de su voz–. ¿Quieres un pedazo?

Ansioso por llegar a su casa, Maddox estuvo a punto de declinar la oferta, pero se lo pensó mejor. ¿Qué daño podía hacerle detenerse un minuto? El viejo estaba a punto de irse a la cama, seguramente se habría ido ya si no hubiese esperado a que él llegara, de modo que no iba a retenerlo mucho rato.

–Claro, suena muy bien.

Maddox ya había estado dentro de la casa de Uriah, cuando firmó el contrato, pero de nuevo se sorprendió de la sencillez con la que vivía ese hombre. Aunque todo era anticuado, estaba en buen estado. Si Uriah no estaba en el huerto fertilizando, podando, arreglando el riego o pintando los troncos de los árboles para protegerlos de las plagas, estaba colocando cinta aislante a todo aquello que lo necesitara, pintando la verja alrededor de la casa para protegerla de la intemperie, o calafateando cualquier grieta o hueco que pudiera sufrir el ataque de la humedad. Sería el modelo perfecto para el famoso dicho: «Úsalo, desgástalo, arréglalo, o deséchalo».

–¿Qué tal va todo ahí atrás? –preguntó Uriah mientras acompañaba a Maddox a la cocina. No le costó mucho interpretar que por «ahí atrás», se refería a la casa en la que estaba viviendo.

–Muy bien.

–Espero que la ducha no vuelva a gotear...

–No, señor. Le habría advertido de ser así.

–Tendrás que vigilar los sanitarios. La fosa séptica se está llenando.

–Lo haré.

El hombre dispuso sobre la mesa un plato con ribetes dorados que contenía una gruesa rodaja de sandía y le proporcionó a Maddox un tenedor.

A continuación Uriah se sirvió su propia rodaja de sandía y se sentó enfrente de su inquilino. Titubeó un instante antes de empezar a comer y su vista se desvió hacia los fogones. Maddox se preguntó si estaría recordando las veces que se habría sentado en esa cocina con su esposa, ya desaparecida. Era su primer verano sin ella.

Tras aclararse la garganta, el anciano respiró hondo como si, después de haber cortado la sandía, necesitara darse ánimos para comer.

–¿Va todo bien? –preguntó Maddox.

–Se acerca una ola de calor –observó Uriah en lugar de contestar a la pregunta.

Quizás no le había oído, parecía estar perdiendo oído, pero Maddox tuvo la sensación de que no era el caso. Estaba claro que no tenía ganas de hablar de su difícil situación.

–Se supone que casi llegaremos a treinta y ocho grados la semana que viene.

–¿En serio? –se sorprendió Maddox–. ¿En junio? Eso es mucho, ¿no? En alguna parte leí que lo normal es en torno a los veintiocho.

–En alguna ocasión hemos llegado a cuarenta y tres. Ese ha sido el récord. Lo he oído esta mañana en las noticias –el hombre tomó otro bocado de sandía–. Pero sí, treinta y ocho es mucho calor, sobre todo en junio.

–¿Cuánto hace que vive por aquí?

–Desde que me casé con Shirley.

Lo cual demostraba que estaba pensando en ella, pues podría haber empleado otro referente.

–Desde entonces mi propiedad se ha reducido considerablemente –añadió–. Solía tener ciento veintiuna hectáreas.

–¿Cuándo vendió el resto?

–A lo largo de los años –el anciano agitó el tenedor en el aire–. Segregué algunos pedazos antes de plantar los árboles.

–¿Qué solía plantar antes?

–Sobre todo tomates.

–¿Y prefiere las mandarinas?

–Son más sencillas de cultivar. Con los tomates te desuellas los dedos. Ya soy demasiado viejo para eso.

–Pues a mí me parece que se maneja muy bien –Maddox intentó animarlo con una sonrisa.

–Me muevo mucho más despacio de lo que solía.

Maddox apenas conocía a Uriah. No tenía muy claro por qué estaba sentado en la cocina de su casero a las diez de la noche en verano, pero la manera en que el anciano se había valido de la excusa de la sandía para conseguir que fuera le dijo que debía estar harto de la soledad. Seguramente pasaba demasiado tiempo solo.

–¿Dónde vive su hijo exactamente?

El hombre frunció el ceño, pero no evitó la pregunta.

–En Silver Spring, Maryland.

–¿Bromea?

–No. Increíble, ¿verdad?

–No sabía que existiera otro Silver Springs.

–Está en la otra punta del país, y no lleva «s», final, pero... sigue siendo toda una coincidencia.

–¿Y a qué se dedica?

Una mirada soñadora asomó al rostro de Uriah.

–¿Señor Lamb?

El anciano empezó a comer de nuevo, de manera mecánica, levantando el tenedor para llevarse la comida a la boca y luego bajándolo.

–Para serte sincero, no estoy seguro.

–¿Cuándo fue la última vez que habló con él? –preguntó Maddox a falta de otra cosa que decir.

–Hará unos cinco años.

¿Qué habría pasado entre ellos? Maddox sentía curiosidad, pero no iba a preguntar. Estaba bastante seguro de que su casero lo había invitado para que su noche fuera más soportable, no al revés.

–Es impresionante cómo lleva esta finca usted solo.

–Requiere un esfuerzo constante –contestó Uriah–. ¿Y qué tal ese trabajo en New Horizons?

–Estupendo. La escuela no abrirá hasta mediados de agosto, de modo que lo único que hacemos de momento es preparar los planes de estudio, elegir los libros de texto, el personal, esas cosas.

–Me contaste que eres nacido en Los Ángeles. ¿Vive allí tu familia?

–Mi madre.

–¿Y tu padre? –el anciano levantó la vista.

–Mi madre dice que nació en Seattle. Cree que pudo haber regresado allí cuando nos abandonó.

–¿Qué edad tenías cuando sucedió eso? –Uriah dejó de masticar.

–Cuatro. Y mi hermano tres.

–¿Te mantienes en contacto con tu padre?

Lo único que sentía Maddox hacia el hombre que había abandonado a su madre, dejándola sola con dos niños pequeños y sin ninguna clase de ayuda, era desprecio. Si su padre intentara localizarlo, le diría que se fuera al infierno. Llegaba unos veinte años tarde para iniciar una relación.

–No. Él se fue sin dejar una dirección. Supongo que la idea de criar a dos hijos no le interesaba mucho.

–Eso no está bien.

–Sobreviví –aunque su vida podría haber sido mucho más sencilla.

A menudo se preguntaba si su madre habría sido mejor madre si hubiera tenido a alguien que la ayudara.

Comieron en silencio durante varios minutos antes de que Uriah volviera a hablar.

–¿Y dónde está tu hermano?

Al contestar el anuncio que lo había llevado hasta ese pequeño huerto, Maddox no le había mencionado que tenía un pasado en Silver Springs. No había querido poner en peligro sus posibilidades de conseguir la casa, caso de que Uriah conociera a los Brooks. Había supuesto que si no recordaba su nombre de haberlo leído en la prensa, o haberlo oído de labios de los

espantados habitantes de Silver Springs de aquella época, jugaría a su favor. Pero ante una pregunta tan directa, decidió ser sincero, en parte porque los Brooks ya sabían que había vuelto, de modo que daba igual que Uriah se lo contara, y en parte porque no quería hacer nada que pudiera interpretarse como que se avergonzaba de su familia.

–Está en prisión.

La mano del anciano se detuvo a medio camino entre el plato y su boca.

–¿Por qué motivo?

–Por disparar a Atticus Brooks.

–Ya –Uriah asintió lentamente–. Ya decía yo que había oído tu nombre en alguna parte. Pero no lograba recordar dónde.

–Entonces, conoce a los Brooks...

–No muy bien. Sé que Susan es la dueña de la tienda de galletas de la ciudad. Mi esposa solía ir allí a comprar una docena de vez en cuando. A veces le llevaba una bolsa de mandarinas. Sentía lástima por el chico de Susan, por lo que ocurrió.

Maddox también sentía lástima. Ese era el problema. Desearía poder revivir aquella noche para detener la cadena de acontecimientos.

–Ahora que sabe que fue mi hermano el responsable de que Atticus esté en una silla de ruedas, ¿lamenta haberme alquilado la casa?

Uriah terminó de comer y se levantó para tirar las cáscaras.

–¿Señor Lamb? –Maddox lo observó limpiar el plato.

–¿Tuviste tú algo que ver en ello? –preguntó al fin, haciéndose oír por encima del sonido del agua que corría por el fregadero.

–Yo estaba allí aquella noche, en la misma fiesta –contestó Maddox–, pero no.

–Entonces no lamento haberte alquilado la casa –el anciano recogió el plato de Maddox.

–¿Cuándo ibas a contarme que Maddox Richardson ha vuelto a la ciudad?

Era viernes por la noche, y habían pasado casi dos semanas más, cuando su madre abrió la puerta del dormitorio de Jada y le formuló la pregunta, en voz baja para que Maya y Atticus no la oyeran desde sus respectivos dormitorios al otro lado de la casa. Desde que había descubierto la presencia de Maddox en Silver Springs, Jada se aseguraba a diario de que el horizonte estuviera despejado allá adonde fuera. Miraba con cuidado la calle desde el interior de la tienda, vigilaba cada pasillo antes de entrar en el supermercado, miraba de reojo a los demás conductores cuando iba en el coche o se detenía para echar gasolina y, para gran consternación de Tiffany, se negaba a quedar con ella en el bar o ningún otro sitio que pudieran frecuentar personas solteras. Hasta el momento no le había visto el pelo, y había empezado a relajarse, a pensar que serían capaces de vivir vidas paralelas que jamás se cruzarían más allá de ese fugaz encuentro en el mercadillo de granjeros aquel sábado.

Pero la aparición de su madre había interrumpido su cauteloso optimismo.

–¿Jada?

La acusación que destilaba la voz de su madre, como si ella hubiese invitado a Maddox a regresar, le disgustaba. Pero la conversación iba a ser complicada aunque la abordara con cuidado, de modo que intentó contestar con calma.

–No iba a contártelo.

–Porque... –su madre entró en la habitación y cerró la puerta.

Las sutiles arrugas en el rostro de Susan, alrededor de los ojos y la boca, parecían más pronunciadas que nunca. Jada quería sentir alguna simpatía por ella, no se encontraba bien, pero estaba demasiado a la defensiva para sentir otra cosa que no fuera un fuerte resentimiento por el pasado, y una irritación porque su madre la abordara de esa manera, como si aún fuese una niña.

–Porque sabía que te disgustarías, y no vi ningún motivo para hacerlo.

–¿No se te ocurrió que tenía derecho a saberlo? –su madre cerró los puños y los apoyó sobre las caderas–. Es el padre de Maya, ¡por el amor de Dios!

–Soy consciente de ello –Jada sabía bien lo que estaba en juego–. Pero él no lo sabe y, aparte de Atticus, nadie más lo sabe –salvo Tiffany, aunque Jada no estaba dispuesta a admitir que se lo había contado a su amiga.

Le habían dado órdenes estrictas de no contárselo a nadie, y saber que lo había hecho solo conseguiría enfurecer aún más a su madre. Susan no tendría en cuenta lo joven que había sido Jada cuando todo se vino abajo y lo mucho que necesitaba a alguien a quien confiarse, alguien que no le dijera lo que tenía que hacer. Seguramente no habría sido capaz de enfrentarse a sus padres para quedarse a Maya, no mientras se sentía tan culpable y tan mal por Atticus, si Tiffany no hubiese insistido en que era su vida y su decisión, y que era ella la que tendría que vivir con ello si se equivocaba de decisión.

–Es clavada a él –observó su madre–. ¡Se daría cuenta enseguida!

Los gélidos tentáculos del terror se cerraron un poco más alrededor del corazón de Jada, pero su madre siempre se ponía en lo peor. Supuso que eso haría la mayoría de las madres en su intento de mantener a salvo a sus hijos. Ella misma solía advertirle a Maya de las cosas tan terribles que podrían sucederle si no tenía cuidado.

–No puedo echarlo de la ciudad. No soy la dueña. Ni tú tampoco. No decidimos quién vive aquí y quién no. Y tampoco estoy segura de que lo que hicisteis fuera justo.

–¿Justo? ¿Lo que hicimos? –gritó Susan.

–Papá y tú –Jada encajó la mandíbula–. Pero da igual. En resumidas cuentas, le han dado un trabajo estupendo en New Horizons. Va a dirigir el centro para chicas, de modo que tiene un buen motivo para estar aquí.

–Parece que tienes bastante idea de lo que está haciendo.

–Solo lo básico –a Jada no se le escapó la insinuación.

–Eso quiere decir que has hablado con él –su madre apretó los labios.

–No, no lo he hecho. Tiffany lo vio en el mercadillo de los granjeros y me lo dijo. Yo no sabía si había venido solo de visita hasta que Aiyana apareció por la tienda y me contó que lo había contratado –ella cerró el portátil–. ¿Quién te ha dicho que yo ya sabía que estaba en la ciudad?

–Evangeline, la dueña de la tienda de aceite de oliva y vinagre balsámico cerca de nuestra tienda. Te vio hablando con Aiyana y supuso que estabas pensando matricular a Maya.

–¿Y por qué iba yo a meter a mi hija en un correccional? Es una buena estudiante.

–Pero Evangeline no lo sabe. Ella tiene una hija de catorce años que no le da más que problemas. Lleva el pelo morado y todo el cuerpo lleno de piercing. Se hace cortes, roba en las tiendas. Se escapa cada pocos meses. Esa mujer lleva años de los nervios, no parece capaz de manejarla, y para ella es un alivio tener la opción de New Horizons.

–¿Va a mandar a su hija a un internado que está en la misma ciudad en la que viven? ¿No anula eso el propósito del centro?

–¿Por qué habría de hacerlo? Aiyana le hace un descuento en la matrícula, de lo contrario no podría permitírselo. Se ha gastado cada céntimo que tenía en intentar sacar adelante su negocio.

–No sé si le servirá de algo si su hija acude a ese lugar como alumna de día y luego regresa a casa, a los mismos amigos, la misma situación que le empuja a hacerse cortes.

–Se quedará allí a dormir, de modo que será igual que si viviera a kilómetros de aquí. Aiyana no permite que los internos abandonen el campus, no sin permiso de sus padres. Y Aiyana le va a hacer firmar un contrato a Evangeline, según el cual irá a ver a su hija cada domingo durante dos horas, de una a tres, pero no aparecerá en ningún otro momento ni le concederá permiso a la niña para marcharse, salvo en caso de defunción de algún familiar o durante las vacaciones.

–Será interesante ver si funciona, estar tan cerca y a la vez tan lejos –el comentario de Jada no era ingenioso, sino totalmente sincero. Había oído que Aiyana era capaz de obrar milagros, pero la situación de esa chica parecía especial.

–A pesar de desearle lo mejor, lo que suceda con la hija de Evangeline no es asunto nuestro. Solo he sacado el tema porque fue ella la que mencionó la gran noticia. Me preguntó si lo había visto, dice que parece joven, pero muy capaz. ¡Casi se me cayó el café cuando mencionó su nombre!

–Ya me lo imagino.

–No entiendo por qué ha contratado Aiyana a un hombre con el pasado de Maddox Richardson.

–Entonces es que no conoces a Aiyana, porque eso es precisamente típico de ella. Cuando dice que cree en sus alumnos, no lo dice de boquilla. Ella los apoya plenamente. Además, asegura que está más que cualificado.

–¿En qué sentido? –su madre soltó un bufido.

–Posee una licenciatura –un logro nada desdeñable dado que Susan siempre había asegurado que no llegaría a nada. Jada estuvo a punto de echárselo en cara, pero se mordió la lengua.

–Eso no significa nada.

–¿Significa que está cualificado para el empleo!

–¿Y qué hay del inútil de su hermano?

–¿Qué hay? Dudo mucho que las cosas hayan cambiado para Tobias, dado que lleva todos estos años en prisión.

–No me digas que va a venir aquí cuando lo suelten.

–Aiyana asegura que no lo hará, pero no tengo ni idea de si será así. Ni siquiera sabía que Maddox iba a volver.

–No quiero ni imaginarme la reacción de Atticus cuando lo descubra –Susan se retorció las manos.

–Supongo que seguirá tu ejemplo. Si tú actúas como si no fuera para tanto, quizás él también lo haga.

–¿Que no es para tanto? –su madre la miró boquiabierta, como si se hubiera vuelto loca–. Maddox Richardson te dejó embarazada antes de que terminara el instituto, y eso cambió toda tu vida. ¡No tienes ninguna formación académica! Y por culpa de él y su maligno hermano, tu hermano estará en una silla de ruedas hasta el día que muera.

–Hacen falta dos para practicar sexo.

Jada no se sentía capaz de defender a Maddox en cuanto a lo sucedido con Atticus, pero no iba a permitir que su madre lo culpara por lo de Maya. Jada había deseado hacer el amor con Maddox tanto como él con ella. Eran incapaces de mantener las manos apartadas el uno del otro. De hecho, ella nunca había vuelto a disfrutar de un sexo como ese. En muchas ocasiones, incluso mientras estaba casada, había permanecido tumbada despierta en la cama, pensando en lo increíblemente eróticos y agotadores que habían resultado sus encuentros, y preguntándose si alguna vez volvería

a experimentar algo parecido.

–No he olvidado tu participación en lo sucedido –espetó su madre antes de salir del dormitorio.

Capítulo 5

El sábado, Maya estaba tumbada encima de la cama mientras su amiga, Annie Coates, se sentaba sobre el escritorio blanco en un rincón de la habitación, con un lápiz y un cuaderno.

En el piso de abajo se oía a los padres de Annie trasteando en la cocina y un olor a pollo subía desde la barbacoa del jardín, ya que la puerta del patio permanecía abierta para que el señor Coates pudiera entrar y salir sin tener que abrirla cada vez.

–Cuéntame todo lo que sepas sobre él –le urgió Annie, preparada para elaborar una lista.

Maya estaba feliz de haber conocido a Annie. Nunca había tenido una amiga como ella. Solo llevaba tres meses en Silver Springs, pero tenía la sensación de que se conocían de toda la vida.

–Pues ese es el problema. ¡No sé nada! No he conocido a nadie que sepa menos sobre su padre que yo.

–Porque murió antes de que nacieras. No llegaste a conocerlo.

–No solo eso –Maya frunció el ceño–. Por algún motivo, a mi madre no le gusta hablar de él. Se pone muy rara cada vez que lo menciono.

–¿Rara, cómo? –Annie anotó algo en el cuaderno.

Maya recordó la expresión de su madre, lo tensa que se ponía cada vez que ella le preguntaba por su padre.

–Es difícil de explicar. Parece preocupada, o algo así.

–A lo mejor lo echa de menos –Annie levantó la mirada–. A lo mejor se pone triste al recordarlo. Mi mamá siempre llora cuando habla de mi abuela, que murió el año pasado.

Maya no tenía la impresión de que su madre se pusiera triste, pero no se le ocurría una explicación mejor.

–Supongo. Ojalá me contara algo más sobre él.

–¿Cuándo fue la última vez que le preguntaste?

–Mientras estábamos haciendo las maletas cuando dejamos a Eric –contestó Maya mientras limpiaba las migas de las galletas que habían comido antes sobre la colcha de Annie.

–Puede que pensara que eres demasiado joven para saber algo sobre el accidente de moto. Mis padres tampoco hablan de cabezas aplastadas o gente que se muere. No delante de mí. Dicen que es demasiado horripilante.

–¿Y cuántos años tengo que tener para saber algo sobre mi propio padre? –Maya rodó sobre la cama y apoyó la cabeza sobre la almohada mientras levantaba la mirada hacia el techo–. Dentro de dos meses cumpliré trece años. Eso es lo bastante mayor para saber de accidentes de moto.

–Es verdad –Annie hizo una gran pompa con el chicle que tenía en la boca, y que terminó por explotar–. ¿Te dije que hablaríais de ello cuando fueses mayor?

Maya negó con la cabeza.

–¿Y qué te dijo? –Annie se quitó los restos de la pompa pegados en su cara.

–En realidad nada. Que era un hombre maravilloso y que soy clavada a él.

–¡Eso es bueno!

–¿Qué tiene de bueno? –Maya miró a su amiga.

–Dijo que era maravilloso –Annie se encogió de hombros–. Eso es mejor que decir que era malvado.

–Ya, pero cuando pregunté cuál era su apellido, ¡dijo que no se acordaba!

–¡No puede ser! –Annie dejó caer el lápiz.

–¡Pues sí! ¿Cómo puede sentirse demasiado triste para hablar de él si ni siquiera se acuerda de su apellido?

–¿Y sabes su nombre de pila? –Annie se agachó para recoger el lápiz, que había caído al suelo.

–Madsen.

–Nunca había oído ese nombre.

–Creo que era eso. Cuando le pregunté, me dijo «Mad...», luego se interrumpió y añadió apresuradamente «...sen».

–Puede que se avergüence de haber tenido un bebé sin estar casada.

–Lo sé. Y, además, tan joven. Tiene una de esas cosas que te dan en la graduación, en su álbum de recortes y dice que se graduó en el instituto el mismo año que nací.

–¿No fue a la universidad?

–No.

Al verla, la gente creía que su madre tenía veinticuatro o veinticinco años, no treinta. En ocasiones les preguntaban si eran hermanas, y Jada solía dar un respingo. Cuando explicaba que se llevaban dieciocho años, la otra persona solía apretar los labios y alzar la barbilla, como si de repente hubiese olido a podrido.

–No sé cómo vamos a averiguar algo más sobre tu padre si ella no quiere contarte nada.

–Por eso estamos haciendo esa lista de ideas, ¿recuerdas?

Annie hizo otro globo de chicle que explotó con un suave «plop».

–Odio decir esto, pero no veo por dónde empezar.

–Si nos rendimos tan fácilmente es que no somos muy buenas detectives.

–Entonces... ¿qué hacemos?

–Mi mamá tuvo que mostrar mi partida de nacimiento para matricularme en el colegio.

–Y eso significa que...

–Que la vi.

–¿Y qué tiene eso de especial?

–Pues que en la partida de nacimiento pone cuándo y dónde naciste. Y también quiénes son tus padres.

–¿Ponía el nombre de tu padre? –Annie se puso de pie de un salto.

–No. Y mi madre utilizó Brooks como apellido, de modo que no saqué nada de ahí tampoco.

–Brooks es su apellido de ahora.

–Siempre ha sido Brooks, salvo cuando estuvo casada con Eric.

–Sigo sin pillarlo –Annie se mostraba cada vez más impaciente.

–En mi partida de nacimiento pone que nací aquí. Eso significa que mi padre debía estar vivo, y viviendo por aquí, en esa época. Hace falta, ya sabes... –Maya comenzó a hablar en un susurro para que el hermano mayor de su amiga no les oyera desde la habitación de al lado–, sexo, entre un hombre y una mujer, para tener un bebé.

–No me imagino a ningún chico metiendo esa cosa dentro de mí –Annie soltó una risita

nerviosa.

–Yo tampoco –Maya se estremeció ante la perspectiva–. Pero no puede ser tan malo si todo el mundo lo hace, y mi madre tuvo que hacerlo con mi padre o yo no estaría aquí.

–Si tu madre seguía en el instituto cuando se quedó embarazada, a lo mejor él también estaba allí.

–Eso estaba pensando.

–Bueno, pues si tu padre iba al instituto cuando tu mamá se quedó embarazada, seguramente viviría con su familia. ¿Crees que podrían seguir por aquí? ¿Al menos sus padres?

–Ojalá, pero mamá me dijo que se habían mudado a otra parte.

–¿Te dijo cuándo fue eso?

–No está segura.

Annie se quitó el coiletero que sujetaba sus cabellos y los dejó sueltos para peinárselos con los dedos.

–Vaya. Esto no va a ser sencillo.

La idea de que quizás nunca llegaría a saber nada más de lo que ya sabía sobre su padre resultaba de lo más desalentadora. Maya no estaba dispuesta a hacer que su madre se sintiera mal porque ella no tuviera un padre en su vida. En una ocasión, una profesora le había dicho que tenía un padrastro estupendo y que debería sentirse agradecida por ello. Pero Maya no se había estado quejando de Eric cuando escribió esa redacción sobre su padre, su única intención había sido rellenar los espacios en blanco. Incluso los niños que no mantenían ningún contacto con su padre, al menos, lo habían visto alguna vez, o en una foto. Ella no sabía prácticamente nada de él!

–Ahora que vivo aquí será más fácil.

–¿En qué sentido? –preguntó su amiga.

–Sabemos que debía tener una edad parecida a la de mi madre. Y sabemos que vivía aquí cuando ella se quedó embarazada, nueve meses antes de que yo naciera. Propongo ir a la biblioteca.

–¿Y cómo nos va a ayudar eso?

–El accidente de moto que lo mató debió salir publicado en la prensa. Intenté averiguar algo al respecto online, pero lo único que conseguí fue saber que los periódicos antiguos están en micro no-sé-qué en la biblioteca.

–¡Genial! Descubriremos qué quiere decir eso, porque tienes razón: los accidentes, muertes y asesinatos y esas cosas suelen salir en los periódicos, sobre todo aquí porque no tenemos muchas noticias.

–Y si eso no funciona, quizás haya algún modo de averiguar quién vivía aquí el año en que yo nací –insistió Maya–. Una lista o algo así. Tiene un nombre raro, tú misma lo has dicho, de modo que si repasamos todos los anuarios del instituto de aquella época deberíamos encontrarlo. No puede haber dos personas llamadas Madsen.

–¡Eso es! –los ojos de Annie brillaron de entusiasmo–. ¡Qué lista eres! Aunque no encontremos ningún anuario del instituto en la biblioteca, podemos preguntar en el instituto. La secretaria o alguna otra persona seguramente los conservará. ¿A qué instituto fue tu madre? ¿Albany o McGregor?

–Los colores de la borla de su graduación eran rojo y blanco, de modo que...

–Los Bulldog. Son de McGregor. Ya hemos concretado algo.

–¡Annie! ¡Maya! ¡Neil! ¡La cena está lista! –llamó la madre de Annie desde la planta inferior.

Maya oyó abrirse la puerta del dormitorio del hermano de Annie, y se bajó de la cama.

–¿Crees que encontraremos algo?

–Por supuesto. Lo único que nos hacía falta era un comienzo, y ya lo tenemos –Annie levantó una mano para chocar los cinco con su amiga.

Resultaba de lo más decepcionante averiguar que Jada vivía en la ciudad y luego pasarse el resto del mes sin verla o encontrarse con ella ni una sola vez. Maddox casi se echó a reír por haberse planteado el marcharse de allí. Habría rechazado un buen empleo, y una buena casa, y todo para nada. Dado que evitaba detenerse en la ciudad siempre que le fuera posible y, básicamente, se dedicaba a ir de la escuela a la finca y viceversa, había empezado a dedicar bastantes tardes a jugar al ajedrez con Uriah. Al principio lo había hecho porque no era capaz de negarse ante alguien que, visiblemente, estaba tan solo, sobre todo cuando él mismo estaba aburrido y no tenía ningún motivo para decir que no. Pero con el tiempo había empezado a gustarle el desafío que suponía Uriah. El anciano no era fácil de ganar. Su mente seguía siendo aguda, y precisamente era eso lo que más pena le daba a Maddox de él. Su cuerpo se ralentizaba día a día, ya no podía realizar todas las tareas que tan sencillas le habían resultado años atrás y, sin duda, debía provocarle una gran frustración. También debía ser muy triste perder a tus seres queridos. Maddox siempre se sentía apenado cuando descubría la mirada de Uriah posada sobre la foto que coronaba el piano... la foto de boda. Y seguía sintiendo curiosidad por su hijo, pues nunca hablaba de él.

–Tú mueves –anunció Uriah.

–Ya lo sé –gruñó Maddox. Había permitido que Uriah le separara el rey y la reina con un caballo, y no había tenido más remedio que sacar al rey de la posición de jaque, sacrificando a la reina. No era la primera vez que Maddox había contraatacado desde una posición de desventaja, pero en esa ocasión no veía clara la salida.

Aunque... seguía teniendo las dos torres. A lo mejor podría conseguir que uno de sus peones cruzara todo el tablero y así recuperar a su reina. Harían falta unas cuantas maniobras, pero...

Después de perder a la reina, Maddox capturó el caballo de Uriah.

–Te toca mover.

–Creo que voy a ganar esta partida –afirmó el anciano.

–Todavía no me he rendido –Maddox lo fulminó con la mirada.

Una tímida sonrisa curvó los labios de Uriah, justo antes de capturar una de las torres con las que contaba Maddox para ayudarle a salvar la partida. No entendía cómo no lo había visto llegar. Era tan obvio.

–Maldita sea.

–Esta noche no tienes la cabeza en el ajedrez –Uriah rio por lo bajo–. ¿Qué sucede?

–Nada.

–Aún es pronto, solo... ¿qué?, ¿las seis? Tienes que salir, hacer algo. Por el amor de Dios, es viernes, fin de semana.

–¿Y qué crees que debería hacer?

–Ir al cine. Cenar con alguien. Tomar una copa. Ya sabes, quemar un poco de esa energía inquieta. Eres demasiado joven para dedicarte a trabajar todo el rato.

Maddox se terminó el refresco que le había ofrecido Uriah. El hombre le había confesado que en el pasado había tenido problemas con el alcohol y que ya no lo probaba, ni siquiera tenía bebidas alcohólicas en su casa.

–No me paso todo el tiempo trabajando. Ahora mismo estoy aquí, jugando al ajedrez contigo, ¿no?

–Sí, y lo haces muy a menudo, lo que me demuestra que no haces otra cosa.

–No pasa nada –Maddox tumbó el rey para admitir su derrota–. Vamos a empezar otra partida.

–No –Uriah se apartó del tablero–. Lárgate de aquí.

–¿Qué?

–Ya me has oído. Ve a divertirte un poco.

Lo cierto era que Maddox se sentía últimamente encerrado, nervioso, tenso.

–Supongo que podría acercarme a Santa Barbara...

–No pierdas el tiempo conduciendo hasta allí –el anciano agitó una arrugada mano en el aire–. Si luego tienes que tomar un Uber para regresar a casa, te va a salir más caro. Límitate a ir al Blue Suede Shoe. Los fines de semana hay música en directo.

–¿Y si Jada está allí? –ya habían hablado un poco sobre ella, de modo que Uriah sabía que Maddox intentaba evitarla.

–Enfrentémonos a ello. En algún momento vas a encontrarte con ella. Lo mejor sería hacerlo cuanto antes para que puedas vivir a gusto en esta ciudad.

–Yo no estaría tan seguro de que después vaya a sentirme más cómodo. Sin duda, ella quiere que me marche.

–Puede que ni siquiera esté allí. Seguramente estará atendiendo la tienda de su madre hasta las nueve. Y, ¿si me equivoco? Quizás ella también se encuentre más cómoda si aprovecháis para dejar las cosas claras. Hazle saber que tus intenciones no son malas. Dile que tu hermano no vendrá a vivir aquí cuando salga de la cárcel el día veinte. Si la tranquilizas un poco habrás ganado mucho.

Maddox recordó la noche que había pasado frente a su casa con el coche. Su intención había sido la de pedir perdón, pero había decidido concederles a los Brooks un poco de tiempo. Sin embargo, tres semanas deberían ser más que suficientes.

–No estoy seguro de que quiera saber de mí.

–Entonces te lo dirá.

–De acuerdo –Maddox dejó escapar el aire y se levantó–. ¿Qué es lo peor que podría pasar? ¿Podrían discurrir el modo de deshacerse de mí como hicieron la otra vez? –bromeó.

Pero Uriah no se rio.

–Será mejor que ni lo intenten.

Maddox sonrió.

–Has madurado desde entonces –el anciano le dio una palmada en la espalda–. Esperemos que te den la oportunidad de demostrarlo.

Jada no estaba en el Blue Suede Shoe. Al principio, Maddox se sintió aliviado. Sentado en el bar, pidió una copa y vio un partido de los Dodgers. Mientras oía las conversaciones y risas de los demás, se dio cuenta de que empezaba a sentirse bastante solo allí en Silver Springs. Llegar a un sitio «nuevo», en el que las únicas personas que conocía, aparte de Aiyana y sus dos hijos, que también trabajaban en New Horizons, no querían ni verlo, no era lo mejor para hacer amigos.

Aun así se alegraba de haber salido esa noche. Uriah tenía razón, necesitaba cambiar de aires.

Curiosamente, a medida que la noche se agotaba y él seguía pendiente de la puerta, empezó a sentirse más decepcionado que aliviado. No había tenido la oportunidad de hablar con Jada

después de que Atticus recibiera el disparo, para explicarle lo destrozado que se sentía por todo lo ocurrido y lo mal que se sentía por su hermano. Si bien la perspectiva de enfrentarse a ella seguía siendo tan abrumadora como siempre, también se trataba de una oportunidad que anhelaba.

De modo que, en lugar de conducir de vuelta a su casa en cuanto terminó el partido, se sorprendió a sí mismo pasando por delante de Sugar Mama. Si Susan estuviera allí, no quería entrar. Pero si Jada estaba sola, y no había gente en la tienda, sería una buena oportunidad para hablar con ella.

Desde fuera no se veía ningún cliente en el interior de la tienda, pero el escaparate no abarcaba todo el interior. Un movimiento le indicó que había alguien detrás del mostrador. ¿Habría otra persona más en la parte de atrás?

Condujo hasta el callejón con la esperanza de hacerse una mejor idea de qué y a quién iba a enfrentarse, y se sintió animado al ver solo un coche aparcado: el Chevy Volt.

Eso podría indicar que Jada estaba trabajando sola...

O que había llevado a su madre a trabajar a la tienda.

Decidió que lo mejor sería averiguarlo de una vez. Sería más sencillo enfrentarse por primera vez a las dos allí, si no había público, que en un bar o un restaurante abarrotado.

Aparcó calle abajo para no desatar ningún chismorreo con su visita y caminó por la acera techada por los soportales. Se alegró de que el sol estuviera a punto de ponerse. Normalmente adoraba los largos días de verano, pero esa noche se sentía expuesto, incómodo, fuera de lugar. El anochecer borraba las líneas a su alrededor, y le daba la sensación de que no destacaba tanto.

Al acercarse al cartel de Sugar Mama, se detuvo y echó un vistazo a su alrededor para asegurarse de que nadie lo estuviera mirando.

No parecía, pero de todos modos se dio media vuelta. Aquello era una estupidez. Era un estúpido por molestarla. De momento todo estaba saliendo bien. Solo tenía que mantener las distancias.

Pero tras dar tan solo tres pasos, se detuvo de nuevo. Quería verla. ¿Tan malo era?

Sin darse tiempo para pensar en ello otra vez, respiró hondo, volvió sobre sus pasos, y entró en la tienda.

Capítulo 6

Jada estaba en la parte de atrás, embolsando las últimas galletas y marcando las bolsas de plástico con la etiqueta, «del día anterior», que significaba que al día siguiente se venderían a precio rebajado, cuando oyó la campanilla de la puerta y soltó un juramento. Nunca fallaba, el día que decidía recoger pronto para poder irse a casa y ponerse a trabajar en su empresa, llegaba un cliente. La tarde había estado completamente muerta y ya había pasado una hora desde su última venta. Pero debería habérselo figurado. Nunca fallaba.

Colocó una sonrisa en su cara que, esperaba, escondiera su agotamiento e irritación, se apresuró a saludar a su nuevo cliente... y se paró en seco. Helada. Una versión más alta y atlética de Maddox estaba parada al otro lado del mostrador. Sus cabellos seguían siendo espesos y ondulados y parecían necesitar un buen corte de pelo, pero le gustaron. Suavizaba los rasgos más duros de sus pómulos y mandíbula.

«Está más guapo que nunca», fue el primer pensamiento que acudió a su mente. El resto fue puro pánico. Desde que había averiguado que estaba en la ciudad mantenía un ojo siempre abierto por si andaba cerca. Se había imaginado que, tarde o temprano, se cruzaría con él. Lo normal, si los dos seguían viviendo en la misma zona, era que acabara por suceder. Pero jamás se habría imaginado que entraría sin más en la tienda de galletas una noche cualquiera.

–Maddox...

–Jada –él hundió las manos en los bolsillos de los desgastados vaqueros–. Espero... espero que no te importe que haya entrado. Yo solo... solo quería decirte algo –señaló hacia la puerta–. Cuando termine me marcharé de aquí y te dejaré en paz, ¿de acuerdo?

Ella apenas podía respirar. Había mucho de él en su hija. Los hermosos ojos, la orgullosa barbilla, el toque vulnerable que intentaba ocultar con toda esa masculinidad en estado puro.

Gracias a Dios, Maya estaba pasando la noche con Annie y no ayudándola en la tienda.

–De acuerdo –contestó tras tragar nerviosamente.

Ella también quería decir unas cuantas cosas, pero no sabía cómo ni por dónde empezar. De todos modos, no parecía importar, porque su garganta casi se había cerrado. Aunque hubiese intentado hablar, no habría podido.

–Lo siento –comenzó Maddox tras suspirar ruidosamente–. Quiero que lo sepas. Jamás fue mi intención que alguien resultara herido cuando te convencí para que llevaras a Atticus a aquella fiesta. No es excusa. No debería haberlo hecho. Las consecuencias de mis actos han sido... terribles. Pero jamás pensé que algo así pudiera suceder. Fue de repente. Cierto que Tobias siempre había tenido problemas. Estaba enfadado con el mundo, pero, qué demonios, los dos lo estábamos. Aun así, yo no sabía que habría alguien con una pistola, mucho menos que mi hermano conseguiría hacerse con ella y usarla.

–Maddox...

Él levantó una mano para que le dejara terminar.

—De todos modos, puede que pareciera que me marché sin más para vivir mi vida, con toda la despreocupación del mundo, mientras tu vida y la de tu hermano quedaban destrozadas para siempre. Pero no fue así. He pensado en ello casi todos los días desde que sucedió. Y lo siento. Daría cualquier cosa por cambiar el pasado, pero dado que no es posible, quiero asegurarte que no lo voy a empeorar interponiéndome en tu camino o molestandote a ti, o a tu familia, ahora que trabajo por aquí. ¿De acuerdo?

Jada parpadeó varias veces en un intento de contener las lágrimas que de repente anegaban sus ojos, pero no sirvió de nada. Enseguida las sintió saltar de sus pestañas y correr por sus mejillas.

Cuando Maddox se dio cuenta, el color abandonó su rostro.

—No debería haber venido. No era mi intención disgustarte. Lo siento. Solo quería decirte eso. Te dejaré en paz —concluyó mientras se apresuraba a salir de la tienda sin darle a ella la oportunidad de decir nada.

Jada quería correr tras él. Rodeó el mostrador antes de darse cuenta de que no podía dejar la tienda desatendida. Primero tenía que cerrar y, para entonces, él ya se habría ido, o estaría tan lejos que correr tras él sería todo un espectáculo. A su madre no le iba a hacer ninguna gracia que cerrara en horario comercial, eso para empezar, pero ¿cerrar para hablar con Maddox?

Evangeline podría verla hablar con él y contárselo a Susan, y Jada sabía muy bien lo que podría pasar. Después de que Susan hubiera averiguado que Maddox estaba en la ciudad, Jada quiso contárselo también a Atticus, acabar con ello para que todos lo supieran y pudieran enfrentarse a la realidad. Pero su madre había insistido en que cualquier recordatorio de aquella noche haría que su hermano cayera en una profunda depresión. Cuando ella insistió en que Atticus iba a terminar por descubrirlo de todos modos, Susan había dicho que ya buscaría el mejor momento para contárselo ella misma. Y, por el modo en que se comportaba Atticus, al parecer ese momento aún no había llegado.

Jada se dirigió de nuevo hacia la parte trasera. Necesitaba unos momentos para recuperarse antes de terminar de cerrar. Pero antes de haber alcanzado siquiera el pequeño aseo y sonarse la nariz, volvió a sonar la campanilla sobre la puerta de la calle.

Cerró los ojos con fuerza e intentó armarse de valor para fingir que no había sucedido nada. No le apetecía enfrentarse a ningún cliente en esos momentos.

Además, ya era hora de cerrar y estaba ansiosa por terminar la jornada.

Sin embargo, no era ningún cliente sino Tiffany, que había decidido que esa noche iban a salir, aunque tuvieran que conducir hasta Santa Barbara para que Jada se sintiera segura.

—¿Jada? ¿Era ese quien yo creo que era? —gritó al entrar.

Jada sorbió por la nariz y se secó las lágrimas de las mejillas con las manos antes de volver a la tienda.

—¡Dios mío! —exclamó Tiffany tras echarle un vistazo—. Sí que era Maddox el tipo al que he adelantado en la calle.

Jada asintió. Desde la noche en que Atticus había recibido el disparo, había reprimido muchos sentimientos. Había tenido que hacerlo por el bien de su hermano, él era lo único que importaba y había que ayudarlo a superar las muchas operaciones y convalecencias. Durante todo ese tiempo, ella se había sentido responsable por lo sucedido. Además, se había sometido de inmediato a los deseos de sus padres, aceptando su ira y castigos por su desobediencia. En cierto modo, suponía castigarse a sí misma también, al cortar todo contacto con Maddox.

Y verlo allí había hecho que todo volviera, el dolor, la ira y el miedo.

–Sí.

–¿Ha entrado aquí?

–Solo un segundo.

–¿Y qué dijo? –su amiga entornó los ojos–. No sabrá nada sobre Maya...

–No –el corazón de Jada galopaba mientras pensaba en cómo se sentiría Maddox si llegara a descubrirlo.

–¿Y para qué ha venido? ¿Se ha portado como un capullo? ¿Te ha herido los sentimientos?

La rápida sucesión de preguntas fue como una ráfaga de disparos, a pesar de que Tiffany estaba claramente posicionada a su favor. Jada se sentía muy emotiva, eso era todo.

–No hizo nada malo, Tiff.

–¡Venir aquí ya ha sido malo! ¿En qué estaba pensando? ¡Por fuerza tiene que saber cómo se siente tu familia!

–Por favor... cálmate. Vino para decir que lo sentía. ¿Tan malo es eso?

–De modo que así están las cosas –observó Tiffany mientras fruncía los labios.

–No sé de qué me estás hablando.

–Te sientes mal por él.

–Pues claro que me siento mal por él. Aquella noche no ganó nadie.

–Aun así, debería haberlo dejado estar. Entrar aquí... tiene que haberte resultado incómodo.

–Y para él también debió serlo. Debe pensar que lo odio, que todo el mundo en Silver Springs lo odia. Deberías haber visto su cara cuando... cuando no fui capaz de decir nada. Me miró como si lo hubiese abofeteado.

–¿Y qué esperaba?

–No lo sé. Pero independientemente de lo que digan los demás de él, ha demostrado tener coraje.

–Nunca fue un cobarde.

–Eso es cierto.

–¿Por qué crees que ha regresado a Silver Springs? –preguntó Tiffany.

–Ya lo sabes.

–Podría haber conseguido un trabajo en cualquier otro sitio.

–No es fácil negarle algo a Aiyana.

–Cierto. Nadie quiere decepcionarla. Creo que por eso tiene tanto éxito con sus «chicos», como ella los llama. Los quiere hasta que consigue que ellos la quieran, y terminan por comportarse bien para no defraudarla.

Hacía ya varios minutos que se había marchado Maddox y Jada dudaba que fuera a regresar jamás. De algún modo, eso le puso tan triste como todo lo demás.

Tiffany la observaba mientras se volvía a enjugar una lágrima con la mano.

–Déjame adivinar. Esta noche no te apetece salir.

–No. Lo siento.

–No pasa nada. Tuviste que pasar por mucho, yo tampoco lo he olvidado.

–Gracias. ¿Te importa si paramos en la tienda a comprar algo de helado y luego vemos una película en tu casa en lugar de ir a Santa Barbara?

–No, claro que no. ¿Quieres que pasemos por tu casa para que te pongas algo más cómodo, o te presto unos pantalones de chándal míos?

–Prefiero que me prestes uno de tus pantalones –Jada no tenía ganas de ver a su madre o a Atticus. Necesitaba un respiro. Estar casada con un hombre al que no amaba le había parecido

complicado, pero vivir con su madre y con su hermano empezaba a lograr que un matrimonio sin amor pareciera sencillo.

Tiffany la ayudó a terminar de limpiar la tienda para que pudieran apagar las luces y cerrar la puerta. Después, y cuando estaban a punto de salir por la puerta trasera que daba al callejón, agarró a su amiga del brazo.

—¿Crees que alguna vez le hablarás a Maya de su padre?

Jada hizo frente al habitual ataque de culpabilidad que sentía por mentir a su hija, sobre todo por haberlo hecho durante tanto tiempo. Siempre había tenido la intención de contarle la verdad algún día, cuando sintiera que Maya era lo bastante mayor como para entenderlo y tomar la mejor decisión en cuanto a su padre. Pero en esos momentos no podía contárselo, no mientras vivieran en Silver Springs. Su madre se pondría furiosa, y Maddox podría estarlo más todavía. ¿Qué pasaría si reclamaba sus derechos parentales aunque no fuera lo mejor para Maya?

¿O sí sería lo mejor para Maya?

—Esa es una pregunta muy difícil.

—En algún momento va a empezar a hacer preguntas, ¿no crees?

—Ya las ha estado haciendo. Me ha preguntado su nombre, adónde podría haberse trasladado su familia. Espera tener abuelos, y quizás tíos y tías a los que aún no conozca. Traerla aquí ha reavivado su interés. Eso, y el que ya no tenga la sensación de serle desleal a Eric por intentar obtener esa información. Últimamente me ha estado dando la lata para que le enseñe una foto.

—¡Pero no puedes darle una foto suya! —Tiffany la miró con ojos espantados.

—Ahora ya no. Si aún viviésemos en Los Ángeles, podría haberlo hecho.

—¿Tienes alguna?

La tenía. Una foto que mantenía bien escondida.

—Sí —sin decir más, Jada empujó la puerta para salir, pero titubeó en el último instante—. ¿Crees que estoy haciendo lo correcto?

—No tengo ni idea —Tiffany sacudió la cabeza—. No me gustaría que descubriera que su padre no solo está vivo, sino que vive en la misma ciudad que ella, y que luego se enfadara contigo por no contárselo. Pero... la situación es tan inusual que no sabría qué hacer en tu lugar, de modo que tampoco te culpo por ello. No me gustaría darte un consejo equivocado.

—Cuando estaba embarazada me diste el mejor consejo que ha dado nadie nunca. Espero que seas consciente de ello.

—Necesitabas a alguien con quien hablar.

—No, lo digo en serio. De no ser por ti a lo mejor no me habría quedado con ella. Estaba tan asustada de vivir por mi cuenta y por enfadar y decepcionar a mis padres, que me presionaban tanto... cuando pienso en lo cerca que estuve, siento náuseas.

—Has pagado un precio muy alto por quedarte con ella.

—Ella lo es todo para mí —los ojos de Jada volvieron a anegarse en lágrimas—, ningún precio es demasiado alto.

—Hola, soy yo.

Maddox se cambió el teléfono de oreja en cuanto oyó la profunda y prometedoramente íntima voz que envolvía la dulce voz. Tras pasar varias horas agonizando por la visita a la tienda de galletas, incapaz de borrar de su mente la expresión de aflicción dibujada en el rostro de Jada, por fin se había logrado dormir. Pero la botella de whisky que había estado bebiendo, y el vaso medio

vacío, seguían en la mesilla de noche, la televisión encendida a todo volumen en la pared de enfrente, y se sentía algo achispado. De lo contrario, habría podido superar el impulso de contestar la llamada. Había visto el nombre en la pantalla, y sabía que era Paris.

También se figuraba cómo se desarrollaría la llamada. Por eso la había estado evitando desde la última vez que habían hablado. Maddox le había dicho que no quería que fuera a Silver Springs, que lo suyo había terminado y que dejara de poner las cosas más difíciles intentando convencerle para que volviera con ella. Pero desde hacía semanas su única compañía por las noches era un viejo agricultor de setenta y siete años que se iba a la cama a las diez de la noche.

—¿Qué hay? —buscó el mando, que había caído sobre la cama, para poder apagar, o al menos bajar el volumen del televisor.

—No podía dormir, no podía dejar de pensar en ti y... no sé. Necesitaba oír tu voz.

Maddox encontró el mando y pulsó el botón «mute».

—Paris, sabes que esto solo hará que sea todo más difícil.

—¡No puede ponerse más difícil! Lo difícil es vivir sin ti, no oírte llamarme por mi nombre —la voz de Paris se convirtió en un susurro entrecortado—. Lo difícil es no sentirte dentro de mí por las noches.

La empresaria de Maddox se tensó en una respuesta automática. No estaba enamorado de Paris, pero hacía mucho que no había estado con una mujer. Echaba de menos el acceso inmediato al sexo, había intentado que el aspecto físico bastara cuando estaban juntos, pero al final había comprendido que sería una estupidez comprometerse con ella cuando lo único que le satisfacía era un aspecto de la relación. París era, en general, una chica agradable. Quizás un poco demasiado emotiva, pegajosa, celosa e insegura. Siempre lograba ponerle de los nervios hasta el punto de hacerle inventarse una excusa para marcharse de casa, porque necesitaba un respiro.

En su opinión, así no deberían ser las cosas entre dos personas. Y si no podía amarla como ella se merecía, debía dejarla marchar para que encontrara a otro capaz de hacerlo. Intentaba hacerle un favor, hacérselo a los dos, aunque, en cierto modo, lo más cómodo sería continuar con lo conocido. Si seguía su camino, a lo mejor él también encontraría algún día a alguien, alguien que no le pusiera de los nervios.

Era evidente que debería mantenerse firme. Y no le resultaba difícil, sobre todo durante el día, pero por la noche no era lo mismo, sobre todo en momentos como ese, cuando había bebido demasiado y echaba de menos el desahogo físico que ella le solía proporcionar.

—No podría hacerte feliz y lo mejor sería que ambos encontrásemos a otra persona.

—Yo no quiero encontrar a otra persona. Jamás habrá nadie como tú. ¿Cómo va a ser una equivocación que volvamos a estar juntos? ¡Maddox, te amo!

Él apretó los ojos y recostó la cabeza sobre la almohada.

—Me estoy tocando —continuó ella—, pensando en ti. Pensando en cómo besas mis pechos, en cómo me besas.

No era la primera vez que practicaban sexo telefónico, de modo que ella sabía lo vulnerable que era él al respecto. Después de vivir juntos durante dos años, se sentían cómodos en ese aspecto. Él también se había acostumbrado a cierta actividad sexual, y tener que cortarla de golpe no le había resultado fácil. No había salido con otras chicas, estaba viviendo en un sitio nuevo y esa noche era la primera vez que salía.

Maddox sintió la tentación de permitir que su mano se deslizara bajo las mantas, de hacer lo necesario para aliviar la decepción y frustración que sentía.

—Estoy muy mojada —continuó susurrando ella mientras empezaba a jadear por teléfono.

Él se imaginaba sin dificultad lo que estaría haciendo Paris. Y su cuerpo respondió excitándose un poco más.

Pero entonces recordó lo poco que había tardado en hablarle de trasladarse ella también a Silver Springs tras la última vez que se había permitido caer en una conversación telefónica como esa.

–¿Quieres tocarme? –preguntó ella–. ¿O estás pensando en mí tocándote a ti? Ojalá estuviera allí, quiero tomarte con mi boca.

Maddox respiró entrecortadamente. Se sentía tan condenadamente solo en Silver Springs. Sería tan fácil tomar lo que ella le ofrecía. Pero, si lo hacía, terminaría manteniendo la misma relación que había estado intentando acabar, una relación que sabía que no iba a funcionar.

–¡Maddox! –gimió ella–. ¡Dios, cómo me gustaría sentirte empujando dentro de mí!

Él también gruñó, porque intentaba con todas sus fuerzas recuperar el control de su cuerpo y su mente.

–Es tarde. Tengo que irme –anunció mientras colgaba antes de que ella pudiera responder.

Lo había hecho. A pesar del tiempo que hacía que no conseguía una liberación sexual, había ganado ese asalto. Sintió un instante de alivio, quizás incluso cierto orgullo por haber logrado hacer lo que sentía debía hacer. Pero incluso después de haber colgado, permaneció tieso como una tabla, todos los músculos tensos.

–¡Maldita sea! –intentó relajarse, pensar en cualquier cosa que no fuera sexo, pero no sirvió de nada, porque Jada no paraba de aparecer en su mente. Pensó en cómo solía ser entre ellos, cómo se habían sentido naturalmente atraídos el uno hacia el otro, tan enamorados que el mero hecho de estar juntos era casi tan bueno como practicar sexo.

Casi, aunque no lo mismo. Había estado con otras chicas, incluso a los diecisiete años. Su hermano y él se habían iniciado en ese mundo a una edad muy temprana. A los doce años, una amiga de su madre, la «tía Liz», había entrado en su cuarto por la noche. Y ese mismo año, su hermano y él habían entrado en casa un día y habían encontrado a su madre haciéndole una mamada a un tipo al que nunca habían visto.

Al final dejó que su mano se deslizara bajo las mantas, pero no fue con Paris con quien se imaginó haciendo el amor. Fue con la versión adulta de Jada que había visto esa noche en la tienda de galletas, y el encuentro que se imaginó fue muy distinto al real. Después de entrar en la tienda, ella lo miraba con esos ojos tan llenos de sentimiento, sonreía y se echaba en sus brazos como si todo estuviese perdonado, como si todo hubiese quedado atrás. Solo permanecieron los recuerdos y sentimientos positivos, incluido el deseo.

–De todas las cosas malas que han sucedido en mi vida, perderte ha sido la peor –le dijo, lo cual era cierto, y soñó que ella lo arrastraba a la parte trasera de la tienda mientras le desabrochaba los pantalones.

Capítulo 7

Jada despertó con dolor de cabeza. Beber no le sentaba bien y normalmente lo evitaba, pero la noche anterior había necesitado un respiro de todo lo que le estaba sucediendo. Tenía muchas decisiones difíciles que tomar, y las más difíciles tenían que ver con Maya. Tenía que contarle la verdad, aplazarlo resultaba cada vez más complicado, obligándola a tejer más mentiras para tapar las que ya había dicho. Odiaba tener que hacerlo, pero, llegados a ese punto, si le contaba a Maya quién era su padre la arrojaría de golpe en sus brazos. ¿Y si su hija decidía que quería que formara parte de su vida? ¿Y si se enfadaba tanto con ella al saber que su padre no había muerto en un accidente de moto que decidía irse a vivir con él?

El matrimonio de Jada había fracasado. Toda su familia estaba jodida por lo que había hecho trece años atrás llevándose a Atticus a esa fiesta. Y, de repente, su padre había muerto sin que hubiera podido hacer las paces con él. Ya había tenido suficientes fracasos y no quería destrozar lo único bueno que tenía, su maravillosa hija. No le gustaba la idea de que Maya estuviera cerca de Tobias cuando este saliera de prisión, ni que tuviera nada que ver con la madre de Maddox. Había oído suficiente de Jill para comprender que esa mujer tenía problemas muy serios. Ningún niño debería tener acceso a lo que habían visto Maddox y su hermano de pequeños. Lo cierto era que ni siquiera estaba segura de que Maddox fuera bueno para Maya. A saber cómo se había vuelto con los años. Aiyana parecía confiar en él, parecía que Maddox le gustaba, pero Aiyana tenía la costumbre de ver lo bueno en todo el mundo.

–Desde luego bebimos demasiado anoche –afirmó Tiffany mientras se arrastraba fuera del dormitorio y entornaba los ojos ante la luz del sol que entraba por las ventanas.

Jada se desembarazó de una patada de las mantas con las que se había tapado en el sofá. La casa de Tiffany era una antigua granja muy bien situada a una manzana de la tienda de alimentos naturales que había en un extremo de la ciudad. Sin embargo era muy pequeña, apenas setenta y cuatro metros cuadrados distribuidos en tres habitaciones: salón–cocina, dormitorio y cuarto de baño. De modo que cuando Jada se quedaba a dormir, lo hacía en el sofá.

–Deberíamos haber parado después de la primera botella. Intenté decírtelo.

–Bueno –Tiffany rio por lo bajo–, fue divertido mientras duró –insistió mientras se acercaba a la encimera de la cocina para preparar café.

–Hazlo bien fuerte. Ahora mismo me inyectaría la cafeína en vena.

–Yo también –Tiffany consultó la hora en el reloj de pared sobre el fregadero. Eran casi las nueve de la mañana–. ¿No vais Atticus y tú hoy al mercado de productores locales?

–No, anoche le envié un mensaje para decirle que ya iremos la semana que viene.

–Muy inteligente por tu parte –mientras esperaban a que el café estuviera listo, Tiffany desanduvo el camino con mucha prudencia y se dejó caer en el sillón junto al sofá–. ¿Qué tal has dormido?

–Como un tronco, gracias. ¿Y tú?

–Ni siquiera me he movido. Supongo que sabes que hoy es el Cuatro de Julio, ¿verdad?

–Sabía que faltaba poco, pero anoche digamos que perdí la cuenta.

–¿No oíste a mis vecinos lanzando petardos en mitad de la noche?

–Seguramente pensé que se trataba de mi imaginación.

–¿Te tomarás el día libre o tienes que trabajar? –Tiffany rio.

–Tengo que trabajar, por lo menos hasta que me lleve a Maya al parque para ver los fuegos artificiales. Voy muy atrasada con mi trabajo –se mesó los cabellos con los dedos–. Temo que voy a perder al resto de mis clientes, Tiff. No puedo mantenerme al día, no teniendo que ayudar en la tienda a diario.

–Vas a tener que hablarlo con tu madre.

–Pero entonces intentará arreglárselas ella sola, y no está lo bastante bien como para hacer eso.

–Podría ayudarla Atticus.

–Tiene miedo de pedirle demasiado.

–Como madre debe ser difícil decidir entre presionarlo o dejarle vivir a su aire –Tiffany frunció los labios.

–Tiene que presionarlo, él es muy capaz. Si puede hacer todo aquello que le apetece hacer, entonces también puede trabajar.

–Supongo –Tiffany cerró los ojos y se frotó las sienes–. ¿Vas a hablar con ella entonces?

–Sí, pero ahora no es un buen momento. Con Maddox de vuelta en la ciudad, bastante tengo con mantener las emociones en equilibrio.

–Y eso significa que vas a seguir ocupándote de tu trabajo y también del de tu madre –su amiga se levantó para servir el café.

–Sí –Jada sintió una punzada de culpabilidad por haber bebido tanto y luego quedarse dormida hasta tarde–. Me toca relevarla hacia las dos.

–¿Qué planes tiene Maya para hoy? –Tiffany sacó las tazas del armario y cerró de un portazo.

–Ha pasado la noche en casa de Annie, pero me envió un mensaje antes de irse a dormir para decirme que irá a echarme una mano en la tienda.

–No es por cambiar de tema, pero ¿cuándo va a decirle tu madre a Atticus que Maddox ha vuelto?

–Eso me gustaría saber a mí también.

–A lo mejor deberías decírselo tú.

Jada se rascó la cabeza. A su madre no le gustaría que ella se entrometiera, pero empezaba a pensar igual que su amiga. Era ella la que lo había llevado a la fiesta aquella noche. Quizás debería ser ella también la que le explicara los sucesos más recientes.

–Lo estoy pensando.

–En mi opinión, lo mejor sería terminar con esto cuanto antes –Tiffany le pasó una taza de café–. Tengo que hacer unos cuantos recados, pero me preguntaba si podríamos hablar un minuto, antes de tomarnos el café y salir pitando.

El tono de voz de su amiga, y su actitud, sugerían que estaba a punto de abordar un tema complicado, pero ¿qué podía haber más complicado que los problemas de los que ya habían hablado?

–Claro.

–No sé muy bien cómo decir esto, porque no quiero que pienses que no hago más que complicarlo todo aún más, o que no me importa tu hermano, porque sí me importa.

–De acuerdo... –Jada dejó la taza de café sobre la mesita.

–Discúlpame, pero cuando Tobias disparó a Atticus, no tenía más que dieciséis años.

–Sí. Eso lo sabe todo el mundo.

–Y estaba en plena alucinación.

–Eso dijo durante el juicio.

–Yo también estuve en esa fiesta.

–No estoy negando que estuviera colocado.

–Y sin embargo lo juzgaron como a un adulto y lo condenaron a una pena casi tan larga como la edad que tenía.

–Hizo algo en prisión que alargó su condena. No sabemos qué fue.

–Y tampoco sabemos por qué lo hizo, de modo que no creo que podamos juzgarlo por el hecho de que su condena fuera prolongada.

Jada tomó de nuevo la taza de café con la esperanza de que le calentara las manos. De repente, los dedos se le habían quedado como bloques de hielo, a pesar de que en casa de Tiffany no hacía frío.

–¿Y exactamente qué quieres decir con eso?

–Quiero decir que ha pagado un alto precio por sus acciones.

Jada lo entendía, pero la lealtad le obligó a ponerse a la defensiva.

–No tan alto como mi hermano.

–No, pero hacer algo tan horrible y tener que vivir con ello ya deber ser el peor castigo posible, al menos lo sería para mí. Puede que salga de la cárcel, pero jamás se librará de eso.

Jada tuvo que admitir que estaba de acuerdo con su amiga. Se sentía fatal por haber llevado a Atticus a aquella fiesta, y entendía muy bien cómo esa clase de remordimiento podía corroer a una persona.

–¿Adónde quieres llegar?

–Me gustaría escribirle –Tiffany se mordió el labio.

–¿A Tobias? ¿Por qué?

–Pues para... no sé... para decirle que sé que no tenía intención de hacer lo que hizo, que aunque te quiero, a ti y a Atticus, no lo odio a él.

–¿Le has escrito alguna vez? –Jada se irguió e intentó descifrar la expresión de su amiga.

–No. Lo he pensado, muchas veces, pero cada vez que tomo una hoja de papel, empiezo a sentir que te estoy traicionando a ti, y a tu familia, y decido no hacerlo.

Jada contempló fijamente la taza de café.

–¿Qué piensas? –preguntó Tiffany.

–Agradezco tu consideración, sobre todo porque sabes lo de Maya y, si alguna vez contaras algo, destrozarías mi vida.

–Si esa es tu mayor preocupación, puedes estar tranquila. Yo jamás se lo contaré a nadie.

–¿Y qué esperas lograr poniéndote en contacto con Tobias? –Jada levantó la vista—. Supongo que no estarás intentando reavivar una relación con él ahora que va a salir de la cárcel...

–¿Claro que no! –Tiffany frunció el ceño—. No he hablado con él en trece años. No tengo ni idea de en qué clase de hombre se habrá convertido, pero sí sé que tuvo una infancia difícil, que se metió en drogas antes de ser lo bastante mayor para comprender las consecuencias, y que hizo algo terrible, por lo que ha estado en prisión durante mucho tiempo. Atticus os tiene a ti y a tu madre, y también tuvo a tu padre hasta que fue plenamente adulto. Tú te pegaste a él, y sigues haciendo todo lo que puedes por ayudar. ¿A quién ha tenido Tobias durante todo este tiempo? Solo

a Maddox, que tenía casi la misma edad que él y no podía hacer gran cosa por ayudar. Es muy triste, y hace que sienta ganas de ser amable con él... Pero no lo haré si eso te disgusta.

–No es que me moleste que seas amable –Jada tomó un pequeño sorbo de café–. Es que... no me gustaría que tu amabilidad lo trajera de vuelta a Silver Springs. Ya es bastante duro tener aquí a Maddox.

–No le diría nada que lo animara a regresar.

El hecho de que Maddox le hubiera pedido perdón le hacía pensar a Jada que su hermano también podría sufrir remordimientos, lo cual dificultaría mucho negarle cualquier amistad que pudiera recibir.

–Es lo que haría Aiyana, ¿verdad? –preguntó Tiffany.

Así era. Aiyana era una santa, pero ¿tenía razón siempre?

–Llamar su atención es arriesgado. Puede que no lamente tanto lo que hizo. Puede que ni siquiera le importe. O puede que me culpe a mí o a mi familia, aunque fue él quien disparó. Incluso podría ser peligroso para ti. ¿Y si toma tu carta por un gesto romántico y aparece por tu casa?

–Tampoco creo que se haya convertido en un monstruo, aunque desde luego ya no será el chico que solía ser. Era un poco tosco, incluso asilvestrado, pero también más grande que la vida, y tenía un buen corazón.

–De modo que quieres correr el riesgo.

–Estoy hablando de una carta, solo para que el mundo exterior le resulte algo más amistoso después de todo lo que ha sufrido. No debe resultar sencillo salir después de tanto tiempo.

Jada se mordisqueó el labio inferior como si estuviera reflexionando.

–Da igual –insistió Tiffany–. Si no quieres que lo haga, no lo haré.

–No. Tienes razón –Jada se terminó el café y se levantó–. Debemos hacer todo lo que podamos por ayudarlo a superarlo, aunque solo sea por si acaso y por si, muy en el fondo, resulta ser un buen tipo. Lo sucedido aquella noche ya ha causado bastante daño.

–¿Lo dices en serio? –Tiffany también se puso de pie–. ¿No te importa?

–¿Me lo contarás si te responde?

–Por supuesto. Incluso te leeré la carta.

–De acuerdo –quizás así por lo menos sabrían cuándo iban a soltarlo, qué había hecho para alargar la condena y adónde tenía pensado ir. Sería una información de gran utilidad, aunque solo fuera para no vivir con miedo a que hubiese apuñalado a alguien, o peor, mientras había estado encerrado.

Jada enjuagó su taza y dedicó unos minutos a recoger los aperitivos y bebidas que habían tomado la noche anterior.

–Déjalo, ya lo hago yo –su amiga le agarró las manos–. Me preocupas. Estás sometida a mucha presión.

–Era muy consciente de que la crisis a la que tuve que hacer frente iba a perseguirme toda la vida –Jada forzó una tímida sonrisa–. Pero jamás soñé con que fuera a provocar tanto jaleo después de trece años.

–Pase lo que pase, siempre me tendrás a mí –Tiffany la abrazó.

Recibiendo fuerza de ese abrazo, Jada cerró los ojos durante unos instantes.

–Gracias –dijo con total sinceridad.

Sin embargo, a ella quien le preocupaba era Maya. Cuando la verdad saliera a la luz, ¿seguiría conservando el amor y la admiración de su hija?

Tras ver los fuegos artificiales del Cuatro de Julio en el parque con su madre, Maya pidió permiso para volver a dormir en casa de Annie. Jada la dejó ir a casa de su amiga durante una hora, dado que la familia de Annie estaba celebrando su propia fiesta, pero no la dejó quedarse a dormir hasta el domingo. Se acostaron tan tarde que Maya no se despertó hasta pasadas las diez de la mañana siguiente, y aún tuvo que esperar a que Annie se despertara.

–¿Crees que tu madre podrá llevarnos al instituto hoy? –preguntó en cuanto su amiga abrió los ojos.

–A lo mejor –Annie acomodó la almohada. Su voz sonaba grave por el sueño.

–Espero que sí –desde que habían tomado la decisión de acudir al instituto en busca de información, habían intentado conseguirlo.

Adonde sí habían conseguido ir era a la biblioteca. El padre de Annie las había llevado el miércoles anterior, su día de libranza, pero por desgracia habían descubierto que no existía ninguna lista de la gente que vivía en la zona. Y aunque la bibliotecaria fuera mayor y asegurara haber pasado toda su vida en Silver Springs, no recordaba a ningún adolescente llamado Madsen.

–Hubo una tal Linda Madsen que vivió aquí –insistió una y otra vez, como si el apellido importara, cuando no era así.

–¿Se lo pregunto? –sugirió Annie.

Maya agudizó el oído, pendiente de cualquier movimiento en la casa. Al principio no oyó nada, pero al esforzarse un poco más, sí le pareció oír algo de música.

–Si le viene bien. Luego llamaré a mi madre y le diré a qué hora me pasaré por la tienda.

–¿Puedo acompañarte y ayudar en la tienda?

–¡Claro!

–¡Genial! –Annie salió de la cama de un salto.

Mientras corría escaleras abajo, Maya la oía gritar.

–¿Mamá? ¿Mamá, dónde estás?

Tras soltar un gran bostezo, Maya hundió la mano en la mochila que descansaba junto a la cama y sacó el móvil. Su madre se había resistido a comprarle un Smartphone, pues insistía en que era demasiado joven para tener uno. Pero cuando dejaron a Eric, Jada se había sentido tan mal por alejar a su hija de su hogar y sus amigos, que se había derrumbado y le había comprado uno enseguida, de lo cual Maya se había alegrado. Le gustaba tener móvil, y le gustaba vivir en Silver Springs mucho más que no tener móvil y vivir en Los Ángeles.

Comprobó si tenía algún mensaje o llamada de su madre.

Nada. Había un mensaje sin leer, pero era de Eric. Curioso, ya que la única vez que habían «hablado», había sido justo después de que su madre y ella se marcharan, cuando ella le había escrito para decirle que le iba a mandar un viejo jersey que quería devolverle al entrenador de la escuela. Él le había confirmado que se ocuparía de ello, y eso había sido todo. Siempre le había resultado un poco raro lo rápido que se había disuelto la relación padre/hija, lo sencillo que había resultado, como si desde el principio hubiese sido algo ficticio.

Eric: ¿Cómo estás? ¿Cómo está tu madre?

Maya frunció el ceño al leer el mensaje. ¿Acaso le importaba siquiera? A ella le había parecido más aliviado que disgustado cuando se habían marchado. Le había oído decirle a su madre que le gustaba demasiado estar solo como para ser un buen marido. En cualquier caso, su madre no parecía haberle pedido demasiado, solo que dejara de beber todo el tiempo, que estuviera en casa

de vez en cuando y que mostrara un poco de interés por su familia.

Estupendamente.

Maya envió el mensaje y contuvo la respiración al comprobar que le estaba respondiendo.

Eric: ¿Te gusta Silver Springs?

Ella miró hacia la puerta, pero no oyó pisadas, de modo que Annie no parecía a punto de regresar.

Maya: Sí. Y le hacemos mucha falta a la abuela. Está enferma muy a menudo.

Aguardó unos segundos por si él tenía intención de añadir algo. No quería que Eric empezara a ser amable de repente. Temía que su madre se sintiera tentada a regresar con él. No era fácil vivir con la abuela y el tío Atticus, ya que la abuela tenía que mandar en todo y se comportaba como si siempre estuviera enfadada con Jada, pero no era tan malo como el ambiente en el que habían vivido con Eric. Por lo menos Jada no se levantaba con los ojos hinchados cada mañana, como si se hubiese pasado la noche llorando.

Eric: Me alegra que estés contenta.

Maya: Gracias.

Por fin oyó las pisadas de Annie, que regresaba a la habitación, y tras echar un último vistazo al móvil, y comprobar que Eric no parecía querer añadir nada más, lo dejó a un lado.

–¿Qué pasa? –preguntó en cuanto vio entrar a su amiga haciendo un mohín con los labios.

–Mi madre dice que no tiene tiempo de llevarnos hoy al instituto. Tiene que ayudar a Aiyana Turner en New Horizons.

Maya recordaba bien a la mujer bajita, nativa americana, que había entrado en la tienda y comprado una docena de galletas unas semanas atrás.

–¿Ayudarla en qué? ¿Otro acto benéfico?

El padre de Annie ganaba lo suficiente como para que su madre no necesitara trabajar, pero siempre estaba ocupada ayudando a alguna amiga, realizando alguna labor benéfica, o en un colegio.

–No, va a montar la sala de música en la nueva sección para chicas.

–¿Montarla cómo?

–Organizando los instrumentos y comprobando si hace falta encargar alguno más, esas cosas. También quiere pintar notas musicales en la pared.

–Sabía que tu madre había sido la cantante vocalista en un grupo, pero no que supiera pintar.

–Mamá es capaz de cualquier cosa.

Maya no lo dudó ni un instante.

–Entonces, ¿por qué estás tan triste?

–Porque no podré ir al instituto, ni a la tienda, contigo. Tengo que ir con ella para ayudarla.

–¡Mierda! –Maya frunció el ceño–. Me hacía mucha ilusión.

–A mí también.

–¿A qué hora te vas? ¿Llamo a mi madre para que venga a buscarme?

–Supongo... a no ser que quieras acompañarnos a New Horizons –Annie le dedicó una mirada suplicante–. Mamá dice que tú también puedes venir.

Aunque había oído hablar de New Horizons, ella nunca había estado en esa escuela.

–¿Por qué no? Ya ayudaré en la tienda de galletas otro día. Tenemos todo el verano.

–¡Eso es verdad! ¡Ven conmigo!

–De acuerdo –Maya asintió–. Voy a mandarle un mensaje a mi madre.

Jada dio un respingo al leer el mensaje de Maya.

–¿Qué sucede? –preguntó Atticus, sentado a la mesa del desayuno.

No era Jada la que había preparado el desayuno, había sacado a su hermano de la cama para que él le preparara el desayuno a ella. No podía mimarlo como lo hacía su madre porque entonces jamás haría nada.

–Nada –contestó mientras soltaba el móvil sin contestar y tragaba nerviosamente.

–Por tu expresión sé que algo te ha disgustado. ¿Qué es?

Su hermano le sorprendió agarrando el móvil y, dado que acababa de soltarlo, todavía no había funcionado el mecanismo de apagado automático. Atticus frunció el ceño al leer el mensaje.

–De modo que quiere ir a ayudar a New Horizons. ¿Por qué has palidecido al leerlo?

–No he palidecido. Es que... –Jada se levantó y arrancó el teléfono de manos de su hermano–, es que hoy necesitaba que me ayudara en la tienda, eso es todo.

–¿Tan ocupados estamos que no puedes ocuparte tú sola?

Ella lo fulminó con la mirada ante el sarcasmo en sus palabras.

–Ojalá fuera así –añadió él–. A lo mejor así mamá se relajaría.

–A lo mejor se relajaría si consiguieras un empleo –espetó Jada antes de poder taparse la boca con la mano.

Había tenido intención de hablar con su hermano sobre la posibilidad de que fuera más productivo, de que intentara contribuir con algo, pero su intención no había sido soltarlo de ese modo. La presión a la que estaba sometida le había hecho comportarse así.

–¿Me estás hablando en serio? –Atticus la miró boquiabierto.

Consciente de que su hija aguardaba una respuesta, Jada paseó la mirada entre el móvil y la expresión iracunda y espantada de su hermano.

–Totalmente en serio –contestó–. ¿Cuándo piensas hacerlo?

–¿Quién va a querer contratarme? –gritó él.

–Podría haber un montón de gente.

–Sí claro. Harán cola ante la puerta.

–Atticus, hay muchas cosas que aún puedes hacer.

–¿Para qué? ¿Para ganar el salario mínimo?

–¿Por qué no? ¿No empieza la mayoría de la gente así cuando consigue su primer empleo? ¿Por qué ibas a ser tú diferente?

–¡No me lo puedo creer! Que tú, precisamente tú, arremetas contra mí.

Claro, porque era culpa suya que estuviera en una silla de ruedas. Jada leyó perfectamente entre líneas, y le hizo mucho daño. ¿Cuánto tiempo más iba a tener que seguir intentando expiar su culpa? No podía cambiar el pasado, no podía cambiar la realidad. Solo podía intentar construir un camino hacia delante, y necesitaba que su hermano soportara todo el peso que pudiera para que ese camino fuera factible para ella y su madre.

–Hago todo lo que puedo –contestó–. Lo único que te estoy diciendo es que me vendría bien tu ayuda.

–¿De modo que debería salir ahí fuera a intentar conseguir trabajo en algún garito de comida rápida en el que no podré maniobrar con la silla, ni moverme en el estrecho espacio en el que cocinan? ¿O debería solicitar empleo para dar la bienvenida a los discapacitados en el Walmart más cercano?

–Sea cual sea el empleo, no habrá motivo alguno para avergonzarse de él. ¡Por lo menos no

desperdiciarás tu vida jugando a videojuegos! Ya es hora de que madures, Atticus. Ya no eres un niño.

Ambos temblaban de rabia. Jada se preguntó si no se habría pasado de la raya justo cuando había decidido dejarlo en paz por el momento.

Le aterrorizaba la idea de que su hermano terminara odiándola, y que su madre volviera a culparla por haber destrozado su vida una vez más. Pero no veía mejor alternativa que la de empujarlo a intentar mejorar su vida, y de paso ayudar a los demás. Compadecerse de él hasta el punto de no exigirle nada no iba a hacerle feliz.

—¡Qué valor tienes! —espetó él mientras lanzaba la cuchara contra la pared, donde dejó una pequeña marca antes de caer al suelo y él abandonaba la cocina, sin tomarse la gachas de avena, para dirigirse a su habitación.

El portazo coincidió con la llamada telefónica. Jada no había contestado al mensaje de su hija, de modo que Maya llamaba para pedir permiso.

Con los ojos llenos de lágrimas contempló la imagen de Maya en la pantalla. Se había metido en un lío. ¿Qué iba a hacer?

Dado que no confiaba en su voz, dejó que la llamada cayera en el buzón de voz para poder contestar con un mensaje. Pero Maya volvió a llamar antes de que ella pudiera terminar y enviar el texto.

En esa ocasión, Jada contestó a la primera.

—No, no puedes ir a New Horizons —anunció sin preámbulo—. Voy a recogerte ahora mismo.

—¡Pero si ni siquiera te lo he preguntado! —exclamó la niña, visiblemente ofendida por el tono brusco de su madre.

—He recibido tu mensaje.

—No me respondiste.

—Intentaba hacerlo ahora.

—Ah. ¿Y por qué no puedo ir?

—Prometiste ayudarme en la tienda —Jada se esforzó por mantener la voz calmada.

—Eso era antes, cuando Annie iba a venir conmigo. Pero ahora tiene que ayudar a su madre a montar la sala de música en New Horizons, esa escuela de las afueras de la ciudad adonde van los chicos malos.

—No todos son malos —le aclaró ella.

—Yo pensaba que era un reformatorio.

—Y lo es. Pero algunos de los chicos se comportan mal solo en determinadas circunstancias o porque... da igual —se sentía a la defensiva por Maddox, que había asistido a esa escuela, pero ¿cómo podía defenderlo después de lo sucedido?—. Hoy no puede ser.

—¿Aunque no tenga nada más que hacer?

La música de Atticus sonaba tan fuerte que hacía temblar las paredes.

—¿Mamá?

Jada percibía la confusión de su hija y procuró comportarse con algo más de calma.

—Es que hoy no es un buen día, cielo. Me vendría bien tu ayuda, ¿de acuerdo?

Maya dudó, como si estuviese a punto de seguir insistiendo, pero algo en la voz de su madre debió hacerle cambiar de idea.

—¿Es por Eric? ¿Te ha llamado?

¿Su exmarido? A Jada le parecía casi irónico que ese hombre hubiese sido una fuente de infelicidad para ella. Desde su separación, apenas había pensado en él.

–No. ¿Por qué?

De nuevo una pausa.

–¿Maya?

–Por nada.

–Voy para allá –sin terminar el desayuno, Jada se levantó y agarró el bolso con las llaves.

–¿Qué es ese ruido que se oye al fondo?

–Imagine Dragons –Jada suspiró profundamente–. Tuve una pequeña discusión con tu tío Atticus.

–Entiendo. Ahora sé por qué estabas de tan mal humor. ¿Qué ha pasado? ¿No quiere ayudar en la tienda?

Jada solo le había confiado a Tiffany su opinión sobre la vida que llevaba Atticus, pero Maya se había dado cuenta, sin oír ni una palabra. Era muy lista. En parte por eso estaba Jada tan asustada. Maya ya no era una niña, y cada vez era más perspicaz.

–No, no nos ayudará.

–¿Y estás segura de que podría hacerlo, mamá?

Las dudas empezaron a acumularse en su interior. ¿Se equivocaba al pensar que tenía razón? No quería creer que había juzgado mal toda la situación, pero también había visto de lo que su hermano era capaz, de lo fuerte que era del tronco superior y cómo era capaz de maniobrar con la silla cuando quería.

–No es ningún inútil –insistió y, tras despedirse de su hija, colgó.

Jada no tenía ni idea de cuánto tardaría su hermano en volver a dirigirle la palabra. Su madre seguramente también se disgustaría por lo que le había dicho, sobre todo si Atticus volvía a caer en una de sus depresiones. Y, de repente, Maya quería ir a New Horizons, donde trabajaba su padre, al que la niña creía muerto.

Sacudió la cabeza y sacó las llaves del bolso. ¿Cómo iba a poder impedir que su vida se descontrolara aún más?

Capítulo 8

Jada sintió la mirada de Maya sobre ella mientras trabajaron juntas en la tienda durante las tres primeras horas. Al relevar a su madre, no había comentado nada sobre la discusión con Atticus. Por un lado, no podía hablar de ello delante de su hija. No quería que a su madre, enfurecida, se le escapara algo inconveniente. Y tampoco quería alterarse tanto cuando tenía que recibir a los clientes como era debido. Supuso que cuando llegara a casa le estaría esperando para darle su merecido, pero por lo menos iba a poder funcionar con cierta normalidad hasta entonces.

Sin embargo, al parecer, no estaba consiguiendo comportarse plenamente con esa normalidad, porque poco después de que su hija saliera a comprar unos sándwiches para la cena, quiso hablar con ella.

–Mamá, ¿vas a disculparte con el tío Atticus?

–Todavía no lo sé. ¿Por qué?

–Porque se nota que sigues disgustada. Llevas todo el día muy callada.

–No es solo por el tío Atticus. Este fin de semana salí con la tía Tiffany y trasnoché demasiado –reprimió un bostezo–. Todavía no me he recuperado.

Una expresión de escepticismo cubrió el rostro de Maya, pero Jada no tuvo oportunidad de tranquilizarla porque en ese momento Tiffany entró en la tienda.

–¡Hola!

Jada no había esperado ver aparecer a su amiga. Sabía que tenía turno de noche en el hospital y seguramente necesitaría irse a su casa para dormir un poco antes.

–¿Qué haces aquí?

–Yo... –la mirada de Tiffany se clavó en Maya–. Estaba por aquí y se me ocurrió entrar a saludar.

–Me alegra que lo hayas hecho –contestó Jada.

Sin embargo, fue evidente que era más que una visita casual cuando, tras charlar sobre el tiempo y las pocas ganas que tenía de trabajar toda la noche, Tiffany le pidió a Maya que se acercara a la tienda a dos manzanas de allí y le comprara un paquete de chicles.

–¡Claro! –Maya, siempre dispuesta a complacer, tomó el dinero y corrió hacia la calle.

–¡Cómprate uno tú también! –gritó Tiffany.

Maya hizo un gesto con la mano, indicando que lo había oído, y la puerta se cerró de golpe.

–¿Qué pasa? –Jada se volvió hacia su amiga–. No es posible que hayas tenido ya noticias de Tobias.

–Claro que no. Ni siquiera he escrito la carta.

–Entonces... ¿qué sucede?

–Acabo de hablar con Maddox.

–¿Qué? –Jada se sujetó al borde del mostrador.

–Ya me has oído. Llamé a New Horizons para conseguir la dirección de Tobias. Sabía que Aiyana la tendría. También quería asegurarme de que ella estuviera de acuerdo con mi idea de escribirle una carta, pero en cuanto le dije quién era y qué quería, me soltó que Maddox estaba allí mismo y que lo mejor sería que hablara con él. Y antes de darme cuenta lo tenía al teléfono. En cuanto oí su voz grave saludándome, le solté a él lo que tenía pensado decirle a Aiyana.

–¿Y cómo se comportó contigo? –preguntó Jada mientras dejaba escapar lentamente el aire de entre sus labios.

–Estuvo... amable.

En la mente de Jada se formó la imagen de Maddox allí de pie, casi en el mismo lugar en el que estaba su amiga. Le había visto tan guapo que el recuerdo casi le encogió el corazón.

–¿Te dijo cuándo van a soltar a Tobias?

–Sí. Esa es la cuestión... saldrá libre el día veinte.

–¿Solo faltan dos semanas!

–Sí. ¿Te lo puedes creer?

–Vaya –Jada miró por la ventana, pendiente también de la puerta por si Maya regresaba sorprendiéndolas–. Pero no va a venir aquí, ¿verdad? Eso no ha cambiado...

–No. Maddox dijo que lo va a llevar directamente a Los Ángeles. Tobias tiene una amiga con la que va a vivir.

Jada tragó con dificultad. Tenía la garganta seca. Al menos esa era una buena noticia.

–¿Y dónde está su madre?

–No lo pregunté. No quería que tuviera la impresión de que la ciudad, o tú, me hubiese mandado husmear.

–¿Mencionó qué hizo Tobias para que su condena fuera alargada?

–No, y tampoco lo pregunté. ¡Estaba tan nerviosa! Solo le dije que quería hacerle saber a Tobias que sé que no tenía intención de hacer lo que hizo y que le deseo todo lo mejor en su nuevo comienzo.

–¿Y cómo reaccionó Maddox?

–Dijo que estaba seguro de que a Tobias le iba a gustar tener noticias mías.

–¿Y ya está?

–Y ya está. Me dijo que me enviaría la dirección, de modo que le di mi número de teléfono. Mientras conducía hacia aquí me llegó el mensaje.

–Si Maddox te ha enviado un mensaje, entonces tú también tienes su número de teléfono.

–Así es –las miradas de ambas amigas se fundieron–. ¿Lo quieres? –preguntó en un susurro.

Jada hubiera deseado tener la fuerza de voluntad para decir que no, pero justificó su debilidad diciéndose a sí misma que quizás algún día le haría falta.

–Sí.

Mientras Tiffany le dictaba el número, Jada introdujo la información en su lista de contactos, pero no se atrevió a guardarlo bajo el nombre de «Maddox». No estaba segura de por qué. No creía que Maya le cotilleara el teléfono y, aunque lo hiciera, no reconocería el nombre de Maddox Richardson.

Aun así, Maya conocía la contraseña de Jada, y su madre y hermano sí sabían quién era Maddox, de modo que se sintió más segura poniendo simplemente «M».

–¿Te pregunto algo sobre mí... o sobre Maya?

–Nada –contestó Tiffany–. Estuvo demasiado correcto para eso. Me dio las gracias y me dijo que si escribía ya mismo a Tobias debería recibir la carta antes de ser puesto en libertad, y eso fue

todo. No me quedó otra que darle también las gracias y colgar.

–¿Y qué opinas?

–¿Sobre Maddox?

–Sí.

–La conversación fue demasiado breve para que me dijera nada.

–Y ahora que sabes que Tobias saldrá tan pronto, ¿sigues teniendo la idea de escribirle?

–Sí. Aunque hoy no. Necesito dormir un poco antes de ir a trabajar. Lo haré mañana por la mañana.

Jada no pudo evitar preguntarse qué pensaría Maddox de la llamada de Tiffany, pero ya no pudieron seguir hablando del tema, pues Maya había regresado.

–Aquí tienes, tía Tiffany –anunció la niña mientras entraba como una exhalación por la puerta.

–Gracias, amor –Tiffany metió el paquete de chicles, que seguramente ni necesitaba ni quería, en el bolso.

Maya hizo una enorme pompa para mostrarle a Tiffany en qué había invertido el dinero que le había dado.

–Gracias –sonrió mientras la pompa estallaba.

–Será mejor que me vaya –anunció Tiffany tras un intercambio de miradas con Jada.

–Gracias por pasarte.

Tiffany echó a andar hacia la puerta, pero Jada la detuvo.

–A lo mejor... a lo mejor cuando le escribas a tu amigo, yo podría añadir algo de mi parte.

–¿Te refieres a incluir una nota dentro de mi carta?

–Lo estoy considerando.

–Estoy segura de que significaría mucho, mucho más que cualquier cosa que yo pueda decirle.

Jada se frotó la frente mientras intentaba decidir. ¿Sería capaz de perdonar a Tobias por haber destrozado tantas vidas? ¿Sería capaz de decirle algo amable?

No lo creía, no cuando seguía sufriendo las consecuencias. No cuando aún había tantas cosas sin resolver. Pero... ¿qué era la vida sin perdón? ¿No era precisamente perdón lo que ansiaba obtener de su madre y su hermano? ¿No era perdón lo que no había conseguido de su padre antes de que muriera?

¿Cómo iba a negarle a alguien lo que tanto necesitaba ella misma?

–Déjame que me lo piense un poco más.

–De acuerdo –contestó Tiffany–. Te llamaré mañana.

–Gracias –Jada asintió.

–¿A quién vas a escribir? –preguntó Maya cuando la puerta se hubo cerrado.

–A nadie –contestó Jada antes de distraer a su hija, pidiéndole que empezara a preparar una nueva hornada de galletas de avena con pepitas de chocolate.

A última hora de la tarde, Jada le dio permiso a Maya para que se fuera a nadar con Annie. Su amiga tenía piscina y, dado que ya habían regresado de New Horizons, no vio ningún problema en que Maya pasara un par de horas en su casa. Además, estaba sumida en sus propias tribulaciones, temiendo volver a su casa para enfrentarse a las consecuencias de haberle dicho a Atticus que buscara un trabajo. Definitivamente no era una buena compañía y le resultaba más fácil trabajar sola. Lo único que debía hacer era sonreír cada vez que entrara algún cliente.

No le hizo falta esperar a llegar a su casa para descubrir si había enfurecido a su madre, pues

Susan irrumpió en la tienda, la expresión totalmente pétrea, a las siete de la tarde, pocos minutos después de que la madre de Annie hubiese recogido a Maya.

—¡Tenías que hacerlo! —exclamó.

Sin duda debía estar hablando de Atticus. Jada deseó que entrara alguien en la tienda, pues no le apetecía mantener esa conversación.

—Lo siento, no pretendía disgustarlo. Pero necesita hacerse responsable. No puede acostumbrarse a no hacer nada, a pensar que es incapaz de trabajar, sobre todo porque no es cierto.

—¿Qué parte de «está tullido», no entiendes? ¿Acaso no te has dado cuenta de lo difícil que le resulta simplemente darse un baño? ¿Conducir? ¿Entrar en lugares que no estén adecuadamente adaptados?

—¡Eso ya lo sé! Pero si se rinde, si acepta no ser nada, no conseguirá nada más. ¡Necesita pelear para obtener más!

—¡Para ti es muy fácil decirlo!

—¡No, no lo es! —Jada clavó las uñas en las palmas de las manos—. ¿Cómo te crees que me siento al ver que mi hermano pequeño es incapaz de utilizar las piernas, y encima saber que la culpa es mía? Ni te imaginas la cantidad de veces que he recordado aquella noche y... —se esforzó por que no se le quebrara la voz—, y he lamentado haberlo llevado a esa fiesta. Pero si queremos recuperarnos alguna vez, cada uno de nosotros, tenemos que mirar al futuro, no al pasado.

—Él jamás va a recuperarse. Ese es el problema.

—Lo que intento decir... es que para que se recupere todo lo posible, debe ser más productivo. Además, desde un punto de vista puramente práctico, necesitas su ayuda.

—¡No me digas lo que yo necesito! Ya lo decidiré por mí misma —contestó su madre mientras se daba media vuelta, dispuesta a marcharse.

—¿Le has hablado de Maddox? —preguntó Jada antes de que se cerrara la puerta.

Susan se detuvo como si estuviese a punto de continuar con la conversación, pero tras una breve pausa, salió de la tienda sin dignarse siquiera a contestar.

Jada terminó el turno, pero cuando por fin dieron las nueve de la noche, se sintió reticente a marcharse. Le hubiera gustado conducir hasta casa de Tiffany, sobre todo después de que Maya hubiese llamado para pedirle permiso para pasar la noche otra vez en casa de Annie. Aparte de en alguna ocasión especial, no solía permitirle a su hija pasar la noche fuera de casa dos noches seguidas. Maya ya pasaba mucho tiempo con Annie. Pero esa noche no tuvo fuerzas para negarse, no cuando ella misma se resistía a volver a casa de su madre.

Así pues, le concedió a Maya el permiso y, tras cerrar la tienda, caminó hasta el Blue Suede Shoe. No iba al club porque le apeteciera tomar una copa, pues ya había bebido bastante la noche del viernes, sino para evadirse con la música, y ese era un lugar en el que podría pasar unas horas, hasta que su madre se fuese a la cama. Dudaba que Susan volviera a enfrentarse a ella aunque regresara a casa, pero enfrentarse a su silenciosa ira no sería mucho más sencillo. Además, no tenía ni idea de cómo estaría Atticus. Jamás habían mantenido una discusión como la que habían tenido durante el desayuno. Se había marchado de casa siendo él aún muy pequeño, once años, y mientras se recuperaba del disparo de bala, como para que hubieran surgido entre ellos las broncas típicas entre hermanos. Estando ella lejos de casa no les había costado nada llevarse bien, pues apenas se habían visto. ¿Y desde su regreso? Jada había tenido mucho cuidado con ser una presencia positiva para los dos... hasta esa mañana.

Se alegró de encontrar el club abarrotado. Se generaba cierto anonimato entre la multitud.

Llevaba lejos de allí el tiempo suficiente como para no conocer a muchas personas. Saludó a unas cuantas mujeres a las que reconoció como clientas de la tienda de galletas de su madre, y también a un viejo conocido del instituto, mientras se abría paso hacia un rincón, pero estando todos acompañados por amigos, los saludos fueron breves y cada uno continuó con su fiesta.

Al cabo de unos veinte minutos consiguió un asiento desde el que poder observar lo que sucedía a su alrededor mientras bebía un refresco a sorbos. Alguien se acercó para invitarla a bailar, pero ella lo rechazó. No estaba interesada en socializar. Durante todo el rato estuvo mirando fijamente el contacto de Maddox en la pantalla de su móvil: M. Nunca antes le había obsesionado tanto una letra. Pero cuando el mismo hombre volvió a abordarla, no tuvo el ánimo de rechazarlo por segunda vez y ese fue el pistoletazo de salida para empezar a bailar con uno y con otro casi sin parar.

Estaba bailando una canción lenta con un vaquero de su edad cuando sintió que se le erizaba el vello de la nuca y se volvió para ver a Maddox. Acababa de entrar con Elijah y Gavin Turner, dos de los hijos adoptivos de Aiyana, ambos trabajadores en New Horizons, Eli como co-administrador y Gavin como el responsable de mantenimiento y reparaciones en general.

Maddox se esforzó por no desviar la mirada hacia Jada, pero no le resultó nada sencillo. No paraba de preguntarse si había ido a ese bar con el tipo con el que estaba bailando, o con algún otro. También sentía curiosidad por saber si le disgustaría el que él hubiese aparecido por allí. Podría ser que nada más verlo se hubiera marchado. Pero él no lo sabría, porque se negaba a mirarla. Si se había quedado, no estaba dispuesto a incomodarla prestándole una atención que ella no deseaba.

—¿Estás bien, tío? —preguntó Eli.

Maddox parpadeó antes de levantar la vista. Al parecer, Eli había dicho algo y él no había contestado.

—Sí, claro. ¿Qué decías?

—Te preguntaba si te apetecía beber algo antes de jugar.

—No, mejor después —contestó él.

Eli y Gavin habían dejado a sus esposas y críos en casa para disfrutar de una «noche de chicos». Maddox sospechaba que Aiyana estaba detrás de todo, que les había pedido a sus hijos que lo llevaran a algún lugar para que se divirtiera, ya que no conocía a nadie más y ella quería que se sintiera cómodo. Sin embargo, sabía que ellos lo negarían si les preguntaba, y no iba a ser tan grosero como para rechazarlos, por si acaso había sido idea de ellos.

—Si quieres podemos ir a otro sitio —señaló Gavin.

Era evidente que ellos también habían visto a Jada, y entendían por qué estar allí podría hacerle sentir incómodo.

—No, estoy bien.

Jada y él iban a tener que acostumbrarse a tropezar el uno con el otro de vez en cuando. Quizás si le demostraba que no iba a volver a molestarla, ella se relajaría y le diría a su familia que ellos podían hacer lo mismo.

—¿Estás preparado entonces para recibir una paliza? —bromeó Eli.

A Maddox no le preocupaba. No existía ni la más remota posibilidad de que sus acompañantes lo vencieran. Prácticamente se había criado en un salón de billar. De no ser por su habilidad para ganar una o dos partidas cuando más lo necesitaba, su madre y él habrían pasado hambre, y más de

una noche de frío, y tampoco habría habido dinero para la cuenta de Tobias, lo cual significaría que su hermano no habría podido visitar el economato, la única luz en los largos días de un preso.

–Veamos de qué sois capaces –los desafió con una sonrisa mientras mezclaba las bolas.

Jada podría haberse marchado. No estaba acompañada de nadie. Pero de repente había encontrado algo que le interesaba mucho más observar, de modo que se quedó y fingió dedicarse a lo suyo mientras mantenía un ojo clavado en el rincón del fondo donde Maddox jugaba al billar con Eli y Gavin. Los hermanos Turner la miraban de vez en cuando, pero Maddox nunca. Le daba la espalda todo el rato, lo cual debería haberle hecho sentir más cómoda, aunque fue al revés. A lo largo de los últimos años había pensado muy a menudo en él, pero Maddox se estaba comportando como si hubiese superado lo suyo sin demasiados problemas.

Soltó un suspiro y se dirigió al cuarto de baño.

Cuando regresó, Maddox, Eli y Gavin ya no jugaban al billar. Estaban junto a la barra del bar, riendo y hablando mientras tomaban una copa. Incapaz de soportar seguir viendo a Maddox, Jada estaba recogiendo el bolso con idea de marcharse cuando vio a una mujer de largos cabellos rubios que se acercaba a él. No pudo oír lo que la mujer le dijo, pero pronto adivinó lo que buscaba cuando él la siguió a la pista de baile.

Jada volvió a soltar el bolso y se dijo a sí misma que no tenía ningún derecho a sentirse celosa. Sin embargo, fue incapaz de apartar la mirada. Era el tipo más guapo de todo el bar y, por supuesto, las mujeres se habían dado cuenta. No obstante, para ella era más que una cara bonita, era su primer amor y, en muchos aspectos, el último.

La rubia se pegó contra él, incluso deslizó los dedos de la mano por los cabellos de su nuca, mientras se movían al ritmo de la música.

Después de casi dos horas sufriendo la absoluta ignorancia de Maddox, Jada dejó de preocuparse por si se fijaba en ella, y por eso él la sorprendió mirándolo fijamente cuando, por fin, decidió mirarla. Sus miradas se fundieron y, en ese segundo o dos, Jada no pudo evitar recordar la primera vez que se habían desnudado. Eran las dos únicas personas en el parque, en mitad de la noche, a mediados de octubre, cuando aún no hacía frío. Todavía sentía la fresca hierba bajo su espalda desnuda y la ardiente boca de Maddox sobre su pecho. Ese había sido su primer encuentro íntimo, y no iba a olvidarlo fácilmente. Pero ni siquiera entonces se había dado cuenta de que iba a ser uno de los momentos más excitantes y satisfactorios de su vida.

Se dio cuenta de que se había ruborizado y empezaba a sentir cosquilleos por dentro, cuando la rubia se echó hacia atrás para mirarlo a los ojos, y para decir algo que llamó su atención.

De repente una ráfaga de gélido viento barrió el local.

Estaba perdiendo la cabeza, decidió Jada, deseando al único hombre al que no podía tener. Ya había tenido bastantes problemas con su madre y con su hermano.

Y cuando de nuevo agarró su bolso, obligó a sus pies a caminar hacia la puerta y se negó a volver a mirar a Maddox.

Capítulo 9

Maddox sentía a la rubia aplastar las caderas contra las suyas, intentando excitarlo. Y, en efecto, estaba duro, lo que sin duda ella ya había notado, pero aunque parecía muy satisfecha, su reacción no tenía nada que ver con ella.

¡La expresión en el rostro de Jada! Le había provocado un nudo en la garganta, había hecho que fuera imposible apartar la mirada, porque habría jurado que había visto deseo en esa expresión. Y era lo último que había esperado ver, pero había estado con suficientes mujeres como para distinguir una mirada casual de otra que demostraba interés.

¿Podía estar equivocado?

Sin duda así debía ser. A lo mejor había bebido demasiado. A lo mejor solo había visto lo que quería ver.

Además, estaba bastante oscuro en el local...

La canción terminó y él consiguió soltarse de la pegajosa rubia. Ella le dijo su nombre y le pidió su teléfono para poder grabarle su número. Maddox se lo dio, pero solo por seguirle el juego, sin prestar demasiada atención. Su corazón latía con fuerza mientras el cerebro grababa en su mente la imagen de la expresión de Jada. Era muy consciente de que iba a pasarse horas contemplando esa imagen.

—Y ahora que nos has ganado jugando al billar, tantas veces que sabemos que no tenemos la menor oportunidad contra ti, tenemos que regresar con nuestras esposas —anunció Eli.

Maddox sabía que Eli y su hermano habían decidido que estaría bien él solo. Lo habían llevado al club, Jada se había marchado y había muchas mujeres para mantenerlo ocupado.

—Tranquilos —contestó él—. Gracias por dedicarme vuestro tiempo.

Maddox permaneció allí un rato más. Su idea había sido quedarse el resto de la noche, pues no veía ningún motivo para dar por terminada la velada. Su primer encuentro en público con Jada había terminado, y ya no tenía que preocuparse por cómo iba a desarrollarse. Verla nunca iba a ser fácil, pero se sentía razonablemente seguro de que ella no iba a regresar al club esa noche. Debería haber sido capaz de relajarse y divertirse, pero la rubia no lo dejaba en paz y pronto empezó a aburrirse. Se dirigió a la parte trasera del local y jugó una última partida de billar, pero venció a su oponente con tanta facilidad que no le generó más que un fugaz interés. Y así se encontró deseando marcharse... para buscar a Jada.

Salvo que sabía que eso era lo peor que podría hacer.

Cuando Jada regresó a su casa tras marcharse del Blue Suede Shoe, su madre ya dormía. La luz se filtraba por debajo de la puerta de su hermano, sugiriendo que él no, pero no se oía ningún ruido y ella no estaba dispuesta a llamar. No quería arriesgarse a despertar a su madre con otra

bronca. Lo que Atticus y ella tuvieran que decirse, podía esperar hasta la mañana siguiente.

Necesitaba dormir, pero tenía mucho trabajo que hacer para su negocio de redes sociales y, tras el encuentro con Maddox en el club, se sentía demasiado despejada. Puso algo de música para que le ayudara a dejar de pensar en él y presentó un libro de autoayuda de uno de sus clientes, con una taza de café para la foto. Al día siguiente, antes de acudir a la tienda de galletas, aprovecharía la luz natural para hacer también algunas fotos al aire libre.

Programó el post del libro, respondió a los comentarios generados por los post del día anterior para ese mismo autor, y pasó a su cliente peluquero de Los Ángeles. T-hair-apy era un salón de moda, y muy caro, de Beverly Hills, de modo que había estado enviando regularmente post con consejos sobre cómo mantener el cabello, las uñas y la piel joven y sana, y consiguiendo un buen impulso al utilizar anuncios en Facebook destinados a mujeres jóvenes en el área metropolitana, que también mostraban interés por la moda. Normalmente programaba los post con dos semanas de antelación, pero había perdido ese ritmo al poco de trasladarse a vivir con su madre y empezar a ayudar en la tienda. En esos momentos se daba por contenta si conseguía crear un post para el día siguiente y, como si no tuviera ya bastante que hacer, había creado una cuenta para Sugar Mama en Facebook y en Instagram. Pensaba que quizás ayudaría a hacer crecer el negocio de su madre. Dada la dependencia que tenían los milenials de los smartphones, ningún negocio podía permitirse el lujo de prescindir de las redes sociales.

Subió un video corto que había hecho poco antes, utilizando un trípode, y que la mostraba a ella en el proceso de elaboración de las galletas, con la esperanza de despertar curiosidades y conseguir que más gente entrara en la tienda. A continuación abrió el Adobe Illustrator. En su trabajo, el diseño gráfico era casi tan importante como la fotografía. Había dado un par de clases años atrás, pero desearía haber aprendido más. Por suerte, tenía una habilidad innata para esas cosas.

Terminó los nuevos encabezamientos de Facebook y Twitter para su cliente de autoayuda y los cargó. Después consultó su agenda, eligió un día para pasar en Los Ángeles y envió correos electrónicos a media docena de personas para hacerles saber que iba a hacerles una visita. En especial quería ver al dueño de la peluquería, para ofrecerle un evento en vivo. Era un hombre muy excéntrico y atractivo, motivo en gran parte por el que su salón tenía tanto éxito. A Jada se le había ocurrido que podría cortar el pelo a alguien en directo para mostrar cómo estructuraba sus cortes para adaptarlos a los rasgos faciales y estructura ósea de sus clientes, una especie de «antes y después».

En cuanto terminó con los correos electrónicos, publicó algunos parámetros para un posible cliente que había manifestado su interés en contratarla, y en los que mostraba el crecimiento que su trabajo había proporcionado a otros. Después de eso, decidió dar por concluida la jornada. Estaba tan cansada que apenas conseguía mantener los ojos abiertos y sabía que, en cuanto su hermano y su madre empezaran a moverse por la casa, no le iba a resultar fácil descansar. Incluso cabía la posibilidad de que Atticus fingiera que no había sucedido nada entre ellos y que avanzara por el pasillo golpeando la pared para despertarla para que desayunaran juntos.

Sin embargo, no fue ningún miembro de su familia el que la despertó a la mañana siguiente. Y tampoco fue temprano. Pasaban de las diez de la mañana cuando el zumbido del teléfono que vibraba sobre la mesilla de noche consiguió arrancarla del sueño.

Intentó hablar, pero antes tuvo que aclararse la garganta.

—¿Sí? —contestó al fin, con la voz aún grave—. ¿Tiffany?

—Sí, soy yo. ¿Aún no te habías levantado?

–No –Jada bostezó antes de contestar–, pero ya era hora de que lo hiciera. No sé cómo he podido dormir hasta tan tarde. Mi madre siempre suele levantarse temprano, y normalmente la oigo.

–Es evidente que necesitabas dormir.

–Pero tengo muchas cosas que hacer. ¿Y tú qué? ¿No has estado trabajando toda la noche? ¿No deberías estar durmiendo?

–Bebí demasiado café para poder mantenerme despierta durante el turno, y ahora estoy despejada, pero voy a acostarme dentro de un rato. Y ya que estaba levantada, decidí escribirle a Tobias. Esperaba poder leerte la carta.

Jada se tensó al recordar el encuentro con Maddox la noche anterior.

–Eh... de acuerdo.

Tiffany titubeó ante el tono de la respuesta de su amiga.

–No hace falta que lo haga si prefieres que no.

–Sí que quiero –lo cierto era que Jada sentía curiosidad, incluso interés–. Es que... anoche vi a Maddox.

–¿Dónde?

–En el Blue Suede Shoe.

–¿Qué hacías allí, sobre todo un lunes?

Ella no quería explicar que se había resistido a regresar a casa por miedo a enfrentarse a su madre y su hermano. Sonaba demasiado infantil.

–Me pasé para escuchar un poco de música después de cerrar la tienda.

–¿Estando Maddox en la ciudad? ¿Si yo ni siquiera he conseguido que cruzaras el umbral del local!

–Porque temía tropezarme con él, como sucedió anoche.

–¿Iba solo?

–Espera un momento –Jada se asomó al pasillo. Era muy tarde y su madre seguramente estaría en la tienda, que abría a las diez. Pero ¿y Atticus?

No se oía ni un ruido y, al salir del dormitorio, vio que la puerta de su dormitorio estaba abierta, y la habitación vacía. A lo mejor se había marchado para no tener que verla.

Para no correr ningún riesgo, al volver a su habitación cerró la puerta antes de continuar con la conversación.

–Estaba con Eli y con Gavin.

–¿Turner?

–Sí.

–Desde que se casaron ya no frecuentan tanto el club.

–Supongo que Aiyana les pidió que llevaran a Maddox a tomar algo. Ya sabes cómo es, siempre intentando ayudar y proteger a sus chicos, incluso a los que no ha adoptado.

–Es verdad. Bueno, cuéntamelo. ¿Habló contigo?

–No. Ni siquiera me miró.

Jada decidió no mencionar que al final sí la miró. El recuerdo de ese momento aún le hacía pensar en cosas que no debería considerar. Quería creer que había reaccionado así, a pesar de los años transcurridos desde que habían estado juntos, porque también hacía mucho tiempo, meses, que no había estado con un hombre. Después de Eric no se había acostado con nadie. Pero ¿eso era todo? Porque, desde su regreso a Silver Springs, había ido varias veces al club, y nadie le había despertado fantasías de besos húmedos y con la boca abierta, o manos masculinas tocando

su cuerpo en lugares íntimos.

–¿Entonces fue todo bien? –quiso saber Tiffany.

Avergonzada, a pesar de que su amiga no tenía ni idea del rumbo de sus pensamientos, Jada dejó caer la cabeza sobre la cama.

–Supongo.

–¡Bien! A lo mejor entonces consigo que vuelvas a salir conmigo los fines de semana.

Considerando cómo le había hecho sentir ver a Maddox en el club, Jada no quiso comprometerse, de modo que dirigió la conversación de vuelta al tema objeto de la llamada de Tiffany.

–¿Qué le has escrito a Tobias?

Se oyó un crujir de papel antes de que Tiffany comenzara a leer.

–«Querido Tobias, después de tanto tiempo esto es sin duda un recuerdo del pasado. No sé si te acordarás de mí...».

–Pues claro que se acordará de ti –interrumpió Jada.

–Lo dudo –Tiffany rio–. Estaba loca por él, a pesar de que tenía un año menos que yo, pero él no parecía sentir lo mismo por mí.

–Estaba demasiado ocupado peleando con la vida en general –una verdad que ella se había resistido a admitir.

Considerar la situación desde la perspectiva de Tobias solo hacía que lo sucedido fuera aún más difícil. No podía simpatizar con ese hombre, en realidad un niño cuando todo había sucedido, lo cual solo lo empeoraba todo, que había disparado ese arma. Porque si lo hacía se sentía desleal hacia Atticus, su madre e incluso su padre.

–Era muy atractivo y todas las chicas querían tenerlo.

A Jada no le parecía ni la mitad de atractivo que Maddox, pero no lo mencionó.

–Los dos tenían muchas admiradoras –y por eso se había sentido tan especial cuando Maddox la había elegido a ella, y luego estúpida cuando su hermano casi había perdido la vida–. Desde luego era muy sexy. Continúa.

–«No sé si te acordarás de mí» –retomó Tiffany–. «Pero recientemente tu hermano ha aceptado un trabajo aquí, y le he preguntado por ti, y él me ha dado tu dirección. Espero que no te importe. Me dijo que estás a punto de salir. Seguramente tendrás muchas ganas. O quizás no. Debe dar un poco de miedo, entrar siendo un niño y salir siendo un hombre que se ha perdido todo lo que los demás hemos estado haciendo durante estos años. La tecnología, por ejemplo, ha cambiado mucho. Pero quería que supieras, antes del gran día, que te perdono por lo que hiciste. Seguramente sonará raro. No es asunto mío, ¿verdad? yo no fui una de las protagonistas. Aun así, me siento muy protectora hacia Jada y su familia, y también me sentí herida y muy enfadada. Sin embargo, creo que has pagado un precio enorme y, por mí, es suficiente, más que suficiente. Lo único que te deseo es que puedas recuperarte y ser feliz».

Jada parpadeaba con fuerza para retener las lágrimas que se acumulaban en sus ojos al pensar que alguien tan problemático pudiera por fin hallar paz. ¿Se la merecía?

¿Quién podía saberlo? En cualquier caso no era decisión suya.

–Es realmente bonita.

–¿Te parece bien? –preguntó Tiffany con una nota de incertidumbre en su voz.

–Sí.

–Bien –parecía aliviada.

–¿Ya está? –preguntó Jada–. ¿Has escrito algo breve y dulce?

–En su mayor parte. Después he intentado animarla un poco con una «chuleta de descargas».

–¿Y eso qué es?

–Básicamente un glosario de la tecnología actual. Ya sabes, cosas como Hulu, un servicio de pago para televisión para ver viejas series. Netflix, otro servicio de pago para ver programas de televisión, películas y programación propia. Apple TV..., etc. He añadido cómo pagar cosas con el móvil, *streaming* frente a discos, guardar archivos en la nube, Pandora y un montón de aplicaciones estupendas que le podrían gustar, todo lo que ha salido desde que lo encarcelaron.

–Eso ha sido muy considerado por tu parte, Tiff. Y también dulce y divertido. Apuesto a que le encantará.

–Gracias. También le envió cien pavos que le servirán para empezar. No me imagino lo que debe ser salir de la cárcel sin haber tenido la oportunidad de terminar el instituto. Va a tener la sensación de que los demás han avanzado a toda máquina mientras él no ha estado.

–A lo mejor sí ha terminado el instituto, yendo a clases mientras cumplía condena.

–No puede ser lo mismo. Va a sentirse muy perdido, imposible que sea de otro modo.

–Cierto –Jada cerró los ojos y se apoyó contra el cabecero de la cama–. Mándale doscientos dólares.

–¿Qué has dicho?

–Vamos a medias.

–¿Estás segura, Jade? –preguntó su amiga tras una pausa–. No te he leído la carta con ese propósito. Solo quería saber si te parecía bien lo que le he escrito y, también porque mencionaste que a lo mejor querías añadir algo.

–He decidido que no quiero escribirle nada –Jada repasó su anticuado dormitorio. Su familia también necesitaba dinero, pero ella ya estaba haciendo todo lo que podía por ayudarles, y tenía la sensación de que ese dinero supondría mucho para alguien que no tenía nada. Lo único que había tenido Tobias jamás era a Maddox, y Maddox ya tenía bastante con su desequilibrada madre, suponiendo que Jill aún viviera–. Pero sí me gustaría ayudar un poco económicamente.

–¿Puedo decirle que la mitad es de tu parte? Porque estoy segura de que eso significaría un mundo para él.

Jada lo entendía. Sería como ofrecerle un poco de perdón, y era un gran paso para ella. Si Tobias iba a poder recuperarse y lograr hacer algo con su vida, ¿por qué iba ella a querer interponerse en su camino? ¿De qué le serviría seguir sufriendo?

Además, había sido ella la que había llevado a Atticus a esa fiesta, en contra del criterio de sus padres, de modo que lo justo era que cargara con una parte de la culpa.

–Sí, adelante, díselo.

Cuando Jada oyó abrirse y cerrarse la puerta principal, supo que Atticus había vuelto. No podía ser Maya, su hija había llamado para hacerle saber que la madre de Annie iba a llevarlas a las dos a la tienda para que ayudaran a Susan.

Los sonidos le confirmaron que ya no estaba sola y soltó un silencioso juramento por no haber salido de la casa cuando había tenido la oportunidad. Hacía un día que no hablaban y unas cuantas horas más de tregua, para poder trabajar sin ser interrumpida por una enorme escena emocional, no le hubieran venido mal. Sin embargo, había pasado todo el tiempo trabajando con el ordenador, sin siquiera ducharse. El único problema en dirigir una empresa de gestión de redes sociales era que había ilimitadas posibilidades para lograr más seguidores, y las ideas más creativas a menudo

llevaban mucho tiempo.

Intentó ignorar el hecho de que su hermano estaba en casa, pero al final se sintió mal consigo misma escondiéndose en su habitación. Cuando le había aconsejado ser más productivo, lo había hecho con buena intención. No había ninguna razón para que se produjera un cisma entre ellos, no si, con una sencilla charla, podía ayudarle a comprender por qué lo había hecho.

Por fin dejó a un lado su ordenador y salió de la habitación. Lo encontró preparándose un sándwich en la cocina.

–Hola –Jada notaba sus movimientos furiosos y bruscos, y comprendió que la conversación seguramente no iba a resultar tan fluida como había esperado–. ¿Qué tal?

–¿Cuándo ibas a decírmelo?

–Decirte... –un escalofrío de mal augurio recorrió su columna.

–¿Tú qué crees? ¿Por qué es el gran secreto? ¿No soy lo bastante hombre para soportar la verdad? ¿Mamá y tú tenéis que protegerme?

–Te refieres a Maddox.

–Tal y como sospechaba, tú ya sabías que había vuelto. ¿Mamá también?

Jada titubeó, sin saber muy bien si debería revelar que Susan lo sabía.

–Sí, ella también –Atticus contestó a su propia pregunta, tomando el silencio de su hermana por una afirmación.

–Lo descubrió hará un día o dos.

Por la mirada asesina de su hermano, Jada supo que su intento de hacerlo pasar por un suceso reciente no había funcionado.

–¿Por qué no me lo dijisteis? ¿Por qué soy el último en saberlo?

–Mamá me pidió que no dijera nada –ella se cruzó de brazos y se apoyó contra el marco de la puerta–. Quería darte la noticia ella misma.

–Darme la noticia... –Atticus sacudió la cabeza antes de apoyar el plato sobre sus piernas y rodar hasta la mesa.

–Lo siento –ella también se sentó–. Yo opinaba que deberías saberlo, pero no quise desobedecer a mamá. Por si no te habías dado cuenta, no soy precisamente su retoño preferido.

–Ojalá lo fueras –él le dedicó una mirada de disgusto–. Ser el preferido no sale gratis, ¿sabes? Odio la compasión que despierto en ella.

Jada intentó evitar el comentario que inmediatamente asomó a sus labios, pero no pudo contenerse.

–A lo mejor dejaría de sentir lástima por ti si dejaras de sentir lástima por ti mismo.

Atticus empujó el plato con tanta fuerza que se deslizó por toda la mesa y estuvo a punto de caer por el otro lado.

–¡Maldita sea, Jada! ¿Estás intentando cabrearme otra vez?

–No. Intento ayudarte. Te quiero.

–¡Pues tienes una manera muy rara de demostrarlo!

Ella se levantó y colocó el plato delante de su hermano. Por suerte, el sándwich se había mantenido en su lugar.

–¿Cómo te has enterado de que ha vuelto? No me digas que te has tropezado con él...

No había querido que Atticus se mantuviera ignorante, y sabía que para Maddox tampoco sería fácil.

–No lo he visto. Me lo contó Donte.

–¿Quién es Donte?

–Un amigo mío.

–Nunca lo habías mencionado hasta ahora.

–¿Se supone que debo entregarte una lista de todos mis amigos?

Ella enarcó las cejas y lo miró fijamente, censurándolo.

–Ha estado fuera, estudiando y esas cosas –le explicó él, cediendo al fin a la mirada furiosa de su hermana–. Jugamos mucho juntos online y hemos permanecido en contacto.

Jada ignoró la parte del juego. No soportaba que su hermano estuviera tan enganchado.

–¿Y cómo sabía él que Maddox había vuelto si ha estado fuera?

–Tuvo una entrevista con él esta semana.

–¿Qué?

–Durante los dos últimos años ha sido profesor de matemáticas en Los Ángeles, y tendrá que volver allí el mes que viene si no encuentra trabajo por aquí. Le gustaría trabajar en New Horizons. Están contratando gente para la sección de chicas.

–Entiendo.

–¿Quién hubiera pensado que Maddox Richardson volvería aquí, mucho menos para hacerse cargo de la mitad de New Horizons? –Atticus contempló furioso el sándwich.

Jada estudió la expresión de su hermano pequeño. Era muy guapo, de pómulos altos, bonitos ojos y mandíbula cuadrada.

–Aiyana asegura que ha enderezado su comportamiento.

Su hermano no dijo nada.

–Maddox vino a la tienda la otra noche.

Atticus acababa de darle un mordisco al sándwich, pero ante las palabras de su hermana dejó de masticar y habló con la boca llena.

–¿Para qué?

–Para pedir perdón.

–¿A ti? –él tragó rápidamente.

–Sí.

–¿Y no te parece raro que se disculpe ante ti y no ante mí?

–Él no fue quien apretó el gatillo. Él solo me convenció para ir a aquella fiesta. Se siente mal por ello.

–¿Eso te dijo?

–Básicamente. Me dijo que daría cualquier cosa por poder regresar en el tiempo y cambiar lo sucedido, pero, claro está, no puede. Yo siento lo mismo –Jada alargó una mano para tomar la de su hermano. Casi esperaba que él la rechazara, pero no lo hizo.

Su mirada estaba cargada de dolor, frustración e ira.

–Lo siento –añadió ella–. Siento muchísimo haberte puesto en peligro.

Atticus bajó la mirada durante unos segundos a las manos entrelazadas. Y, de repente, la tensión abandonó su cuerpo y se hundió en el asiento.

–Lo sé. No estoy enfadado contigo. Estoy enfadado conmigo.

–¿De qué estás hablando? –ella lo soltó para que pudiera seguir comiendo.

–Tenías razón en lo que dijiste, Jada. Lo sé desde hace mucho tiempo.

–¿Y qué piensas hacer al respecto?

–He estado buscando trabajo. Pero es muy difícil... salir ahí y enfrentarme al rechazo. No me gusta cómo me mira la gente, como si el hecho de ser paralítico signifique que no valgo para nada. Es muy duro enfrentarse a eso.

–Pero tú sí vales, mucho, y se lo puedes demostrar a todos. Posees una mente muy ágil. Y eres muy fuerte. Has compensado la pérdida de tus piernas mucho mejor de lo que yo podría haber hecho jamás.

–No es suficiente.

–Sí lo es. ¿Qué te gustaría hacer?

Él levantó la rebanada del sándwich y recolocó los pepinillos.

–No quiero trabajar en la tienda de galletas, de eso estoy seguro.

–Lo entiendo. Esa tienda es el sueño de mamá. ¿Cuál es el tuyo?

–Algo que tenga que ver con ordenadores.

–Podías trabajar en redes sociales, como yo. Podría enseñarte a...

–No, estoy al tanto de todo tu trabajo. Yo no tengo el talento artístico necesario. Si pudiera elegir algo, me gustaría trabajar con niños. Ya sabes, enseñarles a manejar un ordenador.

–Pues entonces empieza a buscar un trabajo así. Hay muchos colegios por esta zona, incluyendo algunas escuelas privadas de gran prestigio. A lo mejor podrías trabajar como profesor ayudante o en prácticas, hasta que obtengas el título. Yo no sé qué piden para eso, dado que yo nunca he intentado conseguir algo parecido, pero ¿has consultado en las redes si alguien está contratando?

–Sí –Atticus cerró el sándwich de golpe.

–¿Y?

–New Horizons está buscando gente.

De repente, Jada comprendió que su hermano estaba disgustado por algo más que por la discusión del día anterior, y por saber que Maddox había regresado a la ciudad. Por fin había encontrado un trabajo que se sentía capaz de realizar, aunque exigiera más formación académica de la que poseía, pero solicitar el puesto significaba pedirle una oportunidad al hermano del hombre que lo había disparado.

–Estoy segura de que él intentaría que saliera bien –Jada se frotó la nuca mientras consideraba la situación.

–¡Ni hablar! Ni siquiera voy a enviar la solicitud. Él no va a querer verme cada día, no querrá que yo le recuerde lo sucedido, sobre todo si lo lamenta. Y yo no quiero que me dé el empleo porque se sienta culpable o por compasión.

–Si te diera el empleo, dudo mucho que fuera por sentirse culpable, o por compasión. Serías un estupendo maestro. Pero sin duda debe haber otro lugar en el que puedas trabajar –algún lugar en el que no tuviera que trabajar con personas con las que había compartido una historia tan terrible.

–Sí –él llevó el plato al fregadero–, seguiré buscando –murmuró.

Sin embargo, era evidente que no se sentía nada optimista.

Capítulo 10

Aunque Maya disponía de su propio dormitorio, a menudo dormía con su madre. Solían ver juntas una película en el ordenador de Jada y, cuando terminaba, se quedaban tumbadas en la cama, charlando en la oscuridad sobre Tiffany y Annie y lo maravilloso que era tener buenos amigos. La conversación de ese día había pasado de cómo Annie había ayudado en la tienda de galletas hasta si la tienda iba a poder seguir abierta y cómo lograr que tuviera más éxito. Jada le dijo a Maya que había abierto una cuenta en Facebook y otra en Instagram para Sugar Mama, con la esperanza de que sirviera de algo, pero Maya tuvo una idea aún mejor. La niña pensaba que su abuela podría empezar a fabricar sándwiches de helado con sus galletas, como hacían en un lugar al que solían ir, y que siempre estaba abarrotado, en Los Ángeles.

–Desde luego hay que hablarle a la abuela de eso –afirmó Jada.

Maya se probó los anillos de Jada y alargó las manos para admirar lo poco que se veía a la luz de la luna que se filtraba entre las persianas.

–¿Crees que le gustará?

–Podría ser –Susan solía mostrarse reacia a los cambios, pero si no hacía algo iba a perder la tienda, y ponerse al día y renovar la oferta sería una buena idea, sobre todo porque le proporcionaría a Jada más publicidad en las redes sociales. Todo serían ganancias.

–Espero que acceda –insistió Maya–. Qué triste que muriera el abuelo. Está muy sola sin él.

–Sí. No lo está pasando nada bien.

–¿Saldrá muy caro vender helados en Sugar Mama? –preguntó la niña.

–No será barato. Habrá que comprar un congelador, y la abuela no tiene demasiados ahorros en este momento. Pero creo que la inversión podría merecer la pena. Con un poco de suerte, recuperará la inversión con la venta de más galletas.

–Quiero que la tienda salga adelante –Maya le devolvió los anillos–. Me encanta.

–A mí también –Jada sentía que los párpados le pesaban cada vez más, pero no quería perderse esos momentos con su hija. Últimamente se quedaban charlando hasta tarde muy a menudo, pero era algo relativamente nuevo, desde que habían dejado a Eric. A Jada le gustaba que estuvieran más unidas.

–¿Mamá?

–¿Sí? –contestó ella, a punto de quedarse dormida.

–¿Me hablas de mi papá?

El cansancio contra el que Jada había estado luchando se desvaneció de golpe. Jada había tenido que esquivar muchas preguntas de ese tipo últimamente. Maya parecía sentir cada vez más curiosidad por el hombre que le había proporcionado la otra mitad de su código genético. Pero Jada nunca se había sentido tan aprensiva como esa noche, consciente de que el padre de su hija estaba viviendo muy cerca de allí.

–¿Qué quieres saber, cielo?

–¿Qué aspecto tenía?

–Ya te lo he contado.

–Vuélvemelo a contar.

Jada respiró hondo mientras la imagen de Maddox aparecía en su mente, una imagen mucho más reciente de lo que su pobre hija podría imaginarse.

–Era alto, casi metro noventa.

–¿Cuánto pesaba?

–¿Años atrás o en esos momentos? Había ensanchado un poco, pero le sentaba muy bien.

–Pues unos noventa kilos.

–¡Madre! Eso parece mucho. ¿Estaba gordo?

–No, en absoluto –Jada no pudo aguantar la risa–. Es un buen peso para un hombre atlético de su estatura.

–¿Y tenía el pelo negro?

–Así es.

–¿Como el mío?

–Un poco más oscuro que el tuyo, pero casi.

–¿De qué color eran sus ojos?

Ese dato también lo conocía ya Maya. Pero quería volverlo a saber.

–Azules.

–Igual que los míos.

–Sí, igual.

–¿Cuál era su segundo nombre?

–Nunca me lo dijo.

–¿Y no recuerdas su apellido?

Jada percibía la decepción que se reflejaba en la voz de su hija y comprendió que tenía buenos motivos para que le resultara extraño.

–No estuvimos juntos mucho tiempo, cielo. Y han pasado más de doce años.

–Pero tú lo amabas, ¿verdad?

–Sí –sobre eso no había ninguna duda.

–Entonces, ¿cómo pudiste olvidar su apellido?

No resultaba fácil justificar esa mentira, pero tenía que intentarlo.

–Éramos unos críos.

Jada odiaba minimizar lo que había sentido por Maddox, aunque hubiesen sido jóvenes, pero tampoco podía ofrecer muchos detalles, no hasta que estuviera preparada para contarle la verdad. Y con todo lo que estaba sucediendo, desde luego aún no estaba preparada para contar la verdad.

–¿Era agradable? –insistió su hija.

–Ya te he dicho muchas veces que lo era.

Durante unos segundos se hizo el silencio, aunque Jada sabía que no era porque se hubiese dormido.

–Ojalá no se hubiese subido nunca a esa moto.

Jada no pudo reprimir un escalofrío. Ella había fabricado una muerte. Lo que en un principio había parecido una manera sencilla de manejar la situación, de eliminar rápida y fácilmente todas las preguntas y evitar que una niña consiguiera llevar a Maddox de vuelta a su vida y a la vida de su familia, de repente le parecía el peor plan ideado jamás, porque cada vez resultaba más difícil

volver sobre sus pasos. ¿Debería mantener la mentira indefinidamente? Estaba tan comprometida con esa mentira que no le parecía tener otra opción.

–Por eso es importante siempre llevar casco –murmuró.

–¡Pero me dijiste que llevaba puesto el casco! –Maya se apoyó sobre un codo y la miró.

–Es verdad –contestó Jada con la esperanza de poder disimular su error–. Pero ya ves que aun así podrías resultar herida, incluso muerta. Pero, por lo menos, con el casco estarás un poco más segura.

–Nunca jamás me subiré a una moto –Maya se dejó caer sobre la almohada.

Al parecer, la niña había aceptado su respuesta, de modo que Jada por fin pudo soltar lentamente el aire. Se sentía aliviada, pero también culpable, porque sabía que se estaba jugando la confianza de su hija.

–Me alegra oír eso.

–¿Salió el accidente en el periódico?

–¿Por qué lo preguntas? –Jada sintió una nueva punzada de alarma.

–Porque me gustaría leer sobre ello.

Tras ajustar las mantas, Jada se volvió para poder ver el rostro de su hija.

–Dudo que saliera en el periódico, nena.

–¿Estás segura?

–Pues... no.

–¿Y podrías comprobarlo? ¿Por favor?

El dolor le alertó de que se estaba clavando las uñas en las palmas de las manos.

–Claro, lo comprobaré –contestó tras obligarse a sí misma a calmarse.

–Gracias, mamá –feliz de haber conseguido algo, Maya le regaló un enorme beso y se tumbó para dormirse.

Cuando la respiración de su hija se hizo más profunda, Jada alargó la mano hacia el móvil, que descansaba en la mesilla de noche. Leyó unos cuantos artículos y navegó un poco, con la esperanza de volver a relajarse. Pero no sirvió de nada. Estaba demasiado preocupada por las mentiras que le había contado a Maya y por las consecuencias que tendrían en el futuro.

Al final entró en su lista de contactos y avanzó hasta «M». Por mucho miedo que sintiera, aun así se sentía inexorablemente atraída hacia el hombre junto al que había creado a Maya.

Sintió una sonrisa tironear de sus labios al comprender que, si le enviaba un mensaje, él no tendría la menor idea de quién era. A través de Tiffany había conseguido el número de Maddox, pero él no tenía el suyo. Ni él ni nadie en su círculo más cercano. Lo único que debía hacer era borrar su mensaje del buzón de voz y, aunque él decidiera llamar a su número, no sería capaz de averiguar que se trataba de ella.

Dios, qué guapo eres, escribió. No tenía ninguna intención de enviar el mensaje, pero Maya se volvió de golpe y levantó la cabeza y, en un movimiento impulsivo, como si se hubiese tirado al paso de un autobús, Jada se volvió para que su hija no pudiera ver la pantalla, en el caso de que mirara, al mismo tiempo que pulsó la tecla de enviar.

Maddox dormía cuando oyó el tono del móvil.

Reticiente a abrir los ojos, intentó ignorarlo. Tenía que trabajar al día siguiente y necesitaba descansar. Pero tenía la terrible sensación de que su madre volvía a consumir cristal, pues la última vez que había hablado con ella la había notado muy rara. Y por eso no consiguió seguir

durmiendo. Podría haberse metido en problemas.

Estuvo a punto de tirar la lámpara al alargar la mano hacia el móvil, pero en el último momento consiguió sujetarla.

Parpadeó varias veces para aclarar la vista mientras leía el texto. ¿Lo había leído bien? ¿De quién era?

Se sentó en la cama y contempló fijamente el número. El teléfono no lo reconocía, ni él tampoco. Ni siquiera reconocía el código de zona, aunque eso no significaba nada en esos días, no con la portabilidad de los teléfonos móviles.

¿Sería la rubia que había conocido en el Blue Suede Shoe? De ser así, ¿cómo había conseguido su número? Ella le había grabado el suyo en el teléfono de Maddox, pero él no había hecho lo mismo.

¿Quién eres?, escribió.

Sin respuesta.

¿Hola?

Se preguntó si no sería Paris. A lo mejor estaba de fiesta y había utilizado el móvil de otra persona. Pero, de ser el caso, ¿por qué no contestaba? ¿Qué sentido tenía ocultar su identidad? Siempre había dejado claro que sentía algo por él.

Diez minutos después, sin que hubiese recibido nada más, Maddox lo volvió a intentar.

¿Paris?

Pensó que eso la empujaría a contestar, pero no lo hizo.

Oye, que has sido tú la que me ha escrito.

Nada. Estaba a punto de dar por hecho que se trataba de alguien que se había equivocado de número, y acababa de dejar el móvil de nuevo sobre la mesilla, cuando recibió una respuesta.

Desconocida: No soy Paris.

Maddox: ¿Entonces, quién eres?

De nuevo nada.

Maddox: Soy Maddox Richardson. ¿Estás segura de que estás hablando con la persona correcta?

Desconocida: Absolutamente.

La cosa se estaba poniendo cada vez más interesante

Maddox: ¿Eres la mujer que he conocido en el Blue Suede Shoe?

Sin duda debía ser ella, pero la respuesta llegó casi de inmediato:

Desconocida: Desde luego que no.

Desconcertado, él hizo memoria intentando recordar si había conocido a alguien más últimamente, quizás una nueva profesora del centro. Pero ninguna de las personas a las que había contratado disponía de su número personal.

Maddox: ¿Vas a decirme quién eres?

De nuevo se produjo una prolongada pausa, como si la otra persona estuviera meditando la respuesta. ¿Sería tímida? ¿O estaba jugando con él?

Por fin oyó el tono.

Desconocida: No.

Maddox: ¿Por qué no?

Ya no importó lo que escribió después. La persona que le había enviado ese cumplido no volvió a responder.

–Me han dicho que tu vida se ha vuelto un poco más interesante.

En un principio, Maddox pensó que Aiyana se refería a los mensajes que había recibido la noche anterior, y se preguntó cómo se había enterado. Pero enseguida comprendió que Eli o Gavin debían haberle contado que habían visto a Jada en el Blue Suede Shoe el lunes.

–Sí. El primer encontronazo se ha producido oficialmente.

No le contó, sin embargo, que había visto a Jada en una ocasión anterior... a propósito.

–¿Y? –ella se sentó al otro lado del escritorio de Maddox–. ¿Qué tal fue?

–Bien. Prácticamente nos ignoramos el uno al otro –hasta que al fin se había permitido a sí mismo mirar hacia donde estaba, y la había descubierto mirándolo fijamente a él.

–Jada es una chica agradable. Y también su hija, Maya.

–¿Alguna vez viste al marido de Jada? –Maddox no podía evitar preguntarse cómo sería ese hombre y por qué la relación con Jada no había durado.

–Lo conocí en el entierro del padre de Jada. No tuve ocasión de hablar mucho con él.

–¿Te pareció agradable?

–Razonablemente. Es más mayor.

–¿Cuánto más mayor?

–Unos trece años más que ella.

Un poco más de lo que Maddox se había esperado.

–¿Parecían enamorados?

–No sé qué decirte. Ella acababa de perder a su padre, y estaba de duelo, seguramente no se comportaba como lo haría normalmente.

–¿Intentaba él consolarla?

–No les vi comunicarse. Ella se mantenía apartada de su madre y su hermano, por lo que tuve la impresión de que no se sentía especialmente unida a ellos, aunque compartían la misma pérdida. Pero ella tampoco se agarraba a su marido. Básicamente se agarraba a Maya y él se limitaba a colocarse detrás de ellas.

–¿Qué la empujaría a casarse con un hombre cercano a la treintena cuando ella no tenía más que dieciocho?

Aiyana cruzó las piernas y se alisó la larga falda.

–Por lo que yo sé, se trasladó a Los Ángeles nada más graduarse. Después de lo sucedido a Atticus, creo que la situación no era muy cómoda para ella en casa y quería salir de allí lo antes posible. Quizás ese hombre le ofreciera el amor que necesitaba. O quizás solo la seguridad.

–¿Por qué crees que se separaron?

–Ni siquiera me atrevo a sugerir algo –ella sacudió la cabeza.

A Maddox le entristecía que lo sucedido pudiera haber empujado a Jada a un mal matrimonio.

–¿Solo tuvieron esa hija?

–Sí.

–Me gustaría conocerla.

–¿A Maya? Es un amor. Alta, de ojos azules y una espesa mata de cabellos negros. A veces ayuda en la tienda de galletas.

–Entonces espero verla en algún otro sitio –contestó él con una carcajada.

–No te culpo por decir eso –Aiyana también rio–. Me he pasado por tu despacho porque quería comentarte algo.

–Soy todo oídos.

–Ya conoces a Cindy Coates...

–No la conozco, pero sí la he visto. Es la que nos pintó la sala de música, ¿no?

–Esa es. Vino con su hija, Annie.

–Sí, a esa también la vi.

–Hizo un comentario interesante antes de marcharse, algo en lo que llevo pensando desde entonces.

–¿Y qué es?

–Dijo que podría ser más sencillo rehabilitar a las chicas que lo pasan mal de entre nuestras estudiantes si las mezclásemos con algunas chicas que no tienen problemas y no necesitan ayuda, podrían servir de ejemplo, hacerse amigas y ayudar a las demás.

–Suponiendo que quisieran hacerse amigas y ayudarlas. No me gustaría que se estableciera una división, que algunas chicas sintieran que no se las valora tanto como a otras, como en cualquier otro colegio.

–Podríamos mantener los ojos bien abiertos, procurar evitar que eso sucediera. En cualquier caso, me gustaría intentarlo durante un curso para ver cómo funciona, y quería saber tu opinión.

Tener menos chicas con graves problemas y más personas para soportar la carga de amar y ayudarlas parecía una buena idea.

–Pues este sería el año para hacerlo. Ya que empezamos este año, no deberíamos tener muchas solicitudes como más adelante, cuando empiecen a hablar de nosotros. Podríamos rellenar las vacantes con chicas locales que tuvieran un buen expediente. Pero, ¿cómo las localizamos y las abordamos?

–Cindy dijo que ella podría hacerlo. Ha trabajado mucho en los colegios, conoce a casi todo el mundo en la ciudad. Dijo que estaba dispuesta a matricular a Annie. Es una magnífica estudiante y un encanto con todo el mundo. Será perfecta.

–Pues ya que tenemos sitio, no veo ningún motivo para no intentarlo.

–Estupendo. Yo pienso igual, pero quería asegurarme de que no te suponía ningún problema.

–En absoluto.

–¿Entonces llamarás a Cindy para que se ponga en marcha?

–¿Tienes su número de teléfono?

Aiyana se puso en pie mientras repasaba la lista de contactos de su teléfono y escribió unos números en un trozo de papel que le entregó a Maddox.

–Aquí tienes.

Estaba a punto de salir por la puerta cuando Maddox la llamó.

–¿Aiyana?

–¿Sí?

–¿Sabes por un casual qué zona se corresponde con el prefijo 626?

–Creo que Los Ángeles. ¿Por qué?

–Por nada –él sacudió la cabeza.

La madre de Jada se mantuvo distante durante varios días, comportándose como siempre solía hacer cuando su hija, siendo niña, la desagradaba, castigándola con su silencio. Atticus debía haberle contado que sabía que Maddox había regresado a la ciudad. Seguramente acusaba a Jada de habérselo dicho, aunque no hubiera sido ella, pero Jada no iba a sacar el tema, ni siquiera para aclarar el malentendido.

Así pues intentó evitar a su madre todo lo posible. Susan se levantaba temprano para abrir la tienda. Sobre las dos de la tarde iba Jada, a menudo con Maya, a veces con Maya y con Annie, para que su madre pudiese irse a casa a descansar. Tras cerrar la tienda por la noche, conducía hasta su casa, trabajaba en su dormitorio, en su negocio de redes sociales, y el ciclo volvía a empezar al día siguiente. Debido a sus horarios de trabajo, no estaban obligadas a verse mucho, y así estaba bien. Habiéndose marchado de Silver Springs, hacía casi trece años, siendo tan joven, no estaba acostumbrada a tratar con su madre a diario y estaba más contenta sin vivir en un conflicto constante.

De modo que fue toda una sorpresa para ella cuando su madre la llamó el martes por la tarde para otra cosa que no fuera darle instrucciones para que encargara algún suministro o para hornear unas galletas determinadas. Jada se encontraba en Sugar Mama, pero hacía muchísimo calor y no había mucha actividad, de modo que se había puesto a consultar en internet precios de congeladores y fabricantes de helados. Quería elaborar la idea de Maya y mostrarle a su madre el proyecto, junto con una estimación de los costes y el tiempo que llevaría recuperar la inversión, antes de lanzar la idea. Maya había estado unas horas con ella en la tienda, pero la madre de Annie la había recogido para que fuera a nadar con su amiga.

–Acabo de verlo –anunció su madre sin ningún preámbulo cuando Jada contestó la llamada.

–¿A Atticus? –su hermano últimamente salía más que de costumbre. Jada sabía que estaba con su amigo, el que intentaba encontrar trabajo, y esperaba que Atticus también estuviera buscando algo.

Sin embargo, no le había preguntado qué tal le iba, no había querido presionarle tras haber dejado clara su postura.

–No. ¡A Maddox Richardson! Sabía que era solo cuestión de tiempo.

–¿Dónde lo has visto? –Jada agarró el teléfono con más fuerza.

–En el supermercado.

–¿Y? ¿Te hizo pasar un mal trago?

–¡Solo el que viva por aquí ya es un mal trago!

–Lo sé –contestó ella mientras suspiraba–. Pero ¿intentó hablar contigo o algo así?

–Tuve la impresión de que quería decir algo. Me miró como si estuviera a punto de acercarse, pero yo le dediqué una mirada que le dejó claro que lo mejor sería que no lo hiciera, y enseguida se dio la vuelta.

Jada no había olvidado la disculpa de Maddox. Se preguntó si había estado a punto de pedirle perdón también a su madre. De ser así, se alegraba de que hubiera sido lo bastante perspicaz como para cambiar de idea. Susan no era de las que perdonaba. En esos momentos se sentía demasiado miserable, por su salud y porque acababa de perder a Jeremiah, para pensar en otra persona y en su conveniencia.

–En otras palabras, se mantuvo fuera de tu camino.

Pero su madre no hizo ningún comentario a sus palabras.

–Maya es idéntica a él, Jada. ¿Lo has visto?

Por suerte, Susan no esperó lo bastante para obligar a Jada a contestar.

–¡Está clarísimo que es suya!

El temor de Jada, acompañado de unas garras afiladas, se hizo más profundo.

–Solo lo está para nosotros –insistió ella apoyándose en la lógica para batallar contra su pánico y el de su madre–. Porque nosotros lo sabemos. En lo que respecta a los demás, Maya es de Eric.

–Salvo que ella también sabe que Eric no es su padre. Lo único que tienen que hacer es hablar

con ella. ¡Maya les dirá que su padre murió en un accidente de moto aquí, en Silver Springs!

–La historia se sostendrá –siempre que no fuera Maddox el que hiciera las preguntas. Él quizás podría extrañarse, pero nadie más había seguido su vida de cerca años atrás–. Nadie tiene motivos para hurgar en ello, mamá.

–Ya puedes rezar para tener razón –contestó Susan tras un prolongado silencio–, o podrías perder a esa niñita.

Niñita. Maya ya no era una niñita. Pero tanto daba, Jada no quería perderla.

Tras colgar la llamada, volvió a repasar los mensajes que había intercambiado con Maddox hacía una semana. No había gran cosa, y aun así los había leído una y otra vez, siempre tentada de añadir algo más. Y, en esa ocasión, lo hizo.

Capítulo 11

¿Quién es Paris?

Maddox acababa de terminar de colocar la compra cuando le llegó el mensaje. Aunque había pasado la mañana en New Horizons, esa tarde había una cuadrilla de obreros terminando un zócalo y otros detalles en la sala de conferencias al otro lado del pasillo, de modo que se había marchado para ocuparse de otras necesidades vitales. Sin embargo, debería haberse quedado en el colegio, así no se habría tropezado con la madre de Jada, que le había dedicado una mirada tan cargada de odio que aún estaba impresionado.

Dejó el resto de la compra sobre la mesa y se sentó para leer el nuevo mensaje del número desconocido. Al menos parecía amistoso.

–Eso demuestra lo patética que es mi vida social, si hasta esto me ilusiona –murmuró mientras reflexionaba sobre una respuesta.

Maddox: Te lo digo si me dices quién eres tú.

Se levantó y terminó de guardar la compra, pero cuando acabó no había ningún mensaje esperándolo. Al parecer, su admiradora, o admirador, secreta no iba a darle su nombre. Iba a tener que emplear otras preguntas para averiguar quién le enviaba esos mensajes.

Maddox: Muy bien. Dime una cosa: ¿eres una mujer?

La respuesta llegó de inmediato:

¿Te suelen abordar muchos hombres? ¡Me parto!

Él sonrió, un gusto después de la experiencia de la tienda. Era consciente de que no debía permitir que los sentimientos que los Brooks albergaban hacia él lo hundieran, pero no podía evitarlo.

Maddox: Pues ha habido unos cuantos. No tengo nada en contra de los gay, aunque yo no lo soy, de modo que me parece importante aclararlo desde el principio.

Desconocida: ¿El principio de qué?

–Algún motivo habrás tenido para contactar conmigo –se dijo a sí mismo.

Maddox: ¿Esto va a llevarnos a alguna parte?

Desconocida: Si no nos lleva no será porque sea un hombre.

Maddox: ¡Entonces eres una mujer!

Desconocida: Sí.

Maddox: ¿Reconocería tu nombre si me lo dijeras?

Desconocida: No estoy dispuesta a hablar de mi nombre.

Maddox: ¿De qué estás dispuesta a hablar?

Desconocida: ¿Del tiempo? ¿De lo mucho que te deseo?

Maddox enarcó las cejas.

Maddox: Desde luego me interesa mucho más el segundo tema de conversación.

Sobre todo porque había pasado de ser alguien apreciado en Utah a convertirse en un anatema al regresar a Silver Springs.

Maddox: ¿Acaso me conoces?

Desconocida: Nos hemos visto.

Maddox: Tienes que ser la mujer del Blue Suede Shoe.

Desconocida: ¿Por qué? ¿Es que no has conocido a nadie más?

Él se rascó la cabeza.

Maddox: Sí, pero soy nuevo por aquí y, de momento, no tengo una gran vida social. Supongo que el origen de esto debe ser algo reciente.

Desconocida: Puede que sí, puede que no. Si no tienes una gran vida social, ¿qué haces cuando no trabajas?

Maddox: Juego al ajedrez con mi casero, que tiene casi ochenta años. No tengo nada contra él, es un tipo majo, pero desde luego no es la vida que había imaginado llevar cuando me trasladé a Silver Springs.

Desconocida: Yo jugaré al ajedrez contigo.

Maddox: ¿Cuándo?

Desconocida: Hoy, si tú quieres.

Maddox: ¿En persona?

Desconocida: Me temo que no.

Maddox: ¿Online? ¿Es lo mejor que me puedes ofrecer?

Esperaba que no fuera ninguna amiga de su madre que le estuviera echando los tejos. La idea le hacía encogerse de miedo. Sin embargo, se aburría y se sentía solo, lo bastante para querer comprobar cómo se desarrollaba aquello. La desconocida lo tenía intrigado por su manera de abordarlo.

Desconocida: No parece que tengas mucha acción en tu vida. ¿Por qué no hacer una nueva amiga?

Maddox: ¿Ahora quieres ser mi amiga?

Desconocida: Lo que me imagino haciendo contigo cuando cierro los ojos no tiene nada que ver con la amistad, pero tendré que aceptar lo que pueda conseguir.

Maddox dejó escapar el aire. ¿Había algún motivo para que esa mujer ocultara su identidad, o solo era una manera original de abordar a alguien?

De ser lo segundo, desde luego debía admitir que había despertado su curiosidad.

Maddox: ¿Podemos establecer algunos parámetros para que me sienta un poco más cómodo?

Desconocida: ¿Qué clase de parámetros?

Maddox: ¿Eres soltera?

Desconocida: Sí.

Maddox: Buena respuesta. ¿Cuántos años tienes?

Desconocida: Menos de ochenta.

Maddox: Me preocupa más que tengas menos de dieciocho.

Desconocida: No soy menor.

Maddox: No serás alumna de New Horizons...

Desconocida: No.

Maddox: ¿Puedes enviar una foto de tu permiso de conducir para demostrarlo?

Desconocida: Buen intento. Deja de intentar averiguar quién soy.

Maddox: Necesito preguntar una cosa más... ¿eres amiga de mi madre?

Desconocida: No la conozco. ¿Contento?

Maddox: Muy aliviado.

Desconocida: Estupendo. Ya basta de esa clase de preguntas. ¿Tienes una buena aplicación para jugar al ajedrez?

Maddox: No, pero puedo descargar una. ¿Cuál me recomiendas?

Pasaron varios minutos antes de que ella respondiera.

Desconocida: Chess Online+.

Maddox buscó la aplicación y la descargó antes de continuar con la conversación.

Maddox: ¿Se te da bien este juego?

Desconocida: No se me da mal.

Maddox: Me sorprendería que fueras capaz de ganarme. Estoy jugando mucho desde hace unas semanas.

Desconocida: Ya lo veremos.

Maddox: ¿Puedes decirme cómo has conseguido mi número? ¿Te lo di yo?

Desconocida: Puede.

¡Mierda! Ahí no había ninguna pista.

Maddox: ¿Cómo te ganas la vida?

Desconocida: Trabajo para mí misma. ¿Y tú?

Maddox: Trabajo en un colegio. ¿No lo sabías?

Desconocida: Puede que sí lo supiera. ;) Y bien, ¿quién es Paris?

Maddox: Mi exnovia.

Desconocida: ¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos?

Maddox: No voy a contarte nada más hasta que me digas algo sobre ti.

Desconocida: Es la primera vez que practico sexting con un chico.

Maddox: ¿Cuándo has hecho sexting?

Desconocida: ¿Qué quieres decir? He dicho algunas cosas bastante atrevidas...

Maddox soltó una carcajada que le hizo sentirse condenadamente bien después de las sensaciones que le había generado el encuentro en la tienda.

Maddox: Decirme que me deseas no es nada atrevido si no añades quién eres.

Desconocida: Supongo que ahí me has pillado.

Maddox: ¿Y bien? ¿Voy a poder verte alguna vez?

Desconocida: Vamos a empezar por conocernos un poco.

La posibilidad resultaba de lo más tentadora...

Estaba a punto de pedirle una pista sobre dónde podrían haberse visto, cuando ella volvió a escribir.

Desconocida: Tengo que irme. Te toca mover.

Maddox abrió la aplicación de ajedrez y vio que ella había adoptado el nombre de MysteryWoman23 y también que había empezado una partida.

Jada atendió a la pequeña familia que acababa de entrar en la tienda de galletas, turistas de Arizona según le comentaron, pero su mente seguía en la conversación mantenida con Maddox. Había sido una imprudencia por su parte escribirle por primera vez, y lo sabía. Pero continuar con los mensajes era llamar a gritos al desastre. Sin embargo, tras saber lo del encuentro de su madre con él en el supermercado, había tenido la sensación de que tenía que hacer algo para asegurarse

de que hubiera entendido que no era odiado por todos sin excepción en Silver Springs. No quería ni imaginarse lo duro que debía resultar enfrentarse a su pasado allí, ni siquiera por un buen empleo, y le admiraba por haber tenido el valor de regresar y pedir perdón.

Dado que no podía decirle esas cosas, ni ninguna otra, siendo ella misma, había hecho lo más parecido. Sin embargo, el problema con el anonimato era que le hacía sentirse lo bastante segura como para revelar sus verdaderos deseos, lo que podría resultar ser un grave error, caso de que él averiguara alguna vez quién era ella.

Eso le preocupaba, pero Aiyana no tenía su número de móvil. Tampoco lo tenían Eli o Gavin, ni nadie que trabajara en New Horizons. En Silver Springs solo lo tenían Tiffany, su familia, y algunos viejos amigos y, ¿qué probabilidades había de que Maddox abordara a alguna de esas personas? Él no era de los que iba por ahí preguntando si alguien reconocía el número de teléfono de la mujer que se dedicaba a enviarle mensajes. Estaba bastante segura de que esperaría a que ella decidiera mostrarse. Sin duda esperaba que lo hiciera en algún momento, pero no sabía que ella no podía.

Además, ser descubierta no era el único peligro. Cualquier interacción con él hacía que lo deseara aún más.

Tras empaquetar una docena de galletas y desearles un buen día a sus clientes, dejó de lado sus preocupaciones y volvió a tomar el móvil. Se sentía ansiosa, más de lo que debería, por volver con él.

Al igual que ella, Maddox había movido el peón delante de la reina, dos casillas al frente.

Jada adoraba el ajedrez y solía pasarse horas jugando online. Cuando Maya era pequeña y Eric trabajaba largas jornadas, había necesitado algo con lo que entretenerse. Pero en cuanto empezó su negocio de redes sociales, cinco años atrás, estuvo demasiado ocupada para poder jugar. Movi6 el segundo pe6n, con la esperanza de que su habilidad para el juego regresara pronto.

Maddox: Gambito de Dama, ¿eh?

La aplicación tenía un chat asociado, que él acababa de usar.

MysteryWoman23: ¿Por qué no? Hace décadas, puede que siglos, que es una apertura muy eficaz.

Maddox: ¿Dónde aprendiste a jugar?

Jada sintió de inmediato una opresión en el pecho.

MysteryWoman23: Me enseñó mi padre.

El mismo padre que se sentiría traicionado al saber que se había puesto en contacto con él.

Maddox: Supongo que no vas a decirme quién es tu padre...

Era, aunque no iba a facilitarle tanta información.

MysteryWoman23: No.

Maddox: ¿Y qué tal si me facilitas alguna otra pista sobre tu identidad?

MysteryWoman23: No.

Maddox: No me lo estás poniendo fácil.

MysteryWoman23: ¿No estás disfrutando con la partida?

Maddox: Yo no he dicho eso.

Jada se preguntó dónde estaría. ¿En su casa de alquiler de las tierras de Uriah Lamb? No lo preguntó, pero dado que nada interrumpió la partida, supuso que estaría en algún lugar en el que se sentía libre para hacer lo que quisiera.

Siguieron jugando durante una hora y media. Hasta que él ganó.

MysteryWoman23: Menos mal que no he apostado nada.

Maddox: Por lo menos has supuesto un desafío.

MysteryWoman23: Estoy oxidada. Pero me recuperaré. ¿Quieres volver a jugar?

En lugar de responder, él comenzó una nueva partida, pero la campanilla de la puerta sonó antes de que ella pudiera hacer la primera jugada.

Jada se metió el móvil en el bolsillo trasero mientras Maya entraba en la tienda llevando un vestido de verano encima del traje de baño, y los cabellos revueltos.

–¿Por qué has vuelto tan pronto? Yo pensaba ir a recogerte después de cerrar.

–Los padres de Annie nos han traído para tomar una hamburguesa y les pedí que me dejaran aquí. No quería que tuvieras que cerrar sola. Siempre estás trabajando –le ofreció a su madre un poco del batido de helado–. Galletas Oreo.

Era agradable que su hija se preocupara por ella. Jada sonrió mientras aceptaba el batido y tomaba un sorbo, pero le entristecía no poder seguir jugando al ajedrez. Su cabeza estaba completamente llena de Maddox, tanto de los recuerdos del pasado como del deseo de volverlo a ver. Le faltaba el aliento al pensar en él, como si aún fuera una atolondrada adolescente.

Por suerte, se le empezó a pasar mientras hablaban y reían sobre el hermano mayor de Annie y su amigo, a los que habían pillado saliendo a escondidas de casa la noche anterior. Para cuando terminaron de empaquetar las galletas restantes y limpiarlo todo, Jada volvía a sentirse como su ser normal, más parecida a la madre responsable e hija abnegada que intentaba ser. Pero cuando entró en el cuarto de baño con la intención de comunicarle a Maddox que no iba a poder jugar durante unas cuantas horas, y vio que le había enviado un mensaje, la atracción volvió a dispararse.

¿Te he perdido?

Ella se quedó mirando fijamente las dos palabras. Se habían perdido el uno al otro, y esa era la gran tristeza de su vida. ¿Qué habría sucedido entre ellos si Tobias no hubiese disparado a Atticus?

A lo mejor no había motivo para sentirse mal. A lo mejor Maddox y ella se habrían separado de todos modos. Eran muy jóvenes.

En cualquier caso, la intención del mensaje no iba en esa dirección.

MysteryWoman23: Solo por esta noche. Tengo cosas que hacer.

Maddox: ¿Qué clase de cosas?

MysteryWoman23: Trabajo.

Maddox: Yo creía que trabajabas para ti misma.

MysteryWoman23: Y así es, pero eso significa trabajar más horas.

Maddox: ¿A estas horas de la noche?

MysteryWoman23: Eso me temo.

Maddox: ¿No puedes decirme quién eres? ¿A qué viene tanto secretismo?

Jada tenía un buen motivo, pero ¿por qué se seguía molestando? ¿Adónde creía que podría llegar aquello?

A ninguna parte. Solo intentaba satisfacer su deseo por él del único modo «seguro» que se le ocurría, aunque en sus momentos de sinceridad era consciente de que esa «seguridad», podría ser solo una ilusión.

Hizo acopio de toda su fuerza de voluntad antes de contestar al mensaje.

MysteryWoman23: ¿Preferirías que te dejara en paz?

Contuvo el aliento mientras aguardaba la respuesta. Rezó para que contestara que sí. Necesitaba algo que la detuviera, que le impidiera contactar con él, ya que no parecía capaz de hacerlo ella

sola.

Aun así, sintió un inmenso alivio cuando recibió la respuesta.

Maddox: No.

MysteryWoman23: Me alegro, porque daría cualquier cosa por saborearte ahora mismo, por deslizar mi boca por tu cálido cuello hasta encontrar esos labios perfectos.

El pulso le latía enloquecido mientras escribía las últimas palabras, pero algo en su interior la desafió a enviarlo, y pulsó la tecla de envío antes de echarse atrás.

Maddox: Me tienes totalmente confundido. ¿Cómo nos hemos conocido? ¿Eres de Utah?

MysteryWoman23: Mucho más cerca que eso.

Maddox: ¿Entonces eres de Silver Springs? ¿Cómo conseguiste mi número?

MysteryWoman23: No fue difícil. Llevas ya un tiempo en New Horizons.

Maddox: Eso ha sido un sí. Estás en la ciudad, aunque al principio fingiste que no sabías dónde trabajaba.

Jada reflexionó durante unos minutos y concluyó que no había ningún peligro en admitirlo. Ni en un millón de años pensaría Maddox que se trataba de ella, sobre todo después de todo lo que le había dicho sobre desearlo.

MysteryWoman23: Sí.

Maddox: ¿Te dio Aiyana mi número? ¿Está ella detrás de todo esto?

MysteryWoman23: Supongo que podría ser...

Maddox: ¡Maldita sea! ¿Por qué no me cuentas nada?

MysteryWoman23: ¿Estás seguro que no quieres que te deje en paz? Si me lo pides, dejaré de molestarte.

La respuesta llegó de inmediato

Maddox: Me parece bien que sigas contactando conmigo.

–¿Mamá? ¿Aún no has terminado? –gritó Maya.

–Ya salgo –contestó ella.

MysteryWoman23: De acuerdo, hablaremos más tarde.

Maddox: Por cierto, estás mejorando.

–¿Mamá?

A pesar de la impaciencia de su hija, ella se detuvo al leer la respuesta.

MysteryWoman23: ¿En qué?

Maddox: En el sexting.

MysteryWoman23: ¡Me parto! No tienes ni idea de lo que me gustaría decirte y hacerte.

Jada metió el móvil en el bolsillo antes de salir del cuarto de baño.

Aquella noche, Maddox no apartó la vista de su móvil. Esperaba volver a tener noticias de MysteryWoman23, o por lo menos que retomara la partida de ajedrez que habían comenzado. Con su hermano saliendo de la cárcel el lunes y su madre tomando drogas otra vez, necesitaba alguna distracción. Jill no paraba de llamarlo, borracha como una cuba, o colocada, no estaba muy seguro, y le decía que era un buen chico y que lo amaba, que no era culpa suya que Tobias estuviera en la cárcel. Y entonces se volvía sensiblera y empezaba a llorar porque les había fallado a los dos como madre, y él tenía que decirle que dejara de tomar lo que estuviera tomando y que le llamara cuando fuera capaz de mantener una conversación coherente.

Recibió un mensaje de Paris en el que le preguntaba qué hacía esa noche, y al cual no

respondió. Sin embargo, no tuvo ninguna noticia de su compañera de ajedrez. Tampoco tuvo noticias de ella el miércoles, jueves o viernes.

No fue hasta el sábado por la tarde, cuando estaba haciendo la colada y limpiando la casa, cuando por fin se decidió a enviarle un mensaje. Se le había insinuado con demasiada fuerza como para echarse atrás tan de repente. Maddox sentía que estaba justificado preguntarle qué había pasado.

Maddox: ¡Eh! Estás muy callada. ¿Ya me has cambiado por otro?

MysteryWoman23: Ojalá fuera así de sencillo.

Maddox: Entonces, ¿dónde has estado?

MysteryWoman23: He estado intentando no ponerme en contacto contigo.

Maddox: Porque...

MysteryWoman23: Porque soy consciente de que desearte me va a volver loca. No hago nada más que pensar en ti.

Maddox: Eso es una estupidez. Tanto no me desearás si ni siquiera eres capaz de decirme tu nombre.

Ella no contestó y Maddox lamentó haber contestado con tanta brusquedad.

Maddox: Olvídalo, es que estoy de mal humor. Te dejaré tranquila, a fin de cuentas no me debes nada. Ni siquiera sé quién eres.

–Eres patético –murmuró mientras empujaba el móvil al otro lado de la mesa.

Pero al oír el tono supo que ella había contestado y no pudo resistir la tentación de leer su mensaje.

¿Qué sucede?

Maddox estuvo a punto de ignorarlo y seguir con sus asuntos. Pero esa persona era al menos alguien con quien charlar y, al no saber quién era, no iba a tener que verla en su vida diaria, no tendría que preocuparse por lo que pensara de él.

Maddox: ¿Aparte del hecho de que mi hermano sale de la cárcel el lunes, tras llevar trece años encerrado, y que no tengo ni idea de si será capaz de aclimatarse? ¿O de que mi madre ha vuelto a consumir cristal o crack o algo, y que no tengo ni idea de si debería ingresarla de nuevo en un centro de desintoxicación o simplemente dejarla que viva su vida ya que la desintoxicación nunca le ha funcionado?

MysteryWoman23: No puedes obligar a nadie a dejar de consumir.

Maddox: Exactamente. Tienen que querer desintoxicarse.

MysteryWoman23: Siento lo que estás pasando.

Maddox: ¿Sabías que mi hermano estaba en prisión?

¿Cómo de bien le conocería esa mujer?

MysteryWoman23: No, ¿qué hizo?

Maddox hizo una mueca de desagrado. Era la pregunta lógica. Había sido un imbécil al llevar la conversación por esos derroteros.

Maddox: Pensándolo mejor, no quiero hablar de ello.

En lo que iba de día, ya había pasado tres veces con el coche frente al callejón donde Jada aparcaba su coche cuando estaba en la tienda. No quería hablar de nada que le recordara a ella o lo sucedido años atrás.

MysteryWoman23: ¿Y de qué te apetece hablar?

Maddox: No lo sé. Solo quiero que hagas tu jugada en la partida de ajedrez, supongo.

MysteryWoman23: ¿Debería dejarte ganar?

Maddox: Espero que no lo hicieras la última vez.

MysteryWoman23: No, pero he mejorado. He estado practicando online.

Maddox: En lugar de jugar conmigo...

MysteryWoman23: No es jugar al ajedrez lo que yo quiero de ti, Maddox.

El que hubiese utilizado su nombre hacía que la afirmación resultara mucho más personal.

Maddox: ¿Y qué es?

MysteryWoman23: Quiero sentirte dentro de mí. Paso la mitad de la noche imaginándomelo.

Maddox: Eso dices, pero luego te mantienes en silencio durante días.

Nada.

Maddox: Ven a mi casa. Conozcámonos. Te prepararé la cena.

Fuera quien fuera, una cena sí que le aguantaría.

MysteryWoman23: No puedo.

Maddox: ¿Por qué no?

MysteryWoman23: Tengo planes.

Maddox: Mañana entonces.

MysteryWoman23: Si eres capaz de ganarme hoy al ajedrez, puede que lo haga. Pero no podré jugar hasta pasadas las diez.

Maddox: Porque...

MysteryWoman23: Trabajo.

Maddox: De acuerdo. Tenemos una cita. Pero si yo gano, cumplirás tu parte, ¿de acuerdo?

MysteryWoman23: Ya veremos.

Eso no sonaba mucho a un compromiso.

Maddox: No hay ningún motivo para que te preocupes por mí, ningún motivo para que te escondas.

No hubo respuesta.

Maddox terminó de limpiar y vio un partido de rugby que tenía grabado. No estaba muy seguro de si volvería a tener noticias de ella, no después de su última retirada, pero se equivocó. La misteriosa dama no le volvió a enviar ningún mensaje hasta las diez y veinte de la noche, cuando por fin hizo una jugada en la partida que habían comenzado el martes.

Maddox: Has acudido a la cita.

MysteryWoman23: ¿Acaso dudabas de mí?

Maddox: No tienes un historial muy bueno.

MysteryWoman23: No sabía que hubiese accedido a ningún compromiso antes.

Maddox: Decirle a un hombre que lo deseas no es precisamente un comentario casual.

MysteryWoman23: ¡Me parto de la risa! Ahí le has dado. Tú mueves.

Jugaron durante casi dos horas antes de que él consiguiera ganarle al rey.

MysteryWoman23: ¡Mierda! Pensaba que esta vez te tenía.

Maddox: Estuviste a punto, pero yo estaba muy motivado ☺ ¿A qué hora vendrás mañana? ¿O prefieres que te recoja?

MysteryWoman23: Iré yo. Dame tu dirección.

Maddox le envió la dirección.

Maddox: ¿A qué hora vendrás? Si te parece, prepararé un par de filetes a la parrilla.

Ella no respondió. Maddox esperó diez minutos, quince, treinta.

Maddox: ¿Hola? No me digas que te estás echando atrás...

Un golpe de nudillos en la puerta hizo que se irguiera de un salto. ¿Qué demonios? Era casi

medianoche. ¿Había decidido MysteryWoman23 acudir inmediatamente?

Dejó el teléfono sobre la mesita de café antes de acercarse a la puerta y abrirla de golpe. Pero no había nadie en la entrada. Sin embargo, encontró una tarta de manzana casera, y caliente, en el peldaño de la entrada.

¡Había estado allí y se lo había perdido!

Maddox saltó por encima de la tarta y corrió hasta el camino, pasada la casa de Uriah. Tenía que estar cerca, acababa de llamar a su puerta.

Pero no pudo ver a nadie, ni vio luces de faros alejándose del huerto.

—¡Mierda! —exclamó mientras regresaba junto a la tarta y el teléfono.

Por fin volvió a tener noticias suyas.

MysteryWoman23: No me he echado atrás. Te he preparado una tarta. Espero que te guste.

Maddox: Al menos podrías haber saludado.

MysteryWoman23: No habría sido capaz de detenerme tras el saludo.

¿Y él? ¿Habría querido detenerse tras el saludo? Empezaba a tener la sensación de que no podría...

Maddox: Por lo menos he conseguido un premio de consolación.

Tras comer un pedazo, concluyó que el premio de consolación era mucho mejor de lo que se había esperado.

Maddox: La tarta está buena, incluso impresionante. No era lo que estaba esperando, pero por lo menos no me has dejado con las manos vacías.

MysteryWoman23: Me alegra que te haya gustado. ☺

Maddox no estaba seguro de qué jueguecito se traían entre manos. Era todo muy raro. Pero, de momento, le gustaba esa mujer, tanto que tras caminar de un lado a otro del salón durante varios minutos decidió llamarla. Había sido ella misma la que le había proporcionado el número, al enviarle un mensaje. Si no quería que lo tuviera, no debería haberlo hecho.

Guardó el resto de la tarta en la nevera en el preciso instante en que empezaba a sonar el teléfono de MysteryWoman23.

Capítulo 12

–¡Mierda! –murmuró Jada al ver el número de Maddox en pantalla. Se había preparado para la posibilidad de que intentara llamarla, y por eso había borrado el mensaje de bienvenida en su buzón de voz. Pero el hecho de que lo estuviera haciendo realmente, le aterraba. ¿Y si no hubiera ido de camino a su casa con el móvil en el bolsillo? ¿Y si hubiera estado viendo televisión con Maya y hubiese dejado el teléfono a mano mientras iba al baño?

Maya habría visto «M», en pantalla y quizás incluso habría contestado...

La posibilidad le aterrizzaba. Debía tener mucho cuidado de que algo así no sucediera, pero cuanto más tiempo se comunicara con Maddox, mayores posibilidades había de que él descubriese quién era. Con el fin de mantener su identidad en secreto, y asegurarse de que nadie más se diera cuenta de que chateaba con él, iba a tener que mantener el móvil continuamente guardado.

¿Sería capaz de hacerlo?

De no ser así, siempre podría conseguir un número nuevo. Al menos tenía ese recurso. ¿Había llegado el momento de utilizarlo?

–¿Mamá? ¿Eres tú? –llamó Maya en cuanto Jada cerró la puerta que comunicaba la cocina con el garaje.

Maya había estado viendo televisión con el tío Atticus. Susan no se encontraba bien y se había ido a la cama mientras Jada horneaba las tartas, una para ellos y otra para Maddox. Le había dicho a Maya y a Atticus que iba a llevar la segunda tarta a Tiffany.

–¿Aún estás levantada?

–Dijiste que podía terminar de ver la película con el tío Atticus.

–Pensé que ya habría terminado. Se está haciendo muy tarde.

–Solo quedan unos minutos. Ven a verla con nosotros. ¡Es muy buena!

–Lo haría, pero tengo que limpiar la cocina.

Se dijo a sí misma que estaba bien. Todo estaba bien. Y aun así tenía la sensación de que su vida estaba girando fuera de control. No solo había estado practicando sexting y jugando al ajedrez con Maddox, le había preparado una tarta casera de manzana y se la había llevado... ¡a su casa!

Podría haberla pillado. De no haber aparcado el coche oculto entre los árboles hasta verlo regresar a la casa, podría haberla alcanzado. Lo había visto echar a correr para alcanzarla...

Tenía que terminar con ese diálogo que mantenían, lo antes posible.

Se prometió a sí misma que lo haría, pero a pesar de haberle dicho a Maya que iba a limpiar la cocina en lugar de sentarse con ellos para ver terminar la película, se metió en el cuarto de baño para comprobar si Maddox le había dejado algún mensaje en el buzón de voz.

Y, por supuesto, lo había hecho.

Contuvo la respiración mientras escuchaba la grave voz.

«—Hola, soy yo. Supongo que preferirás no hablar. Yo solo... quería darte las gracias por la tarta. En mi vida habré comido, quizás, tres o cuatro tartas caseras. Mi madre no era de las que cocinaba, y mi abuela murió siendo yo un niño, de modo que ha sido un detalle realmente bonito. Gracias. Pero la próxima vez, espero que te quedes el tiempo suficiente para decir hola».

Jada escuchó el mensaje tres veces antes de volver a guardar el móvil en el bolsillo. Maddox jamás se imaginaría lo mucho que le había apetecido quedarse.

A punto de salir del cuarto de baño, se detuvo para enviarle un mensaje a Tiffany.

Jada: Hola, si alguien te pregunta, por ejemplo mi madre, Atticus o Maya, te he llevado una tarta de manzana recién hecha a tu casa esta noche, ¿de acuerdo?

Tiffany: ¿Y no importa que haya estado trabajando y no en mi casa? Estoy saliendo del hospital.

Jada: No, ellos no van a consultar tu cuadrante de trabajo.

Tiffany: Entendido. ¿Adónde fue realmente esa tarta?

Jada: No creo que te guste saberlo.

Tiffany: Jada, ¿está pasando algo que yo debería saber?

Jada: Es complicado.

Tiffany: Eso significa que Maddox Richardson está implicado.

Jada: A lo mejor...

Tiffany: Mierda. No me digas que la tarta era para él...

Jada: Sí. Pero no sabe que la hice yo.

Tiffany: Alguna idea debe tener.

Jada optó por dejar de enviar mensajes y llamó a Tiffany.

—¿Qué quieres decir? —susurró para que nadie más en la casa pudiera oírla—. ¿Por qué iba a tener alguna idea?

—Me ha enviado un mensaje poco antes de que lo hicieras tú.

—¿Y?

—Me pasó tu número de teléfono y me preguntó si lo conocía.

De manera que estaba empezando a buscarla. Había ido demasiado lejos, despertado demasiado su curiosidad.

—¿Y qué le dijiste?

—Aún no le he contestado.

—¡Dile que no lo conoces!

—Claro que lo haré. Pero... ¿qué está pasando aquí?

—Es una larga historia, y ahora mismo no puedo hablar de ello.

—¿Está Maya durmiendo?

—Aún no. Está viendo una película con Atticus.

—Pues vente a casa después.

—De acuerdo —Jada se frotó los ojos—. Lo haré —con suerte su amiga le metería algo de sensatez.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Tiffany en cuanto ambas salieron de sus respectivos coches y se reunieron en su pequeña casa.

Habían seguido hablando por teléfono mientras conducían y Jada le había contado que había estado practicando sexting con Maddox.

—¿Cómo se te ha ocurrido hacer algo así?

Jada agachó la cabeza y siguió a su amiga hasta la puerta. Ella misma se había estado haciendo esa pregunta, pero era incapaz de dejar de interactuar con Maddox. Y aunque no estuviera en contacto con él, aunque estuviera haciendo otras cosas, siempre estaba pensando en él.

–No podrá descubrir que soy yo.

–¡Claro que podrá!

–¿Cómo?

Aún vestida con el uniforme del hospital, Tiffany abrió la puerta, arrojó las llaves sobre el mostrador y dejó caer el bolso al suelo mientras se dejaba caer en el sofá.

–¿Qué me dices de los directorios cruzados? Supongo que los conoces.

–Sí, sé lo que son. He investigado online. A no ser que seas policía o algo así y tengas acceso a una base de datos especial, no se me puede encontrar a través de un directorio cruzado.

–A lo mejor es amigo de algún policía que puede buscarlo.

–Lo dudo. Si tuviera un amigo policía que hiciera eso por él, no te estaría preguntando a ti.

–Bueno, pero podría preguntar a alguien más de aquí –Tiffany tomó el bolso, sacó el móvil y le enseñó a Jada el mensaje.

Jada frunció el ceño mientras se sentaba en el sillón más cercano.

–Contactaste con él para escribirle a su hermano.

–¿Y?

–Se siente seguro dirigiéndose a ti. Y dado que tú no me vas a delatar, todo saldrá bien. ¿Quién más hay que tenga mi número y con quien él se sienta cómodo?

–Esto me pone muy nerviosa –su amiga no parecía convencida.

–A mí también –reconoció ella.

–¿Y por qué empezaste la conversación con él? –Tiffany la miró boquiabierta.

Al ver que Jada no respondía, lo entendió.

–Porque aún no lo has superado. Ni siquiera después de todos estos años.

–Los años no significan nada, Tiff. Es como si hubiésemos estado juntos ayer mismo.

–Eso no es bueno.

–Lo sé.

Tiffany respondió a Maddox y le mostró el mensaje a su amiga: *Ni idea, ¿por qué?*

–Eso servirá –Jada asintió, satisfecha, mientras Tiffany pulsaba la tecla de enviar. Era tan tarde que no esperaba que Maddox respondiera, pero segundos después sonó el tono del móvil.

Por nada importante. Gracias por tu ayuda.

–Por lo menos no anda por ahí contándole a todo el mundo que recibe mensajes de una mujer misteriosa y que está intentando identificarla –observó Tiffany.

–Sabía que no haría eso.

–Ya, bueno, esperemos que se rinda fácilmente. Todavía no me puedo creer que le preparases una tarta.

–Se sentía mal por su hermano.

–Tú eres la última persona que le puede consolar.

Para su sorpresa, el móvil de Tiffany volvió a sonar.

–Es Maddox otra vez –dijo ella mientras volvía la pantalla hacia Jada.

¿Qué tal está Jada?

–¿Qué contesto?

Jada no pudo evitar sentir cierta satisfacción al ver que preguntaba por ella, pero no podía permitirse su atención, no podía permitirse el lujo de que él se preguntara y pensara en ella.

–Cuanto menos, mejor.

Bien.

De nuevo Tiffany consultó con Jada antes de enviar el mensaje.

–Está bien así.

El mensaje salió y otro nuevo entró.

Maddox: ¿Llegaste a escribir a Tobias?

Tiffany: Sí, lo hice.

Maddox: Te agradezco tu interés por él.

Tiffany: Espero que pueda vivir una vida feliz. Y Jada también, por cierto.

A Jada no le pareció buena idea que su amiga volviera a mencionarla, pero en esa ocasión envió el mensaje sin consultarla.

Maddox: Yo también. Si alguna vez te apetece salir a tomar una copa, avísame. Seguramente no podrás confraternizar con el enemigo, pero si no te parece una traición demasiado grave tomar algo con un viejo amigo...

Tiffany levantó la vista hacia Jada.

–Ni hablar –ella sacudió la cabeza.

–Jamás le contaría nada.

–Me da igual. No me sentiré cómoda si se acerca tanto.

–¡Le has dejado una tarta en su casa esta noche! ¿Eso no es acercarse?

–Si sales con él, me moriré de celos.

–Por fin la verdad –Tiffany soltó una carcajada–. Pero él no siente ningún interés por mí. Lo ha dejado claro al mencionar lo de «viejos amigos». En el lenguaje codificado significa «no creo estar interesado en ti románticamente». Apuesto a que lo que quiere es saber más de ti.

–Da igual. Puedes salir con cualquiera, menos con él, y eso incluye a mi ex.

–Madre mía –Tiffany volvió a reír–. Sí que te ha dado fuerte.

–Nuestra relación nunca llegó a su final natural, ya fuera ruptura o... alguna otra cosa.

–Tus padres jamás lo habrían aceptado, aunque Atticus no hubiese recibido un tiro, Jada.

–Pero si Atticus no hubiese recibido un disparo, yo podría haberles dicho que se fueran a paseo.

Tiffany se puso seria y apretó la mano de su amiga.

–Lo sé, y lo siento. Entonces, ¿qué le digo? No puedo contestarle que no puedo tomar una copa con él porque te pondrías celosa.

–Dile que lo de la copa suena bien y que ya le llamarás cuando dispongas de una noche libre. Y luego no vuelves a contactar con él nunca más.

–De acuerdo –su amiga envió el mensaje antes de dejar a un lado el teléfono y mirar a Jada con expresión condenatoria–. Hasta ahora has tenido suerte al flirtear con él sin hacerle saber quién eres. Pero vas a dejarlo, ¿verdad? ¿Vas a dejar de enviarle mensajes y de jugar al ajedrez con él y todo eso?

–Sí, voy a dejarlo –Jada contestó con bastante convicción.

Quería creer en sus propias palabras, pero cuando volvió a su casa encontró un mensaje suyo en el que le deseaba que pasara una buena noche. Y no pudo evitar responder.

Buenas noches.

A Maddox le despertó a la mañana siguiente una llamada a cobro revertido de la prisión. Tras oír la habitual grabación, pulsó el botón adecuado para poder hablar con su hermano.

–Eh, tío, ¿qué hay?

–Este es mi último día aquí –contestó Tobias–. Eso hay.

–¿Y cómo te sientes? –durante años Maddox había tenido la sensación de que ese día nunca llegaría, aunque no se lo mencionó a su hermano.

–Me muero de ganas, tío.

–Tengo ganas de verte –Maddox supuso que su hermano estaría nervioso.

–Podríamos ir a comernos un buen filete. ¿Tendrás tiempo antes de dejarme en casa?

–Claro. Podemos hacer lo que te apetezca. Yo invito.

–Eso es estupendo. Gracias. ¿Qué pasa con mamá?

–¿A qué te refieres?

–No he sabido nada de ella desde... desde hace siglos.

–¿Ninguna carta?

–Desde hace semanas no. Y tampoco ha intentado verme.

Lo último no era ninguna sorpresa. A fin de cuentas su madre no se había prodigado en sus visitas. Y últimamente su coche no era de fiar. Maddox consideró mencionarle a Tobias que había vuelto a tomar drogas, pero decidió no hacerlo. Ya tenía bastante con lo que le esperaba fuera de la cárcel.

–Está bien, creo. Seguramente habrá conocido a otro tipo. Ya sabes que cuando eso ocurre suele desaparecer.

–¿Todavía va por ahí buscando?

–Dudo que cambie nunca –contestó Maddox con una risotada, aunque no tenía ninguna gracia. La obsesión de su madre por los hombres a menudo les había hecho sentir que sus hijos no le importaban y, aun así, él podía entender por qué estaba tan dispuesta a acostarse con cualquiera que se le pusiera por delante. Su madre nunca había sido capaz de encontrar el amor que necesitaba y parecía pensar que un sustituto barato era mejor que nada–. Apuesto a que tu novia se muere de ganas de verte.

–¿Tonya? No tanto como yo de verla a ella. Casi se me pasa la plenitud sexual pudriéndome aquí dentro.

Maddox se preguntó si a su hermano lo habían asalto sexualmente en la cárcel. Tobias era un niño muy duro cuando fue condenado, prácticamente había crecido en las calles. Pero lo habían encerrado con adultos, algunos de los cuales lo verían como carne fresca. Siempre le habían preocupado los abusos en el interior de la prisión, pero Tobias nunca había mencionado nada de eso, y él no iba a preguntarle. Si algo tan horrible le hubiera sucedido a él, no tendría ganas de hablar de ello, de modo que no iba a sacar el tema con su hermano.

–Esperemos que esté dispuesta a ayudarte a ponerte un poco al día.

–Por lo que me dice tiene tantas ganas como yo.

–También tienes mucho futuro por delante. Claro que habrá algunos momentos duros hasta que te habitúes, pero...

–Estaré bien –interrumpió Tobias, como si quisiera desviar la conversación de temas tan complicados–. ¿Sabes qué?

–Te escucho.

–He recibido una carta de esa tía que estaba por mí en el instituto, Tiffany Martínez.

–Yo le facilité tu dirección. ¿Qué te dice?

–Fue agradable. Al parecer ha resultado ser una buena persona. Debería haberle hecho más caso. No creo haberle dedicado ni una mirada.

–Había muchas chicas que te deseaban por aquel entonces. ¿Me lees la carta?

–No la llevo encima, pero me envió un giro de doscientos dólares. Y no te lo vas a creer, me puso que Jada Brooks iba a medias con ella.

–¿Jada te ha enviado dinero? –Maddox se sentó de golpe.

–Sí. ¿Te lo puedes creer?

–Pues no –admitió Maddox.

–Me hizo sentir... no sé. Mejor.

–Eso ha sido muy amable por su parte. Su padre murió hace unos meses y ha vuelto a la ciudad para intentar ayudar a su madre con la tienda de galletas. ¿Te lo mencionó Tiffany?

–No. No decía gran cosa en la carta, pero incluyó una chuleta de descargas para que no me sienta tan cavernícola con la tecnología cuando salga. Me pareció todo un detalle.

–Debería haber pensado en algo así yo mismo.

–Voy a guardarla. Ella seguramente se lo tomó como una broma, pero la necesito realmente. Dijo que quiere que me recupere y sea feliz.

–Y yo también lo quiero.

–No mencionó cómo se sentía Jada, pero me envió su dinero, ¿no? Yo creo que Jada intenta decirme lo mismo que su amiga.

–Opino lo mismo.

–Y ahora que tengo algo de dinero, puede que sea yo el que invite a ese filete mañana.

Maddox se sacudió las mantas de una patada para poder levantarse e ir al baño.

–No. La comida es cosa mía. Utiliza ese dinero para ayudarte en tu comienzo. Estoy seguro de que era esa su intención al enviártelo.

–Lo haré. Pero ¿te puedes creer lo que han hecho?

Maddox sintió desbordarse la sensación de gratitud hacia Tiffany y, más aún, hacia Jada. Era evidente que su gesto había producido un gran impacto sobre su hermano, le había hecho sentir humano de nuevo, le había dado esperanza.

–Jada siempre ha sido especial.

–Sí. Siento mucho haber jodido vuestra relación, junto con todo lo demás, claro.

–Todo eso ya quedó atrás, hermano. Ya no vamos a preocuparnos más por eso, ¿recuerdas? –habían hablado sobre la necesidad de pasar página, pero ante la inminencia de la salida de Tobias de la cárcel, el crimen cometido volvía a estar por encima de todo lo demás en su mente.

–Lo recuerdo. Es que a veces...

–¿Qué?

–No es fácil olvidar. Eso es todo.

Maddox sintió un nudo en la garganta. Daría lo que fuera por que Tobias estuviese entero y sano, pero no tenía ni idea de si su hermano iba a ser capaz de soportar la transición a la vida normal, o si acabaría tomando el mismo camino que su madre para amortiguar el dolor. Solo con pensar en la posibilidad de perder al único otro miembro de su familia, y sobre todo del mismo modo en que había perdido a su madre, le ponía enfermo.

–Nos lo tomaremos día a día –tiró de la cadena del inodoro–. Todo resulta más fácil cuando lo troceas en porciones pequeñas.

–Eso dicen. De todos modos ya basta. Cuéntame cómo te va la vida. ¿Has vuelto con Paris?

–No.

–¿Por qué no?

–Pues la verdad no estoy seguro. Es una chica maja. Pero... no siento por ella lo que debería sentir.

–¿Has conocido a otra persona?

La mente de Maddox se fue directamente a la mujer del sexting.

–No realmente. Aunque anoche alguien me preparó una deliciosa tarta de manzana. La mejor que he comido en mi vida.

–¿Quién?

–Una amiga con la que juego al ajedrez de vez en cuando.

–Se me está haciendo la boca agua solo de pensar en una tarta casera. Quizás podrías traerme un trocito.

–Hecho.

–Gracias. Bueno, será mejor que me vaya. Algunos otros idiotas aquí dentro quieren utilizar el teléfono.

–Mañana te conseguiré uno.

–Sí. Solo me quedan veinticuatro horas en este agujero infernal –dijo Tobias antes de despedirse y colgar.

Maddox se lavó las manos y cepilló los dientes antes de ir a la cocina a prepararse el desayuno. Estaba dando buena cuenta de los huevos revueltos y la tostada cuando Uriah apareció por la puerta.

–Acabo de volver del mercadillo de productores locales –anunció mientras le entregaba a Maddox una bolsa con verduras frescas–. Pensé que te podrían ir bien unas cuantas cosas.

–Muchísimas gracias. Yo también tengo algo para usted –Maddox sujetó la puerta de mosquitera para que su casero entrara. Después dejó las verduras sobre el mostrador y buscó un cuchillo para cortar la tarta. Tenía la intención de llevarle un trozo al salir de su casa, de modo que la aparición de Uriah era perfecta.

–Parece casera –observó el anciano, visiblemente complacido.

–Y lo es.

–No me digas que la has hecho tú.

–No –Maddox rio mientras tapaba el plato con un pedazo de film plástico–. Alguien me la trajo anoche a última hora.

–¿Para eso vino ese coche?

–Sí –Maddox se puso inmediatamente en alerta–. Pero... supongo que no lo vería, ¿verdad? –no tenía demasiadas esperanzas de que Uriah dijera que sí. Su casero se iba pronto a la cama, pero no dormía muy bien, de modo que quizás aún había una posibilidad.

–¿El que se detuvo en el huerto alrededor de medianoche?

–¿No vino por el camino?

–Esa chica no. Aparcó al otro lado, entre los árboles.

Eso explicaba por qué no la había visto al salir corriendo tras ella. No se le había ocurrido echar un vistazo por el resto de la propiedad.

–Sin embargo, no se quedó mucho rato –continuó Uriah–. Y, por cierto, ¿de quién estamos hablando? ¿Quién es esa chica?

–Eso es lo que intento averiguar.

–¿No sabes quién preparó esta tarta?

–No. Alguien la dejó ante mi puerta y se marchó antes de que pudiese abrir.

–Ojalá alguien hiciera eso por mí –bromeó el anciano.

–Y ojalá yo hubiese podido ver algo de ella –contestó Maddox mientras lavaba el cuchillo.

–Iba en un coche pequeño. Eso sí puedo decirte.

–¿Qué clase de coche? –Maddox levantó la vista.

–Estoy intentando hacer memoria. La cámara de ese lado de la casa grabó algunos segundos.

–¿Qué cámara? –Maddox dejó caer el cuchillo en el fregadero.

–Cuando mi hijo vivía aquí, solía salir con algunos amigos que no nos inspiraban mucha confianza a mi esposa ni a mí. Teníamos muchos problemas con él, no nos llevábamos bien. La cosa se puso tan fea que ella temía que nos robaran, o que cometieran algún acto de vandalismo en el huerto, de modo que me pidió que instalara un equipo de vigilancia. No le he prestado mucha atención desde que él se marchó. Algunos de los detectores de movimiento de las cámaras no funcionan, pero el del lado de la casa sí captó algo de tu visita de anoche.

El grifo seguía abierto. Dándose cuenta de ello, Maddox lo cerró.

–¿Cómo de claras son las imágenes?

–Yo no sabría decirte de quién se trata, pero puede que tú tengas más suerte. Tienes ojos más jóvenes y, aunque no reconozcas la imagen, puede que sí reconozcas el coche.

Maddox sintió que una amplia sonrisa se formaba en su rostro.

–Bueno, pues eso sí que es interesante. Vamos a echar un vistazo.

Capítulo 13

Jada intentó tomarse el sábado libre para ir al mercadillo de productores locales con Atticus, y luego dedicarse a su negocio, pero por la mañana su madre no se sentía siquiera lo bastante bien como para salir de la cama, y Jada no quería cerrar la tienda cuando debería estar abierta. De modo que canceló sus planes y se llevó el ordenador a Sugar Mama, con la intención de trabajar en su negocio después de terminar de preparar las galletas de la mañana, si no había mucho movimiento.

Consiguió disponer el género en el mostrador y abrir la tienda justo a tiempo, y se alegró de haber hecho el esfuerzo cuando un numeroso grupo entró casi inmediatamente. Cuando se marcharon, entraron varios clientes más. El cupón que había puesto online parecía estar atrayendo más clientes. Ella quizás no conseguiría hacer gran cosa por su empresa, pero por lo menos su madre iba a poder pagar las facturas ese mes.

Atticus llevó a Maya a la tienda alrededor de las tres y se quedó charlando un rato. Estaba emocionado por una entrevista de trabajo que tenía la semana siguiente. No paraba de mencionarlo una y otra vez, seguramente para que ella no se enfadara cuando se marchara a ver a su amigo, en lugar de quedarse y ayudar en la tienda.

–¿Crees que Atticus conseguirá trabajo? –preguntó Maya cuando se hubo marchado.

–No veo por qué no.

–¡No puede caminar!

–Pero puede hacer otras cosas. Tú misma has visto lo capaz que es.

–Entonces, ¿por qué no quiere la abuela que se presente a ningún empleo?

–Tiene miedo de que lo rechacen y le hieran en sus sentimientos. No quiere que suceda.

–Yo tampoco quiero que suceda.

–Ni yo, pero no podemos rendirnos por miedo al fracaso. Fallaremos todos los tiros que no lancemos, ¿verdad? Debemos intentar construirnos una vida productiva, sea lo que sea a lo que nos enfrentemos.

–Sí –Maya pareció reflexionar sobre las palabras de su madre–. Tienes razón.

–Todo el mundo sufre algún rechazo alguna vez, Maya. Forma parte de la vida. Debemos recomponernos, sacudirnos el polvo y seguir intentándolo.

–Para nosotras es fácil decirlo, pero... él es diferente.

–Porque sufre una discapacidad, pero eso no le hace ser menos valioso, a no ser que él decida serlo.

–Es verdad... –de nuevo la niña reflexionó.

–Si no busca con el suficiente empeño, jamás encontrará nada.

–Sería estupendo que encontrara algo –Maya sonrió dubitativamente.

–Desde luego que lo sería, y por varios motivos.

Una madre entró con su hijo, de modo que Jada se dirigió al mostrador.

–Buenos días.

–Buenos días –contestó la mujer mientras el niño señalaba una galleta tras otra, exclamando que quería esa, y esa, y esa también.

La mujer levantó la vista mientras reía.

–Supongo que le apetece probarlas todas. Deme una docena variada.

–Todo tuyo –Jada se dirigió a su hija al volver a abrirse la puerta de la tienda.

Una pareja joven acababa de entrar. Viendo la oportunidad de atender a alguien ella sola, Maya se apresuró a colocarse tras el mostrador. Ya les había servido cuando entró alguien más. Jada oyó la campanilla de la puerta, pero no prestó demasiada atención. Seguía atendiendo a la madre y su hijo, y Maya había demostrado ser capaz de hacerlo ella sola.

Pero cuando oyó la voz del nuevo cliente, se le encogió el estómago.

Tenía que ser la hija de Jada. En opinión de Maddox, eran idénticas, ambas hermosas. Una sonrisa tironeó de sus labios mientras la niña lo observaba acercarse a la vitrina, visiblemente emocionada de tener otro cliente. Ya le había saludado con un «bienvenido a Sugar Mama», al entrar y en esos momentos intentaba ser paciente para que él pudiera decidir lo que quería.

Maddox miró fugazmente a Jada, pero estaba ocupada atendiendo a una mujer con un niño pequeño.

Tras ver la grabación de video de la noche anterior en el ordenador de Uriah, había necesitado un par de horas para armarse de valor y acudir a la tienda. La borrosa imagen en blanco y negro de Jada corriendo hacia su casa con esa tarta no era lo bastante clara como para estar seguro de que fuera ella, pero al juntar esa imagen con la del coche que también aparecía en el video, supo que no podía ser otra persona.

Había pasado las siguientes horas caminando de un lado a otro del salón, intentando decidir qué hacer con la información. Casi tenía miedo de creer que había dicho en serio algunas de las cosas que le había escrito. Sin duda debía estar gastándole una broma cruel. Pero entonces había recordado la expresión en su mirada en el Blue Suede Shoe y supo que no era ninguna broma. No había malinterpretado esa mirada. Ella seguía sintiendo algo por él, igual que él por ella. Aunque dudaba que pudiera llegar a alguna parte, desde que lo sabía, no podía ignorar sin más lo que Jada había admitido, no cuando él también se moría por estar con ella. Se dijo a sí mismo que debería esperar a que volviera a ponerse en contacto con él. No quería ahuyentarla. Pero sabiendo que era ella, se moría de ganas de verla. Y allí estaba.

«Daría cualquier cosa por saborearte ahora mismo, por deslizar mi boca por tu cálido cuello hasta encontrar esos labios perfectos».

El efecto de esas palabras era, de repente, mucho más profundo desde que sabía que las había escrito Jada.

–¿Qué desea que le ponga hoy? –preguntó la niña–. Si no ha probado nuestras galletas *red velvet*, debería hacerlo.

–De acuerdo. Suena bien –contestó él mientras Maya sacaba una del expositor y se la ofrecía envuelta en una servilleta–. Deliciosa.

Sin embargo no fue capaz de saborearla realmente, pues tenía el estómago hecho un nudo. Era evidente que Jada se había dado cuenta de su presencia y que le ponía nerviosa verlo comunicarse con su hija. Y entendía por qué. Si Maya volvía a casa y le contaba a Susan o a Atticus que había

ido a la tienda, podría causar problemas. No debería haberse arriesgado, pero la última vez que había visto su coche en el callejón, Jada había estado sola, y había supuesto que en esa ocasión también lo estaría.

La clienta de Jada tomó la bolsa y se llevó al niño a la calle.

–Ya me ocupo yo, Maya –anunció Jada con una tirante sonrisa en la cara.

–Lo tengo controlado, mamá –respondió la niña, reticente a soltar a su cliente.

Jada dudó, como si no estuviera segura de seguir insistiendo. Sin duda comprendía que un excesivo empeño solo generaría más preguntas.

–¿Es su primera visita a Silver Springs? –preguntó Maya.

Maddox tuvo la impresión de que la niña no hacía más que repetir lo que tantas veces les había oído a su madre y a su abuela, y que su intención era demostrarle a su madre que estaba haciendo un buen trabajo. Maya no tenía ni idea de que Jada no la quería ver cerca de él por otros motivos.

Abrió la boca para responder, pero Jada se le adelantó.

–El señor Richardson es el director de la escuela de chicas que abrirá este otoño en New Horizons. Vive aquí.

Maddox esperaba que la mención de su apellido llamara la atención de la niña, relacionándolo con el de la persona que había disparado a su tío, pero no hubo tal reacción.

–Entiendo. ¿Y le gusta esto?

–Es una región hermosa –Maddox señaló las galletas *red velvet* tras la vitrina–. Me llevaré media docena de esas.

–¡Estupendo! Las galletas de avena con pepitas de chocolates también están muy buenas – insistió la niña–, y si se lleva una docena, le saldrán más baratas.

–Eso parece un buen trato –contestó él–. Que sea una docena, y añada cualquier cosa que creas que me podría gustar.

Maya, orgullosa de sí misma, sonrió a su madre, pero Jada se sentía demasiado nerviosa para devolverle la sonrisa. Observaba a Maddox como si sujetara una pistola cargada y pudiera apretar el gatillo en cualquier momento.

–Gracias –le dijo a Maya cuando terminó de empaquetar sus galletas y se las entregó.

–¿Quiere hacerse una tarjeta fidelidad? –preguntó antes de que él pagara.

Por mucho que hubiera deseado ver a Jada, lamentó haberla puesto en un compromiso. Estaba a punto de rechazar el ofrecimiento de la niña, para poder salir de allí cuanto antes, pero Maya continuó.

–Si se apunta, recibirá promociones y otras ofertas por correo electrónico, y también galletas gratis cuando hayamos sellado todas estas casillas.

La niña parecía tan esperanzada que no pudo resistirse.

Tras proporcionarle los datos requeridos, pagó las galletas y estaba a punto de marcharse cuando recordó que había acudido allí con un plan.

–Estaba pensando en ir a Santa Barbara a cenar algún día de esta semana. ¿Por un casual no habrás estado recientemente? Quizás podrías recomendarme un buen restaurante...

Había esperado que Jada mostrara algún interés en el tema, que al insinuar que se reunirían fuera de la ciudad pudiera despertarle un mínimo de interés. Pero Jada respondió mientras mantenía la cabeza agachada, aparentemente ocupada en organizar un cajón.

–Lo siento. Hace siglos que no voy.

Maya sin duda había identificado el tono hosco de su madre y ante su incapacidad para comprender el motivo, intentó suavizar la cosa.

–Mi tío Atticus va mucho a Santa Barbara. ¿Quiere que le llame y le pregunte?

–No, no hace falta –contestó Maddox mientras, soltando un juramento por su torpe intento de invitar a salir a Jada, se marchó.

El corazón de Jada seguía latiendo con fuerza mucho después de que Maddox se hubiese marchado. No le había dado la impresión de que le hubiese llamado la atención el aspecto de Maya, no parecía haber reconocido sus propios rasgos en ella, y Maya tampoco parecía haberse extrañado al verlo, pero la situación había estado a punto de provocarle un infarto. ¿Cómo se le había ocurrido ir a la tienda? Ya se había disculpado por lo sucedido hacía trece años, le había asegurado que se mantendría alejado de ella y, de repente, ¡zas! Ahí estaba.

Cuando las ventas empezaron a aflojar, Jada se metió en el cuarto de baño para comprobar si Maddox había enviado algo, y encontró un bonito mensaje en el que le decía que se estaba tomando otro pedazo de tarta. ¿Y además había comprado galletas?

Se mordisqueó el labio inferior mientras debatía consigo misma sobre si debería contestar algo, y decidió que no.

–¿Mamá? ¿Podría venir el tío Atticus a recogerme? Hay un programa esta noche que quiero ver.

–¿Y por qué no le pides al tío Atticus que te lo grabe? –preguntó ella tras lavarse las manos y salir del baño.

–¿Y no puedo ir a verlo ahora? Aquí hay poco que hacer.

Jada contempló la tienda vacía. No tenía una verdadera razón de peso para obligar a Maya a quedarse.

–De acuerdo –accedió–. Si a Atticus no le importa.

–¡Gracias, mamá! –Maya envió un mensaje a su tío, que veinte minutos más tarde pasó a recogerla.

Jada limpió la parte delantera de la tienda, atendió a unos cuantos clientes más y empezó a limpiar la parte trasera. Tenía mucho trabajo con el ordenador, pero estaba demasiado preocupada para ser creativa. No lograba arrancar de su mente la imagen de la expresión de Maddox al mencionar el restaurante en Santa Barbara. Se había comportado como si esperara una acogida más cálida por su parte y se hubiera sentido decepcionado al no recibirla, pero Jada no entendía esa reacción.

Estaba a punto de cerrar cuando por fin se permitió a sí misma volver a consultar el móvil. Le había dicho a Tiffany que a lo mejor se pasaba por su casa esa noche y quería comprobar si su amiga había recibido el mensaje. Y lo había recibido, pero Tiffany le comunicó que estaba cubriendo el turno de una compañera que se había puesto enferma y que no podían verse.

Jada bajó la vista a un nuevo mensaje de Maddox.

Maddox: ¿Alguna vez terminaremos esta partida?

MysteryWoman23: No.

Maddox: ¿Por qué no?

MysteryWoman23: No puedo.

Maddox: ¿Qué mal puede haber en una partida de ajedrez?

En eso tenía razón.

MysteryWoman23: De acuerdo.

Cediendo, adelantó uno de sus peones.

MysteryWoman23: ¿Ya tienes tu jugada? Te toca mover.

Maddox: Intenté hacerla hace un rato.

Jada tuvo que leer dos veces el mensaje.

MysteryWoman23: ¿Le sucede algo a la aplicación? No la veo.

Maddox: Da igual.

El mensaje de Maddox llegó acompañado de un emoticono guiñando el ojo.

Maddox: Veamos si esta noche eres capaz de vencerme.

Jada jugó mientras recogía sus cosas y cerraba la tienda. Sin apartar la mirada del tablero que aparecía en el móvil, intentando decidir su estrategia, llegó al coche, abrió la puerta y arrojó el bolso sobre el asiento del pasajero... antes de darse cuenta de que había una rosa de tallo largo posada en su parabrisas.

Mientras tomaba la rosa, miró de un lado a otro del callejón. No se veía a nadie, y no había ninguna nota.

Pero ella sabía muy bien de quién era.

Maddox se aseguró de ganar la partida de ajedrez contra Jada. Temía que si ella lo vencía dejaría de jugar, y quería asegurarse de que el desafío se mantuviera vivo. Pero ella se estaba volviendo un oponente cada vez más duro y él no estuvo seguro de poder mantener su racha.

Cada vez juegas mejor, escribió, tumbado en la cama por la noche.

No había mencionado su visita a la tienda de galletas, ni la rosa que había dejado sobre el parabrisas del coche de Jada, porque seguía fingiendo que no sabía quién era ella. Su idea era tomárselo con calma, consolidar la amistad hasta que no le asustara cuando al fin diera la cara.

Al ver que ella no contestaba de inmediato, Maddox pensó que quizás se había dormido. A fin de cuentas era la una y media de la madrugada, y había trabajado todo el día en Sugar Mama. Al parecer esa mujer trabajaba día y noche, cuando no para su madre, para su propio negocio. Pero por muchas ganas que tuviera de recoger a su hermano a la mañana siguiente, Maddox sabía que no iba a poder dormir y deseó poder quedarse levantado con ella.

MysteryWoman23: Algún día te ganaré.

Maddox sonrió, pero su sonrisa se desvaneció al pensar en el futuro.

Maddox: ¿Y qué si lo haces? ¿Te sentirás satisfecha?

MysteryWoman23: Casi nada. Me parto.

Maddox: ¿Quieres más?

MysteryWoman23: Sí.

Maddox: ¿De qué?

MysteryWoman23: De ti. Ya te lo he dicho.

Maddox se sentó en la cama. Se notaba que Jada había estado intentando echarse atrás, pero cuando su hija, su madre y su hermano no eran el objeto de su atención, se mostraba más dispuesta a comunicarse con él, a decir las cosas que él tan desesperadamente quería oír.

Maddox: ¿Y por qué no tomas lo que quieres? ¿Qué te lo impide?

Sin respuesta.

Maddox: Si te pasas por aquí, te frotaré la espalda, y dejaré que seas tú la que decida lo que suceda a partir de ese momento.

Maddox contuvo la respiración mientras enviaba el mensaje. Se moría de ganas de verla, de tocarla, tal y como ella aseguraba que quería ser tocada. Lo que una vez compartieron había terminado demasiado bruscamente, demasiado pronto. Ninguno de los dos había estado preparado.

MysteryWoman23: Ojalá pudiera.

Maddox: ¿Por qué no puedes? Dijiste que eras soltera y mayor de edad. ¿Qué te lo impide?
Sin respuesta.

Maddox: ¿No te fías de mí?

¿Acaso no sabía ella que no se lo contaría a nadie? ¿No sabía que la protegería con su vida si hacía falta? Quiso decírselo, pero dudaba que ella lo creyera, temía que solo serviría para desvelar que él sabía quién era MysteryWoman23.

MysteryWoman23: El problema no es la confianza.

Maddox: ¿Podrías explicarme cuál es entonces?

Antes de que ella contestara, Maddox volvió a escribir.

Maddox: Olvídalo. No hace falta que contestes a eso. Tú ven a mi casa para que podamos hablar sobre ello. No hace falta que hagamos nada. No te tocaré a no ser que quieras que lo haga.

MysteryWoman23: Es que quiero que lo hagas.

Maddox: Pues cuéntame lo que pasaría si vinieses aquí...

MysteryWoman23: Me imagino llamando a tu puerta. Es tarde, todo está oscuro y tranquilo, pero en el huerto el aire es cálido. Huelo las mandarinas.

Maddox: De momento me gusta.

Maddox volvió a tumbarse en la cama.

MysteryWoman23: Tú me dejas entrar. No llevas puestos más que unos vaqueros. Tienes el pelo revuelto porque ya estabas en la cama, pero eso te da igual, y a mí también.

Maddox: ¿Y tú qué llevas puesto?

MysteryWoman23: Unos vaqueros cortados y un top blanco, y voy descalza.

Maddox: ¿Te muestras tímida cuando entras en mi casa, nerviosa? ¿O descarada y ansiosa?

MysteryWoman23: Desde luego nerviosa. Pero tú me atraes lentamente hacia ti y rodeas mi cintura con tus brazos, y yo aprieto mi mejilla contra tu pecho y huelo tu piel.

Maddox respiró hondo. Se había puesto duro como una roca solo con pensar en que ella aparecía ante su puerta sin nadie más alrededor, nadie que les interrumpiera o hablara de ello después.

Maddox: ¿A qué huelo? ¿A colonia? ¿A jabón?

MysteryWoman23: Hueles a ti. Y así es como quiero que huelas. Aprieto mis labios contra tu pecho desnudo antes de ponerme de puntillas y deslizar mi boca hacia arriba. Encuentro el latido de tu corazón en la base del cuello y siento tu pulso latir contra mis labios, prueba de que tu corazón late al unísono con el mío.

Maddox: Ahora mismo está latiendo. ¿Y luego qué sucede?

MysteryWoman23: Me quitas el top.

Él tragó con dificultad, pues tenía la garganta seca.

Maddox: ¿Qué llevas debajo? ¿Llevas algo?

MysteryWoman23: Un sujetador de raso.

Maddox: ¿De qué color?

MysteryWoman23: Negro.

Maddox: ¿Qué es lo siguiente en desaparecer, el sujetador o los pantalones cortos?

MysteryWoman23: Primero me besas. Tus manos se deslizan hasta abarcar mi trasero y me empujas contra tu erección, que siento a través de tus vaqueros, mientras inclinas la cabeza.

Maddox: ¿A qué sabe nuestro beso?

MysteryWoman23: Tiene un sabor celestial. No hay palabras capaces de describirlo. Tu boca es húmeda y cálida, y tus dientes suaves. Yo gimo mientras tú atrapas mi lengua.

Maddox cerró los ojos durante un instante para saborear lo que ella había escrito.

Maddox: ¿Y ya puedo quitarte el sujetador?

MysteryWoman23: Tus manos se deslizan por mi costado y abren el cierre de la espalda. Pero, en cuanto lo sueltas, me apartas para poder ver lo que acabas de descubrir bajo la luz de la luna, que entra por la ventana.

—Qué hermosura —murmuró él para sí mismo.

MysteryWoman23: Mis pezones están duros y ansían tus caricias, tu boca.

Maddox: Y entonces te arqueas y me permites saborearlos.

MysteryWoman23: Sí, una de tus manos está apoyada entre los omoplatos mientras tú inclinas la cabeza.

Maddox: Casi siento los duros pezones contra mi lengua.

MysteryWoman23: Y tu otra mano se desliza por dentro de mis pantalones.

Maddox gimió ante la descripción.

Maddox: ¿Qué es lo que toco?

MysteryWoman23: Piel desnuda, y también notas lo ardiente y mojada que estoy. Incapaz de controlarte, dejas de preocuparte por todo lo que no sea desabrochar los botones de mis pantalones para conseguir un mejor acceso.

Maddox: Pronto estarás completamente desnuda. Completamente disponible para mí.

MysteryWoman23: Sí.

Maddox: Ven a mi casa.

Jada ignoró la súplica, pero, por lo menos no abandonó la fantasía.

MysteryWoman23: Después de quitarme los pantalones y el tanga, los arrojas a un lado. A ninguno de los dos nos importa adónde van a parar. Estamos tan ansiosos que lo único que queremos es tocar y saborear. Ya no podemos tomárnoslo con calma, y me tomas en tus brazos y me llevas a la cama.

Maddox: Déjame enterrar el rostro entre tus piernas. Déjame separar tus rodillas mientras utilizo mi boca para hacer que te retuerzas y me supliques más, justo antes de que te haga estremecerte con el clímax más fuerte que hayas experimentado jamás.

MysteryWoman23: ¡Sí! Casi no puedo respirar. El placer es inmenso.

Maddox: Entonces me deslizo por tu cuerpo y me hundo dentro de ti, siento tus piernas apretar mis caderas mientras me recibes, ansiosa, hambrienta, deseando más.

MysteryWoman23: ¿Y luego?

Maddox: Te miro a los ojos y empiezo a empujar.

MysteryWoman23: Eso me gusta. Adoro tus ojos, adoro la intensa expresión de tu cara. Lo quiero duro y más rápido, nunca tengo bastante de ti.

Maddox: Estás llegando a otro clímax, y yo me detengo para salirme, para que sea más fuerte, mejor. No quiero que termine demasiado pronto. Adoro tus jadeos, la mirada ebria en tus ojos. Y casi llego al oírte susurrar mi nombre.

MysteryWoman23: Y empiezas a moverte de nuevo, me haces volar más y más alto cada vez que te siento empujar dentro de mí, cada vez que tu torso desnudo se frota contra mis pechos.

Maddox: Jada, te deseo desesperadamente. No hace falta que sigamos fingiendo. Por favor, ven. No se lo contaré a nadie.

Maddox temblaba, tanto por la excitación como por el miedo a haber cometido un error al

enviar el último mensaje. Había estado tan pillado que no había podido resistirse, pero sabía muy bien lo que podría costarle.

Miró fijamente la pantalla del móvil, esperando una respuesta. ¿Cortaría toda comunicación con él para siempre?

Al no recibir nada, soltó un juramento. Debería haber esperado más tiempo para hacérselo saber. Había pensado hacerlo, pero no quería que ella pensara que se había excitado tanto por una completa extraña, por una mujer a la que quizás no conocía siquiera. Se sentía tal y como pensaba la familia de Jada que era: basura blanca sin dinero, principios ni futuro, y habían intentado convencerla a ella de que era así. Odiaba darle motivos para pensar que su familia tenía razón, de creer que se conformaba con tener a cualquiera en su cama.

Fingir hacer el amor con ella no era, de todos modos, como hacerlo de verdad. Y Maddox lo sabía porque había pasado los últimos trece años fingiendo. Soñar no bastaba, quería tenerla entre sus brazos.

Pasó la siguiente media hora, y luego una hora, invocándola silenciosamente para que contestara, para que accediera, para que lo perdonara por el pasado, al menos lo suficiente como para concederle una sola noche, si no quería darle más. Incluso se levantó de la cama y salió de la casa con el teléfono para buscar el coche. Si estaba ahí fuera, escondida entre los árboles como cuando le había llevado la tarta, deliberando sobre si debería entrar o no, estaba decidido a convencerla para que la respuesta a la deliberación fuese afirmativa.

Pero no consiguió nada, ni la vio ni recibió respuesta alguna.

Capítulo 14

¿Pero qué había hecho?

Casi paralizada por el terror, Jada contempló durante hora y media, totalmente despierta, el techo sobre su cama. Tiffany había intentado advertirla. Mierda, ella misma se había advertido. Pero había contactado con Maddox de todos modos, y había seguido manteniendo el contacto con él, y él había descubierto quién era ella.

¿Cómo? ¿Qué iba a suceder? ¿Por eso había aparecido de repente por la tienda? ¿Por eso había dejado esa rosa en su coche?

Tenía que ser. Había empezado algo que no debería haber empezado. Jada apretó los ojos mientras susurraba:

—¿Y ahora qué digo?

Segundos después, pulsó la tecla que iluminaba la pantalla de su móvil. Desde que había dejado de responderle, Maddox había seguido intentando contactar con ella:

Siento haberte asustado.

No se lo diré a nadie, jamás haría nada para lastimarte.

Por favor, confía en mí.

¿Hola? Por lo menos contéstame para que sepa que no estás demasiado disgustada. No hace falta que practiquemos sexo. Ni siquiera hace falta que nos toquemos. Salgamos a cenar. Podría ser en Santa Barbara o en Los Ángeles, donde nadie nos verá.

Había mencionado Santa Barbara en la tienda, seguramente con esa misma idea en mente. Ya lo sabía entonces. A Jada no le cabía la menor duda.

Maddox insistía:

¿Qué mal podría haber en comer juntos? Te echo de menos.

La invitación era tentadora, pero Jada sabía que no acabaría en una cena. Si empezaba a verlo, seguiría viéndolo. Por el bien de Maya, y por el bien de su relación con su madre y su hermano, tenía que dar por terminado lo que estaba sucediendo. Por completo. Mientras aún tuviera una mínima posibilidad de ser capaz de hacerlo.

Tras borrar todo el chat, Jada también eliminó a Maddox de su lista de contactos y de la aplicación de ajedrez que se había descargado. Ya no había más «M». Ya no había más MysteryWoman23. Nadie más intentando acercarse a él, ni siquiera a través de mensajes. Había sido una estúpida al creer que podría salir indemne de lo que había hecho.

Rezando para que él lo dejara estar, para no haber vuelto a joder su vida, dejó el móvil sobre la mesilla de noche y se apartó de él. Lo que había soportado durante los últimos trece años, y lo que había soportado su pobre hermano, había sido un precio demasiado alto a pagar por haber ido a una fiesta.

Pero en esa ocasión iba a asegurarse de hacer lo correcto.

Cuando el despertador sonó a la mañana siguiente, Maddox sufría un terrible dolor de cabeza. Para poder llegar a la cárcel a las diez y media, hora a la que Tobias suponía que habría terminado con todo el registro y papeleo necesario para que lo soltaran, tenía que salir de su casa a las seis y media, de modo que el sol apenas empezaba a asomar. Y solo había dormido unas pocas horas.

Con los ojos hinchados de sueño, levantó la cabeza para terminar con el estruendo que estaba provocando su alarma, y se dejó caer de nuevo sobre la almohada. Había sido una noche difícil. No había conseguido que Jada le respondiera y se imaginaba que las pocas posibilidades que había tenido de volver con ella habrían desaparecido.

No debería haberle hecho saber que sabía quién era...

Se sacudió las mantas de encima y salió de la cama. No había tiempo para lamentaciones, tenía que ponerse en marcha. Aunque le emocionaba y aliviaba que su hermano por fin saliera de la cárcel, la preocupación nublaba su alegría. El año que tenía por delante, un año de transición, seguramente sería el más difícil en la vida de Tobias. ¿Iba a poder aguantar y ser productivo?

Maddox consultó el móvil con la esperanza de haber recibido noticias de Jada, y no se sorprendió al descubrir que no. Estuvo tentado de volver a escribirle, de seguir intentando convencerla. Pero presionarla solo haría que se alejara aún más. Quizás incluso podría bloquearle. Tenía que dejarla en paz, darle espacio. Ya tenía bastantes preocupaciones como para crearse todavía más. No podía permitir que Aiyana sufriera los reproches de los demás por haberle convencido para que regresara a la ciudad, y para eso debía ocuparse de sus propios asuntos y limitarse a cumplir con su trabajo.

Maddox gruñó, preparó café y se dio una larga ducha, que no ayudó demasiado. No se sintió mejor hasta que se hubo tomado un desayuno rápido.

Por lo menos consiguió salir de su casa a tiempo, aunque el día no mejoró. Le faltaba tan solo una hora para llegar a la cárcel cuando recibió una llamada de su madre. Lloraba tanto que apenas le entendía nada y, tras conseguir que se calmara para poder comprender sus palabras, oyó lo que intentaba decirle: le habían dado una paliza tras robarla.

Jada estaba decidida a comportarse con toda la normalidad posible, a pesar de la noche en blanco y del pánico que se enroscaba en su estómago cada vez que pensaba en que Maddox sabía quién se había estado poniendo en contacto con él. Y no solo le había enviado mensajes. ¡Había practicado sexting con él! Había sido muy imprudente, aunque dejarlo ahí le había requerido una gran contención. Por lo menos no había accedido a ir a verlo o a salir a cenar con él. Ni siquiera le había contado todas las cosas que le hubiera gustado decirle, como lo difícil que había sido para ella separarse de él años atrás, como lo mucho que lo había echado de menos y lo infeliz que había sido en su matrimonio, en parte porque había tenido que aprender la dura lección de que no todas las historias de amor estaban hechas igual.

Pero no tenía ningún sentido sentirse frustrada por sus limitaciones. Jamás podría ir a su casa a pasar la noche o a explicarle todas esas cosas. Tenía que enterrar las emociones que había reavivado y olvidar todo lo relacionado con Maddox, dejarlo de nuevo atrás, aunque fuera a resultarle mucho más difícil en esa ocasión, ya que cada día se presentaba con una nueva oportunidad para verlo.

Comprobó su teléfono. Aunque lo había borrado de su lista de contactos, no le había bloqueado, no había sido capaz de ir tan lejos, y él le había seguido enviando mensajes. Los mensajes llegaban únicamente con el número de teléfono, pero no había manera de confundirse. Habría sabido que era él aunque solo le estuviera preguntando por el tiempo. Hacía años que no se aprendía un número de teléfono de memoria, pues los smartphones se ocupaban de eso, pero el suyo sí lo había memorizado.

Borró todos los mensajes indeseados para no tener que estar pendiente de esconder el teléfono y se vistió para el día. Tenía que centrarse, tenía otras cosas de las que preocuparse aquella mañana. Aunque Sugar Mama había tenido unos cuantos días buenos a lo largo del mes, el negocio no había repuntado tanto como ella había esperado. Y si no iba tan bien como sería deseable durante la temporada turística, jamás conseguirían sobrevivir al invierno, a no ser que hicieran algunos cambios. Jada estaba convencida de que la idea de Maya de las galletas con helado podría salvar el negocio y, tras evaluar los costes, había decidido presentarle el plan a Susan.

—¿Qué haces aquí? —preguntó su madre cuando Jada entró por la puerta trasera de la tienda después de aparcar el coche en el callejón—. Normalmente no vienes hasta las dos.

—Quería hablar contigo y, normalmente, por la mañana es cuando menos trabajo hay.

—Y también cuando aprovecho para hornear las galletas.

—Hornear no te impedirá hablar o escuchar.

—¿Qué sucede? —su madre bajó el tono de voz—. No me digas que has tenido noticias de Maddox...

Jada prefirió no contestar a la pregunta.

—Es sobre la tienda.

—¿Qué le pasa a la tienda? —Susan no pareció relajarse. Sabía de sobra que las cosas no iban tan bien como deberían.

—Tenemos que hacer algunos cambios.

Su madre se volvió para añadir una bolsa de pepitas de chocolate al gran cuenco de masa en el que estaba preparando la mezcla.

—¿Qué clase de cambios?

—La clase que atraerá más clientes.

—He pensado ofrecer mis galletas glaseadas de calabaza también fuera de temporada. Siempre funcionan bien.

—Necesitamos algo más grande que eso.

—¿Por qué? Sé que ahora mismo la cosa está difícil, pero voy tirando.

—A duras penas —Jada percibía el tono defensivo en la voz de Susan—. ¿Y qué harás cuando las ventas caigan en invierno?

—Espero que no lo hagan.

A pesar de que no era nada realista, Jada prefirió no decir nada.

—¿Por qué no probamos algo nuevo? Algo más sorprendente que ofrecer, de manera permanente, una galleta estacional...

—¿Y por qué iba a hacer algo así? Esto es una tienda de galletas, Jada. Eso es lo que vendemos.

—Pero no tiene por qué ser lo único que vendamos. ¿Por qué no intentar algo más grande?

—Si te refieres a lo de los helados, olvídale. Maya ya me lo ha mencionado. Dudo que nos vaya a ayudar durante el invierno, y el verano ya va por la mitad.

—La gente no deja de comer helado en invierno, sobre todo en forma de emparedado entre dos galletas de pepitas de chocolate. Y no llevará mucho tiempo instalar un congelador. Podríamos

terminar el verano con un gran golpe.

–Eso requerirá una inversión mucho mayor de lo que me puedo permitir. A lo mejor cuando consiga que despegue el negocio...

–Puede que el negocio no despegue a no ser que hagas una inversión –insistió Jada–. Ese es el problema.

–Saldrá bien.

–Puede que no. Escucha –Jada dejó un paño sobre la mesa en la que su madre solía amasar las galletas de azúcar–, ¿podrías dejar de hornear unos minutos y venir aquí? He hecho un estudio que creo deberías ver.

–¿Un estudio? ¿Has hecho un estudio para demostrarme que no puedo permitirme el añadir helados?

–Si consiguen que aumenten las ventas, sí podrás permitírtelo. Incluso podría salvar el negocio.

–Es arriesgado –contestó su madre mientras fruncía el ceño.

Y el riesgo era algo con lo que Susan no se sentía cómoda. Ya no tenía a Jeremiah con quien poder discutir esas cosas y, con su salud, estaba asustada. Jada lo entendía, pero protegerse del fracaso por no intentar cosas nuevas a menudo te llevaba al fracaso.

–Abrir esta tienda fue arriesgado, pero lo hiciste. Ahora tenemos que ver cómo sacarla adelante.

–Hablas igual que tu padre –su madre la miró con una curiosa expresión.

–Y lo echas de menos, lo sé. Yo también. Pero él ya no está aquí, de modo que Atticus y yo tenemos que hacernos cargo.

–¿Te ha contado Atticus que está buscando trabajo? –preguntó Susan mientras se secaba las manos con un paño.

–Sí. Pero no ha dicho nada de cómo le va –y ella había tenido miedo de preguntar.

–De momento no ha conseguido nada.

–¿Cuántas entrevistas ha celebrado?

–Solo una. Tiene otra la semana que viene.

–Encontrará algo –afirmó Jada en un intento de ser positiva–. ¿Has visto las estimaciones que he calculado?

Susan abrió los ojos desmesuradamente mientras analizaba el gráfico que Jada había creado.

–¿De verdad crees que podremos vender todas estas galletas si les añadimos helado?

–En mi opinión se trata de un cálculo conservador. Nos dará la oportunidad de colocar un nuevo cartel, de hacer cosas divertidas en las redes sociales, de conseguir que la gente de aquí recuerde lo buenas que son tus galletas. ¿Por qué no intentarlo?

–Porque nos endeudaríamos y gastaríamos el dinero que necesitamos para las necesidades básicas.

Jada se preguntó si era buena idea tratar de convencer a su madre. Si la idea de los sándwiches de helado fracasaba, no quería que le echara la culpa. Su madre ya tenía bastantes cosas contra ella. De modo que reculó un poco.

–Si fuera mi tienda, yo lo haría, pero Sugar Mama es tuya. Tú eres la que tiene que tomar la decisión. Yo solo quería que reflexionaras sobre esta idea.

–¡Vaya! –Susan señaló un congelador que Jada había incluido en el informe–. Hasta has encontrado a alguien que vende un congelador de segunda mano.

–Hay un negocio a punto de cerrar en Van Nuys. Está un poco lejos, pero Atticus y yo podríamos recogerlo en su camioneta.

–Entonces será mejor que me decida pronto.

–Si no lo haces, perderemos el congelador, y todos los demás que he encontrado son mucho más caros.

La expresión que apareció en el rostro de su madre no era exactamente de adoración, pero sí se acercaba mucho más al respeto de lo que Jada había visto desde la maldita fiesta.

–Te daré una respuesta por la mañana.

–De acuerdo.

Jada estaba a punto de salir por la puerta cuando su madre la llamó.

–¿Sí?

–Gracias por tu ayuda.

Ella asintió. No le resultaba fácil mostrarse más apreciativa cuando sabía cómo se sentiría su madre de saber que había contactado con Maddox.

Maddox decidió no contarle a Tobias nada sobre su madre. Su hermano no necesitaba oír esa clase de noticias el día en que era puesto en libertad. Su madre le había asegurado que tenía la nariz rota y algunos arañazos y magulladuras, pero su compañera de piso la había llevado a urgencias y, después de que un médico la hubiera visto, había regresado a su casa. Él confiaba en que estuviera bien y que le permitiera pasar un buen día con Tobias antes de ir a verla. Se sentía mal por hacerle esperar, y sabía que ella lo acusaría de no preocuparse por su madre tanto como debería. Pero a lo largo de los años ella había antepuesto muchas cosas a sus dos hijos. Supuso que él tenía derecho a hacer lo mismo, por el bien de su hermano. Ni siquiera estaba seguro de que su madre estuviera tan mal como afirmaba. Conociéndola, seguramente estaba exagerando en un intento de despertar su compasión para que sus hijos fueran corriendo a su lado. A Jill no le había gustado que la dejaran al margen el día en que Tobias salía de la cárcel, no poder ir a buscarlo, y era muy posible que estuviera intentando estar allí de la manera que fuera.

Tobias ya estaba fuera de la verja esperándolo cuando Maddox detuvo el coche. Si no hubiese ido a visitarlo con regularidad, jamás lo habría reconocido. No solo estaba más alto, dos centímetros y medio más alto que él, a pesar de que siempre había sido más bajo, sino que había dedicado mucho tiempo a levantar pesas. Un tatuaje asomaba por debajo de la manga del polo azul que Maddox le había enviado, junto a un par de pantalones cortos y unas chanclas, para el día en que saliera. En la cárcel lo llamaban «ropa de salida», pues lo que Tobias había llevado puesto al ser arrestado ya no le valía.

–¿Llevas mucho esperando? –preguntó Maddox mientras se bajaba de la camioneta y se acercaba a su hermano para abrazarlo.

–Alrededor de una hora. Nadie más salía hoy de la cárcel y toda la mierda y papeleo que había que hacer fue muy rápido.

–¿Qué clase de mierda?

–Me registraron. Registraron mis pertenencias. Me hicieron firmar un montón de papeles. Y me dieron cincuenta dólares.

–Yo creía que te iban a dar ciento ochenta dólares cuando te soltaran.

–Mi agente de la condicional me entregará el resto, repartido a lo largo de sesenta días. De todos modos, puede que no tenga ni idea de qué hacer con ello –añadió con sarcasmo.

Maddox no hizo ningún comentario. No quería añadir más negatividad al asunto. Para Tobias era importante llevarse bien con el agente de la condicional, de modo que esperó que fuera un

buen tipo.

–Así que llevas cincuenta dólares en el bolsillo, quemándote, ¿eh?

–No. Llevo un cheque de cincuenta dólares. También llevo doscientos dólares de Tiffany y Jada, de modo que mejor será que me abra una cuenta.

–Tonya y tú podéis ir al banco mañana por la mañana. Lo mejor será abrir una cuenta cerca de donde vivís. Por cierto, siento que hayas tenido que esperarme tanto tiempo. Deberías haberme pedido que viniera antes.

–Da igual. Ya has tenido que madrugar bastante –Tobias miró a un lado y a otro de la carretera–. Además, me ha gustado estar aquí parado, respirar el aire y mirar a mi alrededor.

–Pues si quieres nos quedamos un rato más –bromeó Maddox.

–¡Ni hablar! –Tobias arrojó el macuto, que contenía todas sus posesiones, salvo, quizás, algunos recuerdos que su madre había guardado en su casa, a la parte trasera de la camioneta–. Larguémonos de aquí antes de que se les ocurra algún modo de volverme a encerrar.

Maddox habría reído si no fuera porque su hermano parecía creer que el sistema judicial la tenía tomada con él. Sin duda la mayoría de los prisioneros debía sentirse así, pero esa mentalidad de enfrentamiento no iba a ayudarlo en el exterior.

–¿Adónde quieres ir primero? –preguntó mientras se sentaba al volante.

Tobias no contestó, demasiado ocupado en estudiar la camioneta de su hermano.

–¿Esto es tuyo?

–Sí. Lo compré hará un par de años.

–Tío, es bonito –Tobias soltó un silbido.

–Gracias –la diferencia entre ambos incomodaba a Maddox. Todo era por culpa de una noche, una noche que, de haberse desarrollado de otro modo, habría cambiado el curso de sus vidas–. Vamos a comprarte un móvil.

–Eso sería estupendo. Quiero enviarle un mensaje a Tonya, para decirle que he salido.

Maddox hizo una búsqueda en su aplicación de GPS y encontró un Walmart cerca en el que podrían comprar un móvil de prepago, lo único que podía permitirse Tobias de momento, hasta que encontrara un trabajo y empezara a salir adelante por sus propios medios. Él estaba dispuesto a ayudarlo económicamente, pero no quería gastar una fortuna en un teléfono cuando su hermano necesitaba, además, otras cosas.

–¿Sigues teniendo la chuleta de descargas que te envió Tiffany?

–Sí. Incluso incluye una aplicación de GPS, es la que acabas de utilizar, ¿verdad?

–Así es –Maddox arrancó y su hermano se volvió para ver desaparecer la cárcel ante sus ojos–. Todo ha quedado atrás ya.

–Pensé que este día no llegaría jamás –afirmó Tobias mientras se daba la vuelta.

–¿Ha sido tan malo como me imagino? –Maddox graduó el aire acondicionado.

–Peor –su hermano bajó la ventanilla y asomó la cabeza mientras avanzaban por la carretera.

De nuevo Maddox repasó en su mente todas las cosas que temía le hubieran sucedido a Tobias.

–Tienes un nuevo tatuaje.

–Sí.

–Te dije que esperarás a salir para que te lo hiciera alguien que utilizara buenos productos, agujas esterilizadas y tinta de color.

–No quería esperar para este.

–¿Qué es? –preguntó Maddox.

Tobias se enrolló la manga hasta dejar al descubierto una brújula.

A Maddox no le gustó especialmente Tonya. En cuanto llegaron a su casa, después de pasar el día juntos y comer, tal y como tenían previsto, ella abrió la puerta y se refrotó contra Tobias, por todo el cuerpo. Maddox lo consideró una buena señal, pero su apartamento estaba tan sucio que ni siquiera se sentía cómodo sentándose en el sofá. Y la cosa empeoró cuando les contó que hacía una semana había perdido su empleo de recepcionista en una empresa de construcción y que iba a demandarles por acoso sexual. Aunque habría simpatizado con ella de haber recibido la impresión de que era una auténtica víctima, su manera de hablar y reírse sobre la demanda le hacía pensar que solo intentaba vengarse de su jefe por despedirla «solo», porque se había negado a apartarse de su móvil en horas de trabajo.

Sin embargo, Maddox tuvo mucho cuidado de no mostrar su preocupación. Sabía que Tobias era incapaz de ver mucho más allá de sus curvas y besos ardientes, que Tonya había acentuado llevando muy poca ropa, y Maddox estaba decidido a no arruinar el primer día de libertad de su hermano. Pero a la hora de marcharse, le costó mucho abandonar allí a Tobias. Tenía miedo de que en cuanto se fuera, ella sacara una pipa de crack o algo así, y se preguntó si su hermano no estaría mejor con su madre.

—Mierda —murmuró camino de la camioneta. Lo último que necesitaba Tobias era alguien que volviera a meterlo en un lío.

Maddox desparcó y, casi inmediatamente, volvió a aparcar. Sin embargo, al final arrancó y se marchó. No había ninguna posibilidad de que Tobias se marchara con él si regresaba a buscarlo. No en ese momento. Seguramente ya estaban en la cama.

Había tanto tráfico que para cuando llegó a casa de su madre eran casi las nueve de la noche. Jill había telefonado varias veces, dejándole furiosos mensajes en el buzón de voz, que él había escuchado mientras su hermano estaba en el aseo. Estaba furiosa porque no había ido directamente a su casa, con Tobias, para asegurarse de que ella estuviera bien, y lo cierto era que Maddox se sentía un poco culpable por no haberlo hecho, sobre todo después de que Tonya no le hubiese parecido mejor para su hermano que su propia madre.

Soltó un suspiro, sin bajarse del coche aparcado, y contempló las luces que se filtraban a través de las cortinas. No era la casa en la que se había criado. Su madre se había mudado en varias ocasiones desde entonces. Nunca permanecían en un mismo lugar más de un año o dos. Pero se parecía. Todas eran básicamente iguales.

Antes de bajarse del coche consultó el móvil con la esperanza de que Jada se hubiese apiadado mandándole un mensaje. La necesitaba o, por lo menos, la deseaba.

Al ver que no había respondido a ninguno de sus mensajes, volvió a escribir.

Solo en caso de que alguna vez te lo preguntes, estás haciendo lo correcto manteniéndote alejada de mí. No tengo nada que ofrecerte.

Pulsó la tecla de enviar y se preparó para enfrentarse con el desastre de su madre.

Capítulo 15

Resultaba muy duro no responder a Maddox. Jada sabía que había ido a recoger a su hermano, y comprendía que no debía haberle sido fácil. Le preocupaba el motivo que le había llevado a enviarle el último mensaje y desearía poder preguntárselo. Sin embargo, cortar la comunicación con él podría darle una segunda oportunidad para ser más lista y sabia en lo que a él respectaba. Se estaba esforzando mucho por anteponer las necesidades de su hija y su familia a las suyas propias. A fin de cuentas, su madre y ella empezaban a llevarse bien.

El teléfono sonó mientras trabajaba esa noche en su dormitorio. Jada se sobresaltó y contempló el aparato con nerviosismo. ¿Sería él? ¿Estaba llamando Maddox porque ella no contestaba a sus mensajes?

Maya dormía a su lado, pero, por suerte, el ruido ni siquiera le hizo moverse. Con cuidado de no mover mucho el colchón mientras se bajaba de la cama, se acercó al teléfono enchufado al cargador y sintió un inmenso alivio al ver la imagen de Tiffany en pantalla.

–Hola, ¿qué hay? –saludó en un susurro.

–Estoy en el hospital, en mi descanso, pero quería hablar contigo antes de que te fueras a dormir. Acabo de recibir un mensaje de Tobias.

–¿Le diste tu número de teléfono, Tiff?

–No, Maddox debió pasárselo para que pudiera darme las gracias.

Jada recordó haber advertido a Tiffany de que podría no ser buena idea asociarse con el hermano de Maddox, pero su amiga no parecía preocupada.

–¿Y lo hizo? Darte las gracias, quiero decir.

–Lo hizo. Me dijo que... –Tiffany puso el altavoz para poder seguir leyendo el mensaje de Tobias:

–«Gracias por la carta que me enviaste. Y por el dinero. Las dos cosas significan mucho para mí».

Jada echó un vistazo hacia la cama para asegurarse de que su hija seguía durmiendo.

–Ha salido hoy. Ya lo sabías, ¿verdad?

–Supuse que estaría fuera.

–¿Y no te dijo nada más?

–Hasta que no respondí, no. Le contesté que esperaba que le sirviera de ayuda y que le deseaba todo lo mejor, y entonces me pidió que te diera las gracias de su parte. Me pidió que te dijera que nos iba a devolver el dinero a las dos en cuanto consiguiera un trabajo.

¿Sería capaz de encontrar un trabajo? Jada temía que le fuera a resultar tan difícil entrar en el mundo laboral como a Atticus.

–Espero que no intente contactarme, que Dios no lo permita, que envíe un cheque a mi casa.

- Dudo que lo haga. No me pidió tu número ni nada de eso.
- Sigo viviendo en la misma casa en la que vivía cuando entró en prisión.
- Estoy segura de que no se le ocurrirá.
- Me pregunto cómo fue todo cuando Maddox lo recogió esta mañana.
- Puede que Maddox te lo cuente si tiene la oportunidad de hacerlo.

Jada sintió que su rostro entraba en combustión al recordar el sexo telefónico que había practicado con Maddox la noche anterior. Había sido muy osada al pensar que él no sabía quién era, pero al final se la había devuelto.

- Ya no nos hablamos.
- ¿Qué ha pasado?

Ella se resistía a contarle a su amiga que Maddox había descubierto quién era, pero supuso que con el tiempo acabaría por averiguarlo de modo que bajó la voz aún más y se apartó de la cama por si Maya estuviera medio despierta.

- Descubrió que yo era MysteryWoman23.
- ¿Qué?
- Ya me has oído.
- ¡Mierda! ¿Cómo?
- No tengo ni idea.
- ¿Te dijo que sabía que eras tú?
- Básicamente. Y me pidió que fuera a su casa.
- A lo cual tú contestaste...

–Que no, por supuesto –se había llevado tal impresión que en ese momento no le había resultado difícil hacerlo. Sin embargo, ya no le parecía tan sencillo negarse. Dado que Maddox había descubierto su verdadera identidad, no veía qué importancia podría tener pasar una noche entre sus brazos. ¿Por qué no podían concederse eso antes de seguir cada uno su camino?

- Menos mal. Pero ¿tú crees que se conformará sin más?

Jada decidió no mencionar el último mensaje. No sabía por qué lo había enviado, y ella no había respondido, de modo que no podía sacar mucha información de ahí.

- Sí, creo que sí.
- ¿Y tú cómo te sientes?
- Como si se estuviera perdiendo.
- Increíblemente desgarrada –admitió.
- Lo siento, Jada.

–Yo también, pero no hay nada que se pueda hacer para cambiar la situación. Solo necesito dejarlo marchar y pasar página, ¿verdad?

–Supongo. Escucha, tengo que volver al trabajo. Mañana me pasaré por la tienda, ¿te parece? Y si estás sola podemos hablar.

–De acuerdo –Jada colgó e intentó volver al trabajo. Estaba programando varios post en Facebook para todos sus clientes. Pero su mente regresó a Tobias y en lo agradecido que parecía estar por el dinero. No era gran cosa, pero siempre y cuando no pensara en lo furiosos que estarían su madre y su hermano por lo que había hecho, se alegraba de haber enviado ese dinero. También pensó en el último mensaje que había recibido de Maddox. Quería responderle y preguntarle si estaba bien.

Lo único que se lo impidió fue tumbarse junto a Maya y abrazarla. «Piensa en lo que podrías perder», se dijo a sí misma antes de, por fin, quedarse dormida.

Maddox despertó con el cuello rígido. Había dormido en el sofá de su madre. Al llegar a su casa la había encontrado en la cama, donde había esperado que estuviera. Pero la mujer estaba en estado de letargo. La había despertado lo suficiente como para que pudiera murmurar unas cuantas palabras y ella le había asegurado que solo se había tomado los analgésicos que le había recetado el médico. Sin embargo Maddox temía que se hubiera tomado la medicación con otra cosa, y dado que su compañera de piso se había ido a visitar a su familia en Virginia nada más dejarla en urgencias, no se atrevió a dejarla sola. Había pasado allí la noche por si acaso tenían que regresar al hospital.

La noche había sido muy larga, comprobando periódicamente su estado, pero por fin vio el sol filtrarse entre las cortinas que colgaban, torcidas, de la ventana principal. Sentándose se sacudió la manta que había sacado del armario del pasillo y bostezó. Se encontraba hecho una mierda, pero al menos su madre parecía estar bien, por lo menos de las heridas físicas. Tenía un corte encima de la ceja, con un par de puntos de sutura, el labio hinchado y una mejilla magullada, pero en cuanto a tener la nariz rota, había sido una exageración.

Con la intención de volver a comprobar su estado, Maddox se levantó y golpeó suavemente las paredes con los nudillos mientras avanzaba por el pasillo, para que ella pudiera oírlo.

—¿Mamá? —llamó a través de la puerta cerrada de su dormitorio—. ¿Estás despierta?

No hubo respuesta.

—¿Mamá? —llamó con más fuerza—. ¿Puedo entrar?

Sin respuesta.

Maddox asomó la cabeza al interior de la habitación, pero no vio gran cosa. Su madre tenía persianas, además de cortinas, y las dos estaban cerradas.

Se acercó a la cama con el estómago encogido. Desde niño le había obsesionado encontrársela muerta, y verla tumbada en la cama sin reaccionar reavivó en él la vieja impotencia y la nueva sensación de futilidad al intentar conseguir que su madre cambiara de vida.

—¿Mamá?

Al tocarle el brazo, al fin ella se movió.

—¿Maddox? ¿Eres tú?

Balbuceaba torpemente, pero cualquier medicamento que se hubiera tomado ya habría dejado de hacerle efecto, y Maddox esperó que su estado se debiera únicamente al sueño.

—Sí, soy yo. ¿Cómo te encuentras?

—Bien.

—Me alegro.

—¿Qué haces aquí? —Jill buscó la mano de su hijo.

Ni siquiera recordaba haber hablado con él la noche anterior.

—Vine a ver cómo estabas.

Su madre se llevó la otra mano a la cabeza, como si le doliera, lo cual seguramente sería así.

—¿Te he contado que me atracaron?

—Sí. Dijiste que un amigo entró por la fuerza en casa y se llevó todo el dinero de tu bolso. Cuando intentaste detenerlo, te golpeó. ¿Fue eso lo que ocurrió?

—Básicamente.

—¿Qué amigo es ese? Cuando te pregunté su nombre me dijiste que no lo recordabas.

—Y sigo sin recordarlo —su madre le soltó la mano para estirar las mantas.

Sin duda era mentira. Maddox lo supo por la falta de autoridad en la voz de Jill. No quería que él fuera tras ese tipo y, si era así, debía haber un motivo.

–Porque...

–Porque es más bien un conocido.

–¿Fue porque tú le quitaste ese dinero antes? –él se pellizó el cuello en un intento de aliviar la rigidez.

–¿Qué quieres decir?

–¿Le pediste prestado ese dinero a un amigo y no se lo devolviste?

–¡No!

–Entonces... ¿le debías ese dinero a cambio de drogas o alguna otra cosa?

–¿Por qué me preguntas eso? –ella sonaba indignada.

–El televisor, el teléfono y el ordenador que te compré siguen aquí.

–¿Y qué quieres decir con eso?

–No cuadra con la clase de robo en la que pensé en un primer momento.

–¡Qué listo eres! –murmuró ella.

Maddox ignoró su sarcasmo, no le permitió que desviara la conversación hacia su persona.

–¿Y tengo razón? Si no estoy en lo cierto, dime su nombre para que pueda encontrar a ese bastardo y recuperar tu dinero.

Jill titubeó, visiblemente indecisa.

–¿Mamá?

–No quiero que te metas en líos como tu hermano.

–Entonces dime la verdad. ¿Le debías a ese hombre dinero por haberte suministrado drogas?

Su madre no contestó a la pregunta, pero formuló la suya.

–¿Dónde está Tobias?

–Donde se supone que debería estar... en casa de su novia.

–¿La conociste?

–Sí.

–¿Cómo es?

Tonya no le había causado una buena impresión, pero Maddox no quería hablar mal de alguien a quien no conocía, sobre todo cuando podría influir en la opinión de su madre. Tobias necesitaba todo el apoyo que pudiera conseguir, sobre todo en esos momentos.

–Me pareció... muy contenta de ver a Tobias –al menos eso era cierto.

–¿Y él parecía emocionado de verla?

–No ha estado con una mujer en trece años. Supongo que sí lo estaba.

–No me estás contando lo que quiero saber –ella le dio una palmada en la pierna–. Te estoy preguntando si forman una pareja duradera.

–Solo estuve allí treinta minutos, mamá. No soy capaz de juzgar sus posibilidades a largo plazo.

–No te ha gustado.

–No pongas palabras en mi boca.

–Si te hubiera parecido especial estarías cantando sus alabanzas, porque sabes que estoy tan preocupada por Tobias como lo estás tú.

Pero no sabía que él estaba igualmente preocupado por ella, o quizás su madre había preferido pasarlo por alto para no tener que hablar de sus propios problemas.

–Hay que darle una oportunidad, ¿de acuerdo? Y deja ya de cambiar de tema. ¿Fue tu camello el que se llevó el dinero? ¿Así resultaste herida? ¿Al intentar detenerlo? –a Maddox no se le

escapaba el hecho de que, quienquiera que fuera, podría haber hecho mucho más daño del que había hecho, y por eso no creía que hubiera sido una paliza premeditada, como ella le había descrito.

–La vida no es siempre tan fácil como parece creer.

Maddox estuvo a punto de soltar un juramento, pero consiguió contenerse.

–Entonces fue tu camello.

Aunque no la veía claramente en la penumbra, sí notó que lo estaba fulminando con la mirada.

–¿Mamá?

–De acuerdo. Le debía ese dinero, pero le dije que le pagaría la semana que viene. El bastardo no quiso esperar.

Maddox entendía perfectamente que el tipo ese no hubiese permitido que su madre le diera largas. No había muchas probabilidades de que ella tuviera el dinero tampoco a la semana siguiente. La respuesta le confirmó lo que ya llevaba un tiempo sospechando, que lo sucedido no había sido totalmente culpa de la otra persona.

–Eso me figuré. Y aun así me has mentido.

–Solo porque no quería disgustarte, sobre todo porque voy a dejar de consumir –contestó ella mientras tocaba con mucho cuidado la mejilla magullada–. Ha sido esto lo que me ha despertado, te lo juro.

–No, no es verdad. Anoche te metiste algo.

–¡Solo analgésicos!

Él no se lo creía en absoluto, pero hasta que su madre estuviese dispuesta a sincerarse, no podía hacer más.

–He tenido que faltar otro día al trabajo. Voy a prepararte el desayuno y vuelvo a Silver Springs para, por lo menos, acudir a mi despacho esta tarde.

–¿Cuándo podré ver a Tobias? –preguntó ella mientras él se ponía en pie.

–Con suerte no hasta que te hayas curado. No le he dicho nada sobre este último... problema, y espero que tú tampoco lo hagas. Sobre todo ahora que sé por qué sucedió.

–De acuerdo, no lo haré. Pero ¿qué puedo hacer con lo del dinero que he perdido? Lo necesitaba para pagar el alquiler, para comida.

Maddox rio por lo bajo sin ningún humor. Ya estaban otra vez. Si le daba el dinero, en la práctica habría pagado las drogas que había consumido. Si no se lo daba, la echarían de su casa y no tendría adónde ir, ni siquiera sería capaz de trabajar.

–Esto que me haces es una mierda –sacó el dinero que llevaba en la cartera, doscientos treinta y cuatro dólares, y los arrojó sobre la mesilla de noche–. Es todo lo que llevo encima.

–Me ayudará –contestó Jill–. Gracias.

Maddox intentó leer la expresión en el rostro de su madre, buscando cualquier señal de remordimiento, incluso de vergüenza, pero en la oscuridad de la habitación no resultaba fácil. De todos modos, dudaba seriamente que fuera a encontrar lo que buscaba.

–No me des las gracias. Y no cuentes conmigo para volver a sacarte del apuro. Me estoy hartando, y eso significa que, un día, voy a decirte que no. ¿Lo has entendido?

Ella no contestó. Estaba demasiado ocupada intentando alcanzar el dinero que tenía escondido en un joyero de su mesilla de noche. Eso parecía ser lo único que le importaba, y por eso Maddox decidió no quedarse para prepararle el desayuno.

–Pensándolo mejor, parece muy capaz de prepararte tu propio desayuno. Tengo que regresar a mi vida.

Perpleja, Maya se hundió lentamente en el borde de la cama de Annie. Su abuela la había llevado en coche a casa de su amiga a primera hora de la mañana, camino de la tienda. Se sentía ilusionada ante la perspectiva de pasar otro día de diversión con Annie, pero ella la había recibido con una terrible noticia.

–¿Entonces no vas a ir a Topatopa Junior High?

–No –Annie frunció el ceño–. ¿Te lo puedes creer?

–No, no puedo. Yo creía que íbamos a estar juntas. Hemos hablado de ello durante todo el verano.

–Lo sé, pero mi madre insiste en que vaya a la escuela para chicas de New Horizons.

Maya se daba cuenta de que su amiga no estaba contenta con el cambio, pero eso no facilitó las cosas.

–¿Y por qué vas a ir allí? Sacas buenas notas. No necesitas asistir a una escuela como esa.

–Mi madre es amiga de Aiyana Turner, la directora del centro. Quiere ayudar a que el nuevo centro despegue, y quiere que yo ayude a otras chicas que no van tan bien como yo. Dice que es una oportunidad para marcar una diferencia.

Desde luego para Maya sí que iba a marcar una diferencia, pero no en el buen sentido.

–Eso está muy bien, pero ¿qué pasa con nuestros planes? –Maya se había divertido yendo a clase con Maya durante los últimos meses del séptimo curso. Dejar a sus amigos en Los Ángeles, incluso al gato, que se había quedado con Eric porque la abuela era alérgica al pelo de gato, habría sido mucho más difícil de no haber conocido enseguida a Annie. Maya tenía muchas ganas de empezar el curso en otoño con su nueva amiga. ¿Cómo era posible que todo eso hubiese cambiado sin que ninguna de las dos fuera a mudarse?

–Lo sé –Annie se dejó caer a su lado–. Le he suplicado una y otra vez que me deje decidir a mí, pero no quiere. Dice que al menos tengo que intentarlo –Annie miró a su amiga con expresión conciliadora–. Pero me ha prometido que vamos a vernos muy a menudo.

–No será lo mismo –Maya sacudió la cabeza.

Un golpe de nudillos sonó al otro lado de la puerta.

–¿Annie?

Era la madre de Annie. Maya se dio la vuelta para no tener que mirarla a la cara. No se sentía capaz de sonreír.

–Pasa –Annie sonaba casi tan triste como se sentía Maya.

La puerta se abrió y la señora Coates asomó la cabeza.

–¿Se lo has dicho ya?

–Sí –Annie tenía la mirada fija en sus zapatos.

Maya se obligó a darse la vuelta y vio una expresión de simpatía dibujada en el rostro de la señora Coates.

–Lo siento, sé que estarás decepcionada, pero quería asegurarte, tal y como le he asegurado a Annie, que os podréis ver continuamente.

Maya quiso repetir lo que le había dicho a su amiga, que no sería lo mismo, pero en cuanto abrió la boca para contestar, los ojos se le llenaron de lágrimas.

–Lo siento, no pretendo comportarme como un bebé –se secó las mejillas–. Tengo que irme. Luego te llamo –le dijo a Annie mientras rodeaba a su madre para salir antes de que cayeran más lágrimas.

–Pensé que te quedarías a comer –dijo la señora Coates–. ¿Tienes alguien que te lleve?

–No, pero mi madre vendrá a buscarme. La espero fuera –Maya corrió escaleras abajo, pero la madre de Annie volvió a llamarla.

–¿Y si tú también fueras a estudiar a New Horizons, Maya? ¿Te podría interesar hacer algo así?

–¡Sí, Maya! –Annie se asomó a la barandilla de las escaleras–. ¡Sería muy divertido!

La incipiente esperanza hizo que resultara mucho más fácil no llorar. Maya no veía por qué iba a suponer un problema para su madre cambiarla de centro, siempre que fuera un buen colegio, y la señora Coates no mandaría a su hija a New Horizons si no lo fuera. La señora Coates siempre se informaba bien de todo.

–A mí me parecería bien.

–Pues ya lo ves –añadió la madre de Annie–. Todavía no está todo perdido. Déjame que hable con Aiyana y luego hablamos con tu madre.

El alivio que inundó a Maya disminuyó de golpe al ocurrírsele que cambiar de colegio podría costar dinero, un dinero que a su madre no le sobraba.

–Pero ese colegio es privado, ¿no? ¿Los colegios privados no cuestan un montón?

–Dado que este es el primer curso que imparten, puede que haya una posibilidad de que no cueste demasiado, si es que cuesta algo. Ya veré cómo me las apaño con Aiyana.

Si no costara muy caro, quizás Jada accedería. Pero Maya sabía que el precio tendría que ser muy, muy reducido. Estaban ya preocupadas de sobra por mantener Sugar Mama abierta.

–De acuerdo. Supongo que no habrá ningún mal en esperar a ver qué dice la señora Turner. Quizás cuando hable con ella podría decirle que pagaré mis clases ayudando a las otras chicas a hacer los deberes o algo así.

–Es un detalle por tu parte pensar en eso –observó la madre de Annie–. Ya te contaré lo que descubra.

Maya consiguió dibujar una sonrisa temblorosa en su rostro mientras Annie bajaba las escaleras.

–No te vayas. Íbamos a preparar algodón de azúcar esta mañana, ¿recuerdas?

También habían pensado ir en bicicleta a la barbería. A Annie se le había ocurrido que, dado que allí iban muchos hombres mayores, quizás alguno recordaría a alguien llamado Madsen, o un accidente de moto en el que alguien se había matado hacía doce años. No había logrado averiguar nada ni en el instituto ni en la biblioteca. Nadie parecía saber quién era Madsen, ni siquiera recordaban un accidente de moto en el que hubiera muerto un joven de Silver Springs. Maya había tenido que seguirle insistiendo a su madre para que consultara los periódicos de la época, pero tampoco habían encontrado nada allí.

–No me iba porque estuviera enfadada –le aseguró Maya, de repente avergonzada por su reacción.

–Lo sé. Estabas triste, y yo también. Pero mi madre lo arreglará todo. ¿Verdad, mamá?

Las dos niñas se volvieron hacia la madre de Annie, que soltó una carcajada.

–Haré lo que pueda.

Capítulo 16

Tiffany se pasó por la tienda después de haber dormido toda la mañana. A Jada le gustó poder disfrutar de su compañía, sobre todo porque, mientras no tuvieran ningún cliente, podrían acomodarse en la parte trasera a charlar mientras ella limpiaba, sin tener que vigilar sus palabras. No había ninguna posibilidad de que aparecieran Susan, Atticus o Maya. Atticus se había llevado a Susan a Los Ángeles para recoger el congelador que su madre había accedido a comprar, y Maya había querido acompañarlos. La habían recogido en casa de Annie y se habían marchado hacía unos veinte minutos. Así pues, Jada tenía toda la tarde para ella sola.

–Deberíamos salir esta noche –propuso Tiffany–. Tu familia no volverá hasta tarde.

–Es verdad, pero ¿adónde podríamos ir? Para cuando haya cerrado la tienda ya serán las nueve y media. No estoy segura de querer hacer un largo viaje en coche después, no con lo poco que estoy durmiendo últimamente.

–¿Podríamos ir al Blue Suede Shoe? Hace mucho que no vamos.

El pánico que sentía Jada a tropezarse con Maddox estaba haciendo mella en sus vidas sociales, y eso no era justo para Tiffany.

–O, si estás de humor, conduciré hasta Santa Barbara contigo.

Para sorpresa de Jada, su amiga no se entusiasmó con la propuesta.

–Pues es que...

Tiffany interrumpió la frase, como si estuviera buscando el modo de decir lo que pensaba.

–¿Qué? –insistió Jada–. ¿No quieres ir a Santa Barbara?

–No es que no quiera ir. Es que... bueno, Aaron Andrews me envió un mensaje esta mañana.

Aaron era un chico al que habían conocido en el instituto, y que vivía en San Luis Obispo, a poco más de dos horas de camino. Solía jugar en el equipo de baloncesto, de ahí lo recordaba Jada, y no se había casado nunca. Tiffany y él habían tenido un pequeño asunto poco después de marcharse a la universidad, ya que ambos habían estudiado en San Diego State. La relación no había durado mucho, pero Jada sabía que habían vuelto a ponerse en contacto después del divorcio de Tiffany.

–¿Te apetece conducir hasta San Luis Obispo? ¡Eso está aún más lejos que Santa Barbara!

–No hay necesidad de conducir a ninguna parte. Está aquí, visitando a su familia.

–Entiendo –Jada soltó una carcajada–. Entonces lo que intentas decirme es que necesitas que te acompañe al Blue Suede Shoe para que tengas alguien con quien hablar hasta que él aparezca.

Una expresión de «me has pillado», asomó al rostro de Tiffany.

–Más o menos. No me importa quedar con él allí yo sola, pero lo planteó como algo tan casual que no creo que se trate de una cita. Y, además, va a llevar a alguien.

–¿A quién?

–A su hermano pequeño.

–Yo no recuerdo a su hermano pequeño, ¿y tú?

–Yo sí, pero es que estuve saliendo con Aaron un tiempo. Se llama Austin. Actualmente viven juntos y son copropietarios de una empresa de construcción.

De nuevo Jada sopesó el riesgo de tropezarse con Maddox si acudía al club. Pero tampoco podía dejar tirada a Tiffany. Durante los últimos seis años habían hablado mucho sobre los problemas de ella y había llegado el momento de ofrecerle a Tiffany un poco de apoyo, aunque eso significara arriesgarse a un incómodo encuentro con Maddox.

Era martes por la noche y, con suerte, estaría demasiado ocupado para salir.

–Claro. Estupendo –contestó.

–Gracias –Tiffany sonrió aliviada–. Sé que estás nerviosa, pero, en función de cómo vayan las cosas, no tendremos que quedarnos mucho rato. Si a ti te gusta su hermano lo suficiente, y no te importa participar un poco más de la velada, puedo sugerir que vayamos a mi casa.

Jada no pudo responder, pues alguien entró por la puerta. En cuanto oyó la campanilla le dijo a Tiffany que volvería enseguida y corrió a la parte delantera, encontrándose con Cindy, la madre de Annie, vestida con ropa para jugar al tenis y llevando un bolso caro. Esa mujer siempre parecía llevar un bolso nuevo.

–¡Hola!

Cindy tenía al menos quince años más que Jada, estaba felizmente casada y su situación económica era buena, lo cual significaba que, de momento, no tenían muchas cosas en común. Sin embargo, a Jada le gustaba. Ciertamente que a veces resultaba un poco insistente, asertiva era la palabra políticamente correcta que la describía, pero también era muy activa y la respetaba y apreciaba por lo bien que se portaba con Maya.

–Me alegra verte –la saludó–. ¿Has venido con Annie? –miró hacia fuera, pero no vio a la amiga de su hija sentada en el Ford Explorer que Cindy había aparcado frente a la puerta.

–No, le pedí que se quedara en casa para poder hablar en privado contigo.

Una ligera sensación de preocupación hizo que Jada se tensara. Pensó en advertirle sobre la presencia de Tiffany que, sin duda, lo podría oír todo, pero no lo hizo. De todos modos se lo habría contado todo después.

–¿Sobre qué? ¿Hay algún problema?

–No exactamente, pero quería hacerte saber que, en contra de lo que habíamos planeado, Annie no asistirá a Topatopa Junior High el curso que viene.

Jada no pudo decir que se alegrara de oírlo. Maya iba a sufrir una tremenda decepción.

–No me digas que os mudáis...

–No, no es nada de eso. Voy a matricularla en New Horizons, eso es todo.

–¡New Horizons! –habiendo unos cuantos colegios privados de élite por la zona, el proyecto personal de Aiyana para adolescentes problemáticos era el último lugar que esperaba oírle nombrar.

La pulsera de Cindy se deslizó hacia arriba cuando se ajustó el bolso de Michael Kors.

–Entiendo tu sorpresa, dado lo que sabemos sobre New Horizons. Esta decisión es una especie de experimento, pero he estado pensando que podría ayudar a Aiyana si algunas chicas con la cabeza bien amueblada pudieran servir de ejemplo e inspiración de buen comportamiento a las demás. Y, dado que este año empiezan con la escuela de chicas, me gustaría comprobar si la presencia de Annie pudiera ejercer un impacto positivo.

–Entiendo –contestó Jada.

–El problema es que Annie no quiere ir al nuevo colegio sin Maya, y Maya no quiere que Annie

deje de ir a Topatopa –Cindy continuó en un susurro–. Esta mañana, cuando Annie se lo contó, Maya empezó a llorar, y yo les prometí que intentaría buscar la manera de que siguieran juntas.

–¿Y cómo tienes pensado hacerlo? –Jada juntó las manos delante de ella.

–Esperaba que tú estuvieses dispuesta a trasladar a Maya también.

–Te refieres a matricularla en New Horizons.

–Eso es. Con la reducida ratio de alumnos por profesor que hay, seguro que aprenderán mucho.

–¿Tienes idea de mantener allí a Annie durante todo el período del instituto? –Maya acababa de instalarse en Silver Springs y disfrutaba mucho de su amistad con Annie.

–No, con el tiempo, Aiyana necesitará esas plazas para otras chicas. He pensado que Annie vaya este curso, y también el siguiente, antes de trasladarla a McGregor.

–Lo siento –Jada frunció el ceño–. Me encantaría que las chicas pudieran seguir juntas, pero New Horizons es una escuela privada y yo no tengo posibilidades de pagar la matrícula ahora mismo. Antes de darnos cuenta estarán entrando en la universidad –añadió con una risa cargada de amargura.

Algo por lo que Cindy, con sus ingresos, no tenía que preocuparse.

–Comprendo que se trata de un gasto adicional. Yo tampoco podría permitirme el precio normal. Pero he hablado con Aiyana y está de acuerdo conmigo en que resultaría beneficioso que hubiese algunas «embajadoras», como las llamamos –sonrió abiertamente, como si estuviese a punto de hacer un maravilloso regalo–. ¡Aiyana está dispuesta a ofrecerle a Maya una beca escolar!

–Pero... –Jada se sujetó al mostrador–, sin duda habrá otras chicas que necesitan esa plaza más que...

–Dado que la escuela aún no está al máximo de capacidad, no tienes que preocuparte por eso –interrumpió Cindy–. Llevar a Maya a New Horizons permitiría que nuestras hijas ayudaran a que la escuela despegara, y al mismo tiempo seguirían juntas.

Cindy parecía encantada con todo el trabajo que había hecho. Había pensado en todo, salvado todos los escollos, y no se le ocurría ninguna razón por la que Jada pudiera decir que no. Claro que ella no entendía la situación en toda su plenitud. Los Coates no vivían en Silver Springs cuando Atticus había recibido el disparo, de modo que no tenían ni idea de la conexión entre Maddox y el hombre que había dejado parálítico al hermano pequeño de Jada. Y, desde luego, no tenían ni idea de que Maddox era el padre biológico de Maya. Aiyana sabía lo de Atticus aunque, al parecer, no había compartido esa información con Cindy. ¿Por qué no?

–Lo siento –insistió Jada–. Aprecio todo lo que has hecho, hablando con Aiyana y pensando en todos los detalles, pero Maya seguirá en Topatopa.

La sonrisa de seguridad de Cindy empezó a debilitarse.

–No pretendo ser grosera, pero ¿puedo preguntar el motivo?

–Creo... creo que será lo mejor para ella. Hace unos meses que empezó a ir a Topatopa y preferiría no volverla a desarraigar tan pronto.

–Pero no la estarás desarraigando. Ella quiere ir a New Horizons. Me lo ha dicho esta mañana.

Jada rebuscó frenéticamente en su mente alguna excusa que apoyara su rechazo.

–No me sentiría cómoda aceptando una beca cuando la escuela necesita tanto ese dinero.

–Al colegio no le hará ningún daño matricularla. He aportado una gran cantidad de tiempo y esfuerzos a New Horizons, de modo que han sido, y seguirán siendo, recompensados. Y, como te he dicho, la escuela no estará llena este curso, acaba de arrancar. Podríamos ocupar esas plazas y ayudar al personal, profesores y demás alumnos a echar a rodar. En realidad sería un desperdicio

no aprovechar esos recursos.

Jada empezó a sentir cierta irritación al ver que Cindy no aceptaba su negativa.

–Lo siento. Pero para nosotros no es una opción en estos momentos.

La madre de Annie abrió la boca y la cerró dos veces. Jada era consciente de que quería volver a intentarlo, pero que no sabía qué decir.

–Siento si me he pasado de la raya –murmuró al fin antes de salir de la tienda.

Jada agachó la cabeza y se frotó las sienes, pero se volvió bruscamente cuando oyó salir a Tiffany de la parte trasera.

–¿He oído lo que creo que he oído?

–Sí –Jada suspiró.

–Madre mía. Maya se va a disgustar muchísimo si no la dejas ir a New Horizons con Annie. Supongo que eres consciente de ello.

–Los Coates también podrían cambiar de opinión y dejar que Annie vaya a Topatopa, como habían previsto inicialmente.

–Al parecer no conoces muy bien a la señora Coates –sugirió Tiffany.

Las dos rieron, aunque Jada estaba segura de que no reiría tanto cuando su hija llegara llorando al día siguiente.

Maddox se dirigía a su coche para irse a casa por la noche cuando Aiyana lo interceptó en el aparcamiento para comunicarle que Cindy Coates acababa de llamar.

–¿Y? ¿Qué ha dicho? –preguntó él–. ¿Asistirá Annie al centro el curso que viene?

–Creo que sí. Por lo menos Cindy no ha dicho lo contrario. Pero... hay un problemilla.

–¿Qué clase de problemilla? –Maddox pasó el maletín de una mano a otra, pues empezaba a pesarle mucho.

–Annie Coates es la mejor amiga de Maya Brooks.

Maddox no conocía a Maya lo bastante bien como para hacerse una idea hasta que Aiyana lo había mencionado, pero enseguida comprendió por qué podría ser un «problemilla».

–No me digas que en cuanto le contaste a Cindy mi pasado en esta ciudad, cambié de idea.

–No le he contado nada de tu pasado. Prefiero no divulgarlo para evitar habladurías. De todos modos tú no estuviste directamente implicado.

–¿Entonces?

–Annie no se quiere cambiar de colegio si Maya no la acompaña.

–¿Me estás preguntando si Maya podría venir aquí también? –en lugar de volver a cambiar el maletín de manos, Maddox lo dejó en el suelo.

–Pues la verdad es que no –la expresión de Aiyana era de cierta tristeza–. Habría sido muy descortés por mi parte. Pero sí le aseguré a Cindy que no habría problema. Incluso le propuse no cobrarle la matrícula. No te lo mencioné porque pensé que ya habíamos cumplido con nuestra parte al aceptarla, y que ya se encargaría Jada de decir que no, haciendo que esta conversación fuera totalmente innecesaria.

–¿Y ha accedido? –Maddox no se podía creer que Jada permitiera a su hija asistir a la escuela que él dirigía. O que Atticus y Susan estuvieran de acuerdo con ello.

–No, se negó.

Tal y como se había esperado Aiyana. Y él también, por lo que se dijo a sí mismo que no debería sentir esa punzada de decepción que lo había asaltado inesperadamente. Tomó de nuevo el

maletín del suelo.

–Bueno, pues eso zanja la cuestión, ¿no?

–Pues no del todo –Aiyana se arregló la trenza que empezaba a soltarse–. Cindy me pidió que hablara con ella, pero antes de acceder a ir tan lejos, pensé que ya era hora de hablar contigo. ¿Te importaría que Maya estudiara en New Horizons? Por supuesto, eso implicaría cierto grado de contacto con la familia Brooks, incluyendo a la madre de Maya.

Y él se moría por ese contacto, al menos con Jada. Eran los Brooks los que jamás estarían interesados en la propuesta de Aiyana.

–No sé si deberíamos insistir.

–¿Eso es un no?

Maddox reflexionó durante unos segundos antes de asentir para confirmar su suposición.

–Pero si la dejaran venir –Aiyana le impidió marcharse–, podrían llegar a conocerte, superar la idea que tienen de ti, y permitir que el pasado quede en el pasado. Ya es hora de que eso suceda. Te ayudará a sentirte más cómodo aquí y, me atrevería a decir, más productivo.

–No quiero incomodar a Jada solo para que yo pueda sentirme más cómodo.

–Pero si llegan a conocerte, te perdonan y pasan página, ellos también se sentirán mejor. ¿No lo ves? Puede que lleve algún tiempo, pero la familiaridad conduce a la aceptación. Además, New Horizons sería una buena oportunidad para Maya. Estás contratando a un equipo de mucho talento, muy motivado. Apuesto a que le encantaría.

–No creo que haya ninguna manera de convencer a Jada.

–No si te niegas a concederme esa oportunidad. Maddox, Cindy dijo que Maya se echó a llorar cuando supo que Annie iría a otra escuela.

–Estás intentando manipularme –él enarcó una ceja.

–Es verdad –admitió ella antes de que ambos se echaran a reír.

Maddox recuperó el gesto serio mientras recordaba a esa dulce niña que había conocido en Sugar Mama. Desde luego, y con tal de que las dos amigas no tuvieran que separarse, no habría ningún mal en darle a Aiyana permiso para contactar con Jada. A él no le parecía mal que la niña estudiara en New Horizons, siempre que su madre estuviera de acuerdo. Quizás Aiyana sería capaz de encontrar las palabras mágicas. Su jefa era muy difícil de rechazar. Y así podría ver a Jada de vez en cuando.

–Me parece bien que la llares –accedió al fin–. Quizás deberías señalar que mi puesto es administrativo, que apenas tendré contacto con las alumnas, sobre todo con aquellas que no necesitan una atención extra. O... –se rascó la cabeza–. Da igual, yo la llamaré.

–¿Tienes su número de teléfono? –Aiyana lanzó la trenza por encima del hombro.

Maddox le guiñó un ojo.

–¡No me digas que os estáis viendo de nuevo! –gritó ella.

Pero Maddox se limitó a sacudir una mano en el aire.

Maddox había esperado encontrar a Jada en la tienda. Suponía que sería su madre la que abriría habitualmente, y Jada la que cerraría, de manera que la noche era el mejor momento para encontrarla a solas. Sin embargo, al llegar a casa del trabajo descubrió a su casero sentado en el porche, ligeramente aturdido. Uriah se había caído de una escalera mientras intentaba limpiar los canalones y se había dado un golpe, de modo que lo había llevado al hospital para asegurarse de que estuviera bien.

Por suerte no tenía nada roto, aunque sí había recibido órdenes estrictas de guardar reposo en cama. Sin embargo, todo el proceso les había llevado más de cuatro horas, pasaban de las diez de la noche, y la tienda ya estaba a oscuras cuando Maddox por fin pudo dirigirse a la ciudad.

La había perdido... ¡Mierda!

Por segunda vez desde que había sabido que Jada había vuelto a Silver Springs, pasó con el coche por delante de su casa. Pensó que encontraría su coche frente a la puerta y se volvería a su casa sabiendo que esa noche iba a ser imposible hablar con ella. Estaba ya reflexionando sobre el contenido del mensaje que podría enviarle. Quizás, tratándose de Maya, conseguiría que le respondiera.

Pero el coche no estaba allí, de modo que se dirigió a la calle principal de la ciudad, con la esperanza de encontrársela. Si no estaba en el supermercado o alguna otra tienda, de las que solo unas pocas seguían abiertas, podría estar en casa de Tiffany. Quizás si condujera por todas las calles acabaría por encontrar su coche.

Al final no hizo falta llegar a tanto. Antes de alcanzar el otro extremo de la ciudad vio el Chevy Volt frente al Blue Suede Shoe.

Tras detener el coche en el aparcamiento, dejó el motor del coche al ralentí. ¿Debería intentar hablar con ella o esperar otra oportunidad?

Decidió entrar en el bar. Dudaba que ella respondiera si le enviaba un mensaje.

Además, quería verla. La sesión de sexo telefónico había hecho que fuera aún más difícil mantenerse alejado de ella. Si se iba a casa, pasaría la mitad de la noche fantaseando con ella.

El club estaba lleno, sobre todo para ser martes, pero casi todos los clientes eran turistas. Maddox no reconoció a nadie hasta que vio a Tiffany y a Jada, sentadas a una mesa en el extremo opuesto de la pista de baile. Pronto deseó no haber entrado allí... era evidente que las dos estaban acompañadas.

Se dijo a sí mismo que debería marcharse antes de que Jada lo viera, pero no parecía capaz de conseguir que se movieran sus pies. Un asiento quedó libre junto a la barra y se sentó y pidió una cerveza. A continuación se dirigió a la mesa de billar, todo sin perder de vista a Jada y su cita. ¿En serio le gustaba ese tipo? ¿Se conocían bien? ¿Dónde se habían conocido? ¿Lo iba a acompañar a su casa esa noche?

El tipo parecía al menos cinco o seis años más joven que ellos, aunque era alto, rubio y atractivo. Y también iba vestido como si tuviera dinero.

Maddox no era del tipo celoso, pero no era capaz de apartar la mirada. Y sin duda por eso ella lo vio casi de inmediato. Al reconocerlo, lo fulminó con la mirada. Aun así, mantuvo la sonrisa en el rostro y se volvió hacia su acompañante.

Una oleada de emociones negativas hizo que Maddox se sintiera enfermo, una sensación que empeoraba con cada intercambio de palabras que Jada mantenía con su cita. Intentó canalizar la tensión, que crecía en su interior, hacia el billar y fulminó a todos sus contrincantes. Pero no se sintió satisfecho. Al verla levantarse y echar a andar hacia los aseos, dejó de jugar, apoyó el taco contra la pared y se dirigió hacia el pasillo donde estaban los baños. Era una locura haberla estado vigilando desde un rincón como un imbécil enfermo de amor, pero en cierto modo se sentía justificado. Ella lo deseaba a él, no al tipo al que estaba dedicando todas esas sonrisas amables. Y verla con otro hombre tan pronto después de sus conversaciones íntimas lo estaba matando. Esos mensajes le habían hecho sentir una posesividad que no le gustaba.

¿Qué iba a decirle cuando la abordara?

Pensó que lo mejor sería empezar con el tema del permiso para que Maya fuera a New

Horizons. Eso, al menos, le daba una excusa para acercarse a ella.

Llegaron al estrecho pasillo casi a la vez. Maddox abrió la boca para comentarle lo que Aiyana le había dicho sobre Cindy Coates. Pero un borracho lo empujó accidentalmente contra ella y, antes de darse cuenta estaba presionándola contra la pared, su cuerpo pegado al de ella... su lengua dentro de su boca.

Jada no estaba muy segura de qué había sucedido. Había estado aguantando el tipo con Aaron, Austin y Tiffany, intentando comportarse, por su mejor amiga, como si se lo estuviera pasando bien. Estaba claro que a Tiffany le gustaba Aaron. Pero Jada había terminado por excusarse para poder alejarse de ellos y respirar un poco. Estando en medio del local era incapaz de apartar la mirada de Maddox. Era evidente que a él no le gustaba verla con otro. Cada vez que lo miraba, la expresión de contrariedad de su rostro se hacía más profunda. A ella tampoco le habría gustado verlo con otra mujer, de modo que lo entendía. Pero ¿qué debían hacer? Los dos eran solteros y, si seguían viviendo en la misma ciudad, aquello iba a repetirse una y otra vez.

Y de repente él se había colocado a su lado y, entre el barullo de gente que intentaba adentrarse por el estrecho pasillo hacia los baños, había sentido el roce de su brazo.

Ella se había vuelto, él se había vuelto. Y la había besado. Y ella le había correspondido con todo el deseo acumulado que sentía.

La mirada de Maddox al levantar la cabeza era de desgarró, confusión, y ella sin duda debía tener la misma expresión porque él se había apartado y, sin decir una palabra, se había abierto paso entre la gente para salir por la puerta trasera.

—¿Estás bien?

El sonido de la voz de Tiffany consiguió que Jada apartara la mirada de la puerta por la que Maddox acababa de salir al aparcamiento. Volviéndose, se encontró con su amiga, que la miraba con preocupación.

—Sí. Estoy bien —mintió—. ¿Por qué?

—¡Hace un montón que te has ido!

A ella no le había parecido tanto rato. Todavía tenía en su boca el sabor de Maddox, aún sentía la presión de sus cálidos y jugosos labios, de su fornido cuerpo aislándola de todos y de todo.

—Había cola —intentó explicarse.

—Pero no estás en ella.

Jada consideró contarle a su amiga lo que acababa de suceder, pero no quería presionarla para que cambiara los planes, no cuando se estaba divirtiendo tanto.

—Uy, es verdad. Ya me coloco.

Por mucho que deseara que Maddox volviera, dudaba que fuera a suceder, y se sintió aliviada y decepcionada a partes iguales cuando no lo hizo. Era demasiado difícil que estuviera cerca cuando ella iba acompañada de otra persona. Mierda, era demasiado difícil el mero hecho de que hubiese vuelto a la ciudad, y eso no tenía nada que ver con ningún hombre que la acompañara.

Obligándose a moverse, se colocó en la fila.

—Me daré prisa —le aseguró a Tiffany.

—Gracias... porque estábamos pensando en irnos ya.

—¿Ya ha terminado la velada?

—Te comportas muy raro —Tiffany la miró con una expresión extrañada.

—Seguramente he bebido demasiado.

–¡Solo has tomado una cerveza! ¿Prefieres irte a casa o algo así?

–¡No! –Jada sacó el móvil del bolsillo para consultar la hora–. Es que... se está haciendo tarde, y por eso pensé que la noche llegaba a su fin.

–¿No te gusta Austin? –la decepción de Tiffany se reflejó en el mohín de sus labios–. Es verdad que es joven, pero también condenadamente sexy, ¿no te parece?

Era verdad. La mayoría de las mujeres se mostrarían ansiosas por estar con él, pero para Jada no se le podía comparar con Maddox.

–Claro que me gusta. Es supermajo.

–¿Y no estás demasiado cansada?

–No –Jada fabricó una nueva sonrisa–. Pero supuse que regresarían a su casa esta noche. No me gustaría que se les hiciera demasiado tarde cuando aún les quedan dos horas de camino.

–Se van a quedar en Silver Springs hasta después del fin de semana, ¿recuerdas? Lo han dicho.

–Es verdad –contestó ella como si Tiffany acabara de refrescarle con éxito la memoria, aunque lo cierto era que no había oído nada. No había estado escuchando, demasiado distraída por el hombre al que deseaba en realidad, y que estaba en una esquina jugando al billar.

–Entonces os acompaño a tu casa. ¿Ese es el plan?

–Sí –Tiffany le apretó el brazo en señal de agradecimiento y se apresuró a regresar a la mesa.

Jada se volvió y se cubrió la boca con una mano, rememorando una vez más el breve encuentro con Maddox. No recordaba haberlo agarrado, ni tirado de él, no recordaba que él la hubiese agarrado o tirado de ella tampoco. Era como si una fuerza exterior, como la gravedad, lo hubiera hecho por ellos. Pero no podía lamentar lo sucedido. El beso casi le había derretido los huesos.

Capítulo 17

Cuando Jada se marchó de casa de Tiffany su idea no era conducir directamente hasta Maddox, y por eso resultó curioso que lo hiciera. Sin embargo, no entró por el camino, se escondió entre los árboles en un extremo de las casas, tal y como había hecho al llevar la tarta.

Tras apagar el motor del coche permaneció sentada, contemplando las estrellas que asomaban entre las hojas de los árboles mecidas en la suave y cálida brisa. Cinco minutos se convirtieron en diez, momento en el cual decidió hacer algo. No podía quedarse allí sentada toda la noche.

Sacó el móvil para comprobar si Maddox le había enviado algún mensaje después de abandonar el Blue Suede Shoe. Aunque había estado comprobándolo toda la noche, no había oído ningún tono. Y tampoco vio ningún mensaje.

¿Estaría disgustado?

Aunque le había borrado de su lista de contactos, recordaba el número y lo volvió a incluir antes de enviar un mensaje:

¿Qué ha pasado esta noche?

No hubo respuesta. Sin duda estaría durmiendo.

Razón de más para dejarlo tranquilo y marcharse a su casa. Era una locura empeorar ese tira y afloja que se traían entre ellos.

Puso de nuevo en marcha el motor con la intención de irse. Sin embargo, lo apagó de inmediato. Iba a entrar en su casa. Maddox podía echarla de allí si quería, aunque no creía que fuera a hacerlo.

«Si te pasas por aquí, te frotaré la espalda, y dejaré que seas tú la que decida lo que suceda a partir de ese momento».

Jada respiró hondo, abrió la puerta del coche, guardó el móvil y las llaves en el bolsillo, y se bajó.

Llevaba trece años deseando estar con él...

Iba a hacerlo. Al día siguiente podrían volver a luchar contra la atracción ...

Maddox al fin había conseguido quedarse dormido y al oír el golpe de nudillos en la puerta pensó que estaba soñando. Pensaba que era su hermano con su novia, en un cálido y soleado mediodía. Seguramente se iban a alguna parte, pensó, sintiéndose ligeramente sorprendido, como si debería haber sabido de su llegada.

Y entonces la realidad se abrió paso entre las extrañas y no del todo consistentes imágenes. Estaba solo en su casa, era tarde, de noche, y quienquiera que estuviese llamando a su puerta seguramente no sería su hermano. Había muchas más posibilidades de que se tratara de su casero.

¿Le pasaba algo a Uriah?

Maddox saltó de la cama, por si acaso. Abrió la puerta, preparándose para otro viaje al servicio de urgencias, y quedó estupefacto al encontrarse a Jada, vestida con el mismo top negro sedoso, y los pantalones vaqueros ajustados, que había llevado en el club, frotándose los brazos desnudos como si tuviera frío, aunque lo cierto era que hacía calor y bochorno, tanto que él no llevaba más que los calzoncillos para dormir.

Se miraron fijamente durante varios segundos, sin hablar. Entonces Maddox se hizo a un lado para que ella pudiera pasar.

Jada pasó a su lado con precaución, como si temiera tocarlo. Pero Maddox sabía por qué estaba allí, comprendió qué buscaba. Se lo había explicado en sus mensajes antes de interrumpir toda comunicación, y él había sentido su respuesta al besarla en el club. Jada había estado tan excitada como él.

–¿Hace falta seguir el guion? –le preguntó.

–¿Qué guion? –ella lo miró perpleja.

Era evidente que su mente iba en otra dirección.

–El que expusiste por teléfono. Porque no estoy seguro de que mi cerebro funcione lo bastante bien como para recordar cada detalle –de hecho estaba bastante seguro de que no sería capaz de pensar siquiera, no en cuanto empezara a tocarla. Lo que sucediera a partir de ese momento sería instintivo.

–Los detalles no importan –Jada dio un paso al frente, tomó el rostro de Maddox entre las manos y se puso de puntillas para poder alcanzar su boca–. De todos modos, no puedo esperar tanto para sentirte dentro de mí.

Maddox oyó un sonido gutural y comprendió que había surgido de su propia garganta en el instante en que sus cuerpos habían tomado contacto.

La contención de Jada saltó completamente por los aires. Se sentía extrañamente temeraria. Dado que ya no se estaba controlando, iba a asegurarse de conseguir de Maddox todo lo que siempre había deseado, al menos en el aspecto físico. Quizás, pensó, con ello quedaría satisfecha y podría dejar atrás toda la tentación que ese hombre representaba. A saber. Ya no era capaz de comprender lo que pasaba dentro de su propia cabeza. Lo único que sabía era que nunca se había sentido tan agresiva, tan ansiosa por conocer el cuerpo de un hombre, por tocarlo y saborearlo y deleitarse en sus caricias y besos.

Por suerte, a Maddox no parecía importarle. Sus besos se volvieron rápidamente frenéticos e intensos. Sus manos estaban por todas partes, bajo su blusa, dentro de sus pantalones. Cuando movió la mano izquierda entre sus piernas y deslizó un dedo dentro de ella, Jada sintió que le flaqueaban las rodillas y tuvo que apartarse para poder tomar aire.

–¿Estás bien? –preguntó él.

–Casi no puedo respirar –admitió ella.

–Conozco esa sensación. Hay que deshacerse de esta ropa.

Maddox consiguió quitarle la blusa por la cabeza con una mínima interrupción mientras besaba su cuello, y ella ayudó quitándose los pantalones mientras él le desabrochaba el sujetador.

Lo sintió soltarse en cuanto apartó los vaqueros a un lado de una patada, y lo dejó caer al suelo. Al igual que él ya solo llevaba puestas las braguitas, un tanga negro.

–Así está mejor –observó Maddox.

Jada tuvo un ramalazo de vergüenza. Habían pasado muchos años desde la última vez que se

habían visto así. Ella había tenido un bebé, su bebé, y eso le había cambiado el cuerpo de una manera sutil. Sus caderas eran un poco más anchas, sus pechos más grandes, turgentes. Y tenía unas finas estrías en la parte baja del abdomen.

Por suerte, él no se fijó en ello, ni siquiera pareció darse cuenta. Las aletas de la nariz se abrieron ligeramente mientras recorría su cuerpo con la mirada.

–Dios, eres aún más hermosa de lo que recordaba.

–Tú también –admitió Jada.

Él volvió a acercarse y, en esa ocasión, cuando la tocó lo hizo con menos prisas y más reverencia.

–Creía que no volvería a tener esta oportunidad.

–Yo también –ella deslizó las manos por el firme contorno y la cálida piel de su torso.

Él le tomó el rostro entre las manos, obligándola a mirarlo de nuevo.

–Entonces, ¿qué significa esto? ¿Significa algo?

–Un descanso de nuestras vidas normales –Jada deseó poder desviar la mirada–. Un respiro de tanta resistencia. Una noche para lo que deseemos.

–Solo una noche.

A Maddox no parecía gustarle que ella estuviera poniendo esos estrictos límites a su contacto, pero en opinión de Jada, algo era mejor que nada. Esa era la única manera que tenían de poder estar juntos.

–Es todo lo que puedo darte.

–Entonces será mejor que merezca la pena –contestó él mientras deslizaba las manos por la cintura de Jada hasta cubrir su trasero y atraerla contra él, mucho más posesivo tras comprender las condiciones y que, por lo menos por esa noche, no habría ninguna condición.

–Esta parte de la fantasía la tengo controlada –aseguró Maddox mientras tomaba a Jada en brazos y la llevaba a la cama.

–¿Esa es la única parte que recuerdas? –ella soltó una carcajada.

–No –lo cierto era que recordaba mucho más que eso–. Recuerdo cómo me hizo sentir, sabiendo que eras tú la que me decía esas cosas.

–¿Y cómo te sentiste?

–Así...

Maddox le tomó una mano y la posó sobre su pecho, donde el corazón latía como un tambor.

–¿Y esto? –Jada deslizó un dedo de la otra mano sobre los calzoncillos que cubrían la erección.

Él estuvo a punto de quedarse sin aliento.

–Eso también.

–¿Crees que estaremos cometiendo un error?

–Claro que no –contestó Maddox–, pero no estoy seguro de ser capaz de admitirlo aunque fuese cierto. Ahora mismo no.

Ella volvió a reír, pero la risa solo duró hasta que él se tumbó en la cama, a su lado. Entonces se puso muy seria y lo miró fijamente.

Por difícil que le resultara, Maddox se contuvo de quitarle las braguitas. No quería que aquello terminara demasiado pronto. El mero hecho de estar con ella, de verla tan ebria de deseo, le resultaba embriagador a él también, sobre todo después de que los celos casi lo hubiesen comido vivo en el club.

–Han pasado trece años –observó ella con voz pensativa.

–Trece años es demasiado tiempo –respondió Maddox con la mirada fija en los labios de Jada que se abrían a medida que le tomaba un pecho y deslizaba el pulgar por el duro pezón–. ¿Te gusta esto?

La carne de gallina fue suficiente respuesta.

–Desde luego. Pero, por favor, dime que tienes alguna protección. No he estado con nadie desde... bueno, desde mi divorcio, y ya no tomo la píldora. Tampoco me paré para comprar algo de camino a tu casa. Estaba demasiado ocupada fingiendo que no iba a hacer esto.

A Maddox le encantaba la idea de que Jada no hubiese sido capaz de contenerse, y no podía dejar de pensar que, si disfrutaba esa vez, volvería a por más.

–Tengo todo lo necesario. Está en la mesilla de noche.

–Gracias a Dios que estás preparado.

–No lo estaba cuando empezaste a enviarme mensajes, pero a la mañana siguiente compré un montón.

Ella sonrió mientras señalaba los calzoncillos, indicándole que quería que desaparecieran.

–¿Y a qué estás esperando?

Maddox sintió una nueva oleada de testosterona al quitarle primero las braguitas a ella.

–¿Y si no hubiese estado preparado?

–A lo mejor me habría marchado.

–No vas a salir de aquí tan fácilmente –él deslizó los labios por el cuello de Jada.

–¿Tienes otros planes para mí? –preguntó ella mientras introducía la mano en los calzoncillos.

–Desde luego –Maddox se desembarazó de la prenda y se colocó un preservativo.

Con una pierna abrió las de Jada y se colocó sobre ella. La perspectiva de hundirse dentro de ella le hacía sentir un poco nervioso, débil, algo nuevo para él.

–¿Qué sucede? –susurró ella.

–Esto va a ser muy bueno –contestó él mientras la oía gemir al introducirse dentro de ella.

Era tarde y Maddox se había dormido, pero Jada no tenía ninguna intención de dormir. No iba a desperdiciar ni un instante de su tiempo con él. Sonrió al ver subir y bajar su torso. Le había obligado a emplearse a fondo, pero aún no había conseguido saciarse. Cada vez que habían hecho el amor había sido diferente. Después de la primera vez, que rápidamente se había vuelto frenético e intenso, habían hecho el amor dos veces más, una de ellas tan despacio que el clímax que por fin la había envuelto había sido uno de los más fuertes que hubiese experimentado jamás, y la otra había sido con ella encima. Le había encantado la expresión en el rostro de Maddox cuando lo había tumbado de espalda. La había mirado algo sorprendido al ver su iniciativa. Pero enseguida le había dedicado esa sonrisa suya tan sexy, esa con la que Jada tanto había soñado, y había cedido el control.

–¡Oh, Dios! –había susurrado Maddox, cerrando los ojos, cuando ella se había sentado a horcajadas y lo había tomado en su interior.

Y Jada también había cerrado los ojos, renunciando a cualquier idea de contenerse.

Aquella había sido la última vez, y no estaba segura de que fuera a haber una siguiente. Pronto amanecería y no podía ser vista saliendo de su casa.

Al moverse con intención de consultar la hora en el reloj de la mesilla, Maddox se movió y murmuró:

–No te irás aún, ¿verdad?

–Ahora mismo no, pero pronto.

–Anoche fue increíble –aseguró, arrastrando las palabras por el sueño.

–Sí, lo fue –ella sonrió a la oscuridad.

–Dime que volverás –Maddox la atrajo hacia sí.

–No puedo volver.

–Nadie lo sabrá, Jada.

–Cuanto más se repita esto, más probabilidades hay de que alguien lo descubra.

–Podríamos vernos en Los Ángeles, o en Santa Barbara.

–No puedo abandonar la ciudad –sobre todo para hacer eso–. Tengo a Maya.

Durante varios minutos, él no dijo nada. Y cuando volvió a hablar, se notaba que estaba completamente despierto.

–¿Vas a dejar que vaya a New Horizons?

–No.

–¿Por mi culpa?

Jada tenía la cabeza apoyada sobre el hombro de Maddox, de modo que, físicamente, seguían muy cerca, pero la distancia emocional empezaba a crecer.

–Por mi familia.

–Es un colegio, Jada, nada más. Su mejor amiga irá allí. No es justo separarlas por algo que sucedió en el pasado, algo que no tuvo nada que ver con ellas. Soy el director. Tu familia no tendrá que tratar conmigo una y otra vez. Me mantendré apartado.

Jada se mordisqueó el labio inferior. Ella quería dejar que Maya fuera, pero ya estaba batallando contra la atracción que sentía hacia Maddox. ¡Y la noche anterior había fracasado estrepitosamente! ¿Podría mirarlo a la cara si se tropezara con él al ir a recoger a Maya al colegio? ¿Aumentaría la mayor exposición el riesgo de que empezara a preguntarse por la paternidad de la niña?

–Cuidaré de ella –él deslizó los dedos por los cabellos de Maya–. Me aseguraré de que tenga una buena experiencia. Te lo prometo.

Jada tenía un nudo en el estómago. No quería hablar de Maya. Todo resultaba mucho más fácil cuando mantenía a Maddox y a Maya en compartimentos separados dentro de su cerebro, tal y como había hecho la noche anterior para poder ir a su casa.

–Hablaré con mi madre. A ver qué dice.

–¿Y qué pasa con el padre de Maya? Él también debería tener algo que decir.

El nudo del estómago de Jada se trasladó a la garganta. Tuvo que esforzarse por no apartarse de él, pero no quería que pensara que había algo malo en haber mencionado al padre de Maya.

–Claro que tiene algo que decir –murmuró.

–Entonces, ¿participa en su vida?

Los dedos de Maddox seguían deslizándose por sus cabellos. Normalmente, encontraría ese gesto reconfortante, pero la conversación le estaba poniendo los nervios de punta. Tras volver a ser capaz de pensar más allá de sus propias necesidades, empezaba a comprender lo egoísta que había sido al pensar solo en ella.

–En realidad no. Es alcohólico, y también un obseso del trabajo. No había mucho sitio para nosotras.

–Sin duda te pagará una pensión alimenticia.

De nuevo Jada estuvo a punto de apartarse de él.

–Claro –contestó, aunque Eric no le pasaba nada, no se lo había pedido. No era el padre biológico de Maya, de modo que no había motivo para ello.

–¿Por qué no hablas con él? A ver qué opina. La decisión no debería ser de tu madre, sino de vosotros dos.

Jada sintió que ya había pasado suficiente tiempo desde que surgiera el tema como para poder marcharse sin despertar ninguna alarma.

–No se trata de una situación normal. Sabes muy bien por qué tengo que consultarlo con mi madre. De todos modos tengo que irme –anunció mientras salía de la cama.

–¿Dónde tienes el coche? –preguntó él mientras la observaba vestirse.

–En el huerto. No podía entrar por el camino.

–De ahora en adelante, hazme saber que vas a venir. Dejaremos tu coche oculto en alguna parte y yo iré a recogerte.

–No voy a volver –le aseguró ella, dándole la espalda.

–Caso de que lo hicieras.

–¿Por qué? –preguntó Jada mientras se ponía la blusa y los vaqueros.

Él se mantuvo en silencio tanto rato que Jada se detuvo antes de ponerse las sandalias.

–¿Maddox?

Aunque entonces sí recibió una respuesta, se notaba que le costaba:

–Hay una cámara de seguridad a ese lado de la casa. Por eso supe que fuiste tú quien trajo la tarta.

–¿Me estás diciendo que Uriah sabe que estoy aquí? –ella lo miró boquiabierta–. ¿Lo va a ver en pantalla?

–Puede –Maddox dio un respingo. Era evidente que el dolor que reflejaba la voz de Jada le hacía sentir incómodo.

–¡No! ¿Por qué no me advertiste?

–Porque no sabía que fueras a aparecer.

–Pero podrías habérmelo dicho cuando me viste aparecer –insistió Jada–. Podría haberme ido inmediatamente. Al menos así él no pensaría que nosotros... que nosotros...

–¿Hemos hecho el amor? Piense lo que piense, en mi opinión ha merecido la pena. Jamás olvidaré esta noche.

Y ella tampoco. Habían creado muchos recuerdos nuevos, aunque seguramente no era una buena idea.

–No me puedo creer que haya hecho esto.

–No estaba dispuesto a decir nada que pudiera asustarte –le explicó él–. Te quería aquí, por si aún no es evidente.

–Pero ya le he hecho mucho daño a mi familia.

–No por tu voluntad.

–Esto sí ha sido mi voluntad.

–Y yo me alegro de que tomaras esta decisión. Por favor no te preocupes. No pasará nada. Uriah es estupendo, no se lo diré a nadie.

–¡Pero podría hacerlo!

–No debería haber sacado el tema en este momento –Maddox salió de la cama y se puso los calzoncillos–. Esto es, precisamente, lo que intentaba evitar.

–El que me hayan filmado al venir aquí, sin mi consentimiento, es algo que yo debería saber.

–Y por eso te lo he dicho. Pero, por favor, que esto no te haga lamentar haber venido. Y que no

te impida venir en otra ocasión. Basta con que me avises con antelación y yo me aseguraré de que nadie se entere –Maddox intentó alcanzarla, pero Jada se apartó.

–Por favor... no me tientes, no necesito eso ahora. Y reza para que Uriah no me haya reconocido o, si lo ha hecho, para que no se lo cuente a nadie o... ¡Mierda!

¿Qué posibilidades había de que Uriah se mantuviera en silencio ante un potencial escándalo de esa magnitud? Al igual que en la mayoría de ciudades pequeñas, a la gente le encantaba un buen y jugoso cotilleo.

Jada terminó de vestirse y sacó las llaves del bolsillo. Se moría por salir de casa de Maddox.

–No me gusta que te hayas disgustado –Maddox se mesó los cabellos–, no quiero que esta noche acabe mal.

–No estoy disgustada, solo que... no puedo volver.

–Porque...

–¡Porque no me puedo permitir volver a joder mi vida!

–Por estar conmigo –Maddox se tensó visiblemente–. Yo soy el gran error.

–No. Da igual –Jada era muy consciente de lo poco convincente que había sido.

–Supongo que eres consciente de que yo no apreté ese gatillo, ¿verdad? Jamás hice nada que te lastimara. Al menos no a propósito.

Jada sabía que sus palabras le habían hecho daño y se sentía mal por ello. Lo que acababan de compartir era raro e íntimo, y satisfactorio. Se merecía algún reconocimiento por ser todo lo que ella deseaba que fuera, todo lo que ella anhelaba. Pero saber que la habían grabado entrando en su casa, y que podría ser grabada de nuevo, saliendo varias horas después, la había sacudido tan fuerte que no sabía cómo reaccionar.

Tenía que olvidar a Maddox. Por fin. No había otra posibilidad.

–Lo siento –dijo antes de salir apresuradamente de la casa.

Capítulo 18

Cuando Maddox despertó con el olor de Jada en las sábanas, las arrancó de la cama y las echó a lavar inmediatamente, mientras se duchaba para ir al trabajo. Había empezado a soñar con recuperarla, y eso era peligroso para él. Si ella no lo quería, no lo quería.

Al comprobar el móvil vio un mensaje suyo: *Lo siento*. No había nada más, y el mensaje había sido enviado mientras él dormía, de modo que no contestó. No quería joderse la vida más de lo que ella quería joderse la suya y, dado que Jada parecía ser la única persona capaz de hacerle daño, quizás debería espabilar y mantenerse alejado. Ella nunca se iba a permitir a sí misma amarlo. Habían sucedido demasiadas cosas.

Pero juntos eran muy buenos, eso había que admitirlo.

En cuanto llegó al trabajo, dedicó la mitad de la mañana a mirar al vacío, recordando cómo lo había besado al entrar en su casa, los sutiles cambios acaecidos en su cuerpo, que le resultaba aún más atractivo, cómo se había sentado a horcajadas sobre él la última vez que habían hecho el amor. Había disfrutado viendo la expresión de su rostro, casi tanto como el placer más directo que le había despertado al...

—¡Eh! ¿Vas a venir o no?

Maddox parpadeó y se volvió hacia la puerta por la que asomaba la cabeza Aiyana.

—¿Adónde?

—Tenemos reunión de empleados, se supone que debía haber empezado hace quince minutos — ella consultó el reloj.

—¡Oh! —él se apartó bruscamente del escritorio—. Es verdad. Lo siento.

—¿Sucede algo? —Aiyana lo miró con curiosidad.

—Claro que no —contestó él, aunque tras llegar a la sala de reuniones, en el centro para chicos, donde saludó a Elijah y a Gavin, con quienes se estaba acostumbrando a comer cuando estaban en el centro, además de a los demás profesores, descubrió que le costaba mucho prestar atención. Se le notaba tan ensimismado que Aiyana lo retuvo cuando la reunión se acabó y todos se marcharon.

—¿Qué te pasa? —preguntó—. ¿Va todo bien con tu hermano?

Había tenido intención de enviarle un mensaje a Tobias para preguntarle por su segundo día de libertad, pero estaba tan absorto con el tema de Jada desde su regreso a Silver Springs, que aún no lo había hecho.

—Esta noche me pondré en contacto con él. Estoy seguro de que si hubiese surgido algún problema, me lo habría hecho saber —había recibido un mensaje, pero de su madre, dándole las gracias por el dinero. Pero estaba tan enfadado con ella por endeudarse con un traficante y provocar el robo, que no había contestado.

En lugar de mostrarse satisfecha, Aiyana lo miró más atentamente.

—¿Entonces no está pasando nada por lo que yo deba preocuparme?

Maddox le habló de la caída de Uriah y la visita a urgencias, con la esperanza de satisfacer su curiosidad lo suficiente para que dejara de insistir.

–Estoy cansado, eso es todo –concluyó.

Al comprobar que su estratagema parecía haber funcionado, Maddox se sintió ligeramente culpable. Su estado era consecuencia de lo sucedido después de pasar por el hospital, y ni siquiera tenía que ver con ese suceso, de modo que era más bien engañoso.

–Pobre hombre –contestó Aiyana–. ¿Has llamado a su hijo?

–No. Ni siquiera sé cómo se llama. ¿Debería haber preguntado su nombre y número de teléfono?

–Si Uriah se va a poner bien no hace falta. Lo mejor es que Carl no regrese.

–¿Conoces a su hijo?

–Causó tantos problemas que casi todo el mundo por aquí lo conoce –ella frunció el ceño.

–Me parece que no te gusta demasiado –aquello era toda una sorpresa para Maddox, pues daba por hecho que a Aiyana le gustaba todo el mundo.

–Es... extremadamente problemático.

Para que lo dijera Aiyana, debía ser algo tremendo.

–¿En qué sentido?

–Era incapaz de conservar un empleo. Entró en casa del vecino y le robó las armas.

–¿Tomaba drogas?

–Puede que de vez en cuando. Nunca tuve la impresión de que fuera adicto. Cuando abrimos New Horizons vino aquí, pero yo no pude ayudarlo.

–Entonces sí que debe ser algo especial –bromeó Maddox.

–Gracias por decir eso –un atisbo de sonrisa curvó fugazmente los labios de Aiyana–, pero hay personas que jamás cambiarán, ¿me entiendes? No sienten la necesidad de hacerlo, y les da igual estar haciendo daño a otras personas.

–¿Era él así? –a Maddox no le encajaba ese hijo con un padre tan íntegro.

–El doctor Uchtdorf, el psicólogo que tenía contratado en aquella época, diagnosticó a Carl un trastorno de personalidad antisocial.

–¿Eso no es algo parecido a un psicópata?

–Sí. Mucho. Aunque algunos psicólogos argumentan que son dos cosas distintas, otros utilizan ambos términos indistintamente. Carl se portaba tan mal con su madre que Uriah terminó por echarlo de casa. Y luego estuvieron viviendo durante meses con miedo a que regresara y prendiera fuego a la casa mientras ellos dormían.

–Por fin tengo la respuesta.

–¿Sobre Carl?

–Me preguntaba por qué Uriah no mantenía ningún contacto con su hijo.

–Tú vives en la casa de Carl. Pensé que ya lo sabías. ¿Por qué no me lo has preguntado antes?

–Supongo que debería haberlo hecho –él rio–. Nunca pensé que tuvieras tanta información sobre el hijo de mi casero.

–Casi desearía no haberlo conocido –insistió ella con pesar–. Es el efecto que produce en las personas.

–En tu opinión, ¿cómo se forma un psicópata? –preguntó Maddox–. ¿Nace o se hace?

–Según las investigaciones más recientes, sus cerebros funcionan de otra manera.

–¿Y eso significa que no podemos considerarlos responsables de sus acciones? –Maddox deseó desesperadamente que su hermano no tuviera algún problema imposible de resolver.

Tobias siempre había sido empático, pero era conflictivo y parecía retorcer algunas cosas en su cabeza. Las cartas que había recibido desde la prisión revelaban que seguía teniendo problemas con su manera de pensar.

–Yo no he dicho eso. Seguramente será una mezcla de ambas cosas: nacen y se hacen. Los que se convierten en asesinos en serie o delincuentes agresivos normalmente han sufrido alguna clase de abuso o abandono, pero hacen falta más investigaciones para poder tratar a los intratables. Hay una psiquiatra, Evelyn Talbot, que está llevando a cabo un trabajo revolucionario en un nuevo centro, Hanover House. Está en una pequeña ciudad de Alaska. ¿Has oído hablar de ella?

Maddox parecía recordar vagamente algo.

–Creo haber leído algo sobre ella en un artículo de hace poco...

–Detuvieron al hombre que la atacó a los dieciséis años. Seguramente fue eso lo que leíste. La noticia tuvo una gran repercusión. Lo habían estado buscando durante más de veinte años. Fue el hecho de ser torturada durante tres días, y abandonada para morir, lo que la impulsó a convertirse en psiquiatra, para, quizás algún día, lograr comprender por qué la eligió a ella.

–¿Es amiga tuya?

–No –Aiyana agitó una mano en el aire y sus pulseras tintinearón–. No me conoce. Me hice el firme propósito de estar al corriente de lo que ella y otras personas en su campo están haciendo. Quiero estar preparada para cuando me encuentre con alguien como Carl, alguien que podría ser peligroso.

–¿Cómo supiste que yo no era peligroso? –preguntó él.

Aiyana le tocó el brazo y lo miró con ternura.

–No fue difícil. Se notaba que las cosas te afectaban demasiado, no demasiado poco.

–¿Y qué me dices de Tobias?

–Él estará bien también. Con el tiempo.

Maddox no estaba seguro de si ella simplemente intentaba ofrecerle un poco de consuelo o si era sincera, pero sus palabras eran las que necesitaba oír.

–¿Y qué tal está Uriah? –preguntó–. ¿Mejor?

–No lo he visto esta mañana, trabajando por ahí, a diferencia de lo que sucede a diario. Pero los médicos le mandaron reposo, de modo que he supuesto que les está haciendo caso. De no haber salido con prisa de casa, habría llamado a su puerta para asegurarme –Maddox consultó la hora–. Hora de comer, lo llamaré.

–Dale recuerdos de mi parte –Aiyana se volvió en dirección a su despacho–, y hazme saber si necesita algo.

–Desde luego acudiré a ti y no a Carl –le aseguró él.

Aiyana soltó una carcajada, pero rápidamente se puso seria.

–¿Te imaginas lo triste que debe ser tener un hijo así, tu único hijo? Adoraban a ese chico, pero era un maltratador.

–¿Alguna vez ha cometido un crimen de gravedad? ¿Ha cumplido condena?

–Podría estar en la cárcel ahora mismo, no tengo ni idea. Cuando Uriah y Shirley le pidieron que se marchara, cortaron todo contacto con él. Uriah me confesó que a Shirley le resultaba demasiado duro tener noticias suyas. Carl solía manipularla, asegurándole que estaba arrepentido y dispuesto a cambiar. Le decía que necesitaba un lugar donde vivir, y ellos le permitían volver a casa, y al poco provocaba una pelea, o rajaba las ruedas de un coche, o empezaba una trifulca en el Blue Suede Shoe. La última vez que le dejaron volver, Uriah vino a verme y estuvimos hablando de lo que debería hacer por el bien de Shirley. En el mejor de los casos, Carl se

mostraba malhumorado, pero cuando se enfadaba empezaba a patear los muebles y a tirar cosas. Hizo falta que Uriah regresara un día a casa y se encontrara a Carl encima de Shirley, intentando estrangularla, para convencerle de que tenía que cortar los lazos con su hijo.

–Espero que, además, presentara cargos.

–Sí, pero Carl no estuvo encerrado mucho tiempo.

Shirley ya se había ido, y Uriah estaba solo. ¿Echaba de menos a su hijo? ¿Le gustaría reconciliarse? ¿Todavía tenía esperanzas de que cambiara?

–Gracias por la información.

–No hay de qué –contestó ella.

Maddox telefoneó a Uriah mientras atravesaba el campus en dirección a su despacho.

–¿Se encuentra bien? –preguntó al oír la ronca voz de su casero.

–Un poco dolorido y avergonzado de haber hecho esa tontería. Pero me pondré bien.

–Me alegra oírlo –aunque Maddox estuvo tentado de mencionar a Carl, no lo hizo. Se imaginó que debía ser un tema complicado, y que si Uriah quisiera hablar de su hijo, habría sacado el tema en algunas de sus numerosas partidas de ajedrez–. ¿Tiene comida en casa? Puedo llevarle algo...

–No, tengo mucha comida. No hace falta que dejes tu trabajo.

Maddox titubeó. No quería sacar el tema de la visita de Jada, por si Uriah no se había dado cuenta, aunque supuso que había muy pocas probabilidades de que fuera así. Cada vez que se activaban las cámaras de seguridad, Uriah recibía un aviso. Y si no lo oía, por estar durmiendo, al consultar el móvil o encender el ordenador, recibiría una alerta.

–Seguramente vio que tuve visita anoche.

–Así es.

–¿Hay alguna posibilidad de convencerle para que no lo mencione a nadie? –Maddox se frotó la nuca.

–No pienso decir nada. Mientras que la persona que venga no cause ningún daño en la propiedad, no es asunto mío, ya que tú también vives aquí.

–Me alegra que piense así. Estoy seguro de que Jada se alegrará también.

–Debo admitir que sí me llevé una sorpresa al verla regresar –observó el anciano–. Y no me gustaría meterme en lo que no me importa, pero ¿estás seguro de que sabes lo que estás haciendo con esa mujer?

–No del todo.

–El amor hace cometer locuras a los hombres, ¿verdad? –preguntó Uriah tras una pausa.

–No estoy seguro de que sea amor –Maddox se detuvo en seco–. Hasta mi regreso, hacía trece años que no nos habíamos hablado. Es más bien... un asunto sin concluir. Solo estamos intentando apagar el fuego, pasar página.

–¿Pasando la noche juntos? Pues buena suerte con eso –el hombre rio.

–No va a volver –le explicó Maddox.

–¿Eso te dijo?

–Así es.

–Bueno, pues yo no me lo tomaría al pie de la letra hasta que me lo haya demostrado.

–¿Qué quiere decir eso?

–Por el modo en que debatió anoche consigo misma, abriendo y cerrando la puerta del coche, tuve la impresión de que no habría venido si hubiera podido evitarlo.

La imagen de Jada entrando y saliendo del coche, luchando contra ella misma, hizo sonreír a Maddox.

- ¿Alguna vez ha sido incapaz de mantenerse alejado de alguien?
–Por supuesto.
–¿Y cómo lo solucionó?
–Casándome con ella –contestó Uriah sin más.

Había llevado casi todo el día, interrumpiendo hasta cierto punto el negocio, pero el congelador por fin estaba instalado en un extremo del mostrador de las galletas, y la heladería que habían elegido entregaría el primer pedido, seis sabores del mejor helado en contenedores de unos once litros cada uno, a la mañana siguiente. Susan también había encargado un nuevo cartel con el nuevo menú, que incluía algunas fotos hechas por Jada, uno para colgar detrás del mostrador y otro para la pared del extremo del local. Los carteles aún tardarían unos días en estar listos, pero Jada se sentía animada ante la perspectiva de añadir sándwiches de helado a la oferta.

Esperaba que el cambio ayudara. Tenía un montón de ideas sobre cómo iba a promocionar la nueva oferta en las redes sociales, pero iba a tener que esperar una semana más o menos para hacerlo. Tenía que ponerse al día con sus demás clientes y, tras pasar la noche con Maddox, estaba agotada. También se sentía culpable por haber hecho creer a su familia que había pasado la noche en casa de Tiffany. No se lo había dicho claramente, pero ellos lo habían asumido, lo que terminaba siendo lo mismo. En realidad no era asunto suyo, pero eso tampoco la ayudó a sentirse mejor.

–Tiene un aspecto estupendo –observó cuando su madre se apartó para examinar el nuevo cartel de menú. Atticus también estaba allí. No había podido ayudar a bajar el congelador de la camioneta, pero sí había ejercido de conductor. Dos vecinos habían quedado con ellos en la tienda para descargarlo. Los dos se habían marchado ya, pero Maya estaba allí.

–¿Te puedes creer que tu idea al fin se ha hecho realidad? –le preguntó Jada a su hija.

La niña la miró malhumorada. Jada le había anunciado que no iría a New Horizons, y Maya apenas le dirigía la palabra, ni a ella ni a nadie.

–¿Qué te pasa? –le preguntó Susan.

Maya se cruzó de brazos y frunció los labios.

–Mamá no me deja ir a estudiar a New Horizons, aunque Annie irá allí el curso que viene y su madre me consiguió una beca. ¡Podría asistir gratis a un colegio privado! No tiene ningún sentido que no me deje hacerlo. No está tan lejos. En cambio, me obliga a permanecer en el estúpido y viejo Topatopa, y yo no quiero ir allí sin Annie.

–¿Cuándo ha pasado todo esto? –Susan se volvió hacia Jada.

–Cindy vino a hablar conmigo ayer.

–Abuela, ¿querrás hablar con ella? –suplicó Maya–. ¡Me sentiré deprimida en el colegio sin Annie! ¡Ya habíamos planeado todo el curso!

–Puede que la madre de Annie cambie de opinión –sugirió Jada sin demasiado entusiasmo.

–Sé que no lo hará –gruñó Maya.

–Yo tampoco lo creo –intervino Susan–. Esa mujer es... es como un tornado. Nunca recula.

–¡Mamá! –gritó Jada.

Susan la miró con expresión algo avergonzada ante la descripción tan negativa que acababa de hacer.

–Solo digo que es una mujer que sabe lo que quiere, eso es todo. Seguramente está convencida de que el hambre en el mundo, o la paz mundial, depende de que Annie estudie en New Horizons,

y que Dios nos perdone por interferir en su camino.

–Opino que deberías dejarla ir –observó Atticus.

Tanto Jada como Susan se volvieron de golpe y preguntaron al unísono:

–¿A New Horizons?

Maya corrió junto a la silla de ruedas de su tío.

–¡Sí! Gracias, tío Atticus. ¿Mamá? ¿Por favor?

Jada se aclaró la garganta mientras intentaba pensar. ¿Es que no entendían que iba a tener que aportar la partida de nacimiento de la niña para matricularla? Los directores no solían intervenir en ese proceso, no solían revisar los expedientes de cada alumno. Pero si Maddox alguna vez llegara a preguntarse, no le costaría nada recurrir al expediente, y allí estaba todo. Llegados a ese punto, no le haría falta más que contar nueve meses hacia atrás.

Aunque tampoco podría saberlo con seguridad. Él no sabía si Jada había conocido a alguien al día siguiente del tiroteo, o si Maya había sido prematura.

–Maya, ¿podrías acercarte a la tienda y comprar... –no se le ocurría nada que necesitara–, una barrita de chocolate?

–¿Quieres una barrita de chocolate... ahora? –la niña frunció el ceño.

–No, lo que quiero es hablar con tu abuela y tu tío sin que estés delante.

–Entiendo –Maya se irguió, volvió a mirar a su tío con expresión suplicante, sin duda implorándole que siguiera de su parte, y tomó el dinero que le daba su madre antes de marcharse a regañadientes.

–¿En qué estabas pensando? –le preguntó Jada a su hermano en cuando Maya se hubo ido.

–Estoy pensando que podría parecer más raro que rechazaras esa oferta que el que la aceptaras –contestó él.

–¿Raro para quién? Todos los que nos conocen, conocen también nuestra relación con... con Maddox y su hermano.

–Cindy no –insistió Atticus.

–Porque su familia y ella se mudaron a esta ciudad unos años después de que sucediera todo. Y no nos conocieron hasta que Annie y Maya se hicieron amigas.

–Es que parece una tontería que se pierda esta oportunidad porque el hermano del hombre que me disparó sea ahora el director del centro –opinó él.

–Y no solo eso –intervino Susan–. ¡El director de ese colegio es su padre!

–Razón de más para darle la oportunidad de conocerlo. ¿No os parece?

–¿Insinúas que deberíamos contarle la verdad? –preguntó Jada.

–Ha estado buscando a su padre, Jada. Ha estado yendo a la biblioteca buscando un artículo en algún periódico que hable de un accidente de moto. Ha revisado viejos anuarios. Incluso fue a la barbería porque Annie le dijo que muchos hombres mayores van allí y que alguno podría recordar algo. Por suerte nadie lo hizo, pero...

–¿Cómo sabes tú todo eso? –Jada empezaba a sentir náuseas.

–Me lo contó ayer. Me preguntó si yo recordaba algún detalle sobre él que tú no recordaras.

–Cielo santo –exclamó Susan.

–Esta es tu oportunidad para permitirle estar cerca de él –continuó Atticus–, de ver cómo se llevan. En algún momento quizás quieras contarle la verdad.

–No estoy segura de poder hacer eso –Jada soltó un suspiro–. A lo mejor cuando sea más mayor, pero no sé cómo podría reaccionar él, o como se lo tomaría ella...

–Él también perdió mucho aquella noche –le recordó su hermano–. Te perdió a ti, y ni siquiera

sabe que tiene una hija. Y, sin embargo, él no apretó el gatillo.

–No podemos absolverlo de toda responsabilidad –intervino Susan–. Él estuvo allí aquella noche, y no debería haber convencido a Jada para que se escapara para reunirse con él.

–Aquella noche había un montón de críos allí –insistió Atticus–, y ninguno fue capaz de detener a Tobias. Y Jada solo hizo lo que haría la mayoría de adolescentes.

–No sé –Susan seguía mostrándose reticente–. Es arriesgado.

–El mero hecho de que viva en la misma ciudad ya es arriesgado –observó Atticus–. De no haber regresado, no tendríamos que enfrentarnos a nada de esto, pero el hecho es que ha vuelto, y Maya se ha hecho amiga de Annie, y... y no veo ningún motivo para que ella deba sufrir por culpa del pasado. De todos modos, los chicos casi nunca ven al director de la escuela, los chicos buenos quiero decir. Dudo que tenga mucho contacto con él.

Maya irrumpió en la tienda, casi sin aliento. Sin duda había regresado corriendo para llegar cuanto antes.

–¿Y bien? ¿Qué opinas? –preguntó mientras le entregaba a Jada la barrita de chocolate y el cambio–. ¿Podré ir?

–Aún no lo he decidido –contestó Jada.

–No entiendo por qué la decisión es tan difícil –Maya dejó caer los hombros.

–Yo tampoco –Susan soltó un ruidoso suspiro–. Si a Atticus le parece bien, opino que deberías dejarla ir.

Jada enarcó las cejas. ¿Susan estaba claudicando? Al parecer, los milagros existían.

–¿Mamá? –Maya juntó las manos como si estuviera rezando–. ¿Has oído a la abuela? Ella opina que deberías dejarme ir. ¿Por favor? Sacaré buenas notas. ¡Te lo prometo!

–Ya sacas buenas notas, cielo. Estoy orgullosa de ti.

–Entonces déjame ir.

Jada miró a Susan y a Atticus antes de asentir. Si Maddox empezaba a sospechar, no tendría ninguna dificultad para comprobar la fecha de nacimiento de Maya, bastaba con preguntarle a ella, fuera al colegio o no.

–De acuerdo. Venga, llama a Annie y pregúntale qué hay que hacer para matricularte.

–¡Sí! –tras abrazar a su madre, Maya hizo lo propio con su abuela y su tío–. ¡Muchísimas gracias!

La sonrisa de Jada resultaba algo temblorosa mientras las imágenes de la noche anterior con Maddox llenaban su mente. Su familia jamás habría accedido de haberlo sabido. Si lo habían consentido era porque no habían visto ni rastro de él, no habían oído nada de él, ni la habían oído hablar a ella, no sabían que habían estado en contacto.

Capítulo 19

Maddox acababa de terminar de cenar con Uriah, había parado en la tienda camino de su casa y comprado costillas, col, pan de maíz y judías, cuando Aiyana telefoneó. Contestó mientras recogía los platos.

–¿Qué hay?

–Jada ha accedido a que Maya venga a New Horizons.

Maddox cerró el grifo bajo el que había estado aclarando los platos. A Uriah no le gustaba que lo estuviera cuidando, y no dejaba de protestar, pero no debía moverse mucho y él se había propuesto hacer las tareas domésticas.

–¿Por qué?

–No lo sé. Me dijiste que ibas a hablar con ella, y supuse que la habías convencido, de algún modo.

–Lo intenté, pero dijo que no.

–Entonces alguien ha debido lograr que cambie de idea. Cindy acaba de llamar, se ha mostrado aliviada. Annie y Maya están felices y... ni siquiera me atrevo a imaginarme lo que siente Jada.

Maddox tampoco, pero estaba emocionado. En su opinión, el que Jada hubiera accedido a que su hija estudiara en el centro del que él era director, donde Maya podría cruzarse con él, al menos ocasionalmente, solo podía significar cosas buenas para su relación, aunque todo quedara al final en una amistad. Dudaba que Susan llegara a perdonarlo alguna vez, pero esperaba que el resto de la familia sí lo hiciera. Deseaba conseguir pasar página de todo lo sucedido aquella fatídica noche, incluso llegar a hacerse amigo de Atticus, por loco que pareciera ese sueño.

–Estoy estupefacto.

–Yo también. Por cierto, ¿qué tal está Tobias? ¿Lo has llamado?

–Le envié un mensaje desde el despacho, poco antes de salir, pero no ha contestado. Lo llamaré cuando llegue a casa esta noche.

–¿No estás en casa?

–Estoy en casa de Uriah.

–¿Cómo se encuentra?

Maddox miró por encima del hombro. Uriah tenía una herida en la cabeza, en el lado con el que había golpeado la fachada de la casa al caerse, y un par de puntos en el brazo de donde había intentado agarrarse, pero esas heridas ya empezaban a sanar.

–Es duro. Se pondrá bien.

–Me encuentro mejor que nunca –gritó el anciano al darse cuenta de que Maddox hablaba de él–. ¡Dile a este joven que no hace falta que me mime tanto!

Aiyana lo oyó sin necesidad de que Maddox tuviera que repetirlo.

–Dile que lo disfrute mientras pueda.

–Estoy dispuesto a prepararle la comida y luego a limpiar, pero no pienso mostrar piedad alguna cuando juguemos al ajedrez –bromeó Maddox.

–El golpe en la cabeza no ha sido tan fuerte como para impedirme ganarte –aseguró Uriah.

Maddox se despidió de Aiyana y disfrutó de la partida de ajedrez, sobre todo porque, para desesperación del anciano, le ganó.

–Esa caída debe haber afectado a mi coco más de lo que había pensado –se quejó cuando Maddox al fin le dio jaque mate.

–Será mejor que se retire a descansar, abuelo.

–¡Será mejor que yo me retire a descansar! Eres tú el que casi se ha dormido media docena de veces durante la misma partida.

Y por una buena razón. Apenas había dormido tres horas la noche anterior.

–¡Tardaba una eternidad en mover las fichas! –bromeó.

–Ya puedes rezar para que ella no vuelva esta noche –con sus palabras, Uriah dejó claro que conocía el verdadero motivo del sueño de Maddox.

–Pues yo rezo para que sí lo haga –sonrió él.

Y seguía sonriendo cuando regresó a su casa. Jada iba a permitir que Maya estudiara en New Horizons. Eso debía significar algo, ¿no? Tenía que significar que se estaba ganando su perdón, su confianza.

Estaba seguro de que se quedaría dormido sin despertar hasta que sonara la alarma a la mañana siguiente. Ni siquiera era de noche, pero daba igual. Nada de actividad física para él esa noche. Pero justo cuando entraba en su casa, alguien apareció por la parte trasera del garaje, casi provocándole un infarto.

–¡Por fin apareces! ¡Llevo esperándote una eternidad!

Sorprendido de tener compañía... masculina, Maddox miró boquiabierto a su hermano.

–¿Qué estás haciendo aquí?

La suave luz del atardecer veraniego reveló una expresión vacilante en el rostro de Tobias.

–No la soporto, tío. Deberías haberla visto. Una cerda y jodidamente necesitada. Me estaba volviendo loco.

–Pero ¿quién te ha traído hasta aquí? ¿Y cómo has encontrado mi casa? –él no había llevado a Tobias a Silver Springs, pues no había querido que estuviera cerca de Jada y su familia.

–Mamá me dejó en la carretera, pero podría haberlo encontrado de todos modos. Las cartas que me enviaste llevaban esta dirección como remitente, y tengo un teléfono nuevo, con mapas, ¿recuerdas?

–Ten cuidado con esos mapas, te cobran datos. Pero da igual, ¿mamá te ha traído hasta aquí, pero no se ha quedado para saludar?

–Estábamos discutiendo. La enfadé cuando se ofreció a que me quedara en su casa y la rechacé. Está tomando drogas otra vez. Lo sabías, ¿verdad? No quiero tener nada que ver con esa mierda.

–¿Y por qué no me enviasteis un mensaje, por qué no me avisasteis?

–Ya te he dicho que estábamos peleándonos. Ella seguramente no quería que intervinieses porque sabía que me apoyarías. Y no te envié ningún mensaje porque... –Tobias hundió las manos en los bolsillos-. No lo sé. Supongo que tenía miedo de que no quisieras que viniera.

Maddox sintió una opresión en el pecho ante la inseguridad que se traslucía de los gestos y las palabras de su hermano. De jóvenes solo se habían tenido el uno al otro. Y Maddox seguía siendo la única persona con cuyo amor podía contar Tobias.

–Siempre tendrás un sitio en mi casa.

–¿Tienes espacio suficiente?

–Solo hay un dormitorio, pero puedes dormir en el sofá-cama del salón. Ya nos apañaremos – por mucho que la llegada de su hermano a Silver Springs pudiera fastidiarlo todo, tenía que hacerle un hueco. Si Tobias no hubiese estado tomando ácido la noche que disparó a Atticus, jamás habría hecho daño a nadie, al menos a nadie que no lo hubiera provocado primero. Además, ¿adónde si no podía ir su pobre hermano? ¿Qué bien le haría haciéndole sentir indeseado?

Maddox tenía que apoyarle, pero, al mismo tiempo, se sentía compungido.

¿Qué iba a hacer con Tobias en Silver Springs?

–El nuevo congelador tiene un aspecto impresionante –afirmó Tiffany en cuanto entró en Sugar Mama con un montón de comida china para llevar, poco antes de la hora de cierre–. ¿Cuándo podré pedir un sándwich de helado?

Había sido un día de poca actividad, pero Jada estaba agotada y, por una vez, había agradecido la escasez de clientes. También se alegraba de ver a Tiffany. Necesitaba algo que la distrajera de lo que estaba pasando en su vida y, dado que Aaron había enviado a su hermano pequeño a casa y había pasado la noche anterior con Tiffany, tenían muchas cosas de qué hablar.

–En cuanto llegue el pedido de helado.

–Apuesto a que Maya está como loca.

Jada levantó la parte articulada del mostrador para que su amiga pudiera pasar al otro lado.

–Desde luego. Fue idea suya actualizar el menú.

–¿Dónde está?

–Atticus la llevó a casa de Annie hace unas horas.

Se dirigieron a la trastienda, donde había una pequeña mesa a la que sentarse.

–Esas dos son aún más amigas de lo que éramos tú y yo a su edad.

–Pasan juntas todo el tiempo que pueden. Esta noche, creo, estarán celebrando mi cambio de opinión sobre New Horizons, y haciendo planes para el nuevo curso.

–¿Qué cambio de opinión? –visiblemente preocupada, Tiffany soltó el bolso y se sentó al otro lado de la mesa.

Solo había dos sillas, y espacio para dos platos, que sacó de la bolsa.

–He decidido dejar que Maya vaya a New Horizons.

–¿Cómo? –Tiffany se quedó paralizada y dejó de sacar cosas de la bolsa.

–Ya lo sé –Jada frunció el ceño, intentando no volver a cuestionarse otra vez su decisión.

–¿Quiere eso decir que le vas a hablar a Maddox sobre Maya?

Jada sacó dos botellas de agua de la máquina.

–No. No puedo. Eso uniría a las dos familias para siempre. Aun así me siento culpable por mantenerlo en secreto, sobre todo ahora que volvemos a estar en contacto. Me siento hundida, ya no sé qué es lo justo –reconoció ella–. No quiero hacerles daño, ni a él ni a ella.

Tiffany terminó de sacar envases de comida de la bolsa.

–El problema no es únicamente que las dos familias queden unidas para siempre, Jada. Llevas tanto tiempo mintiéndole a Maya sobre su padre que no sabes lo que podría suceder si revelaras el secreto.

–Créeme, soy muy consciente de que las consecuencias podrían ser devastadoras.

–Entonces, ¿por qué arriesgarte a que se relacione con él?

–Porque me parece muy egoísta no permitirle conocerlo –Jada abrió la botella de agua–.

Cuando tomé la decisión de quedarme con Maya solo para mí, lo hice porque mis padres estaban convencidos de que Maddox no sería bueno para ella. Pero ahora que podemos ver por nosotros mismos en qué se ha convertido...

–Espera un momento, ¿qué podemos ver?

–Sabemos que es muy capaz. Tiene un título universitario, un título superior, y un buen empleo. Tiene que haberse mantenido alejado de todo problema con la policía, de lo contrario Aiyana no se habría arriesgado a contratarlo. Salvo por su relación con Tobias, parece capaz de ser un buen padre.

–¡Madre mía! –exclamó Tiffany mientras le pasaba unos palillos chinos–, y yo que pensaba que un divorcio era malo. Tú has sufrido un montón. Me alegra no estar en tu situación.

–Ojalá no estuviera en mi situación yo tampoco –una nube de vapor surgió del *chow mein* que Jada había abierto.

–¿Qué bien le hará a Maya ir a New Horizons? Si no sabe que Maddox es su padre, podría muy bien ignorarlo sin más. Nosotras no solíamos prestarle mucha atención al director de nuestro colegio.

–Con eso cuento. Que no sean más que conocidos casuales.

–¿Bastará con casual?

Jada abrió otro envase y se sirvió una cucharada de pollo *kung pao* junto a su *chow mein*.

–Eso creo. Por lo menos, si alguna vez averigua la verdad, Maya tendrá algún marco de referencia, una idea general de quién era él y cómo era. Mejor que nada, ¿no?

–Puede que alivie tu mala conciencia, pero opino que cuanto menos contacto tenga Maya con Maddox, mejor.

–Hay otras cuestiones además de mi conciencia...

–Por ejemplo... –Tiffany hizo chasquear los palillos chinos al separarlos.

–No quiero que la madre de Annie le dé demasiada importancia al hecho de que no quiero que Maya asista a una escuela claramente superior. Ella no lo entiende y necesita un motivo, y yo no tengo un buen motivo, sobre todo después de que le haya conseguido una beca.

–Háblale de Atticus. Quizás entonces lo entienda.

–Quizás lo entienda ella, pero ¿qué pasa con Maddox? Él sabe que Maya tiene la posibilidad de estudiar gratis y si no lo permito, sabrá que el motivo es él.

–No creo que espere que le permitas asistir, no después de lo ocurrido.

Recuerdos de la noche pasada en la cama de Maddox volvieron a llenar la mente de Jada.

–No es tan evidente.

–¿Por qué no? –Tiffany frunció el ceño.

–Parecería demasiada obcecación por mi parte, dado que anoche me acosté con él.

–¡Joder! –Tiffany dejó caer los palillos–. ¿Llevamos todo el día hablando de si yo me he acostado con Aaron y tú sin mencionar que fuiste a casa de Maddox después de marcharte de la mía?

–Me negaba a reconocerlo –Jada suspiró.

Desde la tienda llegó un sonido. Jada no había oído la campanilla, pero corrió para comprobar si había alguien dentro. Desde luego no estaba dispuesta a que nadie escuchase esa conversación.

Por suerte no eran más que dos amigos saludándose a gritos en la calle, uno de ellos montado en bicicleta.

Cuando Jada regresó a la mesa, Tiffany bajó el tono de voz, aunque seguían estando solas.

–¿Y bien? ¿Qué tal fue?

–Déjalo ya –Jada la fulminó con la mirada.

–¡Venga ya! Estamos hablando del hombre del que has estado enamorada toda la vida, ¡y acabas de acostarte con él! ¿Fue impresionante? ¿No tanto como esperabas?

–Fue un error –contestó ella–. Y solo para que conste, no estoy enamorada de él.

–Entonces dime tú cómo lo llamarías –era evidente que Tiffany no se lo había tragado. Jada tomó un bocado de pollo, pero apenas fue capaz de saborearlo.

–Es que... no consigo superarlo.

–¿Y no es lo mismo?

–Ya no lo sé –ella apoyó los codos sobre la mesa y la barbilla sobre los puños–. Ya no sé nada.

–¿Significa eso que no me vas a contar cómo fue?

Jada se irguió y soltó una carcajada a pesar de la situación.

–Fue todo lo que soñé que sería, ¿satisfecha?

–Y sin embargo no pareces feliz –su amiga continuó comiendo.

–Porque no lo soy. No puedo estar con Maddox del modo en que tú puedes estar con Aaron. No quiero que mis seres queridos sufran, y por otro lado no veo otro final a esta historia.

–¿Te preguntó algo sobre Maya? –Tiffany se metió otro bocado de pollo *kung pao* en la boca.

–No –Jada jugueteó con la comida en el plato–. Solo dijo que debería dejarla ir a New Horizons, que él la cuidaría.

–Entonces, por eso cediste.

–¡No es verdad! Le insistí en que no iría. Pero Atticus y mi madre no soportaban ver lo decepcionada que estaba Maya y al final me rendí.

–¡Un momento! ¿Atticus opina que deberías permitirle ir?

–Así es. ¿Te lo puedes creer? Dijo que no era justo que ella sufriera por culpa de algo con lo que no tenía nada que ver.

–En eso tiene razón –Tiffany bebió un sorbo de agua.

–Eso mismo pensé yo –Jada por fin consiguió tragarse un bocado de pollo.

–Pero el problema se solucionaría si Cindy cambiase de opinión sobre llevar a Annie.

–Sabes que no lo hará.

–Fui yo la que te dije eso. Esa mujer es como una mamá tigresa.

–Yo no diría tigresa, pero desde luego es muy asertiva, y está tan convencida de que unas alumnas bien equilibradas en New Horizons ayudaría a las que no son tan estables, que está decidida a intentarlo. Y yo no tengo valor para separar a Maya de su mejor amiga. Siento que ya le he negado la posibilidad de conocer a su padre. Si lo descubre algún día, seguramente me odiará.

–No va a descubrirlo.

–Podría. Atticus me contó que lo ha estado buscando.

–¿A quién? –Tiffany dejó de masticar–. ¿A su padre?

–Sí.

–Uff. Sabía que últimamente te estaba haciendo muchas preguntas sobre él. Era lógico que regresara aquí despertara su curiosidad. Pero esto es dar un paso más.

–Me pone nerviosa.

–Aun así –su amiga volvió a comer–, ¿cómo de eficaz puede ser una niña de doce años en una búsqueda así?

–Es muy lista, Tiffany. Muy, muy lista. Ha estado yendo a la biblioteca para intentar encontrar algún artículo en un periódico antiguo que hable de su muerte, ha visitado institutos para hojear viejos anuarios con la esperanza de ver su nombre...

–Pues entonces es peor de lo que me temía.

Aunque Jada no solía tener problemas para manejar los palillos chinos, esa noche no había manera. Tras arrojarlos a un lado, sacó un tenedor de un cajón.

–Gracias a Dios que le di un nombre falso.

–¿Crees que si no lo encuentra se rendirá?

–A saber.

–Y ahora va a estar todo el día a su lado. Más vale que reces para que Maddox no se dé cuenta de lo mucho que se le parece.

–Yo lo veo, y tú lo ves, pero mucha gente me dice que es igualita a mí.

–Esa gente no ha visto nunca a Maddox.

La preocupación, que lanzaba zarpazos al estómago de Jada, junto con la comida, se volvió casi dolorosa.

–Por cierto, me preguntó por la implicación de Eric en su vida.

–No creerás que empieza a sospechar... –Tiffany se echó hacia atrás.

–No –Jada apartó su plato–. No fue esa la impresión que tuve. No tiene ningún motivo para sospechar nada. No utilizamos protección siempre, pero él se salía antes, cada vez.

–Ese método no es nada fiable.

–Eso lo sé ahora. No éramos más que un par de críos tontos, incapaces de mantener las manos apartadas del otro. Pero, como he dicho, terminé el instituto y me casé enseguida, lo cual ayuda. Y nunca le pedí ayuda económica. La mayoría de las madres no estaría dispuesta a pagar todos los gastos, por eso la idea de que Maya pueda ser suya nunca se le ha pasado por la cabeza.

–Es verdad. Y en el instituto no se notaba que estabas embarazada, de manera que no hubo habladorías que pudieran alertarle. Jamás me olvidaré de la impresión que me llevé al saberlo.

–Eres la única a la que se lo he contado.

Tiffany se sirvió una segunda ración de pollo *kung pao*.

–Todo eso juega a tu favor.

–Esperemos que sea suficiente –contestó ella mientras veía comer a su amiga.

Maddox necesitó todo el día para armarse de valor y hablarle a Aiyana de su hermano. Había intentado decidir qué hacer. Aunque una parte, pequeña y tozuda, de él seguía confiando en que Tobias y Tonya acabaran por solucionar lo suyo, para que él pudiera desentenderse y seguir intentando construirse una vida, en el fondo sabía que eso seguramente no sucedería. No había sentimientos profundos entre su hermano y esa mujer, nada que les empujara a volver juntos. Tobias había creído estar enamorado de ella mientras estaba en prisión. Pero Maddox empezaba a sospechar que, en gran parte, se trataba de gratitud y el placer de recibir algún tipo de interés romántico a pesar de estar encarcelado. Las cartas y visitas de Tonya le hacían sentir importante, que importaba a alguien, además de a su hermano, en quien se había apoyado casi toda la vida. También le había dado la ilusión de tener algún sitio al que ir cuando lo dejaran libre.

Antes de dirigirse al despacho de Aiyana, Maddox llamó para comprobar si Tobias estaba bien. Por la voz rota comprendió que lo había despertado. Los últimos días habían sido agotadores para su hermano. Casi seguramente estaba deprimido, lo que aumentaba su cansancio, aunque Maddox se negaba a reconocer ese aspecto. Ante la depresión, siempre se sentía desvalido, consciente de que por su culpa no habían tenido madre. Las drogas que consumía Jill no eran más que un intento de automedicarse.

–¿Estás bien?

–Sí –Tobias se aclaró la garganta–. ¿Por qué? ¿Sucede algo?

–No, nada.

–¿Qué hora es?

–Las cinco y veinte de la tarde.

–¿No dijiste que volverías a casa a esa hora?

–Sí, y llegaré enseguida. ¿Qué te apetece cenar?

–¿No hay nada para comer aquí?

Ni siquiera había echado un ojo a los armarios de la cocina, y eso significaba que no había comido nada en todo el día.

–Solo lo esencial. Huevos. Cereales. Pan.

–A mí me vale. Puedo freírme un huevo, creo –añadió con una carcajada–. De niño solía freír huevos.

–No hagas nada –insistió Maddox–. Llevaré algo para cenar.

–¿Estás seguro? No quiero causarte molestias.

Eso no podía evitarse, claro que no tenía a nadie más a quien acudir.

–No eres ninguna molestia –le aseguró con cierto titubeo.

Quería preguntarle por Tonya, comprobar si Tobias se sentía mejor hacia ella, pero sabía que su hermano lo interpretaría como una señal de que tenía prisa por deshacerse de él, de modo que se contuvo y colgó antes de cruzar el campus hacia el edificio de administración, en el lado de los chicos.

Encontró a Aiyana trabajando hasta tarde, como siempre, pero, por suerte, su hijo Eli ya se había marchado, al igual que la recepcionista, que solía salir a las cuatro. El lugar estaba muy tranquilo.

Dado que la puerta de su jefa estaba abierta de par en par, Maddox golpeó el marco con los nudillos.

–¡Oh! ¡Maddox! –ella levantó la vista, sobresaltada–. No te oí entrar. ¿Te marchas ya a casa?

Él respiró hondo mientras entraba en el despacho y se volvía para cerrar la puerta.

–Si lo que te importa es la privacidad, estamos solos en todo el edificio –observó Aiyana tras consultar el reloj.

–Me preocupa mucho más que eso –contestó él dejándose caer en una silla.

–No me digas que tiene algo que ver con el hecho de que venga Maya a New Horizons –ella rodeó la mesa.

–No.

–¿Te parece bien?

–Por supuesto.

–Entonces, ¿qué pasa?

–Anoche apareció mi hermano en casa.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos.

–Su relación con esa mujer, Tonya se llama, se ha roto.

–¿En solo dos días?

–Para empezar, apenas se conocían.

–Pero, por lo que contabas, él estaba muy ilusionado con ella.

–Creo que le ilusionaba tener a alguien que lo quisiera. Deber ser duro, después de haber estado encerrado tanto tiempo, preguntarte si alguien te va a querer cuando salgas, o si ya te has

perdido los años más importantes de tu vida.

–Es verdad. Lo siento por él. ¿Y qué vas a hacer?

Maddox juntó la punta de los dedos de las manos mientras reflexionaba sobre la cuestión.

–No sé qué hacer. Me siento muy mal de que me hayas dado esta oportunidad, cuando a lo mejor ni siquiera voy a poder aprovecharla.

–Tiene que haber algún modo de solucionarlo –Aiyana arrugó la frente.

–No veo cómo. No quiero que Jada y su familia tengan que enfrentarse a la perspectiva de tropezar con Tobias. Ya fue bastante duro cuando yo me trasladé a la ciudad.

–No te marches todavía –le pidió ella–. Démosle un tiempo. A lo mejor el problema se resuelve por sí solo.

–¿Cómo? Le pediría que se fuera a vivir con mi madre, pero... –odiaba tener que admitir que Jill volvía a consumir drogas, pero a fin de cuentas se trataba de Aiyana. Después de todo lo que había hecho por él esa mujer, lo mínimo que podía hacer era ser sincero con ella–. No estaría en un ambiente seguro allí.

–Entiendo... –por suerte ella pareció comprender, y no le obligó a aclararlo.

–Soy lo único que tiene –continuó Maddox–. No puedo abandonarlo.

Aiyana se acercó y le apretó un hombro.

–Lo entiendo. De todos modos, nunca te animaría a que hicieras eso.

–Lo siento –Maddox se levantó.

–No te disculpes. No es culpa tuya. Pero, como te he dicho, no te marches aún. Déjale que se quede en tu casa un par de semanas. Te daré todo el tiempo libre que necesites para que le ayudes a sacarse el permiso de conducir y conseguir un coche, y a que encuentre un lugar en el que vivir en Los Ángeles, para que pueda buscar un trabajo.

–¿Y tú crees que será capaz de encontrar un trabajo? ¿En serio? Un exconvicto que no tiene experiencia de... nada.

–Si no encuentra nada, yo le contrataré.

–¿Para qué puesto? En la cárcel hizo algunos cursos, pero no estoy seguro de cómo podrían encajar sus conocimientos en mecánica de automóviles en lo que tú podrías necesitar que hiciera por aquí.

–Puede hacer mantenimiento básico. Gavin me dijo la semana pasada que va a necesitar ayuda con las reparaciones y el mantenimiento ahora que nos hemos expandido.

–¿Y qué pasa con los Brooks?

–Todo el mundo necesita comer, Maddox –Aiyana levantó las palmas de las manos–. Eso es más importante que todo el bagaje del pasado.

Maddox apreciaba su apoyo, le estaba agradecido por pensar en Tobias. Pero sabía lo mucho que su presencia en Silver Springs iba a alterar a Jada y a su familia. Estaba bastante seguro de que si Jada tenía alguna inclinación de volver a verlo, saber que Tobias andaba por ahí, daría al traste con ella.

–Haré todo lo posible para encontrarle un trabajo en Los Ángeles.

–Sé que lo harás, pero lo cierto es que este seguramente sería un lugar mejor para él –insistió Aiyana–. Eres consciente, ¿verdad? Por lo menos aquí me tendría a mí, a ti, a Gavin, a Eli. En Los Ángeles sería más duro sin un equipo de apoyo.

–Lo sé –Maddox se frotó las sienes y suspiró.

Capítulo 20

Tobias seguía en la cama, viendo la televisión, cuando Maddox volvió a su casa.

–¿Qué hay? –le preguntó.

Su hermano ni siquiera se había molestado en ducharse.

–No mucho.

–¿Has tenido noticias de mamá?

–Sí. No para de mandarme mensajes, no me deja en paz –protestó Tobias.

–¿Por qué no?

–Sigue cabreada.

–¿Sobre qué?

–No quiero hablar de ello.

La irritación que sentía Maddox hacia su madre subió como un cohete de feria. La lucha emocional de Tobias era evidente, y ella no hacía más que empeorarla.

–¿Te importaría si echo un vistazo a sus mensajes? –preguntó mientras señalaba el móvil de su hermano.

–Todo tuyo. Después de trece años de tener siempre a alguien a mi alrededor, incluso cuando iba a mear, no estoy acostumbrado a la intimidad. Pero no sé por qué te apetece leer todas estas locuras.

Maddox encontró los mensajes de su madre y empezó a subir al principio de la lista para encontrarle algún sentido a la conversación.

Jill: ¡Eres un jodido exconvicto! ¡Cómo te atreves a juzgarme!

Tobias: Es una estafa. ¿Qué quieres, que vuelva a la cárcel?

Jill: ¡No volverán a encerrarte!

Tobias: Eso no lo sabes. A ti te importa una mierda que lo hagan o no, ese es el problema. Déjame en paz.

Jill: ¿Yo qué te he hecho? ¡Nunca te he hecho nada!

Tobias: Tampoco has hecho nunca nada por mí.

Jill: Porque no me dejas. Solo intentaba ayudar. ¿Por qué lo estás convirtiendo en algo tan negativo?

Tobias: ¡Porque es ilegal!

–¿Cómo empezó todo esto? –Maddox volvió a dejar el teléfono sobre la mesilla. Era evidente que el intercambio de mensajes se había producido tras una conversación o comunicación anterior, porque no quedaba claro.

–Me llamó ayer, quería que me diera prisa en sacarme el permiso de conducir para que Tonya me prestara su coche.

–¿Para qué? Admito que el coche de mamá es un montón de chatarra, pero, que yo sepa, sigue funcionando.

Tobias no contestó de inmediato, limitándose a mirar fijamente la pantalla del televisor, aunque Maddox se daba cuenta de que estaba alterado, que realmente no estaba viendo nada. Tomó el mando y apagó el aparato.

–¿Tobias?

–No te va a gustar –su hermano golpeó la almohada bajo su cabeza–. Ya me advirtió de que no te volviera en su contra.

–Cuéntamelo.

–Quería que le permitiera chocar contra mí por detrás. Dijo que yo podría reclamar al seguro por un esguince cervical y ganar unos quince mil dólares. Al parecer, su compañera de piso hace esas cosas continuamente.

–Fraude al seguro. Debes estar de broma.

–Ojalá. Mamá dijo que era una manera de conseguir el dinero que necesito para empezar de nuevo.

–De modo que la indemnización sería para ti.

–Toda no, por supuesto. Ella contaba con la mitad por organizar el plan. Dice que le sacaría de apuros. Tiene deudas con alguien.

–¿Con el tipo que la robó, por un casual?

–No me extrañaría. No me lo dijo. Pero no le gustó que le dijera que no lo haría.

–No me puedo creer que te lo sugiriese siquiera. ¡Estás en libertad condicional!

–Dice que no me metería en ningún lío, que nadie descubriría jamás que no se había tratado de un accidente verdadero. Pero no quiero verme mezclado en una mierda como esa, aunque no me pillen. Por una vez quiero sentirme a gusto conmigo mismo, ¿me entiendes?

Maddox sintió que sus músculos se tensaban.

–¿Esto empezó ayer? ¿Por eso le hiciste traerte hasta aquí y por eso no se pasó a saludarme?

Tobias asintió.

Maddox se mesó los cabellos. ¿Cómo iba a conseguir que su hermano pisara tierra firme con una madre como Jill actuando en su contra?

–¿Te importaría salir de la cama y ducharte?

–¿Para qué? No puedo salir de aquí. Si alguien me viera, la noticia de que he vuelto a la ciudad correría como la pólvora, y a los Brooks les afectaría mucho –Tobias se pellizcó el puente de la nariz–. Quizás debería intentar volver con Tonya...

–Eso no va a funcionar, y tú lo sabes, al menos no durante más de una o dos noches.

–Entonces, ¿qué hago? –su hermano dejó caer los brazos.

–En primer lugar, voy a pedirle a mamá que deje de enviarte mensajes. Si hace falta, te conseguiré otro número de teléfono, y me aseguraré de que ella no lo tenga. Si tiene algo que decirte, o necesita algo de nosotros, puede acudir a mí.

–Espera –Tobias se sentó–. No quiero ponerte en un apuro.

–No te preocupes. A lo mejor las cosas cambiarán dentro de unos meses, volverán a cierta normalidad, aunque ahora mismo no. En cualquier caso, dúchate. Iremos a cenar a Santa Barbara para que puedas relajarte un poco y sentirte mejor. Está claro que has tenido un mal día.

–No estoy seguro de que la cena consiga arreglar algo. Solo costará un montón de dinero.

–Las cosas se arreglarán, poco a poco. Mañana empezarás el proceso de sacarte el permiso de conducir. En cuanto lo tengas, buscaremos ofertas de empleo en distintos talleres de automóviles en Los Ángeles.

–¿Y eso qué significa? ¿Voy a tener que estar haciendo viajes? ¿Cómo voy a conseguir un coche?

–Si hace falta, me trasladaré a Los Ángeles contigo y compartiremos el mío.

Claramente frustrado por la situación, Tobias soltó un juramento. Maddox supuso que había esperado que la libertad resultara más divertida. En cambio se estaba enfrentando al caos de la vida después de haber estado encerrado tanto tiempo.

–Voy a cargarme todo lo que tenías montado aquí, lo sé.

–No te estás cargando nada –le aseguró Maddox–. Saldremos de esta juntos.

–No debería estar aquí, no te estoy haciendo ningún favor.

–No te preocupes por eso. Somos tú y yo contra el mundo, ¿recuerdas?

–Como en los viejos tiempos –murmuró él con una sonrisa cargada de nostalgia mientras se levantaba de la cama. Al llegar a la puerta del baño, se volvió–. Por cierto, tu casero llamó a la puerta, pero no abrí.

–¿Por qué no? Estoy seguro de que habrá oído el televisor –Maddox lo había oído desde la puerta.

–Esperaba que pensara que te lo habías dejado encendido. No quería que supiera que estaba aquí, no quería meterte en un lío.

Maddox recordó las palabras de Uriah cuando le había contado que su hermano era el que había disparado contra Atticus Brooks:

«–¿Tuviste tú algo que ver en ello?».

«–Yo estaba allí aquella noche, en la misma fiesta. Pero no».

«–Entonces no lamento haberte alquilado la casa».

Quizás Uriah empezara a lamentarlo. La mayoría de las personas no querían a un exconvicto, condenado por intento de asesinato, viviendo tan cerca. Y para el anciano sería aún más importante, ya que había sufrido la situación de su propio hijo.

–Iré a hablar con él mientras te duchas.

A lo mejor iban a tener que mudarse a Los Ángeles mucho antes de lo que él había pensado...

Encontró a Uriah sentado a la mesa de la cocina, comiendo un plato preparado. Al llamar a la puerta que había empezado a utilizar, la puerta trasera que daba directamente a la cocina, el hombre le gritó que pasara.

–¿Te apetece un trozo de tarta? –señaló hacia el horno–. Ese trozo de tarta de manzana estaba tan bueno que decidí comprar una de moras esta mañana cuando fui a la ciudad.

–No, gracias –la cena de Uriah no parecía muy apetitosa. Maddox supuso que su esposa se estaría revolviendo en la tumba, pero había estado tan preocupado por sus propios problemas que no se le había ocurrido llevarle algo mejor a su casero–. Siento no haberme pasado a echarle un vistazo hoy.

–¿Y por qué ibas a tener que hacerlo?

Maddox reprimió una sonrisa ante la obstinación de ese hombre. Uriah odiaba tener que admitir que estaba limitado de algún modo.

–No hay ningún motivo. Parece que está bastante bien.

–Y lo estoy. ¿Qué tal en el trabajo? ¿Has venido para echar una partida de ajedrez?

–Esta noche no. Seguramente ya se habrá dado cuenta, pero tengo compañía.

–No estaba seguro, pero lo pensé –Uriah cortó otro pedazo de filete de pollo–. Oí el televisor mientras sacaba algunas cosas del garaje, pero tu coche no estaba. Así que me acerqué a la puerta para asegurarme de que todo iba bien.

–Es mi hermano.

–¿El que acaba de salir de la cárcel?

–Sí. Podría haber abierto, pero le entró miedo. No quería asustarle o complicarme las cosas.

–Esperaba que fuera Jada –el anciano carraspeó.

–Porque...

–Porque sé que te gustaría.

Maddox no quería pensar en Jada. Con los nuevos acontecimientos, lo más seguro era que no volviera a verla, no del modo en que la había visto la otra noche.

–¿No fue capaz de distinguir a Tobias de Jada en la grabación de la cámara de seguridad? – bromeó él.

–No había nada en las cámaras.

–Es verdad. Se acercó desde un punto fuera del alcance de ninguna de las cámaras.

Uriah tragó la comida y bebió un poco de leche del vaso que tenía junto al plato.

–Podría haber entrado por el camino. La cámara de ese lado no funciona. Está en mi lista de tareas pendientes. A lo mejor me pongo a ello la semana que viene.

El anciano no parecía disgustado, pero Maddox seguía sintiéndose mal.

–Parece que vuelve a la tarea. ¿Significa eso que se encuentra mejor?

–Esa pequeña caída no fue nada –Uriah agitó una nudosa mano en el aire.

–Podría haber sido peor. Necesita tener más cuidado. Pero en lo que respecta a Tobias, me pilló por sorpresa a mí también. Quiero que sepa que no tenía ni idea de que fuera a venir.

–¿Y qué vas a hacer ahora que está aquí?

–Espero poder encontrarle una habitación de alquiler en Los Ángeles. Le agradecería que le permitiera quedarse aquí un par de semanas hasta que lo consiga –era la única manera que se le ocurría de salvar su propia situación, pero aunque encontrara una habitación para Tobias, no estaba seguro de poder dejar solo a su hermano, no tan pronto. No quería pensar en ello, no estaba preparado para enfrentarse a la cruda realidad.

–¿No puede quedarse con vuestra madre?

–No. Ese sería el peor lugar para él.

–Entiendo –Uriah terminó el vaso de leche–. De acuerdo.

–De acuerdo... ¿qué? –preguntó Maddox.

–Puede quedarse hasta que se te ocurra algo mejor.

–Se lo agradezco. A pesar de lo sucedido cuando mi hermano tenía dieciséis años, no es mala persona. Y ahora que ha recibido una segunda oportunidad, quiere enderezar su vida.

–Entonces estás de suerte –el anciano rebañó la bandeja.

–¿Suerte? –repitió Maddox–. ¿En qué sentido?

–La única manera de cambiar es queriendo hacerlo, ¿verdad? Podrá hacerlo si tiene la suficiente voluntad. Daría cualquier cosa por que mi hijo quisiera cambiar de vida.

–¿Y qué probabilidades hay de que eso suceda? –Maddox se apoyó contra el quicio de la puerta.

–No muchas. Le falta algo aquí arriba –Uriah se llevó un dedo a la cabeza–. Pero siempre me

queda la esperanza. Un padre nunca deja de tener esperanza.

–Y un hermano tampoco, supongo –contestó Maddox–. En cualquier caso, siento haberme aprovechado de su amabilidad. Esto no me lo esperaba, aunque quizás debería haberlo hecho. Me preguntaba si su relación con la hermana de su compañero de celda duraría, debería haberme imaginado que no, y planear alguna alternativa.

–No es culpa tuya.

–Pero nos coloca a ambos en una situación incómoda con los Brooks. Odio hacerle esto.

–No me importa echarle una mano. A lo mejor si, y cuando, mi hijo llegue a ese punto, alguien hará lo mismo por él.

Uriah era una de las mejores personas que Maddox había conocido jamás. No tenía sentido que su hijo fuera tan problemático, pero así de impredecible era la vida.

–No tengo palabras para expresarle lo mucho que se lo agradezco –le aseguró de corazón. Si alguien no ayudaba a Tobias en esa encrucijada en la que estaba, jamás alcanzaría su pleno potencial. Quizás ni siquiera alcanzaría una pequeña parte.

Cuando Jada por fin pudo cerrar la tienda y marcharse a su casa, entró en el dormitorio y encontró un ramo de flores recién cortadas, en un jarrón sobre el tocador, junto con una tarjeta hecha a mano, abierta y sin sobre.

–¿Qué es esto? –le preguntó a Maya, que estaba leyendo un libro en la cama.

–Es para ti –Maya bajó el libro lo suficiente para dejar al descubierto una dulce sonrisa.

Jada dejó a un lado el bolso para poder leer la tarjeta, que mostraba, en la parte delantera, un dibujo de una mujer, realizado y coloreado con lápices. En el interior, Maya había escrito:

Gracias por permitirme ir a New Horizons. Me esforzaré mucho en el colegio, («mucho», estaba subrayado), para que te alegres de haberlo hecho. Annie también te da las gracias.

Las palabras estaban rodeadas de multitud de corazones y besos, y Annie también la había firmado.

A pesar de que Jada se había emocionado, tuvo que esforzarse por sonreír al encontrarse con la expectante mirada de su hija.

–Gracias. Es preciosa. Me alegra que estés contenta.

–Lo estoy –Maya saltó de la cama para abrazarla–. Sé que ha sido un año duro con... con el divorcio y lo demás, pero siempre has estado ahí para mí. Eres la mejor mamá del mundo.

Jada cerró los ojos con fuerza mientras abrazaba a la niña.

–Pase lo que pase, ¿recordarás siempre una cosa? –le preguntó.

Cuando Maya levantó la vista, Jada le echó el pelo hacia atrás.

–Te quiero y siempre te he querido. ¿De acuerdo?

–Lo sé, mamá. Yo también te quiero.

Con un alegre saltito, Maya regresó a la cama y reanudó la lectura del libro mientras Jada se ponía el pijama y se sentaba ante el escritorio para dedicarse a su trabajo con las redes sociales. Rápidamente estuvo tan absorta que no se dio cuenta de que su hija se quedaba dormida, hasta que el libro cayó sobre su pecho.

Jada se levantó para dejar el libro sobre la mesilla de noche y arropar a Maya. Seguidamente regresó al trabajo, pero a medida que se hacía más y más tarde, consultaba el móvil con más

frecuencia. Pensaba que quizás tendría noticias de Maddox, que habría por lo menos alguna reacción a su permiso para que Maya fuese a la escuela de la que era el director.

Pero no tuvo ninguna noticia de él. Toda una semana pasó sin que entrara en la tienda, le dejara una nota en el coche, llamara o enviara un mensaje. ¡Habían disfrutado de sexo por primera vez en trece años! A ella le había afectado profundamente. En cambio a él no parecía haberle producido ningún efecto.

Maddox estaba en el establo, ofreciéndole un puñado de azucarillos, que había tomado de la cafetería, a Hannibal, su caballo favorito y uno de los doce propiedad de New Horizons. Aunque se estaba haciendo tarde y empezaba, por fin, a refrescar, los mosquitos del estanque cercano, que Aiyana había llenado de peces para que los alumnos pudiesen ir de pesca, estaban en pleno apogeo. La cola de Hannibal se sacudía cada pocos segundos mientras el caballo, que levantaba catorce palmos, hacía todo lo que podía para mantenerlos a raya.

Cuando el azúcar desapareció, relinchó suavemente y permitió que Maddox le diera unas palmaditas en el robusto cuello. Maddox recordaba lo mucho que los animales de New Horizons lo habían consolado siendo un estudiante allí, y sonrió al pensar que seguían ejerciendo el mismo efecto. Aiyana era brillante a la hora de intentar ayudar a los muchachos problemáticos, poniendo a su disposición todo aquello que les podría ayudar.

Antes de que Maddox supiera que Jada estaba de vuelta en la ciudad, y su hermano fuera de la cárcel, había estado pensando en hacerse con un perro. Pero en esos momentos era mejor esperar. Un animal solo complicaría más una posible mudanza.

—¿Qué haces todavía aquí?

Sorprendido de tener compañía, pues todos los alumnos estaban en sus dormitorios, y los profesores que vivían en el campus en sus casas, al otro extremo de la propiedad, Maddox se volvió y vio a Eli, vestido con botas, tejanos desgastados y una camiseta en la que se podía leer: *Me estoy volviendo loco, los chicos de uno en uno*, y una sonrisa amistosa. Maddox se había quedado en la escuela porque no tenía muchas ganas de regresar a su casa. Al día siguiente sería uno de agosto. El inicio del curso estaba cada vez más cerca, y aún no estaba seguro de poder seguir trabajando allí. Cuanto más se acercaba el primer día de clase, más le complicaría las cosas a Aiyana si dimitía, y eso le hacía dudar. No quería decepcionarla, pero empezaba a darse cuenta de que los problemas con su hermano iban a necesitar más tiempo del que había estimado para resolverse. Maddox había llevado a Tobias a tres entrevistas de trabajo diferentes en Los Ángeles, que le habían costado un día entero de trabajo, pero no habían vuelto a llamar a su hermano. No era fácil confiar en alguien recién salido de la cárcel.

—Poca cosa —le contestó a Eli—. Solo pensaba.

—¿Estás preparado para el comienzo de curso?

—Ahí voy. Por lo menos el equipo está al completo. Tenemos algunos profesores estupendos.

—Sirve de mucho que en esta zona haya tantos colegios privados de élite. Si alguno de sus profesores está descontento, o necesita un cambio, aquí estamos nosotros para recogerlos.

—La reputación de tu madre también ayuda —observó Maddox.

Eli apoyó los brazos sobre la valla. Por lo que Maddox había oído, antes vivía en la casa más cercana a los animales, que en esos momentos estaba vacante. Después de casarse con Cora, y empezar a tener hijos, habían construido una casa más grande, más alejada. En una ocasión le había preguntado a Eli que si Cora, profesora en New Horizons, no preferiría vivir en la ciudad

para descansar un poco de la escuela cuando no trabajaba, y él le había contestado que no. A Cora le gustaba poder ir andando a clase, y le gustaba estar cerca de Aiyana, tan maravillosa como abuela como lo era en todo lo demás. Eli le había asegurado que estaban lo bastante lejos de los dormitorios y los demás edificios como para que los alumnos no les molestaran en sus ratos libres, y además le permitía quedarse hasta tarde y cuidar de los animales, o ayudar a su madre, y aún tener tiempo de sobra para estar con sus propios hijos.

–Mi madre es una luchadora. Yo nunca apuesto contra ella.

–Yo tampoco lo haría –concedió Maddox.

–¿Qué tal van las cosas con tu hermano?

Maddox miró hacia el otro extremo del corral, donde el sol desaparecía lentamente por el horizonte. Le gustaban Eli y su hermano, Gavin. El resto de los hermanos, había seis más adoptados también por Aiyana, vivían en otras ciudades, pueblos, incluso estados, salvo el más pequeño, que seguía en el instituto, en New Horizons.

–Bastante bien.

–¿Ha habido suerte con el tema laboral?

–Aún no.

Eli le mostró a Hannibal, que no paraba de darle cabezazos, que no llevaba nada de comer, y el caballo, tras sacudir de nuevo la cola, se dirigió al pesebre para picotear delicadamente el heno que le había sobrado de la cena.

–Siento oír eso.

–Todavía no está dispuesto a rendirse –aunque Maddox temía que la depresión y desesperación se convertirían en un problema si no cambiaba algo en las próximas semanas.

–Eso está bien.

Entre los dos hombres se hizo el silencio. Maddox esperaba que Eli le deseara buenas noches y siguiera con sus asuntos, pero no lo hizo.

–Hablando de trabajos...

–¿Qué pasa? –Maddox enarcó las cejas.

–Hoy he recibido una solicitud inesperada.

–¿Inesperada en qué sentido?

–Atticus Brooks se ha presentado al puesto de profesor de tecnología informática.

Maddox, que también estaba apoyado sobre la valla, se irguió.

–¿Atticus quiere trabajar aquí? ¿Tiene la formación necesaria?

–No exactamente. No para dar clases. Pero posee una licenciatura en Ciencias Informáticas, de manera que no debería resultarle muy difícil cumplir con lo que se necesita de él.

–De todos modos, no me puedo creer que lo haya considerado, sobre todo porque sabe que yo estoy aquí.

–A mi madre también le sorprendió eso. Ella cree que ya lo ha intentado por todas partes y que empieza a desesperarse lo bastante como para pasar por alto tu presencia. Si lo contratamos, sería para el centro de muchachos, de manera que no tendría mucha relación contigo. Quizás para él sea suficiente distancia.

–Salvo que nos juntamos todos en las mismas reuniones del claustro, por lo menos cuando aunamos esfuerzos los empleados de los dos colegios. Y ahora que mi hermano está en la ciudad...

–Estoy bastante seguro de que los Brooks no están al corriente de eso.

Maddox y Tobias habían tenido mucho cuidado con no ser vistos en la ciudad. Si salían,

siempre iban a Los Ángeles o a Santa Barbara. Eran conscientes de que no iban a poder ocultarse eternamente, pero hasta el momento no habían tenido ningún problema... al menos eso parecía.

–Él sabe que si alguien le da una oportunidad, esa será Aiyana.

–Mi madre siempre intenta ayudar a todo el mundo –Eli se encogió de hombros.

–¿Entonces está dispuesta a contratarlo, incluso antes de que tenga la formación académica necesaria?

–Dijo que podría emplearlo como ayudante del profesor hasta que se saque el título, de manera que creo que lo está considerando.

–¿Por qué no me ha contado nada?

–Todavía está intentando decidir cómo hacerlo. No quiere que esto sea la pajita más corta, lo que te empuje a marcharte.

–Eso no será lo que me haga marcharme.

–Pero si contratamos a Atticus, no podremos contratar a Tobias, aunque Tobias no encuentre trabajo en ninguna otra parte.

–Entiendo. Y eso sí que podría empujarme a marcharme.

–Exactamente. A ella no le gustaría saber que estoy contándote esto, pero prefiero no colocarla en la situación de tener que elegir. Sé que para ella sería muy duro rechazar a Atticus.

Maddox agachó la cabeza y pateó la tierra bajo sus pies. Quizás fuese la oportunidad de Tobias y él de hacerse perdonar por el pasado: dándole a Atticus la única posibilidad que habría tenido Tobias. Maddox estaba más que dispuesto a hacerlo, y no le cabía la menor duda de que Tobias pensaba igual.

–Dile que le dé el puesto.

–¿Hablas en serio? –Eli buscó su mirada–. ¿Aunque eso podría complicar las cosas un poco más para Tobias?

–No te preocupes por Tobias. Ya se nos ocurrirá algo.

–¿Y tú no dimitirás?

Maddox no podía prometerle eso. Si Tobias no lograba encontrar trabajo, y pronto, iban a tener que irse de allí.

Pensó en Jada y en las sensaciones que había tenido en sus brazos. Siempre sería una de las mejores noches de su vida.

–Ya veremos qué sucede –contestó.

Capítulo 21

Cuanto Maddox regresó a su casa, Tobias no estaba. La televisión estaba apagada y las luces también.

La ansiedad que sentía se incrementó al considerar todos los lugares en los que podría estar su hermano. ¿Había llamado a su madre? ¿Había ido Jill a recogerlo?

Le había advertido que dejara en paz a Tobias hasta que fuese capaz de apañárselas por él mismo.

Estuvo a punto de llamarla, pero se lo pensó mejor. Lo último que necesitaba era una maratón de gritos con su madre, que seguramente seguía enfadada con él. Primero iba a asegurarse de que Tobias no se hubiera marchado caminando, o haciendo autoestop, a la ciudad. Tobias sabía cómo mantenerse con poco en Silver Springs, pero Maddox solía estar en casa sobre las cinco y media de la tarde. Esa noche había estado fuera tres horas de más, sopesando todas las decisiones que debía tomar. Quizás a su hermano se le había acabado algún ingrediente para la cena. O había empezado a volverse loco, encerrado tanto tiempo en una casa tan pequeña. Después de haber estado en la cárcel, no le gustaban los espacios reducidos. Por mucho calor que hiciera fuera, prefería que las puertas y las ventanas permanecieran abiertas. Decía que le recordaba que era un hombre libre y que podía salir cuando quisiera. Era lo único que le permitía respirar a pesar de su preocupación por el futuro.

Maddox se quitó rápidamente la ropa del trabajo y se puso unos vaqueros y una camisa de golf antes de subirse de nuevo al coche. Estaba saliendo marcha atrás por el camino cuando se le ocurrió mirar hacia la casa de Uriah.

La puerta y las ventanas delanteras estaban abiertas, lo cual le resultó extraño. Uriah era muy estricto en maximizar la eficiencia del aparato de aire acondicionado.

Tras detener bruscamente el coche, apagó el motor y se acercó a la puerta.

Antes de llegar al rellano, empezó a oír las voces.

—¡Maldita sea! ¿Cómo has hecho eso?

—Es un pequeño truco que aprendí en la cárcel.

—No lo he visto venir.

—Se volvió vulnerable hace tres movimientos. Mire. Si no hubiese movido el alfil aquí, yo no habría podido mover mi reina. Y luego movió la torre y yo moví este peón, y cuando respondió con ese peón, utilicé mi alfil para deslizarme hasta aquí y robar la reina.

Maddox respiró aliviado al reconocer la voz de su hermano.

—Bueno, hay que fastidiarse —exclamó el anciano—. ¡La partida no ha durado más de cinco minutos!

—Lo siento —se disculpó Tobias—. ¿Debería jugar menos fuerte?

—¡De eso nada! Esfuérzate al máximo para vencerme, de lo contrario no significarás nada para

mí.

Maddox rio por lo bajo mientras golpeaba el marco de la puerta con los nudillos.

–¡Eh! ¿Qué está pasando aquí? –preguntó mientras entraba–. ¿Por una vez que llego tarde a casa, mi hermano ha usurpado mi puesto frente al tablero de ajedrez?

–¡Es muy bueno! –Uriah señaló a Tobias–. ¡Condenadamente bueno! ¿Has jugado contra él?

–Todavía no.

–Bueno, pues te aconsejo que no lo hagas a no ser que estés dispuesto a que te dé una paliza. Hace que ganar parezca sencillo.

–Este juego me mantuvo cuerdo en el trullo –Tobias sacudió una mano en el aire para rechazar los elogios–. Tengo mucha práctica, eso es todo.

–Vuelve a enseñarme tu estrategia –le pidió Uriah, pero antes de que Tobias comenzara con su lección, el anciano señaló la cocina–. He preparado espaguetis, Maddox. Ya estarán fríos, pero puedes calentártelos.

Había dos platos sucios en el fregadero. Era evidente que Uriah ya le había dado de cenar a su hermano.

Maddox pensó en declinar la invitación. No quería imponer su presencia. Pero, por lo animado y concentrado que estaba Uriah, era evidente que estaba disfrutando de la compañía. Así pues, tomó un plato del armario y se sirvió una ración de espaguetis para comérselos fríos.

–¿No los vas a calentar? –preguntó Uriah.

–Así están bien.

–No, no lo están –el anciano agarró el plato de Maddox y se dispuso a calentarlo él mismo.

–Está bien así –protestó Maddox, pero Uriah insistió en meterlos en el microondas.

–¿Cuánto tiempo llevas aquí? –preguntó Maddox a su hermano por encima del ruido del ventilador en la esquina opuesta de la cocina.

Tobias se volvió hacia el reloj de la cocina que colgaba de la pared, la frente perlada de sudor. Era un día muy caluroso.

–Una hora, ¿puede que hora y media?

–Por lo menos dos –respondió Uriah–. Eran las seis y media cuando me he acercado a preguntarte si tenías hambre.

–¿Tanto tiempo hace?

–Ya hemos jugado dos partidas –el siguiente comentario estuvo dirigido a Maddox–. Al principio me fue mejor, cuando él tenía cuidado de no ganarme demasiado deprisa –añadió guiñando un ojo.

–No tenía ni idea de que jugaras tan bien –Maddox percibió la expresión culpable de su hermano–. Me considero advertido.

–Ojalá encontrara trabajo jugando al ajedrez –murmuró Tobias.

–¿Has tenido alguna respuesta de alguien? –el anciano llevó el plato de Maddox a la mesa.

–Aún no.

Maddox pensó en su conversación con Eli y en cómo había renunciado a la posibilidad que había estado reservando en la recámara para Tobias. Había sido agradable saber que, en el peor de los casos, Tobias podría trabajar con Gavin, por lo menos hasta encontrar otra cosa. Pero las cosas eran como eran, y no podía lamentarlo.

–Podrías trabajar aquí para mí –le propuso Uriah.

–¿Qué ha dicho? –Maddox se volvió bruscamente.

–He dicho que yo puedo contratarlo. No podré pagar mucho, y ya no tengo la extensión de

tierras que solía tener. Pero le proporcionaría unos pocos ingresos hasta que encontrara algo mejor.

–¿Lo dice en serio? –preguntó Tobias.

–Completamente –Uriah parecía completamente convencido.

Cuando Tobias miró a Maddox, este no estuvo seguro de qué decir.

–Eso podría ayudar... temporalmente, quiero decir –contestó.

Uriah movió el tablero para dejarle a Maddox más espacio para comer.

–Ya te he dicho que no puedo pagar mucho...

Tobias basculó la silla sobre las dos patas traseras.

–Cualquier cosa que pague tiene que ser mejor que los setenta céntimos a la hora que ganaba en la cárcel.

–Entonces puede que no te decepcione. Te pagaré quince dólares la hora. Siempre intento ser justo. Pero tienes un cuerpo joven y fuerte, y una mente ágil. Podrías ganar mucho más en otra parte, y lo sé. De modo que no te importe encontrar algo mejor. Yo espero que así sea. Esto te dará un poco de experiencia laboral, práctica y, si trabajas bien, una recomendación.

–Trabajaré bien –le prometió Tobias, que parecía tan feliz que Maddox no se sintió capaz de intervenir.

Maddox también estaba feliz, sobre todo cuando jugó una partida contra Uriah y su hermano les ayudó a ambos con consejos. Tener cerca a alguien tan bueno hizo que la partida durara eternamente, pero todos sonreían cuando se despidieron.

–Es un tipo estupendo, ¿verdad? –dijo Tobias mientras se dirigían a casa de su hermano.

–Sí que lo es.

–¿Qué le pasó en la cabeza... ese raspón de la frente?

–Se cayó de una escalera el día antes de que tú vinieras. Intenta abarcar demasiado, de modo que tu ayuda será muy buena para los dos –Maddox levantó la cabeza hacia las estrellas–. ¿Qué te hizo abrir la puerta cuando se acercó a preguntarte si querías cenar?

–Pensé que iba a pedirme que me largara de aquí, pero sabía que él sabía que estaba aquí, y tuve que dejarle entrar. Es su propiedad. Si no me quiere aquí, tiene derecho a decirme que me vaya. Pero eso no fue lo que dijo. Lo único que quería era preguntarme si me apetecía cenar.

–Desde luego es un buen tipo –observó Maddox.

–¿Puedes creerte que me haya ofrecido un empleo? ¿Así sin más? –Tobias chasqueó los dedos.

Aunque Maddox estaba contento porque, por fin, algo bueno le había sucedido a su hermano, por dentro estaba acongojado. Tobias no podía quedarse mucho tiempo en Silver Springs. Conseguir un poco de experiencia laboral y recibir una recomendación para cuando se fuera, al menos, tenía sentido.

–Aún no me lo creo –admitió Maddox–. ¿Por qué crees que lo ha hecho?

–Le gusto –Tobias parecía sorprendido.

–Pues no sé cómo –Maddox le pegó en el brazo.

Llegaron a la puerta trasera de la casa peleándose e intentando tirar al otro al suelo. Tobias casi tiró una silla del comedor y, cuando Maddox intentó un arrastre de brazo, se golpearon contra la pared y el contenido de la alacena empezó a temblar. No fue hasta que Maddox oyó el tono del móvil que pidió una tregua. Sabía que podría ser su madre, o Jada.

Por suerte era Jada.

Quiero verte.

Maddox había comprado un puñado de preservativos. No estaba seguro de volver a tener la oportunidad de utilizarlos esa noche, pero no iba a ver a Jada sin prepararse, por si acaso. La última vez que habían estado juntos se había vuelto loco y daría lo que fuera por un segundo encuentro. Aunque quizás ella solo quería hablar. A lo mejor estaba cambiando de idea sobre dejar que su hija asistiera a New Horizons. Eli o Aiyana podrían haber llamado a Atticus anunciándole que el empleo era suyo, y Jada quería comentarlo con él. O también podría ser que Jada hubiese averiguado, de algún modo, que Tobias estaba en la ciudad.

Respiró hondo mientras caminaba a lo largo de la enorme cama en medio de la habitación. Se había tomado la molestia de reservar una habitación en un motel para que ella no viese a Tobias, pero no le había dicho que ya no vivía solo. Sin duda ella habría asumido que le había pedido que se reuniese con él en el Mision Inn para evitar tener que preocuparse por las cámaras de seguridad del huerto.

Tenía que contarle lo que estaba sucediendo en su vida, cómo habían cambiado las cosas. Pero se resistía a que lo echara de su vida... otra vez, justo cuando empezaba a mostrar algún interés por él.

El sonido del motor de un coche al otro lado de la puerta le indicó que Jada había llegado. Había solicitado una habitación en el extremo más alejado. Aunque el motel era uno de los más populares de la ciudad, también era el más grande y antiguo, construido sobre una enorme propiedad que daba en su parte trasera a un arroyo y un espeso bosquecillo, dándole un aspecto íntimo a pesar de estar en medio de la ciudad.

Abrió las cortinas para verla bajarse del coche. Cuando se detuvo bajo la luz de los focos que había frente al aparcamiento, para asegurarse del número de la habitación, él asomó la cabeza por la ventana.

—Es aquí —susurró.

Ella dejó caer las llaves en el bolso mientras se acercaba. Maddox dio un paso atrás para dejarla entrar, esperando que le recriminara haber llevado a Tobias a la ciudad. Sabía que tanto ella como su familia lo percibiría de ese modo: que él les había engañado, esperando a que aceptaran su presencia allí antes de traspasar los límites y empeorar la situación.

Pero Jada no dijo ni una palabra. En cuanto él cerró la puerta y se volvió hacia ella, Jada se arrancó la camiseta.

A Maddox se le quedó la boca seca. De modo que la reunión era de esa clase...

—Jada —se le ocurrió que más le valdría hablar mientras aún fuese capaz de pensar.

Sin embargo, no tuvo la menor oportunidad de decir nada más antes de que ella se arrojara a sus brazos. Y después ya le resultó imposible hablar porque se estaban besando.

Debería detenerse, soltarse del abrazo y contárselo. Ella tenía que saber lo de Tobias por él, antes de descubrirlo de otro modo. Y no tendría tantos motivos para enfadarse si se lo explicaba antes de hacer el amor.

Se dijo a sí mismo que se lo contaría en un minuto. Pero un minuto pronto dio paso a otro minuto y, antes de poder hacer nada, solo llevaban puestos los vaqueros. Por fin consiguió hablar con ella, mientras la apartaba lo suficiente para poder admirar la belleza de su cuerpo, sus pechos, las tres pecas sobre su estómago plano, la curvatura de su cintura, pero lo que surgió de sus labios no fue lo que debía haber dicho.

—No hago más que pensar en ti. Noche y día. Tu cuerpo, tu sabor, el tacto de tu piel.

Una expresión de ligera confusión surcó el rostro de Jada cuando lo miró a los ojos.

–Entonces, ¿por qué no te pusiste en contacto conmigo?

Acababa de darle la oportunidad perfecta para iniciar la conversación que debían mantener. Maddox abrió la boca para explicarle que Tobias estaba en la ciudad, pero, al final, no fue capaz de arruinar un momento que prometía ser tan bueno, al menos tanto como la última vez que habían pasado la noche juntos.

–Las cosas están... complicadas.

–A mí me lo vas a decir. Pero eso no parece importar. No soy capaz de mantenerme alejada de ti.

En ese instante desapareció todo pensamiento de actuar de una manera más racional.

«Al infierno con todo lo que no tenga nada que ver con esta habitación».

Jada le rodeó las caderas con las piernas mientras él la llevaba en brazos hasta la cama.

–Tampoco creo que esto que hacemos sea tan malo –opinó Maddox–. No le estamos haciendo daño a nadie.

–No, hasta que lo descubra mi familia –la sonrisa de Jada desapareció.

Después de una semana de espera, de hacerse mil preguntas, Jada se había derrumbado y había hecho lo que intentaba no hacer: había vuelto a contactar con Maddox. Y eso había llevado directamente a la situación en la que se encontraba en esos momentos, tal y como había temido que sucedería. Sin embargo, no conseguía lamentarlo, no cuando estaba pegada a él, no cuando sentía su corazón latiendo tan veloz como el suyo.

–¿Dónde cree tu madre que estás? –preguntó él mientras la tumbaba sobre la cama y se tumbaba junto a ella.

Jada deslizó los dedos de la mano sobre los músculos y el torso de Maddox.

–Supongo que cree que estoy en mi habitación. No la he despertado para decirle que me iba.

–¿Y dónde está Maya? ¿Durmiendo?

–Aún no, creo. Se queda en casa de Annie. Mañana por la tarde hay una presentación en New Horizons.

Maddox se apartó y la miró con una expresión divertida.

–Ya sé lo de la presentación. Trabajo allí, ¿recuerdas?

Jada intentaba ignorar ese detalle, intentaba fingir que se enfrentaban a otro curso escolar normal y corriente. Cualquier otra cosa le hacía temer que estaba cometiendo el peor error de su vida. ¿Y si Maddox empezaba a sospechar que era el padre de Maya? ¿Y si era Maya la que lo sospechaba? Siempre existía la posibilidad. A pesar de todo, Jada había cedido porque lo cierto era que quería que su hija lo conociera. Se odiaba a sí misma por haber impedido que Maya tuviera esa oportunidad. Ojalá la situación fuera completamente segura, pero no existía una manera segura de ponerlos en contacto.

–Se van a preparar y a ir juntas.

–Aún no me creo que le hayas dejado venir a mi escuela.

Parecía complacido, como si lo interpretara como una concesión, un voto de confianza. Pero Jada prefería no hablar de ello, ni siquiera pensar en ello. Sobre todo en esos momentos.

–Yo tampoco –ya se ocuparía de la realidad a la mañana siguiente.

Pero Maddox le agarró las muñecas y le sujetó los brazos por encima de la cabeza.

–¿Acabas de decir «yo tampoco»?

–¿Eh? –ella parpadeó confusa.

–¿Debería sentirme ofendido ante esa respuesta?

Jada retorció las muñecas para soltarse y tiró de él para poder morderle el cuello. Cuando chupó la suave y cálida piel, sintió tal oleada de satisfacción que no pudo evitar gemir.

–Lo siento. Ahora mismo no sé ni lo que digo –murmuró.

En lugar de dejarla satisfecha, la última visita a la casa de Maddox había hecho que su obsesión aumentara. En cuanto Maya se hubo marchado a casa de Annie, después de cenar juntas, prácticamente había corrido a su habitación para enviarle un mensaje. Al principio había luchado contra la urgencia, convencida de que sería capaz de superar la tentación. Pero en cuanto las luces se habían apagado y la casa sumido en el silencio, había sucumbido.

–Entonces, ¿qué estamos haciendo? –preguntó él mientras la movía hacia un lado para poder deslizar una mano en sus pantalones.

Jada cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, deleitándose en el alivio y el placer que él le proporcionaba.

–¿No es evidente?

Casi pegó un salto cuando los dedos de Maddox se deslizaron por dentro de la fina tela de sus braguitas.

–Si lo fuera, no te lo estaría preguntando –la otra mano de Maddox se cerró sobre los cabellos de Jada mientras se inclinaba hacia delante y la besaba–. La última vez acordamos que sería un revolcón de una noche –le mordisqueó el lóbulo de la oreja–. ¿Esto es lo mismo? –susurró, el aliento ardiente, la voz ronca–. ¿O puedo esperar algo más?

–¿Es necesario...? –Jada luchó por respirar. La voz se le quebró y carraspeó–. ¿Es necesario hablar de eso ahora mismo?

Él la miró con los ojos entreabiertos, pero la mirada fija. Se notaba que estaba excitado y, sin embargo, se estaba conteniendo.

–Creo que sería muy inteligente.

–Porque...

–Porque ahora mismo tengo cierta ventaja –Maddox sonrió–, y eso significa que tengo más posibilidades de conseguir lo que quiero.

–¿Entonces no te interesa... esto? –Jada le tomó una mano e introdujo uno de sus dedos dentro de ella.

–Sabes que sí –él posó la mirada en sus labios–. Pero no quiero volver a casa con la sensación de que ha sido la última vez que hemos estado juntos. Ya hemos vivido bastantes últimas veces.

Ella apenas podía abrir los ojos y sentía un cosquilleo en las piernas, por no mencionar en otras partes de su cuerpo.

–¿Y eso lo dice el hombre que no me llamó, ni me envió un mensaje, en toda la semana?

–No fue porque no quisiera.

–¿Y por qué fue?

Maddox se quedó inmóvil, dando la clara impresión de que la pregunta lo incomodaba.

–¿Maddox?

–Porque lo que sentí al perderte en el instituto ya fue bastante malo –él le desabrochó los pantalones.

–Olvida el instituto –ella volvió a atraer su boca sobre la suya, besándolo con pasión, con avidez–. Olvídalo todo.

–Estoy dispuesto a hacerlo si tú lo estás. Pero, ese es el problema, ¿no? Tú eres incapaz de olvidar. Y aunque pudieras, es pedirle demasiado a tu familia. Así pues, ¿dónde nos sitúa eso?

En ningún sitio. Pero Jada no podía decirlo, no quería admitirlo.

–¿Qué te parece en un tórrido romance?

–Tórrido es una palabra estupenda. Me gusta tórrido, sobre todo cuando viene de ti, pero... –le quitó los vaqueros del todo–, necesito más detalles. ¿Qué puedo atreverme a esperar?

–Más de esto –ella arqueó la espalda cuando la lengua de Maddox se deslizó sobre uno de sus pezones.

–¿Con qué frecuencia? –él levantó la cabeza.

–Dos o tres veces por semana. Cada vez que podemos escaparnos.

Maddox no lo aceptó con el entusiasmo que ella había esperado.

–¿Y qué te parece cenar de vez en cuando? ¿Salir a algún sitio?

Le estaba dejando claro que no le gustaban las limitaciones. Jada entendía que fuera así. No resultaba especialmente gratificante ser el sucio secretillo de alguien. Pero él sabía por qué no podían hacer pública su relación. No era culpa de ella. Escaparse para verse con él ya era bastante peligroso.

–A lo mejor. Si vamos a alguna otra parte.

–Como...

El tono agrio en su voz era evidente.

–Puede que esto no sea lo ideal, pero por lo menos estaremos juntos de vez en cuando. Ya me lo habías ofrecido antes, ¿recuerdas?

–Es verdad –Maddox se apartó y se sentó–. ¿Pero qué final le ves a esto? ¿Acabará cuando uno de nosotros encuentre a otro?

–No me obligues a pensar tan a largo plazo –ella se arrodilló sobre la cama y lo empujó para tumbarlo sobre la almohada antes de desabrocharle los pantalones mientras le lamía el torso.

Sintió los músculos tensarse de anticipación.

–Mierda. Algo me dice que soy imbécil por volverme a relacionar contigo –se quejó él.

Sin embargo, sus dedos se deslizaron por el pelo de Jada, recibiendo de buen grado lo que ella le ofrecía cuando lo tomó con su boca.

Habían dejado la cama hecha una ruina, la manta tirada en el suelo, junto con la sábana y la mitad de las almohadas.

–Este seguramente ha sido el mejor sexo que he disfrutado en mi vida –Maddox se sentía completamente flojo, tumbado junto a Jada, contemplando el techo.

Ella se movió ligeramente, aunque no parecía tener mucha más energía que él.

–Nadie dijo que no fuésemos buenos juntos.

La amarga decepción que Maddox había sufrido después de que Tobias hubiese disparado a Atticus y él hubiese perdido a su hermano y a su novia, y fuese enviado a un lugar desde el que no pudiera volver a contactar con Jada nunca más, amenazó con destruir su euforia. Decidió arrinconar el recuerdo en su mente, aunque sabía que seguramente experimentaría algo parecido cuando el «tórrido romance», hubiese llegado a su fin.

–Esta habitación es muy agradable –Jada levantó la cabeza, como si acabase de darse cuenta–. ¿Cuánto te ha costado?

A Maddox lo que menos le había importado era el precio. Se había sentido tan entusiasmado de volver a verla que simplemente había buscado un lugar cercano y cómodo, un lugar en el que pudieran encontrarse sin ser vistos.

–No fue barato, pero no me preocupa el precio.

–¿Cuánto? –ella lo miró fijamente.

–Doscientos cincuenta dólares.

–¿Doscientos cincuenta dólares? –Jada se sentó de golpe–. ¿Has pagado ese precio sabiendo que solo íbamos a necesitarla durante un par de horas?

Maddox no pudo evitar sonreír al recordar cómo ella se había quitado el top en cuanto había entrado por la puerta. Lo que le había propuesto no era tan malo... hasta que terminara.

–Bueno, digamos que empezamos un poco antes de lo que tenía previsto.

Ella soltó una carcajada.

–De todos modos, ha merecido la pena.

–¿Tienes instalado *Venmo*? Te haré llegar la mitad.

–No, la habitación la pago yo.

–Quiero colaborar. Aunque, si ese va a ser el precio de vernos, no vamos a poder permitirnos un tórrido romance. Habrá que descubrir el modo de deslizarme hasta tu casa fuera del rango de las cámaras.

Maddox hizo una mueca de desagrado al recordar su casa. Jada no podía regresar allí, no mientras Tobias viviera con él. Y Maddox, desde luego, no podía aparecer por casa de Jada.

–Vernos no va a ser fácil.

–¿No confías en que encontremos la manera? –ella se tumbó de lado y dibujó un corazón sobre el pecho de Maddox.

Maddox luchó durante unos segundos contra su conciencia.

–Tengo que decirte algo.

Jada levantó la cabeza y sus cabellos cayeron en una mata revuelta, los labios estaban ligeramente hinchados por la pasión de los besos, pero a Maddox le pareció hermosa, le gustaba así más que de ninguna otra manera.

–¿Sobre qué?

La desconfianza se reflejaba en su voz. Y con razón. No le iba a gustar lo que tenía que decirle.

–Mi hermano está aquí.

–¿De visita? –ella parpadeó varias veces.

Al no recibir respuesta, Jada se bajó de la cama y recogió sus braguitas.

–No me digas que va a vivir aquí. Pensé que se quedaría en Los Ángeles.

Maddox deseó haber esperado un poco más antes de hablar. Quizás entonces ella se habría acurrucado contra él y se habría dormido unas cuantas horas. Les habría ido bien la calma y el descanso tras el frenesí sexual que acababan de experimentar. Pero también tenía la sensación de que se estaba aprovechando de ella al hacerle el amor sin que supiera nada sobre Tobias.

–Así es. Las cosas con la mujer con la que se estaba viendo no han ido bien.

–Porque...

–Ella debe tener una personalidad complicada.

–¿Cómo sabes que no fue tu hermano el culpable? –preguntó ella secamente.

Maddox se sentó y se mesó los cabellos.

–Lo siento –murmuró Jada antes de que él pudiese responder–. Eso ha estado totalmente fuera de lugar.

–No pasa nada –en ocasiones a Maddox no le resultaba sencillo no enfadarse con su hermano por lo sucedido. Pero Tobias no podía cambiar el pasado y, hasta cierto punto, alimentar esa ira no tenía ningún sentido.

–Entiendo que te lo hayas planteado, pero, sinceramente, no lo creo. La conocí el otro día y jamás podría sentirme atraído hacia ella. En cualquier caso, él es mi hermano, no puedo dejarlo tirado. ¿Adónde iba a ir? ¿Qué iba a hacer? –Maddox levantó una mano antes de que ella propusiera a su madre como recurso–. Mi madre ha vuelto a tomar drogas. No es una opción.

Jada recogió la colcha del suelo y se cubrió con ella mientras se sentaba lentamente en el borde de la cama.

–Drogándose de nuevo...

–Sabías que mi madre es adicta, ¿no?

Ella no contestó, limitándose a mirar fijamente la alfombra.

–Oír esto no puede resultarte agradable. Yo no provengo de una familia como la tuya, Jada, pero es lo que hay. No puedo abandonarlos. Me necesitan demasiado.

En lugar de levantarse para vestirse y marcharse, ella le tomó una mano. Cuando sus dedos se entrelazaron con los suyos, él tuvo la esperanza de que fuera una buena señal. Una señal de que no estaba a punto de decirle que el tórrido romance ya había acabado. No podía culparla si lo hacía. Él llevaba demasiados problemas en su mochila.

–Entenderé que no quieras volver a verme –dijo él.

Jada no contestó y continuó deslizando sus dedos entre los de Maddox, y tirando de ellos una y otra vez.

–Sinceramente, no regresé a la ciudad para causarte problemas, ni a tu familia –añadió por si no hubiese quedado claro–. Quería el trabajo que me ofreció Aiyana. Eso es todo. Se trata de una buena oportunidad para devolver algo de lo que he recibido. Mi intención era mantenerme apartado de tu hermano con la esperanza de que tu madre y él ni siquiera supieran que estaba aquí. Pero entonces descubrí que tú también habías vuelto. Y Tobias salió de la cárcel. Y la mujer a la que aseguraba amar resultó ser una persona con la que no era capaz de convivir. Y mi madre recayó, obligándome a enfrentarme al hecho de que no se puede confiar en ella para cuidar de mi hermano... la historia de mi vida, ¿sabes? Y no existe una solución fácil. Con el tiempo, Tobias debería ser capaz de salir de todo este embrollo en el que está metido, y eso significa que yo también podré salir del mío. Pero eso no va a suceder de inmediato.

Maddox no veía el rostro de Jada, que tenía la cabeza inclinada y el pelo cubriéndole la cara.

–¿Cuánto tiempo crees que tardará en sacarse el permiso de conducir?

–Una semana o dos más. Pero entonces... veremos si hay alguien dispuesto a confiar en él lo suficiente como para darle un empleo. Puede que no sea sencillo, aunque tenga permiso de conducir.

Podría verse obligado a trabajar para Uriah durante varios meses antes de que la experiencia le sirviera de algo. Por el bien de los Brooks, sin embargo, el objetivo de Maddox era sacar a Tobias de la ciudad lo antes posible.

Ella no dijo nada.

–¿Jada? –él le retiró el pelo hacia atrás.

–¿Qué?

–¿En qué estás pensando?

–Estoy pensando que tu familia es condenadamente afortunada al tenerte a ti. Y...

–Sigue.

–Que no te merecen –añadió en un tono más suave.

Eso era mucho mejor de lo que se había esperado Maddox.

–¿Crees que deberíamos hablarle a tu familia de Tobias? ¿Cómo sugieres que manejemos esta

situación?

Jada no pudo contestar. El teléfono de Maddox sonó desde el bolsillo de sus vaqueros, tirados en el suelo donde los había arrojado. Estaba a punto de levantarse para ver quién era, pero no le hizo falta, pues Jada le pasó los pantalones.

–Es mi hermano –anunció tras consultar la pantalla.

No tenía intención de contestar. Sería en cierto modo como meter a Tobias en la habitación. Decirle a Jada que Tobias estaba en la ciudad, a tan solo tres kilómetros de allí, ya era bastante malo. Pero cuando ella empezó a recoger el resto de su ropa y a vestirse, supo que, de todos modos, todo había acabado.

–¿No vas a contestar? –Jada lo miró por encima del hombro.

–Ya me ocuparé de esto cuando te hayas marchado.

–Gracias –se mostraba amable, educada, pero Maddox percibía la repentina distancia que se estaba estableciendo entre ellos.

–¿Qué quieres que haga? –preguntó él.

–No hay nada que puedas hacer –ella se volvió para mirarlo–. Y, tristemente, eso va por mí también.

Capítulo 22

–¿Dónde estabas?

Maddox acababa de entrar en su casa, pero se quedó helado al oír la voz de su hermano. Al marcharse había dejado las luces apagadas y no había hecho ni un ruido al entrar, pero Tobias sonaba como si estuviese completamente despierto.

–He salido un rato –contestó mientras dejaba caer las llaves sobre el mostrador.

–¿Hay algún motivo para que hayas esperado hasta que creías que estaba durmiendo?

–No podía llevarte conmigo, por si te refieres a eso.

–Porque...

–Había quedado con alguien.

–Con una mujer.

–Desde luego con un hombre no –contestó él, aunque a su hermano no le pareció divertido.

–¿Qué mujer? Esa es la pregunta.

Maddox olió el perfume de Jada en su camisa cuando se la quitó por la cabeza.

–No quiero hablar de ello.

–Estás viéndote con Jada otra vez, ¿verdad?

Era fácil de adivinar. De haber sido cualquier otra, Maddox le habría dicho su nombre.

–He dicho que no quiero hablar de ello –arrojó la camisa al cesto de la ropa sucia antes de quitarse los pantalones y dirigirse al cuarto de baño. Se tomó su tiempo con la esperanza de que Tobias se hubiera dormido cuando él volviera a salir. Pero no fue así.

–¿Estás seguro de que sabes lo que haces, Maddox?

–¿A qué te refieres?

–Sé que la quieres. Siempre la has querido. Yo te fastidié ese asunto, y me siento fatal por ello. Pero no puedo deshacer lo que hice, y dado que no puedo deshacerlo, ¿ha cambiado algo realmente? Si ella no quiere verte en público, ¿qué bien te va a hacer reunirte con ella por la noche a escondidas? ¿Qué conseguirás al final?

–Déjame disfrutar del recuerdo de lo sucedido esta noche antes de obligarme a enfrentarme a la realidad, ¿te importa?

–No quiero que sufras. No quiero volver a ser el culpable.

–Ya, bueno, pues esta vez será culpa mía –concluyó él.

El viernes por la tarde, Maya tenía el estómago lleno de mariposas mientras la madre de Annie las llevaba en coche a su nuevo colegio de secundaria. Se moría de ganas de saber qué podía esperar del curso siguiente, pero la idea de cambiar de instituto no era el único motivo de su excitación. Esperaba tener la oportunidad de poder hablar con Aiyana Turner. Por la manera en

que la señora Coates hablaba de ella, la señora Turner había vivido toda la vida en Silver Springs, y conocía a casi todo el mundo. La madre de Annie había dicho que Aiyana era una persona maravillosa, que había ayudado a muchos chicos conflictivos, como el que sería su director, que había resultado ser una persona maravillosa, y que tenía la intención de hacer lo mismo con las chicas.

A Maya todo eso le pareció muy bien, pero no había sido la amabilidad de Aiyana lo que había llamado su atención. Era el hecho de que Aiyana llevaba en esa ciudad el tiempo suficiente como para poder decirle algo sobre su padre. Si alguien era capaz de recordar a un joven muerto en un accidente de moto, era alguien que ayudaba a los jóvenes, ¿no?

Annie seguramente no estaba pensando en el padre de Maya como lo estaba ella, pero apretó el brazo de su amiga en un gesto de anticipación.

—Allá vamos.

Las dos miraron por la ventanilla mientras la madre de Annie redujo la velocidad y pasaron bajo un enorme arco de hierro fundido en el que figuraba el nombre de New Horizons.

—Va a ser tan raro ir a clase sin chicos —observó Maya, que esperaba que eso no matara la diversión. De no ser por Annie, jamás habría suplicado que le permitieran estudiar allí.

—Mi madre dijo que habrá chicos al otro lado de la valla —contestó Annie.

Maya frunció el ceño mientras pasaron junto a las canchas de baloncesto al aire libre, donde había algunos muchachos jugando. Uno, bastante mono, y que tenía la frente tapada por unos rizos color castaño, levantó la vista cuando la señora Coates giró ante el cartel que anunciaba la sección de New Horizons para chicas.

—No creo que los vayamos a ver muy a menudo —opinó Maya con tristeza.

—De vez en cuando se celebrarán bailes y asambleas conjuntas —les explicó la señora Coates, mirando por el retrovisor.

—¿Y podremos ir nosotras? —preguntó Annie—. ¿No será solo para las chicas más mayores?

—No necesariamente. Este año hay una parte de la sección de chicos que ha sido asignada a secundaria, de modo que habrá actividades separadas para los chicos y chicas de vuestra edad y para los de bachillerato.

—Pues espero que haya un montón de asambleas —insistió Maya mientras ella y su amiga reían nerviosamente y el gimnasio aparecía ante ellas. Era más pequeño que el doble gimnasio exterior, junto a las pistas que habían pasado del lado de los chicos, pero estaba completamente nuevo y tenía buen aspecto.

Enseguida empezaron a ver algunos edificios más. Uno era el teatro, según el cartel vertical con grandes letras en color naranja.

La señora Coates aparcó en el aparcamiento de administración.

—¿Todavía hay huecos libres? —preguntó Annie extrañada—. En Topatopa Junior High tuvimos que aparcar al final de la calle el día de la presentación, ¿recuerdas?

Maya no había estado ese día, de modo que supo que Annie hablaba con su madre.

—Esta escuela es mucho más pequeña —explicó la señora Coates—. Y muchas de las chicas serán internas, lo que significa que sus padres no estarán cerca.

Maya ni siquiera era capaz de imaginarse lo raro que sería vivir lejos de su madre. Inmediatamente sintió pena por las chicas en esa situación. Le hubiera gustado saber con qué frecuencia iban a sus casas, o qué hacían si tenían que quedarse allí para Acción de Gracias o Navidad, pero no hubo tiempo de preguntar, pues la señora Coates hablaba con otras madres, reunidas ante el gimnasio, donde habían dispuesto unas quince filas de asientos y una tribuna a un

lado con un púlpito.

El director, el señor Richardson, estaba dentro, saludando y animando a todos a entrar y a tomar asiento, pues en breve comenzarían.

El director estrechó la mano de la señora Coates y luego la de Annie. Pero Maya tuvo la impresión de que estaba especialmente encantado de verla a ella.

–Me alegra mucho que se una a nosotros este curso, señorita Brooks –le dijo mientras su enorme mano se cerraba en torno a la suya.

Maya le dijo que ella también se alegraba, y luego buscaron asiento mientras el director seguía saludando a la gente.

–¿Conocías al señor Richardson? –preguntó la señora Coates.

–Le vi una vez en la tienda de galletas –contestó ella.

En cuanto empezó la presentación, Maya dejó de lamentar que el colegio fuera tan pequeño, y sobre todo que no hubiera chicos. Le gustaba el señor Richardson, y también los profesores que se fueron presentando. También vio a la señora Turner, que habló al final y les aseguró lo contenta que estaba de tener un centro para chicas, además del de chicos, y que ese siempre había sido su sueño, y que les deseaba a todas un feliz curso.

Maya no apartó la vista de ella una vez terminada la reunión, pero no encontró el momento para abordarla. Al parecer, todo el mundo quería hablar con ella y siempre había una fila de personas esperando.

–¿Estás contenta de venir a New Horizons?

Maya se volvió al oír una voz masculina y se dio cuenta de que el señor Richardson se había acercado a ella. Le sorprendió un poco que la hubiese elegido a ella, cuando también había muchas personas deseosas de hablar con él, sobre todo madres, tal y como había vaticinado la señora Coates. Muchas se acercaban un poco demasiado a él y sonreían con un poco demasiado entusiasmo. Era obvio que no le trataban como al típico director de centro. Sin embargo, si él se daba cuenta, no lo demostraba.

–Eso creo –contestó ella–. Aunque me voy a sentir mal por las chicas que no pueden irse a casa, ya sabe, en vacaciones y esas cosas.

–Para algunas de ellas, este será un hogar mejor.

–¡Oh! Entonces es todavía más triste.

–Así es. Pero tener una buena amiga puede cambiarlo todo, ¿verdad?

Era evidente que quería decir que ella podía mejorar la situación de esas chicas, se notaba por su manera de sonreírle.

–Eso espero –contestó Maya mientras juntaba las manos delante de ella pues, de repente, no sabía qué hacer con ellas.

–¿Cómo está tu madre? –preguntó el director.

–Está bien. No para de trabajar.

–¿En la tienda?

–Y con el ordenador. No sé cuándo duermo. Siempre se queda levantada hasta tarde.

–¿Cuánto tiempo crees que estaréis viviendo con tu abuela?

–No tengo ni idea. Mi madre piensa que no está bien dejar a mi abuela, que está enferma, aunque no trata muy bien a mi madre –Maya no sabía por qué había añadido ese último detalle. Su madre y su abuela lo llamaban «asunto de familia», pero ella se lo acababa de soltar a un extraño, que encima era el director de su centro. Pero algo en el señor Richardson le hacía sentir que ese hombre se preocupaba por ella, y le hacía confiar en él–. Lo siento, no debería haber dicho eso –

concluyó, sintiéndose aún más incómoda por haber cometido un error tan estúpido.

El señor Richardson apoyó una mano sobre su hombro.

–No te preocupes por eso. En ocasiones no es fácil llevarse bien con la familia. Pero eso no significa que no los queramos.

–Eso es –Maya asintió, aliviada al saber que la había entendido–. No le diga a mi mamá que se lo he dicho, ¿de acuerdo?

–No hay ningún motivo para que le repita esto a nadie.

–Gracias –Maya suspiró aliviada.

Annie se acercó con su madre. New Horizons ofrecía cosas que no tenía la mayoría de escuelas públicas, como clases de piano y de canto, y habían estado hablando con el profesor de música.

–¿Tiene alguna pregunta más? –le preguntó el señor Richardson a la señora Coates.

–No, creo que ya está todo. Es increíble que proporcionen un programa de estudios tan variado y rico. Me siento afortunada de que Annie y Maya puedan venir aquí.

–Tengo muchas ganas de conocer a las dos niñas, junto a todas las demás alumnas –puntualizó él.

Alguien se acercó para hablar con él y las tres fueron empujadas por el resto hacia la puerta.

–¿Verdad que va a ser un sitio estupendo para estudiar? –observó Annie al salir al soleado y caluroso día de agosto–. ¿Has oído que tienen caballos?

–Sí –Maya fingía estar feliz, y lo estaba por la escuela, los caballos y, sobre todo, porque iban a dar clases de cocina, mucho más interesantes para ella que las de música. Pero le entristecía no haber tenido la oportunidad de hablar con la señora Turner.

Sin embargo faltaba poco para el inicio de curso. En cuanto todo se calmara, ya encontraría el modo de robar unos minutos del tiempo de Aiyana y poder preguntarle por su padre.

Hoy he visto a Maya en la presentación.

Jada estaba trabajando sentada en la cama cuando recibió el mensaje de Maddox. Había querido ir a la presentación con Maya, pero Cindy se había ocupado de eso mientras ella era necesaria en la tienda, que iba mucho mejor desde que habían incorporado los sándwiches de helado. Aunque su madre parecía aliviada, no había dicho nada más después del brusco agradecimiento el día que le había presentado el plan de negocios con los sándwiches de helado. Seguramente no quería que Jada pensara que su ayuda pretendía compensar los problemas causados en el pasado.

Jada: Se pasó por la tienda después. Me dijo que estaba entusiasmada.

Maddox: Es una chica estupenda. Entiendo que estés tan orgullosa de ella.

Jada dio un respingo al leer el mensaje. A pesar de ser una ayuda para su madre, al menos económicamente, cuando se trataba de Maddox y de Maya, los estaba conduciendo a todos hacia un muro de ladrillos y no parecía capaz de evitarlo.

Maddox: ¿Va todo bien? ¿Se dio cuenta tu madre anoche de que te habías ido?

Jada: Si lo hizo no lo ha dicho.

Maddox: Sabes que puedes hablar conmigo si las cosas se complican demasiado para ti.

Jada: ¿Te refieres a mi madre?

Maddox: A lo que sea.

Jada se frotó las sienes. Lo que quería hacer y lo que debería hacer eran dos cosas que cada vez se alejaban más.

Jada: Gracias.

Maddox: No hay de qué. ¿Cuándo podré volver a verte?

Jada: No lo sé, pero no quiero conformarme con solo una noche.

Maddox: Y eso significa que...

Jada: Vámonos un fin de semana a alguna parte.

Maddox: Es viernes. Este fin de semana no podrá ser...

Jada: No, el fin de semana que viene.

Maddox: ¿Podrás escaparte?

No sería muy difícil. Tenía pensado volver a Los Ángeles. Tenía trabajo que hacer allí para sus clientes de redes sociales, y ya lo había pospuesto dos veces. Maya podría quedarse con Susan mientras ella no estaba, y ayudarla con la tienda. Susan le estaba pagando algo, y su intención era utilizar el dinero para comprar algo de ropa para el colegio.

Jada: Estoy casi segura de que sí. ¿Y tú?

Maddox: Por mí no hay problema.

Jada: ¿Y qué pasa con Tobias?

Maddox: Estará bien. Uriah lo adora. Te juro que le gusta más que yo.

Jada: ¿Qué aspecto tiene Tobias ahora?

Maddox: Más alto.

No le había estado preguntando por los cambios físicos. Pero no se molestó en aclararlo. Ya se sentía bastante mal por ignorar que estaba en la ciudad, y por verse con Maddox.

Jada: ¿Adónde vamos?

Maddox: Adonde tú quieras.

El pulso se le aceleró de golpe al imaginarse pasando dos días enteros con él. No habían estado tanto tiempo juntos desde su época de adolescentes.

Jada: A la playa.

Maddox: ¿Santa Barbara? ¿Algún otro sitio?

Jada: Tengo trabajo en Los Ángeles. ¿Podríamos ir allí?

Maddox: Claro. ¿Newport?

Jada: Perfecto.

Maddox: ¿Qué vas a hacer con Maya?

Jada: Se quedará aquí con su abuela y su tío.

Maddox: ¿Entonces esto va en serio?

Jada: Totalmente en serio.

Jada ya se moría de ganas de que sucediera.

—¿Qué haces?—Maya entró en la habitación.

—Trabajando—Jada dejó el teléfono a un lado, con cuidado para que su hija no viese la pantalla—. ¿Y tú?

—Quería preguntarte si podíamos hacer algunas compras online para empezar a elegir lo que me gustaría llevar al colegio. ¿Tienes un rato?

—Claro—ella se hizo a un lado para dejarle sitio a Maya—. ¿Por dónde quieres empezar?

Pasó dos horas con Maya en lugar de trabajando, y después tuvo que recuperar el tiempo perdido, por tanto Jada solo había dormido tres horas cuando la puerta de la habitación se abrió de golpe y se estrelló contra la pared.

Levantó la cabeza y parpadeó para aclarar la visión antes de ver a su hermano maniobrando con la silla de ruedas.

–¿Qué pasa? –preguntó, confundida por la entrada tan violenta.

–No podía esperar para darte la buena noticia.

–¿Qué buena noticia? –ella se retiró el pelo de la cara.

–¡He conseguido un empleo! –una sonrisa se dibujó en su cara mientras se acercaba a la cama para enseñarle a su hermana una carta de aspecto oficial.

Demasiado emocionada para mirarla siquiera, Jada la dejó caer al suelo mientras salía de un salto de la cama y abrazaba a Atticus.

–¿En serio? ¡Qué alegría! ¿Dónde?

–He intentado enseñártelo –él señaló la carta.

En cuanto la recogió del suelo y vio el membrete de New Horizons, su alegría se esfumó.

–¿En New Horizons?

–No lo digas así –Atticus la miró contrariado mientras le arrebató la carta de las manos.

–Es que estoy sorprendida, eso es todo –Jada no se podía creer que hubiese solicitado empleo en New Horizons. Pensaba que habría evitado a toda costa hacerlo.

–Seré ayudante del profesor de la sección de los chicos. No voy a estar trabajando con Maddox.

Jada bajó la mirada hacia la carta y leyó:

Me complace comunicarle que ha sido seleccionado para el puesto de ayudante de profesor en tecnología informática...

Le seguían los detalles de la fecha de inicio y de las especificaciones del puesto. La carta estaba firmada por Aiyana Turner.

–Pero seguramente te encontrarás con él en las reuniones del claustro y esas cosas –le advirtió Jada.

–Él no me disparó.

¡Eso mismo era lo que ella había intentado explicarle, y a su madre también, desde que Maddox había regresado a la ciudad! Claro que no solo era la presencia de Maddox lo que les inquietaba. Habían temido que Tobias también regresara cuando saliera de la cárcel. Y así había sido, solo que ellos aún no lo sabían. Jada confiaba en que se sacara el permiso de conducir y consiguiera un trabajo para que pudiera marcharse lo antes posible sin que su familia llegase a enterarse. Pero las cosas no funcionaban así y Atticus iba a tener muchas más oportunidades de averiguarlo, y de tropezar con él, si trabajaba en el mismo colegio que Maddox.

–¿Entonces no te importa? –le preguntó a su hermano.

–No estaremos trabajando juntos –él se encogió de hombros–. No debería haber problemas.

–¿Lo has visto ya? –ella se dejó caer en la cama para estar al mismo nivel que Atticus.

–En la escuela no. No estaba cuando fui a las entrevistas. ¿Te referías a eso?

–Allí o en cualquier otra parte.

–Me tropecé con él ayer en la gasolinera. Yo entraba y él estaba pagando un pack de latas de cervezas.

–¿Te vio?

–Pues claro –Atticus puso los ojos en blanco–. La gente siempre se fija en mí. Y casi siempre se me quedan mirando.

Ella era muy consciente de lo incómodo que debía ser.

–Eso es porque eres muy atractivo –le guiñó un ojo.

–A las chicas les parece una verdadera lástima que esté en esta silla. De lo contrario, más de una estaría interesada en salir conmigo.

–Si hay algo que te lo haya impedido hasta ahora, sin duda es vivir con tu madre y no tener un empleo –Jada estaba convencida de que la mujer adecuada estaba ahí fuera. No estaba dispuesta a permitir que su hermano se autocompadeciese.

–Bueno, puede que ahora pueda solucionar eso –por una vez Atticus no se enfadó.

–Claro que puedes –ella se aclaró la garganta–. Entonces... ¿te dijo algo Maddox cuando te vio?

–No. Me miró dos veces antes de bajar la mirada, darse la vuelta y marcharse.

–No me lo dijiste anoche cuando llegaste a casa –tampoco se lo había mencionado Maddox en sus mensajes.

–¿Por qué iba a hacerlo? No pasó nada. De todos modos, no quiero hablar de Maddox. Quiero celebrar mi nuevo empleo.

–Y no te culpo. Pero...

–Déjalo –Atticus levantó una mano–. No vuelvas a mencionar a Maddox. Me limitaré a ignorarle.

–De acuerdo. Si sirve de algo, apuesto a que te va a encantar tu trabajo, y a que lo vas a hacer fabulosamente bien.

–Ganaré dinero por primera vez en mi vida. Mejor tarde que nunca, ¿eh?

–¿Alguna vez te decidirás a irte a vivir por tu cuenta?

–Creo que sí –contestó él tras fruncir los labios y considerar la pregunta.

Jada sabía que a su madre no le iba a gustar. Ella prefería mantener a Atticus cerca, pero a Jada no le gustaba que lo sucedido lo condenara a permanecer bajo el paraguas protector de su madre toda la vida.

–Quizás sea el momento adecuado, dado que yo estaré aquí para cuidar de mamá.

–En cuanto ahorre lo suficiente, empezaré a buscar algo. A ver qué encuentro por ahí. En cualquier caso, asegúrate de terminar pronto tu trabajo hoy, porque esta noche nos vamos al Blue Suede Shoe.

–¿Llegó el momento de ir de fiesta?

–Ya te digo.

Jada tenía que trabajar, sobre todo si iba a pasar el siguiente fin de semana con Maddox. Pero no solía suceder muy a menudo que Atticus acudiera a ella para proponerle salir a divertirse, y su primer empleo era motivo de celebración.

–Trato hecho.

En cuanto su hermano se marchó, ella envió un mensaje a Maddox:

¿Sabías que mi hermano va a trabajar en New Horizons?

Pasaron varios segundos antes de que llegara la respuesta, pero al fin oyó el tono que esperaba.

Maddox: Sí.

Jada: ¿Desde cuándo?

Maddox: Desde el jueves, ¿por qué?

Jada: No me dijiste nada.

Maddox: No quería que pensaras que lo había organizado yo. Consiguí el empleo por mérito propio.

Jada rio por lo bajo ante la respuesta. Maddox intentaba no llevarse ningún mérito, no quería que ella pensara que Atticus había conseguido el puesto por piedad o por una necesidad de

compensarle, lo que demostraba lo pendiente que estaba ese hombre de las necesidades de los demás.

Seguramente algo había hecho, pero su hermano había solicitado el empleo en New Horizons a pesar de que Maddox trabajaba allí, y eso significaba que no le habían aceptado en ningún otro sitio. Había confiado en que Aiyana le diera una oportunidad, dado que era conocida por hacer esas cosas, y había acertado. Pues Aiyana se la estaba dando.

Jada pensaba que su hermano solo necesitaba una oportunidad, el resto correría por su cuenta.

Jada: Estoy segura de que Aiyana, al menos, habló contigo sobre el asunto. No me puedo creer que lo haya contratado sin decirte nada.

De nuevo tuvo que esperar varios segundos a que llegara la respuesta. Y cuando llegó, Jada volvió a sonreír.

Maddox: Y lo hizo, pero yo jamás me interpondría en el camino de Atticus. Sabes cómo me siento por lo ocurrido. Por lo menos espero que lo sepas.

Jada deseó que su madre también lo supiera. En lugar de permitir que todo lo que había sufrido lo hundiera, Maddox había luchado y se había vuelto más fuerte ante la adversidad. También era fiel a sus seres queridos, aunque tuviera que pagar un alto precio por ello. Ella lo admiraba mucho más que a cualquier otro hombre que hubiese conocido, hombres que siempre habían disfrutado de todas las facilidades, que no tenían ni idea de qué era sufrir de verdad, y que se sentían con derecho a todo lo que desearan. Su ex había demostrado tener muy poca empatía y comprensión. Siempre le aseguraba que Maya y ella le importaban, pero sus actos demostraban que lo único importante para él eran sus propias metas y deseos. En cuanto a la relación con Jada, le había faltado el gen de la sensibilidad, hecho que se volvía más y más aparente a medida que retomaba el contacto con Maddox, que no había resultado parecerse en nada a lo que habían vaticinado sus padres.

Pero Susan se había sentido tan enfadada y amargada con Maddox y Tobias durante tanto tiempo que Jada estaba convencida de que no supondría ninguna diferencia.

Capítulo 23

El sábado por la noche, Tobias daba vueltas alrededor de la casa de Maddox, deseando haber estado lo suficientemente cansado como para apagar su mente e irse a la cama. Había vuelto a pasar la tarde con Uriah. Desde que había empezado a ayudarlo en el huerto, había tenido mucho tiempo para conocerlo, no solo durante el día sino también por las tardes. Durante los últimos dos días, Uriah había insistido en que, si Maddox no estaba en casa, Tobias cenara con él. Comían juntos, jugaban al ajedrez y veían las noticias. Maddox solía aparecer en cuanto podía y terminaba la velada con ellos. Después, Uriah insistía en que se llevaran algo de comer a casa, las sobras de lasaña, o algún encurtido de los que había elaborado su esposa, y que Tobias adoraba. Luego les deseaba buenas noches y se iba a la cama.

A Tobias le gustaba ese hombre de verdad. No sabía cómo sobreviviría a la semana sin él. Desde el primer momento había intentado reajustarse a la vida normal y ser buena persona, no solo por él mismo sino también por Maddox, para no ocasionarle más problemas a su hermano. Y desde hacía un tiempo también quería que Uriah estuviese orgulloso de él. Ese hombre parecía tener una buena opinión de él a pesar de su pasado, le decía constantemente que era un buen hombre y que iba a salir adelante. Como un completo extraño hasta hacía no mucho mostraba tanta confianza en él se le escapaba por completo. Pero el interés y atenciones que le ofrecía eran muy importantes. Cada vez que sentía la tentación de llamar a su madre, movido por un sentimiento de culpa o de soledad, incluso de aburrimiento, pensaba en su nuevo trabajo y se recordaba a sí mismo la necesidad de mantenerse alejado de Jill. Ella solo le fastidiaría, intentaría involucrarlo en algo que sería mejor ignorar. Uriah le había proporcionado un ancla al que agarrarse.

Aun así, mantener la mente puesta en donde debía estar le suponía toda una lucha, sobre todo esa noche. Maddox se había reunido con ellos hacía un rato, pero había recibido una llamada y había tenido que marcharse a toda prisa antes de que Uriah se fuese a la cama. Aunque no le había explicado a Tobias qué estaba sucediendo, e incluso había intentado fingir que tenía algo que ver con Jada, sabía, por la reacción de su hermano, que no era así. Estaba casi seguro de que había sido Jill la que había interrumpido la velada de Maddox y que algo realmente serio había sucedido. Su hermano le había dicho que se quedara allí, que volvería por la mañana, pero tras despedirse de Uriah, Tobias no supo qué hacer.

Encendió el televisor, pero el ruido no hizo más que empeorar su ansiedad, de modo que intentó llamar a su hermano. Necesitaba saber qué había pasado, pero Maddox no respondió a la llamada y, aunque al final se derrumbó y llamó a su madre, ella tampoco respondió.

–Maldita sea –murmuró mientras paseaba de un lado a otro del salón.

¿Qué estaba pasando? Sabía que Maddox intentaba ejercer de cortafuegos entre él y su madre, pero si le había pasado algo a Jill...

Tobias era incapaz de quedarse un segundo más en esa casa. El problema era que no tenía llave.

Dado que estaba allí todo el tiempo, no había necesitado una... hasta entonces. Dejó una rendija abierta en una ventana para poder entrar por ahí a su regreso, cerró la puerta e inició la larga caminata hasta la ciudad. Se suponía que debía mantenerse oculto, pero se hacía tarde. ¿Qué posibilidades había de encontrarse con algún Brooks? Y aunque lo hiciera, la última vez que alguien de por ahí lo había visto era un adolescente escuálido. Había muchas probabilidades de que no lo reconociesen, sobre todo si iba solo y permanecía aislado. Solo necesitaba un desahogo, una distracción, un modo de pasar el rato y canalizar el exceso de energía hasta tener noticias de Maddox. Odiaba pensarlo, pero temía que su madre hubiera tomado una sobredosis y, si bien albergaba un profundo resentimiento hacia ella, también sentía el deber, y el deseo, de amarla y de ser amado por ella, a pesar de sus diferencias.

Una ligera brisa agitó los árboles mientras la tierra crujía bajo sus pies. Caminaba tan deprisa que casi corría, pero necesitaba moverse. También necesitaba aire. Espacio. Sentir que ya no estaba encerrado.

No iba a causar ningún problema, ni siquiera iba a interaccionar con nadie.

Para ser fin de semana, el ambiente en el Blue Suede Shoe era flojo. Jada había invitado a Tiffany y Atticus había invitado a Donte, su mejor amigo, pero, aparte de ellos, no habría más de quince personas en el bar.

Jada casi deseaba que hubiera una persona menos, que su hermano hubiese dejado a Donte en su casa. Pero Donte también estaba de celebración. Aunque no había sido contratado en New Horizons, sí había conseguido un empleo en McGregor High School como profesor de educación física, y estaba orgulloso de ello. No paraba de intentar ligar con ella, de intentar que bailara con él, y luego de intentar atraerla demasiado hacia él cuando al fin accedió a bailar. Sin embargo, a Jada no le resultaba atractivo. Era una locura, pero estaba demasiado obsesionada con Maddox para mirar siquiera a otro hombre.

–¿Has tenido noticias de Maddox? –preguntó Tiffany.

Jada la fulminó con la mirada, advirtiéndole que se mantuviera callada, a pesar de que Atticus y Donte estaban en el bar, hablando con un par de chicas a las que parecían conocer, seguramente del colegio.

–¿Qué? –Tiffany extendió las manos y rio–. La música está tan alta que apenas me oigo a mí misma pensar. Dudo que nadie fuera de un radio de sesenta centímetros se haya dado cuenta siquiera de que estoy diciendo algo.

Aun así, a Jada le había molestado que su amiga hubiera sacado el tema. A lo mejor lo que le pasaba era que no quería contarle sus planes por miedo a que Tiffany le dijera la verdad: que no hacía más que cavar un hoyo más profundo.

–Hemos estado en contacto, un poco –contestó, minimizando al máximo su encuentro–. ¿Y qué pasa contigo y con Aaron?

–No me ha llamado –Tiffany hizo una mueca de desagrado–. No desde que se marchó.

–¡Debes estar bromeando! Se le veía muy enganchado contigo.

–Pues parece que no –su amiga puso los ojos en blanco–. Me siento como una estúpida. Ya me había quemado antes. No debería haber confiado en él.

Sintiéndose culpable por estar tan sumida en sus propios problemas como para no darse cuenta de que su mejor amiga sufría su propia decepción, Jada apretó la mano de Tiffany.

–Ese no te merece.

Tiffany abrió la boca para responder, pero pareció ver algo al otro lado del bar que hizo que su boca se desencajara.

—¡Oh, Dios mío! ¿Es ese quien creo que es?

Jada siguió la mirada de su amiga... y su corazón se detuvo en seco. No había ninguna duda, Tobias Richardson estaba de pie, junto a la puerta, a unos treinta centímetros de su hermano.

Tobias fue consciente de dos cosas al mismo tiempo: que Atticus no era el único miembro de la familia Brooks en el Blue Suede Shoe, pues Jada también estaba allí, y el bar lo suficientemente vacío como para que ella lo hubiese visto en cuanto había entrado por la puerta, cuando ya era demasiado tarde para cambiar de idea, y que era cierto el proverbio «El camino hacia el infierno está sembrado de buenas intenciones».

Al llegar a la ciudad se había dirigido al Blue Suede Shoe, el único lugar aún abierto a esas horas, y había echado un cuidadoso vistazo antes de entrar. Inmediatamente se alegró de haberlo hecho, pues en el aparcamiento de minusválidos, cerca de la puerta, vio el elevador para sillas de ruedas en la parte trasera de la pickup aparcada allí, y había sabido de inmediato que se trataba de la de Atticus. Maddox le había hablado del vehículo que conducía el hermano de Jada al advertirle que se mantuviera alejado de él. No había confusión posible.

Enfrentado a la situación en su estado emocional, se había dado media vuelta para dirigirse de regreso al huerto y la casa que compartía con Maddox. Pero cuanto más se alejaba del club, más se cuestionaba sus motivaciones para evitar a las víctimas de su crimen. ¿Huía porque no tenía valor para enfrentarse a Atticus? ¿Poseía las agallas necesarias para dar un paso al frente y responsabilizarse públicamente de lo que había hecho? ¿Tenía el valor de disculparse a pesar de la ira y las recriminaciones a las que, sin duda, tendría que enfrentarse?

Hasta ese momento no había intentado hacer nada parecido. Había escrito una carta a los Brooks, al poco de entrar en prisión, que no había recibido respuesta. Lo había hecho ante la insistencia de su hermano. Maddox seguramente esperaba que ese gesto sirviera de ayuda a su propia situación, de modo que ni siquiera había sido idea suya. Además, una sencilla nota requería mucho menos esfuerzo, energía y riesgo. Dirigirse en persona al hombre al que había dejado parálítico para toda la vida le amedrentaba mucho más. Exigía prescindir de todas sus defensas, abrirse y quedar completamente vulnerable en un sentido emocional, y ese no era su punto fuerte. Había pasado la mayor parte de su vida manteniendo la guardia alta, la única manera de sobrevivir en la cárcel.

Se dijo a sí mismo que no hacía falta abordar a Atticus, que seguramente Atticus preferiría que no lo hiciera. Pero no se engañó a sí mismo tan fácilmente. Una estridente vocecilla en su cabeza insistía en que le debía a Atticus al menos eso, sobre todo dado que su disculpa por escrito había llegado antes de saber que la destrucción que había causado sería permanente.

De manera que con la esperanza de que el hermano de Jada se hubiese marchado, llevándose con él la oportunidad de disculparse, se dio media vuelta. En cuanto regresó al bar y vio que el coche de Atticus seguía aparcado en el mismo sitio, se quedó fuera, luchando contra su reticencia y con el miedo de que anunciar su presencia en Silver Springs, y además de ese modo, solo empeoraría las cosas para su hermano.

Después de quince o veinte minutos ocultándose entre las sombras cada vez que alguien entraba o salía del local, decidió que estaba harto de esconderse como un cobarde y entró.

En cuanto Atticus lo vio, dejó caer su copa, que se estrelló contra el suelo. Pero Tobias no le

dio ninguna oportunidad de decir o hacer nada más. Si dudaba, siquiera una fracción de segundo, perdería el valor.

Con cuidado de mantener una distancia respetuosa para que nadie pudiera malinterpretar sus intenciones, respiró hondo y soltó las palabras que había ensayado una y otra vez desde hacía media hora.

–Siento lo que te hice hace trece años, Atticus –el pulso le latía con tal frenesí que temió sufrir un infarto si no se largaba de allí, sobre todo después de que todos los presentes se hubiesen vuelto hacia él y sus miradas lo estuviesen apuñalando. Pero no había terminado. Carraspeó para que no se le quebrara la voz, evitando al menos la humillación de desmoronarse además de provocar una escena, uno de sus peores temores–. No sabía lo que hacía, no tenía intención de hacerte daño. Pero eso no es excusa. Las consecuencias de mis actos han sido catastróficas, y por eso no espero que aceptes mis disculpas. Ni siquiera te estoy pidiendo que lo hagas. Solo quiero que sepas lo mucho que desearía poder volver atrás, y también decirte que no tendrás que preocuparte por mí aunque ya no esté en prisión. Jamás volveré a tomar nada que pueda mermar mi discernimiento.

Vio a Jada tropezar con una silla y empujarla a un lado mientras corría hacia su hermano, pero no esperó para ver si tenía algo que decirle. Tras estampar un billete de veinte sobre la barra del bar para pagar la bebida que Atticus había dejado caer al suelo, Tobias se marchó.

–Esto es culpa tuya, ¿sabes? –dijo Jill.

Maddox intentaba distraerse con una revista mientras esperaban a que el personal del hospital se llevara a su madre a hacerle una radiografía del hombro. Se había lastimado cinco horas antes al chocar contra un Ford Expedition. Por suerte, nadie más había resultado herido. El otro conductor había sido dado de alta tras una exploración, pero los dos coches habían sufrido daños significativos, y su madre iba a tener que enfrentarse a las consecuencias legales.

Dejó a un lado la revista, única posibilidad de leer algo ya que el móvil apenas tenía cobertura en el hospital.

–¿Es culpa mía que estuvieras colocada, que te saltaras un semáforo en rojo y hayas podido matarte y matar a alguien más?

–Si estaba colocada era porque no soportaba el estrés que estoy sufriendo. Ayer perdí mi empleo, pero a ti eso te da igual. ¡Yo no te importo una mierda!

–Si eso fuera verdad no estaría aquí sentado –contestó Maddox–. Tengo cosas mejores que hacer un sábado por la tarde.

–Jamás se me habría ocurrido. Hace siglos que no me llamas.

–¿Te refieres a desde que te di todo lo que llevaba en la cartera? Me pregunto por qué no tuve ganas de volver a hablar contigo inmediatamente después.

–Has hablado conmigo una vez desde ese día, para decirme que dejara en paz a tu hermano –gruñó ella mientras lo fulminaba con la mirada.

–¿Me puedes explicar cómo has perdido el empleo? –aunque le requería bastante esfuerzo, Maddox tuvo cuidado en mantener el tono de voz suave. Enfadarse no serviría de nada.

–Me despidieron –murmuró Jill.

–¿Si llamo a tu jefe, me dirá esas mismas palabras?

–Hace tiempo que va a por mí –de repente, ella ya no era capaz de mirarlo a los ojos.

–No sé por qué me parece que se convirtió en un problema cuando volviste a consumir.

–¡Deja de echarme la culpa de todo! –ella dio un respingo al echarse hacia delante y hacerse daño en el hombro herido–. Te crees muy listo.

–Muy listo no. Solo lo bastante como para permanecer sobrio. Te sorprendería cuánto te ayuda eso a navegar entre dificultades y construirte una vida productiva.

–Tú no has tenido que enfrentarte a los mismos desafíos que yo –se quejó ella.

–No, he tenido otros desafíos –Maddox enarcó las cejas.

Su madre, por ejemplo, era uno de los más grandes y siempre lo había sido. Lo más difícil era saber que siempre lo sería.

Un ordenanza abrió las cortinas que separaba la cama de su madre de las demás en la sala de urgencias.

–Muy bien, señora Richardson, nos vamos arriba.

–Necesito más calmantes –pidió ella–. Sufro mucho dolor.

Maddox tuvo que apretar los dientes para no gritar lo que estaba pensando. Sospechaba que su madre intentaba aprovecharse incluso de esa situación, pero tampoco estaba seguro de que no sufriera esos terribles dolores, ni él ni nadie más.

–Hablaré con su médico por si le pudiera dar algo más –contestó el hombre mientras Maddox sujetaba la cortina para que pudiera empujar la silla de ruedas.

–¿No vienes? –Jill se volvió al ver que no la seguía.

–No, creo que sobrevivirás sola a una radiografía. Pero estaré aquí cuando vuelvas. Voy a llamar a Tobias.

Y antes de hacerlo iba a tener que pensar en cómo explicar la situación sin que pareciera tan mala. Dado que Jill había conducido bajo el efecto de las drogas, según reflejaba el atestado en la escena, podría enfrentarse a una pena de cárcel. O, como mínimo, una fuerte sanción económica que no tenía modo alguno de pagar. De modo que, por supuesto, su madre recurriría de nuevo a él.

Suspiró mientras observaba al ordenanza empujar la silla de ruedas con su madre hacia el ascensor. Después se frotó el rostro con una mano y se dirigió a la salida. Por algún motivo, había mejor cobertura en el exterior.

Contempló el cielo nocturno, cálido y aterciopelado en comparación con la frustración que sentía, y esperó a que la llamada entrara.

–¡Por fin! –exclamó Tobias en cuanto descolgó.

Maddox se dirigió a otra zona de césped, pues alguien había encendido un cigarrillo a su lado.

–Pareces muy nervioso.

–Y lo estoy. ¿No has recibido mis mensajes?

–Seguramente, pero no lo he comprobado. Estoy en el hospital y la cobertura no es buena.

–¿Mamá está bien? Y no intentes convencerme de que esto no es por ella. Sé que lo es.

–Está bien. Y, por suerte, también lo está el tipo contra el que chocó.

–¿Ha resultado herida mientras hacía el numerito ese de la estafa al seguro que intentó conmigo?

–No, esto no tiene nada que ver. Pero podría haber sido mucho peor.

–¿Se supone que eso debe hacerme sentir mejor?

–Es lo que hay –admitió Maddox.

–¿Qué ha pasado? No me digas que el tipo que la pegó ha vuelto. Porque si es así, él y yo vamos a tener una conversación muy seria.

–No tiene nada que ver. Pero no vamos a poder ayudarla a salir de esta.

Maddox se lo explicó a su hermano, minimizando todo lo que pudo, pero cuando terminó,

Tobias seguía soltando juramentos.

–No me extraña que esté tan jodido –dijo al fin–. ¿No te parece increíble esta mierda?

–Sinceramente, a veces sí.

–Tú eres el único normal de nosotros.

–No digas eso. Tú eres tan normal como yo, cuando quieres. Límitate a no seguir su ejemplo.

–Bueno, puede que no me animes tanto cuando te cuente que esta noche me he visto implicado en un pequeño drama.

Maddox se apartó aún más de la entrada.

–¿De qué estás hablando? ¿Habéis tenido un problema Uriah y tú?

–No, pero me encontré con Atticus en el Blue Suede Shoe.

–¿Y qué hacías allí? –Maddox se dejó caer en el banco más cercano.

–Vi su camioneta y...

–¿Y?

–Entré para disculparme.

–¿Y qué pasó? –incapaz de permanecer sentado, Maddox se levantó.

–Dejó caer su copa.

–¿Algo más? –preguntó él mientras le entraba un escalofrío al imaginarse la escena.

–No. Después de decirle lo que tenía que decirle, pagué su copa y me marché. No tengo ni idea de cómo se lo habrá tomado.

Maddox bajó la mirada a sus pies mientras intentaba determinar si lo sucedido sería el origen de un nuevo problema.

–¿Maddox?

–Sigo aquí.

–Sentía que tenía que hacerlo. Quería hacerlo. Espero que lo entiendas.

Maddox recordó cómo había merodeado alrededor de la casa de Jada, deseando disculparse él también. Por supuesto que lo entendía.

–Hiciste lo correcto –contestó.

Salvo que no estaba tan seguro de que hubiese sido lo mejor para él.

Capítulo 24

Susan era un mar de lágrimas. Hacía mucho tiempo que Jada no era testigo de cómo el resentimiento latente en su madre explotaba en ira, pero aunque se le hacía tarde para abrir la tienda, no parecía importarle. Saber que Tobias había abordado a Atticus en el Blue Suede Shoe el sábado por la noche le había hecho estallar.

–¿Ha vuelto? ¿A Silver Springs? –Susan dejó de fregar los platos para desviar su atención de Atticus, sentado a la mesa del desayuno, a Jada, de pie junto a la tostadora.

–A mí no me mires –contestó ella–. Yo no le invité a venir.

–Pero seguramente no te importa que haya vuelto, del mismo modo que no te importa que haya vuelto su atractivo hermano.

–Vamos a dejar a Maddox fuera de esto.

Jada acababa de dejar a Maya en una fiesta de piscina que daba uno de los chicos que había conocido en el colegio el curso anterior. Se alegraba de que su hija no estuviera allí para oír la conversación. De habérselo contado Atticus a su madre el día anterior, seguramente sí habría estado. Jada no estaba segura de por qué había esperado al día siguiente. A lo mejor estaba debatiendo consigo mismo.

–¿Quieres seguir fingiendo que su presencia en esta ciudad no es un problema? –gritó Susan–. ¿Insistes en creer que no pone en riesgo a lo que más quieres en el mundo, a tu hija?

El problema era que esa hija también lo era de Maddox. Y eso debería importar. En cualquier otra situación importaría muchísimo, incluso para su madre. Pero casi daba la sensación de que Susan disfrutaba en cierto modo al retener algo tan precioso, algo que sin duda él querría tener, si lo supiera. Era lo que más odiaba Jada de su sermón.

–No ha causado ningún problema.

–Pero podría, esa es la cuestión. ¡Y ahora el inútil y asqueroso de su hermano también ha vuelto!

Jada estuvo tentada de asegurarle que Tobias solo estaría allí temporalmente, que Maddox estaba intentando ayudarlo a encontrar trabajo y un sitio en el que vivir en Los Ángeles, pero eso desvelaría que sabía mucho más de los hermanos Richardson de lo que debería, y ya había percibido el tono acusatorio en la voz de su madre. Susan se había dado cuenta de que, en el fondo, ella seguía queriendo a Maddox.

–Tobias solo intentaba pedir perdón –le aclaró–. No pretendía hacer ningún daño.

–No hagas que parezca que estaba siendo amable –la mujer señaló a Jada con un dedo cubierto de jabón–. Solo estaba aliviando su mala conciencia, intentando conseguir que Atticus lo perdonara para que todo el mundo hiciera lo mismo. A lo mejor es que tiene pensado quedarse aquí y cree que eso le facilitaría las cosas. En cualquier caso, no puede decir que lo siente y ya está. Atticus tendrá que vivir con las consecuencias de esa noche. No se le va a pasar así sin más.

–Estoy segura de que Tobias lo comprende. No creo que espere ser perdonado...

–¡No lo defiendas! –interrumpió su madre–. ¿Dónde está tu lealtad hacia tu propia familia, por el amor de Dios?

Esas eran las palabras exactas que había dicho trece años atrás, cuando Jada había querido decirle a Maddox que estaba embarazada. Y ahí estaba, otra vez en medio de todo, queriendo convencer a su familia de que no odiaran a Maddox, independientemente de lo que pensarán de su hermano. Pero Jada sabía que era perder el tiempo. Ellos lo veían como una parte integral de lo sucedido, y ella tampoco podía asegurar que no lo fuera.

–He estado haciendo todo lo que he podido para apoyar a la familia –se defendió mientras la tostada saltaba del tostador.

¿Acaso no se merecía ningún reconocimiento por su más reciente contribución? ¿Por lo mucho que había intentado aliviar la carga de trabajo de su madre desde la muerte de su padre, ayudar con las facturas, asegurarse de que la tienda permaneciera a flote?

–¿Exactamente qué te dijo? –preguntó Jada a su hermano.

Después de que Tobias se hubiese marchado del bar, Atticus también había querido irse. No había querido repetir las palabras de Tobias, aunque Jada se lo había preguntado una y otra vez, camino de su casa y de nuevo el día anterior, varias veces.

Atticus dejó caer la cabeza entre las manos y se frotó la frente como si se arrepintiera de haber comenzado todo eso.

–Ya has oído lo que le he contado a mamá. Me dijo que lo sentía.

–Se quedó allí más tiempo del necesario para decir «lo siento».

–Básicamente fue todo.

Era evidente que su hermano se sentía confuso. Justo cuando estaba celebrando una gran victoria, se había tenido que enfrentar al hombre que lo había disparado. La repentina aparición de Tobias había sido toda una sorpresa. Además, Atticus seguramente se sentía mal por el odio y la ira que aún residían dentro de él. No quería perdonar, solo pasar página, y olvidar, en la medida de lo posible, que había una persona en el mundo que le había causado sin motivo alguno tanto dolor y dificultades. Solo quería vivir y satisfacer sus propias necesidades.

–Ahora que lo ha dicho, puede que sea el final de esta historia –por alterada que estuviera por dentro, Jada intentaba calmar a los demás para que la cosa no empeorara–. Quizás ahora podamos intentar dejar atrás el pasado y... empezar a sanar.

–¿Ya estamos otra vez con esas? –espetó Susan.

–¿Y qué otra cosa podemos hacer? –Jada abrió los ojos desmesuradamente.

–Para ti es muy cómodo repetir todo el tiempo que pasemos página, dado que tú no eres la que está sentada en una silla de ruedas.

–¿Te crees que para mí ha sido fácil?

–¡Me da igual, dado que, para empezar, tú eres el motivo por el que nos encontramos en esta situación!

Algo saltó en el interior de Jada. Estupefacta por el vitriolo que escondían las palabras de su madre, soltó la tostada, que acababa de untar de mantequilla, sobre el plato.

Susan pareció darse cuenta de que quizás se había pasado porque, de repente, parecía confusa, a punto de echarse a llorar, pero Jada sabía muy bien que lo había dicho en serio. Así se había sentido su madre todo el tiempo.

Jada miró de Susan a Atticus, que dio un respingo.

–Solo está disgustada, Jada –dijo su hermano.

–Yo también lo estoy –respondió ella.

–¿Adónde vas? –preguntó Susan cuando Jada arrojó la tostada entera a la basura.

–Si no existe posibilidad de perdón, si Maddox, Tobias y yo, somos y seremos eternamente personas horribles por las desafortunadas y estúpidas decisiones que tomamos una noche, cuando ni siquiera teníamos dieciocho años, ¿dime qué hago aquí?

–Jada... –Atticus impulsó la silla hacia ella, pero Jada alzó una mano para detenerlo.

–Lo siento, Atticus. Si sirviera de algo, pediría perdón cada día. Pero, como bien has dicho, nada puede cambiar lo sucedido aquella noche, ni evitar la culpa con la que Maddox, Tobias y yo cargamos por ello. No deberías tener que aguantarnos a ninguno de los tres. De modo que Maya y yo nos vamos de aquí.

–Pero ¿adónde vas? –Susan la miró boquiabierta.

–Si por mí fuera, me volvería a Los Ángeles.

–¿Y apartar a tu hija de su amante abuela? ¿De su tío y... de su mejor amiga, justo cuando está a punto de empezar el curso?

–Para empezar, tú no la querías, ¿recuerdas? –espetó Jada-. De todos modos, haré lo que sea mejor para Maya, porque nadie la quiere más que yo. Pero yo también me merezco cierta consideración. Buena suerte en la tienda hoy. A partir de ahora, si necesitas ayuda, Atticus tendrá que echarte una mano, porque yo no estaré. Me he retrasado tanto con mi propio negocio, y todo por intentar ayudarte, que dudo que pueda recuperarme jamás.

–Jada, no lo hagas –una expresión de dolor retorció el atractivo rostro de Atticus.

Pero Jada no tenía elección. Empezaba a preguntarse cómo había podido sobrevivir los últimos seis meses, viviendo con su madre. Había intentado tanto expiar sus errores del pasado, que no se había dado cuenta de que la desaprobación y rechazo de su madre a perdonar estaba llevándose toda la alegría de vivir.

–No puedo seguir viviendo con mamá, aunque tú sí puedas. A fin de cuentas, tú eres su preferido. Te mimas como si fueses un bebé, lo cual me parece ridículo y lo que menos necesitas. De modo que no pienso quedarme por aquí y ser testigo de ello –aseguró mientras se dirigía a su habitación para hacer las maletas.

Cuando la señora Coates recogió a Maya y a Annie en la fiesta de la piscina, les anunció que tenía que pasarse por New Horizons para echarle un vistazo a un envío para el departamento de música, ya que la profesora de música estaba en su casa cuidando de su bebé enfermo. A Maya le pareció bien, sobre todo porque la madre de Annie les había dicho que, mientras estuviera ocupada, podrían darse una vuelta por el campus y encontrar sus clases. Aunque Maya había decidido que iba a esperar al comienzo de curso para hablar con la señora Turner sobre su padre, a lo mejor tendría una oportunidad de hacerlo antes de lo previsto.

En cuanto entró la señora Coates en el edificio, Maya y Annie se dirigieron a la zona de los chicos.

No había muchos alumnos en el campus, no tantos como en invierno, pero algunos vivían allí todo el año, por lo que tampoco estaba vacío, a diferencia de la zona de las chicas.

Una valla separaba las dos secciones o mitades del centro, lo que hizo sospechar a Maya que tendrían que desandar el camino que habían hecho en coche con la señora Coates y dar un rodeo... hasta que encontró una entrada. Dado que la sección de chicas aún no había empezado a funcionar, permanecía abierta para facilitarles al señor Richardson y demás profesores ir de una sección a

otra cuando lo necesitaran.

Maya miró a Annie mientras pasaba la primera.

–El despacho de la señora Turner debe estar en ese edificio, ¿no crees? –señaló hacia un edificio pequeño, aunque de aspecto importante, junto a un amplio aparcamiento.

–Yo opino lo mismo, ahí estaría en cualquier otro colegio –contestó Annie, aunque sus pasos eran cada vez más lentos.

–¿Qué pasa? –preguntó Maya.

–Tengo miedo de que nos pillen al otro lado de la valla cuando salga mi madre.

–Ella no dijo nada de que no pudiésemos ir a la zona de los chicos. Además, no nos vamos a poner a hablar con ninguno de ellos.

–Lo sé, pero...

–Solo necesito cinco minutos con la señora Turner –ella miró a su amiga con expresión suplicante–. Estaremos de vuelta antes de que tu madre sepa que nos hemos ido.

–Eso espero. No quiero que mi madre me castigue sin ir al primer baile o algo así sobre todo porque no sabemos si la señora Turner podrá contarnos algo. Hasta ahora nadie ha podido hacerlo.

–Si alguien puede ayudarnos es ella –Maya habló con más confianza de la que sentía, pero lo cierto era que la señora Turner parecía conocer a un montón de gente.

Aunque Annie permaneció en silencio, permitió que Maya la arrastrara con ella y Maya se lo agradeció.

Una recepcionista de cabellos grises y que, según el rótulo que había sobre su mesa, se llamaba Betty May, levantó la vista en cuanto las dos niñas entraron en el edificio de administración. En ese instante, Maya se sintió tan cohibida que estuvo a punto de agarrar a Annie del brazo y salir corriendo de allí. Y lo habría hecho de no saber que quizás no volvería a tener una mejor oportunidad para hablar con la señora Turner. En cuanto empezara el curso, la puerta que habían utilizado para llegar hasta allí seguramente permanecería cerrada con llave, lo que, como mínimo, dificultaría poder hablar con ella.

–¿En qué puedo ayudaros? –la señora May se mostraba visiblemente sorprendida de ver entrar a dos niñas sin ningún adulto.

Maya apoyó las manos en la divisoria que separaba la zona de recepción de la de espera.

–Esperaba poder hablar con la señora Turner.

La señora May desplazó su taza de café hacia un lado para no tirarla cuando se levantó.

–¿Y cuál es el motivo de la visita?

Maya miró a Annie, en su mirada una pregunta silenciosa: «¿Debería seguir adelante?».

La respuesta de su amiga, igualmente silenciosa y con la mirada fue de, «Ha sido idea tuya», mientras se encogía de hombros.

Sintiéndose atrapada, Maya respiró hondo antes de contestar.

–¿Es obligatorio decirlo?

Las cejas de la mujer, dibujadas con un lápiz marrón, se elevaron casi hasta la raíz del pelo.

–Bueno, para ser sincera no estoy segura. Nunca me habían hecho esa pregunta. ¿Me podéis decir vuestros nombres?

–Maya Brooks.

Aunque había conocido a Aiyana en la tienda de galletas, dudaba que su nombre le dijera algo a alguien tan importante. No quería dar el nombre de Annie, sobre todo su apellido. La señora Turner lo reconocería inmediatamente, ya que la madre de Annie se implicaba mucho en el

colegio, y Maya no quería meter a su amiga en un lío.

–Un momento.

Betty May se dirigió hacia el fondo de la zona central y golpeó una puerta con los nudillos.

Maya no pudo oír todo lo que se hablaba, pero sí le pareció reconocer su nombre. Contuvo la respiración, rezando para que la señora Turner accediera a verla, y suspiró aliviada cuando la recepcionista regresó.

–Acompañadme por aquí –les indicó.

–Yo te espero aquí –en el último momento, Annie se arrugó y se sentó en una de las sillas de plástico que bordeaban la pared.

Maya no tenía tiempo para intentar hacerle cambiar de idea. Estaba demasiado ilusionada en averiguar algo más sobre su padre como para dejar perder esa oportunidad. De modo que echó los hombros hacia atrás y siguió a la señora May al despacho.

La señora Turner se levantó y rodeó el escritorio cuando Maya entró.

–Maya. ¿Cómo estás?

La niña casi tropezó. No había esperado un recibimiento tan amistoso, pero se alegró por ello. Le dio valor.

–Bien.

–¿Tienes ganas de venir a New Horizons?

–Sí.

–¿Y cómo va todo en casa?

–Bien.

–He oído que tu abuela ha empezado a vender sándwiches de helado hechos con sus famosas galletas.

–Así es.

–Apuesto a que están ricos. ¡Qué idea tan brillante!

–Se me ocurrió a mí –Maya se sintió sonrojar después de haberlo dicho. Parecía estar presumiendo, pero tan solo estaba emocionada porque su idea había resultado.

Por suerte, la señora Turner no pareció molesta. Al contrario, su sonrisa se hizo más amplia.

–Entonces tu abuela fue muy lista por escucharte.

Maya basculó el peso del cuerpo de un pie al otro, pero no sabía cómo empezar.

–Teníamos la esperanza de poder vender más galletas de este modo.

–¿Y? ¿Ha funcionado?

Ella asintió.

–Ahí lo tienes. Una idea maravillosa –la señora Turner señaló una silla–. ¿Te apetece sentarte?

–No, gracias, yo solo... –Maya apretó los puños con fuerza–. Solo quería hacerle una pregunta rápida.

–¿Y cuál es? –Aiyana se apoyó contra su escritorio.

–Espero que no pase nada porque haya venido.

–Claro que no. ¿Qué querías preguntarme?

–Me preguntaba si... si conoció a mi padre.

–¿Disculpa? –la señora Turner parpadeó varias veces.

–Lleva muchos años viviendo aquí, y pensé que quizás lo conocería.

–Pero tu padre no es de aquí –la señora Turner se irguió–. Tu madre se casó con él después de mudarse a Los Ángeles.

–Ese es Eric. Él no es mi padre biológico, solo mi padrastro. No llegué a conocer a mi padre.

Mi madre dice que murió en un accidente de moto antes de que yo naciera.

–¿En Los Ángeles?

–No, aquí en Silver Springs.

La señora Turner se rascó el brazo con expresión confusa.

–Yo creía... bueno, daba por hecho que Eric era tu padre.

–Entonces no sabe nada de mi padre biológico...

–Me parece que no. ¿Cómo se llamaba?

–Madsen algo –Maya sintió que las mejillas le ardían–. Mi madre no recuerda su apellido.

Aiyana la miró fijamente durante varios segundos. Después se alisó la falda y, por el modo de hacerlo, con sumo cuidado, Maya tuvo la impresión de que intentaba ganar tiempo mientras reflexionaba.

–¿Y tu abuela? ¿Qué dice ella?

–¿A qué se refiere?

–¿Ella también afirma que tu padre murió en un accidente de moto?

Maya hizo memoria, intentando recordar lo que su abuela había dicho a lo largo de los años, que no era gran cosa. No parecía interesarle el tema.

–Supongo. Nunca ha dicho que no fuera así.

–¿Y tu tío Atticus?

–Se comporta como si jamás lo hubiera conocido, pero hace poco me llevó a la biblioteca para que pudiera buscar información sobre él. Yo quería averiguar si había una lista de las personas que vivían por aquí en aquella época, para conseguir su apellido, pero no había nada.

–Entiendo –la mujer miró a Maya un poco más de cerca–. ¿Y tú cuándo naciste, querida?

–El veintiséis de agosto. Cumpliré trece años poco después del comienzo del curso.

La señora Turner utilizó los dedos para retroceder nueve meses.

–Eso significa que tu madre se quedó embarazada en... –de repente se interrumpió y dejó la frase en el aire.

–Noviembre –le ayudó Maya–. Ya he echado las cuentas. Mi padre tuvo que vivir aquí en noviembre del año antes de que yo naciera –sintió una burbuja de ilusión.

Era la primera vez que no había recibido una negativa inmediata. A lo mejor no había sido una pérdida de tiempo acudir allí, a lo mejor la señora Turner tan solo necesitaba unos pocos detalles para recordar.

–Vaya...

Ansiosa por comprender a qué se debía la expresión conmovida en el rostro de Aiyana, Maya se acercó un poco más.

–¿Recuerda a algún Madsen?

–No –la cálida sonrisa de la señora Turner reapareció–. Lo cierto es que no.

–¿En serio? –la niña dejó caer los hombros–. Pero... yo pensé...

–Lo siento –contestó ella–. Me ha llevado un rato, pero ahora me doy cuenta de que estaba recordando a otra persona.

–Pero ningún Madsen.

–Desde luego ningún Madsen.

Ahí estaba pasando algo raro, pero a Maya se le escapaba el qué.

–¿Y nunca oyó de ningún joven que se matara en un accidente de moto ese año?

–No –contestó Aiyana con firmeza.

–¿Conoce a alguien que viviera por aquel entonces aquí y a quien pudiera preguntar?

–Ahora mismo no se me ocurre nadie, pero... si me acuerdo de alguien te llamaré.

A Maya ya no le quedaba nada más que marcharse, aunque tenía la sensación de que Aiyana sabía algo que no le estaba contando.

–Gracias por permitirme preguntarle.

Estaba saliendo del despacho, cuando la señora Turner volvió a hablar.

–Ojalá hubiera sido de más ayuda, Maya.

–Está bien –murmuró la niña–. Supongo que si está muerto debería intentar olvidarme de él. Pero es que... bueno, todo el mundo sabe más sobre su padre que yo sobre el mío. Al menos me gustaría saber qué aspecto tenía. O si tenía familia aquí. De ser así, a lo mejor podría conocerla algún día.

–Espero que encuentres tus respuestas –le dijo Aiyana con una voz tan dulce y comprensiva que Maya se preguntó si la extraña reacción de la mujer poco antes no habría sido producto de su imaginación–. Algo me dice que es, que fue, un hombre digno de ser conocido.

–Gracias –contestó Maya.

Capítulo 25

Cuando Jada detuvo el coche frente a la casa de Cindy Coates para recoger a su hija, estaba visiblemente nerviosa. A lo largo del último año se habían producido muchos cambios y en unos minutos iba a tener que explicarle a Maya que se habían ido de casa de Susan. Sin embargo, la decisión ya estaba tomada y no iba a dar marcha atrás. Había metido todas sus posesiones, todo lo que no había vendido o dejado a Eric tras el divorcio, antes de trasladarse a Silver Springs, en un almacén para no tenerlo en el ático y el garaje de su madre, y luego había llenado una maleta grande con la ropa y objetos de aseo suficientes para que su hija y ella aguantaran una semana, más o menos, en casa de Tiffany.

Aunque su amiga estaba en el trabajo mientras Jada se mudaba, había respondido a sus mensajes indicándole dónde encontraría una llave para entrar en la casa. Por lo menos tenían un sitio al que ir. Siendo tres, la pequeña casa de Tiffany estaría abarrotada. Jada dormiría en el sofá y Maya en el suelo, pero esperaba encontrar un sitio en el que instalarse en breve. Aunque se sentía tentada de marcharse de Silver Springs, tal y como había amenazado a su madre, sabía que no podía hacerle eso a su hija. Maya era muy feliz allí.

Y también había cosas que le hacían feliz a ella allí. Adoraba tener a Tiffany cerca. Era la mejor amiga que había tenido jamás. Y luego estaba Maddox. A lo mejor no era la clase de hombre con el que su madre querría verla, pues su origen era humilde y, además, tenía a Tobias como hermano, lo cual no hacía más que complicarlo todo. Pero era el único hombre al que había amado de verdad. Simplemente estar cerca de él le hacía sentirse completa.

Maya no salió de inmediato y Jada soltó un juramento por lo bajo. Ya le había enviado dos mensajes diciéndole que la esperaba fuera. No quería entrar en la casa, no después del día que había tenido. Sus ojos seguían hinchados por las lágrimas vertidas, y no se había vestido con la intención de dejarse ver por alguien que no fuera Tiffany.

–Gracias a Dios –exclamó cuando por fin Maya salió de la casa.

–Hola, mamá –saludó la niña mientras arrojaba la bolsa al asiento trasero y se sentaba en el delantero.

–Hola, cielo.

Maya se puso el cinturón, pero, al ver la cara de su madre, la agarró de un brazo.

–¿Has estado llorando? ¿Qué ha pasado?

–Nada nuevo –Jada se obligó a sonreír–. Todo va a salir bien.

–¿Es por Eric?

–No –ella puso el coche en marcha–. Eric ya no puede hacerme daño.

–Entonces, ¿qué es?

–Vamos a quedarnos en casa de Tiffany unos días, hasta que encuentre un sitio nuevo para vivir.

–¿Os habéis peleado la abuela y tú?

–No exactamente. Pero no me gusta cómo me trata.

Maya permaneció en silencio mientras se alejaban de la casa de Annie, pero su silencio solo duró unos segundos.

–A mí tampoco me gusta. Me parece que no te aprecia tanto como debería.

Sorprendida de que su hija se lo tomara con tanta calma, Jada la miró.

–¿Te parece bien que nos mudemos?

–Sí. Quiero a la abuela, y al tío Atticus también, pero tú eres la persona más importante para mí.

Los ojos de Jada volvieron a llenarse de lágrimas mientras tomaba la mano de Maya.

–Y tú eres la persona más importante para mí –y por eso iba a intentar que Maya pudiera quedarse en casa de Annie el fin de semana siguiente, para poder irse a Newport Beach con Maddox.

Si todo iba bien, si tenía la sensación de que era lo correcto y el momento propicio, a lo mejor le decía que tenía una hija.

–¿Qué vamos a hacer con mamá? –preguntó Tobias.

Maddox le quitó el sonido al partido de golf que estaba viendo y miró a su hermano, que acababa de salir del cuarto de baño y no llevaba nada más que unos calzoncillos y una toalla con la que se estaba secando el pelo. Era miércoles, pero por culpa del accidente de su madre, Maddox se había tomado el día libre para llevarla a casa después de ser dada de alta del hospital. Tras llegar a su propia casa por la tarde, había dormido un par de horas y, desde que había despertado, se había dedicado a comer y a ver televisión.

Tobias no lo había acompañado a Los Ángeles. Había permanecido en el huerto con Uriah. Cada vez sentía más devoción hacia su casero. El anciano le estaba enseñando cosas que la mayoría de los chicos aprendía en su adolescencia, por lo menos los chicos que se habían criado con un padre, y Tobias lo absorbía todo, quedándose con cada palabra. Maddox se había dado cuenta de que, por suerte, a Uriah le gustaba tener un aprendiz, tanto como a Tobias le gustaba serlo. Cuando Maddox había regresado a casa, les había oído a un lado del garaje y no había podido evitar reír por lo bajo ante su interacción. Uriah había estado enseñando a Tobias a cuidar el césped, algo que su hermano no había hecho jamás. Siempre habían vivido en apartamentos, o en casas tan cochambrosas que no había habido jardín del que ocuparse, aunque hubiesen tenido cortacésped y otras herramientas, que tampoco tenían.

–El coche está casi destrozado, y eso es un problema –le contestó.

–Doy por hecho que no tenía seguro.

–A todo riesgo no.

–De modo que va a tener que pagarse un coche.

–Sí, salvo que no tiene dinero.

–Claro que no.

Tobias se acercó al fregadero para volver a lavarse las manos. Tras terminar en el huerto, Uriah y él habían pasado varias horas enredando con una vieja camioneta que había en la propiedad. De eso sí sabía algo Tobias, de modo que había intentado ayudar a Uriah a volver a ponerla en funcionamiento, pero parecía tener problemas para limpiarse toda la grasa de debajo de las uñas.

–Quizás pueda pedir un préstamo.

–¿Con su saldo? –Maddox hizo una mueca–. Lo dudo, pero ya nos ocuparemos de eso a su

debido momento.

–¿Crees que tendrá que ir a la cárcel?

–Sí. Y se lo merece. Podría haber matado a alguien.

–¿Cuánto le va a caer? –Tobias cerró el grifo.

–No lo sé. Depende de si el juez decide castigarla duramente o no. Es su primera condena por dar positivo al volante, de modo que quizás se libere con algún servicio a la comunidad y una multa.

–Eso supone más dinero. ¿Cómo va a reunirlo?

–Ya se me ocurrirá algo. Primero voy a apuntarla a otra rehabilitación. Creo que primero habría que tratar la adicción, luego el coche, para que pueda conseguir un trabajo.

Tobias se colgó la toalla del cuello y se sentó en el otro extremo del sofá.

–Lo del coche y el trabajo me suena familiar –bromeó.

–Alégrate de no tener que ocuparte también de una adicción.

–He aprendido la lección.

–Me alegra oírte decir eso –Maddox rezó para que fuera verdad.

–¿Crees que debería mudarme a Los Ángeles para cuidar de ella? –preguntó Tobias mientras se secaba el pelo con la toalla.

–Ya sabes lo que creo –Maddox aplastó la lata vacía de cerveza y la lanzó a la basura consiguiendo, milagrosamente, encestar.

–Tú piensas que debería mantenerme alejado de ella todo lo posible. Pero no quiero que sientas que tienes que cargar con todo. Yo también soy su hijo.

–Dentro de un año o dos, cuando ya estés asentado, podrás empezar a pensar en ayudarla.

–De acuerdo –Tobias sonrió.

Maddox tomó el mando para volver a subir el volumen del televisor, pero se detuvo.

–¿Cómo te sientes con lo sucedido con Atticus el sábado?

–Bien –Tobias se sentó y estiró las piernas–. Necesitaba hacerlo.

–Para eso hacen falta agallas, tío –Maddox admiraba el valor de su hermano. No debía haberle resultado fácil disculparse en público. Sin embargo, temía que la confrontación con Atticus en el bar no le hubiera hecho ningún favor. Le había prometido a Jada que su hermano se mantendría alejado, y ni siquiera sabía si le había contado ella a la familia que había vuelto a la ciudad.

Tras saber lo sucedido, Maddox le había enviado un mensaje de disculpa, pero ella no había respondido. Podría ser que hubiese estado muy ocupada los dos últimos días, o que estuviera tan enfadada que no quería responder.

Jada esperaba con creciente impaciencia a que Maya se fuese a dormir. Marcharse de casa de su madre le había removido algo por dentro, le había hecho tomar la decisión de perseguir su propia felicidad con más ahínco, y cada vez se sentía más entusiasmada. No quería ser egoísta, pero no veía cómo el mantenerse alejada de la persona a la que amaba podría ayudar a nadie. Aunque sabía que su forma de pensar era estrictamente práctica y que no todo podía ser reducido a lo práctico, sobre todo en un mundo lleno de emociones y traumas como el que había sufrido su propio hermano, ningún sacrificio por su parte devolvería a Atticus el uso de sus piernas. Y, como madre, tenía otras cosas que considerar después de ver a Maddox convertido en un adulto plenamente funcional. Cosas como si el derecho de Maya a conocer a su padre estaba por encima del de Atticus a esperar que ella rompiera todo contacto con Maddox.

–¿Vas al huerto? –preguntó Tiffany en un susurro cuando Maya se acostó y Jada recogió el bolso y las llaves.

–Sí.

–¿Aunque esté Tobias allí?

–Si te soy sincera, no sé muy bien cómo me siento hacia Tobias. Espero que llegar a conocerlo después de lo que ha vivido me permita juzgar mejor si debería ser perdonado, si puede regresar a mi vida aunque sea de manera periférica.

–Creo que podrías llevarte una agradable sorpresa.

–¿Por qué lo dices?

–No lo sé. Es solo una sensación que tengo. Lo que hizo en el bar fue muy valiente.

–Mi madre opina que lo hizo por egoísmo, para que la gente sintiera lástima de él y se volvieran más acogedores.

–Nosotras estábamos allí. Vimos cómo se esforzaba por pronunciar esas palabras sin desmoronarse. A ti te parece que era sincero, ¿no?

–Sí –por eso le habían resultado tan ofensivas las palabras de su madre. En su opinión, el razonamiento de Susan no tenía ningún sentido. A fin de cuentas, aunque Tobias no se hubiese disculpado, nadie podía impedirle vivir en Silver Springs. Era un hombre libre, podía ir adonde quisiera, hacer lo que quisiera, dentro de la legalidad. No estaba obligado a mostrarse considerado con la persona a la que había herido, y no estaba obligado a disculparse—. Pero aún no sabemos qué hizo dentro de la cárcel para que le alargaran la condena. Puede que se lo pregunte esta noche.

–Me alegra que lo estés haciendo –Tiffany la abrazó brevemente.

–¿Ir a ver a Maddox?

–No permitir que la desaprobación de tu familia te robe algo que podría ser justo lo que necesitas.

–Mi madre se pondrá furiosa. Y Atticus podría seguir su ejemplo. Es lo que siempre ha hecho en el pasado.

–No infravalores a tu hermano. Ahora es un hombre. Es capaz de pensar por sí mismo.

–Siempre que su ira y resentimiento no se interpongan. Maddox podría terminar odiándome por haberle robado trece años de la vida de Maya. Maya podría terminar odiándome por hacerle creer que no tenía padre. Mi madre podría terminar odiándome por divulgar el secreto, y Atticus podría terminar odiándome por traer de nuevo a su vida a los dos hombres a los que culpa por la pérdida de sus piernas –Jada arrojó las llaves sobre la mesita de café y se dejó caer en la silla más cercana—. ¿Qué estoy haciendo, Tiff? ¿Estoy arruinando mi vida?

–No –Tiffany tiró de ella para que se pusiera de nuevo en pie y le entregó las llaves del coche–, estás siguiendo los dictados de tu corazón.

El pulso le latía desbocado cuando llegó al huerto y entró por el camino. Era la primera vez que iba a casa de Maddox sin entrar a hurtadillas. El no esforzarse por ocultar su presencia le parecía osado. Y también lo que estaba pensando decirle. Pero no iba a contarle lo de Maya esa noche, no con Tobias delante. Se trataba más de llegar a conocerlo mejor, de conocerlos mejor a ambos, e intentar decidir si sería lo correcto contarle lo de Maya. Aunque se sentía muy culpable y presionada por el engaño y los años que ya le había hecho perderse de su hija, no quería precipitarse.

–Sé inteligente –murmuró para sí misma mientras respiraba hondo para tranquilizarse y abrió la puerta del coche.

La cortina de la ventana que daba al camino de entrada se movió. El ruido del motor al parecer había alertado a Maddox, o quizás a Tobias, de su presencia. De modo que no le sorprendió cuando Maddox salió a su encuentro descalzo, llevando puesta una camiseta y unos pantalones cortos de talle bajo.

–¿Estás bien? –preguntó visiblemente sorprendido por su llegada a esas horas y sin avisar, sabiendo que Tobias se alojaba con él. No eran más que las nueve y media de la noche, y más gente podría darse cuenta de su presencia.

–Sí. Yo... yo solo quería verte.

–¿Me he perdido algún mensaje?

–No. No te he enviado ningún mensaje, ni he llamado. Seguramente debería haberlo hecho.

Maddox no parecía saber muy bien qué hacer. Miró hacia atrás, hacia la casa, pero no la invitó a pasar.

–¿Vamos a dar un paseo? –preguntó mientras señalaba el coche de Jada.

–No. No tengo mucho que decir. Había pensado que quizás podríamos ver una película o algo.

–¿Aquí?

–Sí. Aparte de echarle un vistazo fugaz a Tobias en el Blue Suede Shoe el sábado, no lo he visto en trece años. Pensé en venir a saludarlo.

–De acuerdo –Maddox tosió, seguramente para disimular su sorpresa–. Déjame que... voy a asegurarme de que esté vestido.

–Si no es un buen momento no pasa nada –se apresuró a aclararle ella–. Me refiero a si no le apetece tener compañía.

–No es eso. Uriah y él han estado trabajando en la vieja camioneta que hay detrás del granero, y acaba de ducharse. Voy a ver si ha terminado.

Jada se mordisqueó nerviosa el labio inferior mientras esperaba, aunque Maddox no tardó mucho en asomar la cabeza.

–Está vestido, y también le apetece verte. Pasa.

Le sujetó la puerta mientras ella entraba en la casa.

Tobias tenía el pelo mojado y llevaba puesta una camiseta y unos pantalones cortos de baloncesto. Aunque la televisión estaba encendida, no estaba sentado delante. Estaba de pie en el centro de la habitación, los hombros cuadrados, la mandíbula encajada, como si estuviese preparado para encajar un golpe. Sin duda pensaba que Jada había ido para enfrentarse a él.

–Hola, Tobias –saludó ella mientras reflexionaba para sus adentros que no todo en la vida le había ido mal.

Tobias tenía un cuerpo magnífico, seguramente había estado haciendo pesas, sin duda porque no habría muchas más cosas que hacer en prisión, y era muy atractivo. Tenía los mismos cabellos negros y espesos que Maddox, y también la tosca mandíbula, incluso la misma forma de los ojos, aunque los de Tobias eran más claros, de un bonito color verde.

–Hola –respondió.

Ella tragó nerviosamente, la garganta seca. Se notaba que él aún estaba esperando el golpe.

–Tienes buen aspecto.

Tobias enarcó ligeramente las cejas mientras miraba a Maddox. Había estado tan preparado para la ira y la recriminación que no parecía saber cómo reaccionar ante un cumplido.

–Gracias, tú también –contestó, devolviéndole rápidamente el cumplido, aunque con la mirada

fija en el suelo.

–¿Qué estabais viendo? –Jada señaló el televisor.

–Parecen las noticias –contestó él mientras se volvía hacia el aparato, contemplándolo como si hubiese olvidado su presencia allí.

–¿Os importa si os acompaño?

–Pues, no, claro que no –Tobias se apresuró a recoger algunas ropas, seguramente suyas, caídas en el sofá–. Lo siento. La casa es tan pequeña que no hay espacio para nada.

Jada supuso que no debía tener gran cosa, aunque no lo mencionó, y él tampoco. Sentándose en un extremo del sofá, dejó el bolso sobre la mesita de café.

Maddox no había parado de frotarse la barbilla durante el intercambio de frases, sin duda preguntándose qué había pasado desde la última vez que la había visto.

–¿Te apetece beber algo? –preguntó al fin.

–Un vaso de agua estaría bien.

–Claro.

Mientras se dirigía al armario, Tobias se acercó a la puerta, dando un rodeo, como si temiera que a Jada le resultara ofensivo que se le acercara demasiado.

–Yo, eh, me daré un paseo y os dejaré solos un rato. Maddox, tú... ya sabes... puedes enviarme un mensaje... después.

–Lo cierto era que esperaba que te quedaras con nosotros –intervino Jada.

–¿Yo? –Tobias se llevó una mano al pecho.

–O se me ocurre algo mejor –ella se puso de pie de un salto y agarró el bolso–. ¿Por qué no nos vamos al Blue Suede Shoe y nos tomamos algo mientras jugamos al billar?

Maddox la miró boquiabierto mientras Tobias sacudía la cabeza.

–No pasa nada. No quiero estar en medio. Vosotros dos seguid con lo vuestro.

De repente cualquier sentimiento negativo, ira y resentimiento, que hubiera albergado contra ese monstruo que había disparado a su hermano empezó a disiparse. Preferiría ser Atticus, la víctima inocente, antes que la persona que iba a tener que vivir el resto de su vida consciente de haber provocado la pérdida del uso de las piernas a otra persona. Y eso le ayudó a sentir cierta empatía.

–¿Qué pasa? –Jada sonrió–. ¿Tienes miedo de que te gane?

–Jada, ni siquiera puedes ser vista conmigo, mucho menos con Tobias –dijo Maddox con voz suave y seria.

Quizás fuese un poco exagerado. Aparecer por la ciudad acompañada de los hermanos Richardson haría llegar el mensaje equivocado a su familia. Su intención no era lastimar a alguien. Solo quería dejar atrás el dolor y la tristeza del pasado, al menos en la medida de lo posible.

–De acuerdo. Quizás esta noche no sea buena idea salir. Pero espero que podamos hacerlo algún día. De momento, me conformo con una cerveza y encontrar algo mejor que ver las noticias.

–¿Te importaría explicarme qué está pasando? –Maddox estiró el cuello.

–Ahora no –ella apoyó los pies sobre la mesita de café–. Vamos a divertirnos un poco.

Capítulo 26

Jada se había quedado dormida. Maddox disfrutaba teniéndola acurrucada contra él, la cabeza bajo su barbilla, respirando el olor de su pelo y sintiendo el ligero peso de su mano apoyada posesivamente sobre su pecho. De repente descubrió a Tobias mirándolo.

–Eres feliz, ¿a que sí? –murmuró él.

Maddox asintió. Hacerle el amor a Jada en los dos frenéticos encuentros había sido maravilloso. Jamás lo podría negar, no podía decir sin más que prefería la clase de velada que estaban disfrutando en esos momento. Pero había cierto contento en saber que había ido a su casa a pasar un rato con él, sin que hubiese sexo por medio. No se había atrevido a pensar que pudiera suceder algo así, sobre todo mientras Tobias estuviese en la ciudad. Casi le daba miedo confiar en ello. En su mente, ver juntos la televisión en Silver Springs no encajaba con la imagen que ella había descrito de su tórrido romance. Pero se alegraba de que formara parte de ello.

Ella también le había parecido feliz. Se había mostrado toda la noche amistosa con Tobias, y no había mencionado a su familia. Los tres habían jugado al dominó y habían visto un programa de entretenimiento antes de poner una película sobre un tipo que buscaba tesoros en la jungla de África. Jada se había quedado dormida casi de inmediato.

–¿Por qué crees que habrá venido? –preguntó Tobias en un susurro–. Quiero decir que apenas eran las nueve y media cuando llegó. Y aparcó justo detrás de tu coche. No parece que esté intentando esconderse.

–Lo único que se me ocurre es que fue por tu disculpa –Maddox sonrió a su hermano–. Gracias.

Cuando Tobias le devolvió la sonrisa, Maddox se sintió aún mejor. El que Jada hubiese aparecido y le hubiese tratado tan bien, también era muy importante para él.

Quince minutos más tarde, la película terminó y Maddox sacudió suavemente a Jada.

–¿Te puedes quedar a pasar la noche?

Ella parpadeó perpleja.

–¿Jada? –era evidente que no estaba despierta del todo, pero a Maddox le encantó la sonrisa somnolienta que ella le ofreció.

–¿Qué has dicho?

–¿Puedes quedarte a pasar la noche?

–No, esta noche no –ella se puso seria a medida que la realidad se abría paso–. Tengo que volver a casa de Tiffany. Maya está allí.

–¿Por qué estáis en casa de Tiffany? –preguntó él–. Espero que sea por gusto...

–No, el lunes me fui de casa de mi madre.

–¿Por qué? –él sintió un instante de incertidumbre.

–Ya no aguantaba más.

–¿No os llevabais bien?

–No.

–¿Necesitas un lugar en el que quedarte?

–¿Vas a dejar que me instale aquí... con vosotros dos? –ella le ofreció una sonrisa torcida.

–Si no tienes otra opción.

–Sí que tengo –Jada le acarició la mejilla, convencida de que Maddox lo había dicho en serio–. Tiffany nos dejará quedarnos hasta que encuentre una casa.

–Si necesitas ayuda con la mudanza, dímelo.

–No tengo muchas pertenencias, pero de acuerdo –ella se levantó y se recogió el pelo en un moño bajo.

Al despedirse de Tobias hubo un momento incómodo en el que se comportaron como si no supieran si abrazarse o no, pero Jada debió decidir que, para una primera velada juntos, era ir demasiado lejos, porque se limitó a agitar una mano en el aire a modo de despedida.

Maddox se alegraba de que hubiese ido a su casa y que hubiese tratado tan bien a su hermano. No podía pedir más.

–Esta noche ha sido estupenda –aseguró mientras la tomaba de la mano y la acompañaba al coche.

–Yo opino lo mismo –contestó ella al detenerse junto a su coche y ponerse de puntillas para besarlo.

–Aunque esto no ha sido precisamente lo que yo esperaba de un tórrido romance...

–En la playa será un poco más tórrido –ella rio.

–¿Sigue en pie entonces?

–Por supuesto. Pero habrá que retrasarlo una semana, si no te importa. Al haberme mudado, tengo menos opciones para Maya. Puede quedarse con su mejor amiga, pero este fin de semana no estarán en la ciudad.

–De acuerdo, no hay problema –Maddox la besó de nuevo antes de soltarla a regañadientes–. Pero la espera va a ser dura.

–Para mí también –contestó Jada, que detuvo a Maddox antes de que pudiera volver a su casa–. ¿Maddox?

Él se volvió.

–¿Podrías contarme una cosa?

–¿El qué?

–¿Qué hizo Tobias en la cárcel para que su condena fuera ampliada? –preguntó Jada en un susurro.

–¿Quién te ha hablado de eso? –Maddox regresó a su lado.

–Mi padre, antes de morir.

–¿Y él no sabía por qué fue?

–En aquel momento no. Y si lo descubrió, murió antes de poderme decir.

–Entiendo –él hundió las manos en los bolsillos–. Bueno... la cosa va así: en la cárcel hay una jerarquía, ¿de acuerdo? Cuando entras, pasas una prueba para ver qué puesto ocupas en esa jerarquía. Para saber si serás de los que toman las decisiones o si ocuparás un escalón más bajo en esa jerarquía. Cuando Tobias ingresó en prisión, tuvo que enfrentarse a una cárcel llena de hombres mucho mayores, la mayoría criminales avezados, y eso significó que tuvo que pelear para evitar ser convertido en una víctima.

–¿Y se metió en una pelea?

–Se metió en un montón de peleas, aunque no porque quisiera. Había un tipo que, por algún

motivo, la tenía tomada con él. Desde el primer día, Tobias se convirtió en su fijación. A día de hoy, Tobias sigue sin saber el motivo. Pero una tarde, mientras hacían ejercicio en el patio, este tipo se acercó a Tobias con un cuchillo casero, lo que llaman un *bardeo*, y Tobias luchó con él, se lo quitó y lo apuñaló.

Jada no pudo evitar hacer una mueca de desagrado ante la imagen que se formó en su mente.

–De modo que se metieron en un lío.

–En realidad no. Tobias recibió toda la culpa, dado que el otro tipo estuvo a punto de morir, y otro preso, amigo del tipo apuñalado, aseguró que había sido Tobias el que había iniciado la pelea.

–De acuerdo –ella asintió.

–Comprendo que puedas sentir miedo de él, pero tuvo que defenderse para establecer los límites, y eso le costó unos cuantos años más. Espero que lo entiendas.

Jada reflexionó sobre ello, y recordó lo que había visto de Tobias cuando se había disculpado ante Atticus, y lo que había visto aquella noche.

–Te creo –afirmó.

–¿Cómo fue?

A la mañana siguiente, Maya estaba en la ducha y Tiffany aprovechó para susurrarle la pregunta a Jada.

Jada sonrió, de pie junto a la cocina, mientras removía los copos de avena que estaba preparando para el desayuno. Tiffany había insistido en que no quería desayunar, y mucho menos copos de avena, pero estaba preparando café.

–Fue perfecto –contestó ella en otro susurro.

–¿No te sentiste incómoda con Tobias? –Tiffany se acercó un poco más a su amiga.

–Un poco. Es muy atractivo, y no sería difícil pensar que es un tipo decente simplemente porque lo parece. Pero estoy intentando no dejarme llevar tan fácilmente por algo que podría no significar nada.

–¿Te parece más atractivo que Maddox? –preguntó Tiffany sorprendida.

–No hay nadie más atractivo que Maddox –contestó Jada con una carcajada–. Pero entendería que algunas mujeres estuvieran en desacuerdo conmigo. Tobias es un poco rústico, tiene ese aspecto de «chico malo», y añadiendo los tatuajes de la prisión y esos misteriosos ojos verdes.... Cuando te mira, tienes la sensación de que hay muchas cosas dentro de su cabeza, pero no suele compartir casi nada de lo que piensa.

–¿Tuviste la impresión de que le resultó difícil verte?

–Se notaba que no sabía qué hacer. Pero estuvo muy respetuoso. Tuve que insistir en que se quedara y se relajara, porque no paraba de intentar marcharse para que Maddox y yo pudiésemos estar solos.

–De modo que te gustó.

Tiffany era una experta en sacar conclusiones.

–Así es –admitió Jada.

–¿Sabes ya qué hizo para que le alargaran la condena?

–Sí. Anoche se lo pregunté a Maddox. Me contó que otro recluso había intentado atacarlo con un cuchillo, y que ese tipo acabó llevándose la peor parte.

–¿Y te lo crees?

–Sí. Pero quizás por eso me gustaría darle otra oportunidad. ¿Crees que estoy siendo demasiado crédula?

–Si lo eres, yo soy tan crédula como tú. La disculpa que presencié en el Blue Suede Shoe me pareció muy sincera. Se notaba que estaba esforzándose por retener las lágrimas.

–Yo también tuve esa impresión. Aun así, no quiero ofender más a mi familia relacionándome con él si no merece la pena.

–He estado pensando en eso –Tiffany se sirvió una primera taza de café.

–Pareces preocupada.

–Y lo estoy –sirvió otra taza para Jada y dejó la cafetera de nuevo sobre el fuego–. Quizás te animé en exceso con los hermanos Richardson. Soy muy blandengue, perdono muy deprisa. Pero digamos que si Maddox y tú os hacéis pareja y todo se acaba en unos meses porque te das cuenta de que no es el hombre que pensabas que era, te quedarás sin Maddox y sin tu familia.

Jada prestó oído a la ducha, para asegurarse de que su hija no pudiera oírlas.

–Por otra parte, en estos últimos trece años no puede decirse que haya estado muy unida a mi familia. Tampoco cambiaría mucho la cosa.

–Confía en mí, sería peor, porque no puedes recoger tus cosas y marcharte sin más. A Maya le gusta mucho esto. Maddox incluso podría impedirte que te fueras porque le afectaría a sus derechos de visita.

–Pero tengo que contárselo, ¿verdad? –Jada apartó el cazo de los copos de avena del fuego–. Había pensado intentarlo cuando estemos en la playa.

–Ni hablar –Tiffany sacudió la cabeza–. No lo hagas. Es demasiado pronto para siquiera intentar adivinar cómo podría reaccionar.

–Pero cuanto más tarde, más difícil va a ser.

–Pero si se lo cuentas, tu madre quizás no te perdona jamás. Y lo mismo podría sucederte con Maddox y con Maya.

Jada dio un respingo al pensar en las posibles consecuencias. Había mucho en juego.

–No estoy segura de que me importe la reacción de mi madre.

–Eso lo dices ahora, pero reconócelo: la familia es la familia.

–Ellos son el motivo por el que estoy metida en este lío. Empiezo a preguntarme si no debería haberme enfrentado a mis padres desde el principio.

–Tomaste la mejor decisión posible en ese momento. Solo tenías dieciocho años. Maddox no estaba preparado para casarse, no era capaz de hacerse cargo de una familia.

Oyeron cerrarse el grifo de la ducha, de modo que Tiffany tomó su taza y se sentó a la mesa.

–En cualquier caso, lo único que intento decirte es que has esperado mucho tiempo y que unos cuantos meses más no van a empeorar la situación.

Jada no estaba segura de opinar lo mismo. Cada vez que veía a Maddox, y no se lo contaba, sentía que la traición iba en aumento.

Los sentimientos de Maddox también deberían importar.

–Ya veremos –contestó con un suspiro.

Esa misma noche, Maya estaba sentada en el sofá junto a Jada mientras Tiffany le pintaba las uñas de los pies, cuando Jada recibió un mensaje de Atticus.

¿Sigues enfadada?

Por suerte, Maya y Tiffany estaban enfrascadas en una animada discusión sobre chicos, la

escuela, y el hecho de que en New Horizons daban clases de cocina y de hípica, y lecciones de canto. No parecían estar prestando atención a Jada o a su teléfono. De todos modos, y para estar segura, ella se levantó y se fue al cuarto de baño. No quería que Maya le preguntara quién le había enviado un mensaje, o qué quería el tío Atticus. Intentaba no hablar de la familia en absoluto porque no quería arrastrar a su hija al malestar que sentía. Contestó a su hermano:

Jada: Enfadada no. Harta.

Atticus: Mamá no lo decía en serio.

Jada: Claro que lo decía en serio. Quizás haya llegado el momento de reconocerlo. Sacarlo a la luz para que ella pueda airear su ira y resentimiento. Intentar enterrarlo todos estos años no ha ayudado a mejorar lo que siento por mí.

Atticus: Lo está pasando mal.

Jada: ¿Insinúas que necesita un poco de perdón y comprensión?

Atticus: Sí.

Jada; ¿No captas la ironía?

Atticus: No sigas. Ella no hizo lo mismo que Tobias.

Jada: Aun así, todos cometemos errores. Algunos, simplemente, son más gordos que otros.

Atticus: Se encuentra mal casi todo el tiempo, acaba de perder a papá y está preocupada por mí y por si me sentiré cómodo y saldré adelante en mi nuevo trabajo.

Quizás a su madre le faltaba un poco de confianza en él, pero Jada no tuvo valor para escribirlo. A pesar de lo enfadada que estaba, no quería herir a su hermano pequeño.

Jada: A mí no me preocupa tu éxito, Atticus. Sé que lo harás muy bien. De todos modos, he intentado ser sensible a lo que le está sucediendo a mamá. Sabes muy bien lo mucho que me estaba esforzando.

Atticus: Lo sé. Tú la has ayudado mucho más que yo. Lo siento. No debería haberle contado lo de Tobias. No sé por qué lo hice. Sabía que se alteraría. Pero es que no sé cómo debería sentirme sobre él. A veces me gustaría devolverle el golpe, y a veces pienso que debería dejarlo estar. ¿Qué importancia tiene ya? Las cosas son como son. La gente queda parálitica después de un accidente todo el tiempo, y nadie tiene la culpa. Aunque me hubiese quedado parálitico por otro motivo, seguiría estando como estoy.

Jada: Tobias siempre se sentirá culpable, aunque tú no le hagas sentir así. Esa es la cuestión. Jamás podrá escapar de lo que hizo, independientemente de cómo te sientas.

Atticus: ¿Me estás diciendo que debería intentar hacer que su vida fuera un poco más fácil? ¿Ser mejor persona?

Jada: ¿A ti te pareció que la disculpa de Tobias fue sincera?

Atticus: Eso me pareció.

Jada: Si te resulta más fácil perdonarle que seguir resentido contra él, ahí tienes tu respuesta. Nadie va a culparte si no eres capaz de perdonarle, pero a lo mejor para ti sería mejor que lo hicieras.

Atticus: Aunque yo sea capaz de perdonarle, mamá no podrá hacerlo nunca.

Jada: Entonces deberá cargar con esa losa ella sola. Ya eres un hombre adulto, capaz de tomar tus propias decisiones.

Atticus: Haces que parezca fácil.

Jada: Pero sé que no lo es.

Atticus: Ella cree que sigues enamorada de Maddox.

¿Qué podía responder a eso? Jada deseó poder llamarlo. Era difícil escribir unas respuestas tan

largas. Pero le preocupaba que Maya pudiera oír la conversación.

Jada: Y puede que tenga razón.

Por fin lo había hecho. Había dicho la verdad, incluso lo había puesto por escrito.

Contuvo la respiración mientras contemplaba el movimiento de los puntos suspensivos, indicativo de que su hermano estaba escribiendo una respuesta.

Atticus: ¡Mierda! ¿En serio? ¿Después de trece años?

Jada: Nada ha cambiado, Atticus.

Atticus: Eso explica muchas cosas.

Jada: He hecho todo lo posible por pasar página, aceptándolo como un castigo por llevarte a esa fiesta. Pero yo no soy la única en la que debo pensar. ¿Qué pasa con Maya? ¿Qué se merece ella?

Atticus: ¿Estás viéndolo de nuevo? ¿Por eso se disculpó Tobias?

Jada: He visto a Maddox un par de veces, pero eso no tuvo nada que ver con lo que hizo Tobias. Su disculpa me sorprendió tanto como a ti, y sospecho que a Maddox también.

Atticus: Si te juntas con Maddox...

Jada esperó, pero su hermano no terminó la frase, de modo que ella le insistió.

Jada: ¿Qué?

Atticus: No sé qué hacer. No me lo imagino formando parte de mi familia.

Jada: No es mala persona, Atticus. Ni siquiera creo que lo sea su hermano.

Atticus: ¿Le concederás a mamá unos meses? No le hagas esto ahora mismo.

Jada: ¿Cambiarán las cosas con el tiempo? Han pasado trece años. ¿Cuándo podrá Maya conocer a su padre?

Atticus: ¿Cuándo vas a decirle que tiene una hija?

Jada: Aún no lo sé, pero espero hacerlo pronto.

De nuevo Jada esperó su respuesta, pero al no recibirla, le envió un signo de interrogación. Por fin recibió la respuesta.

Atticus: Estás apostando mucho por ese tipo. Esperemos que seas tú, y no mamá, quien tenga razón.

–Amén–susurró ella.

Su familia se estaba desmoronando y, una vez más, la culpa era de los hermanos Richardson.

Susan miraba por el parabrisas, sujetando con fuerza el volante mientras circulaba a toda prisa hacia el huerto de mandarinas de Uriah. Tenía unas cuantas cosas que decirle a Maddox y a Tobias, y le daba igual que no les gustara. Quizás de haber sido más firme y haber trazado una raya cuando Jada había empezado a salir con él trece años atrás, con un chico con su pasado y nada que ofrecer, en lugar de intentar mostrarse tolerante y flexible, Atticus seguiría conservando la función de sus piernas. Se negaba a enfrentarse a la misma clase de arrepentimiento por no mantenerse firme y luchar por su familia en esa nueva ocasión.

El teléfono sonó, llamando su atención hacia el lugar en el que lo había dejado, entre los dos asientos delanteros de su viejo Lexus, pero no hizo ninguna intención de contestar. El número, y la cara, de su hijo aparecieron en pantalla y brillaba con tanta fuerza como el panel de mandos del salpicadero del coche, de manera que sabía de sobra quién era. De todos modos, habría podido adivinarlo aunque no hubiese visto la pantalla del móvil. Atticus no había parado de llamar desde que había salido de su casa poco después de regresar, cansada del trabajo y aún enfadada por la

discusión mantenida con Jada tres días atrás. Su hijo la había recibido con la noticia de que iba a visitar a Maddox y a Tobias en los próximos días, en cuanto se armara de valor, y anunciarles que les perdonaba a ambos. Aunque había estallado en lágrimas mientras se lo contaba, había dicho que se alegraba de que hubieran regresado a Silver Springs, porque eso le había obligado a enfrentarse a su ira y resentimiento, que debía superar si alguna vez aspiraba a pasar página y ser feliz, Susan no se lo había tragado. Sin duda Jada le había metido todo eso en la cabeza. Sin duda debía haber estado llorando sobre su hombro para intentar despertar su simpatía. Y él era tan blando que había funcionado. Atticus no entendía el efecto dominó que produciría sobre el futuro de todos ellos perdonar a Maddox y a Tobias.

—No vas a recuperarla —murmuró a Maddox, aunque aún no había llegado a su casa. No iba a permitir que su hija estuviera con alguien que había provocado tanto daño a su familia, no bajo cualquier circunstancia.

El sonido del móvil se detuvo, pero empezó de nuevo. Atticus. No se iba a rendir.

Al fin, y justo cuando llegaba al límite de la ciudad, contestó.

—¿Qué quieres? —espetó.

—¿Qué estás haciendo? ¿Adónde vas?

—Eso no es asunto tuyo —Susan entornó los ojos ante las luces del tráfico que se acercaban de frente. No tenía fuerzas para esa clase de disgusto emocional. Había tenido un día muy ocupado en la tienda e, incluso con la ayuda de Atticus, había trabajado doce horas. Le dolía todo el cuerpo. El estrés y el agotamiento hacían que su lupus rebrotara. No se había encontrado bien desde la marcha de Jada. Pero no podía permitir que eso la detuviera. Tenía que actuar rápidamente, o todo se le iría de las manos.

—Mamá, por favor no hagas nada que pueda lastimar a Jada.

—¿Lastimar a Jada! Lo que intento es protegerla. Y a Maya también.

—¿Impidiendo que Jada pueda estar con Maddox? ¿Cómo va a ayudarle eso?

—¿Sabes qué clase de madre tiene él? Ella es parte del motivo por el que su hermano es un exconvicto. ¿De verdad quieres que tu hermana se relacione con esa clase de gente? ¿Quieres que el padre de Maya sea una persona así? ¿Quieres que su abuela sea una drogadicta y su tío un peligroso exconvicto, el hombre que te disparó? Piensa en la niña, ¡por el amor de Dios!

—Estoy pensando en ella. Y Jada también. Maddox no es su madre ni su hermano. Tiene derecho a que lo juzgues por él mismo.

—Sí, bueno, dejó embarazada a tu hermana a los diecisiete años. Por su culpa ella se casó con Eric y fue tan infeliz. Por su culpa no tiene estudios. Y por su culpa, porque la llevaba a fiestas donde había drogas y alcohol, ¡tú no puedes caminar!

—Mamá, si tienes idea de ir a casa de Maddox, por favor, detente. Me siento mal por él y por Jada. Si ellos dos aún se quieren, merecen una oportunidad de estar juntos, independientemente del resto de nosotros.

—Dos personas que son responsables de lo que hicieron no se merecen nada.

—¡Mamá, escúchame! ¡No lo hagas! —gritó Atticus antes de que ella colgara.

Esa manera de hablar a su madre, tan exigente, como si la estuviera amenazando... no lo iba a tolerar. Había sido muy buena con él, cuidándolo durante su convalecencia, atendiéndolo, atada de pies y manos por él desde entonces. Se merecía más lealtad de la que le estaba demostrando en esos momentos. De eso estaba segura.

—¿Ves lo que pasa? —murmuró mientras golpeaba el volante—. Esos bastardos ya nos han vuelto a separar.

Conducía demasiado deprisa y cuando llegó al cruce, derrapó al entrar en el camino. Pero consiguió dominar el coche antes de frenar de golpe, apagar el motor y saltar del vehículo. Gracias a la fértil tierra y a tantos árboles, el aire fuera de la ciudad era varios grados más fresco. Susan se alegró. Estaba tan alterada que ya iba empapada en sudor.

El golpe de nudillos pareció resonar contra el cielo cuajado de estrellas. Respiraba con dificultad mientras esperaba, completamente centrada en la batalla que tenía por delante, pero aun así oyó el croar de una rana cercana y alcanzó a oler el fecundo aroma del huerto que la rodeaba.

La puerta se abrió y un adulto Tobias llenó todo el hueco. Susan no lo había visto desde el juicio, pero había pasado cada día en la sala del tribunal y había leído una declaración ante el juez, pidiendo la máxima pena, cuando todo hubo acabado. De modo que ella sabía que Tobias la había reconocido.

Él no habló. En su rostro se adivinaba una expresión de resolución, como si supiera que ese día tenía que llegar. Tampoco cerró la puerta, se limitó a quedarse ahí, expectante. Aunque ella notaba que estaba receloso, también vio un aire respetuoso, deferente, en él. Eso estuvo a punto de desarmarla, pero rápidamente pensó en la probabilidad que había de que Jada le contara a Maddox que Maya era hija suya, de la posibilidad de quedar atada de por vida a esa gente que tanto daño le había hecho, si no hacía nada por impedirlo, y su determinación regresó de inmediato.

–Avisa a tu hermano –espetó–. Quiero deciros algo a los dos.

–Maddox no tuvo nada que ver con lo que sucedió. Si ha venido a cobrarse alguna deuda, soy yo al que busca –contestó Tobias, saliendo al porche y cerrando la puerta tras él.

–Que venga Maddox –insistió ella–. Quiero hablar con él también.

–Él jamás hizo nada malo.

Todo el mundo parecía dispuesto a respaldar a ese hombre, pero ella culpaba a Maddox por lo sucedido, incluso más que a Tobias. A fin de cuentas había sido su relación con Jada la que había iniciado todo. También había dejado a Jada embarazada a los diecisiete años, destrozando también la vida de su hija.

–Eso es lo que tú dices.

Tobias le había parecido tan dócil, tan arrepentido, en esos primeros segundos que le sorprendió verlo sacudir la cabeza.

–No. Si tiene algo que decir, dígamelo a mí y déjele a él fuera de eso. Yo soy el que se lo tiene merecido.

Algo estalló en el interior de Susan. No supo exactamente qué dijo después, pero sí que empezó a gritar y a llorar y, por primera vez en su vida, a atacar físicamente a alguien. Hundió las uñas de las mejillas de Tobias y lo golpeó donde pudo. Incluso le propinó patadas.

Él no reaccionó en ningún momento, no levantó las manos para parar los golpes. Lo único que hizo fue desplazarse para impedir que ella alcanzara la puerta y entrara a buscar a Maddox.

–Esto es entre nosotros dos –insistió con voz suave y calmada, pero decidida.

De todos modos la puerta se abrió y, por fin, allí estaba Maddox.

–¿Qué está pasando aquí? –Maddox miró de Susan a Tobias y vuelta a Susan.

Ella se había lastimado la mano al golpear a su hermano y se la veía tan agotada que apenas se tenía en pie, pero miró a Maddox con toda la ira que pudo expresar.

–Tú, deja a mi hija en paz. No permitiré que una basura como tú vuelva a arruinarle la vida. ¿Me has entendido? Mantente lejos de ella. ¡Y no te atrevas a acercarte a mi nieta tampoco! Me consta que ya estarás intentando meterte en la cama de Jada, miserable, inútil...

–¡Eh, eh! –gritó alguien a sus espaldas. Susan se volvió y vio a Uriah. Había estado armando tal jaleo que el anciano lo había oído y había salido de su casa–. Salga de mi propiedad ahora mismo o llamaré a la policía.

–¿Por mí?

Susan señaló impotente a Maddox y a Tobias. Eran ellos los que tenían que irse. Pero de repente vio la situación que estaba contemplando Uriah: Maddox y Tobias estaban allí de pie, el atractivo rostro de Tobias sangrando por culpa de los profundos arañazos que ella le había hecho, y supo que era más que obvio que ninguno de los dos había hecho nada, ni siquiera habían levantado la voz, mucho menos una mano, para detenerla ni para hacerle daño.

–Sí, usted –contestó Uriah–. Siento mucho lo que le ha pasado, señora Brooks. Siento también lo de su hijo. Pero este no es modo de manejarlo. Venga, le ayudaré a regresar a su coche.

Uriah alargó una mano para tomarle la mano y conducirla de vuelta al camino de grava, pero ella no se lo permitió. Se enjugó las lágrimas y agitó un dedo delante de los hermanos Brooks.

–Vosotros dos dejad a mi familia en paz –les advirtió–. Ya habéis hecho bastante. ¿Me habéis oído? No os queremos de vuelta en nuestras vidas, fastidiándolo todo de nuevo. ¿En qué estáis pensando? Aunque recuperes a Jada, ella jamás será del todo feliz sin su familia. Sobre todo teniendo en cuenta la familia que tienes para ofrecerle.

–He dicho que ya basta –le advirtió Uriah mientras le agarraba un brazo con firmeza y la acompañaba hasta el coche, sin soltarla hasta que estuvo sentada al volante–. No vuelva jamás –le dijo antes de cerrarle la puerta.

Capítulo 27

–¿Estás bien? –le preguntó Maddox a su hermano en medio del silencio que se había instalado después de que la madre de Jada hubiese salido a toda prisa de la propiedad, estando a punto de chocar contra otro coche al incorporarse a la carretera mientras intentaba alejarse de allí.

–Sí –contestó Tobias mientras se limpiaba la sangre de la cara con la camiseta.

La grava del camino crujió bajo los pies de Uriah mientras se reunía con ellos.

–Jamás esperé un comportamiento así de ella –aseguró con expresión estupefacta.

–Tenía derecho a hacer mucho más –dijo Tobias.

–Venid a mi casa. Tengo desinfectante para esa herida –Uriah intentó sujetar la barbilla de Tobias para inspeccionar con más detenimiento los arañazos, pero él lo apartó.

–Estoy bien. No es nada. Es una anciana, ni siquiera me dolió.

Quizás el dolor no fuera lo bastante importante para que lo demostrara, pero Tobias estaba muy alterado. Maddox lo conocía lo suficiente como para darse cuenta.

–Siento haberlo metido en esto –se disculpó Tobias con el anciano.

–¿Bromeas? Me alegra haber estado aquí para pararlo. No me dio la impresión de que vosotros dos estuviésteis haciendo gran cosa.

–Ya lo he dicho –Tobias se encogió de hombros–. Me lo merecía –insistió antes de darse media vuelta y entrar en la casa.

Maddox y Uriah lo siguieron.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó Maddox al ver a su hermano meter sus escasas pertenencias en una vieja mochila verde militar.

–Largarme de aquí.

–¿Qué quieres decir? –Maddox intercambió una mirada con Uriah antes de acercarse a su hermano.

–Me marcho, me largo de esta ciudad. No quiero seguir causándoos problemas a Uriah y a ti.

–No lo estás haciendo –le aseguró Uriah–. Es ella la que ha causado todo el jaleo. Además, aquí tienes un trabajo. Te necesito.

–Usted no me necesita –Tobias rio con amargura–. Sea sincero. Me dio el trabajo por compasión. Lo cierto es que soy un grano en el culo para todo el mundo. Y no lo soporto.

–¿Adónde piensas ir? –preguntó Maddox.

–De momento con mamá. Necesita a alguien que la ayude a mantener cierto orden en su vida. No parece capaz de conseguirlo ella sola.

–Mamá está bien. Está en casa recuperándose del accidente –cierto que iba a tener que ir al juzgado para pagar por lo que había hecho, pero eso no tenía nada que ver con el asunto que les ocupaba.

–Preferiría que te quedaras –insistió Uriah–. Reconozco que, al darte el empleo, mi intención

era ayudarte, pero lo cierto es que has trabajado duro y te mereces cada centavo. No quiero perderte.

–Y no estás preparado para vivir con mamá, Tobias –intervino Maddox–. No sé si lo estarás alguna vez. Su vida es tal caos que no puede evitar afectar a todos los que la rodean.

Tobias tiró con fuerza de las cuerdas para cerrar la bolsa y se la colgó del hombro.

–Ya, bueno, debemos ayudarnos los unos a los otros.

–Ella no te ayudará. Ese es el problema.

–Maddox –Tobias se volvió hacia su hermano–, he visto lo mucho que Jada significa para ti. Tendrás más posibilidades con ella si yo salgo de la foto, y eso voy a hacer.

Maddox empezaba a pensar que era un estúpido por atreverse siquiera a soñar con una relación con Jada. ¿Quería de verdad apartarla de su familia? Como ya le había dicho, no tenía mucho que ofrecer, no mientras cargara con el equipaje tan pesado de su propia familia.

–Fue una estupidez volver a relacionarme con ella, Tobias. Quédate –intentó agarrar la mochila, pero Tobias se movió para que no pudiera alcanzarla.

–No, tío. He terminado. Necesito encontrar mi propio camino y dejar de depender de ti.

–Eso no es verdad –protestó Maddox.

–Sí lo es –Tobias frunció el ceño y se volvió hacia Uriah–. Agradezco todo lo que ha hecho por mí. De verdad que lo agradezco. Pero si no me marchó de aquí, voy a joderle a Maddox su empleo y todo lo demás. Al principio no pensé que fuera para tanto, me refiero a su trabajo. Supuse que algo habría para él en Los Ángeles, con un sueldo parecido, incluso mejor, y así podríamos vivir juntos. Pero ahora veo lo que de verdad está en juego, y no quiero volver a fastidiarle la vida.

Uriah no parecía contento de oír las palabras de Tobias, pero asintió como si comprendiera por qué lo decía. A lo mejor incluso lo admiraba.

–Tobias, para –insistió Maddox–. A saber si entre Jada y yo hay posibilidades de algo serio o no.

–Ya está sucediendo. Anoche, cuando vino aquí y se quedó con nosotros un rato... nunca te había visto mirar a una mujer como la miras a ella.

–No sigas. Ya oíste a su madre. No tengo ninguna posibilidad. Los Brooks jamás me aceptarán, y yo no puedo apartarla de sus seres queridos –del mismo modo que él no podía abandonar a los suyos–. Si quieres irte, dame un par de semanas. Dimitiré de mi trabajo y me iré contigo.

–Eso sería un error, Maddox –Tobias pasó junto a Uriah y se dirigió hacia la puerta–. Lucha por ella. Yo lo haría. No permitas que nada se interponga en tu camino –concluyó antes de salir de la casa.

–¿Qué vas a hacer? –le preguntó Uriah, visiblemente preocupado, a Maddox.

–No hay nada que pueda hacer –contestó él mientras sacudía la cabeza.

Alzando las manos en el aire, como si esa no fuera la respuesta que quería oír, Uriah asomó la cabeza por la puerta, y a la oscura noche.

–¡Por lo menos deja que uno de los dos te acerque en coche! –gritó.

Maddox vio a su hermano agitar una mano en el aire, despidiéndose, antes de desaparecer.

Maddox no durmió en toda la noche. Su hermano había llegado a casa de su madre hacia las cuatro de la madrugada, tras hacer autoestop durante siete horas, pero el eco de las palabras de la madre de Jada seguía resonando en su cabeza: «No permitiré que una basura como tú vuelva a arruinarle la vida. Basura... Basura... Basura».

Tenía que tomar una decisión, y no podía aplazarla por más tiempo. ¿Hacía lo mejor para Tobias y su madre, y buscaba un trabajo en Los Ángeles para poder ocuparse de ambos? ¿Se marchaba de Silver Springs y dejaba en paz a los Brooks?

Él quería a Jada. Siempre la había querido. Pero después de lo de la noche anterior, no parecía muy realista pensar que pudieran ser felices juntos, no con las familias de ambos separándolos. Quedarse en Silver Springs era la opción más egoísta, la opción que no tenía en cuenta lo que necesitaban los demás y simplemente tomaba lo que más importaba para él.

A la mañana siguiente llegó al trabajo a primera hora. Había tomado una decisión, seguramente la más difícil que había tenido que tomar jamás.

–Has venido temprano.

Levantó la vista al oír la voz de Aiyana. Le había enviado un mensaje antes de salir de su casa, anunciándole que necesitaba hablar con ella cuanto antes, pero no había esperado que apareciera en su despacho en cuanto él llegara. Apenas eran las ocho de la mañana.

–¿Qué está pasando aquí? ¿Por qué estás recogiendo tus cosas? –ella se acercó al escritorio con una expresión en el rostro que decía que esperaba que no fuera lo que creía que era–. No me digas que dimites. El curso empieza dentro de dos semanas.

–Lo sé, y lo siento –contestó él–. Debería haberme dado cuenta desde el principio de que esto no iba a funcionar. Con mi hermano fuera de la cárcel y mi madre... bueno siendo como es, creo que en el fondo siempre lo he sabido. Pero quería que fuera de otro modo, creía que podría conseguir que fuera de otro modo.

–Y puedes conseguirlo –Aiyana apoyó los puños sobre las caderas–. La decisión es tuya, Maddox. Puedes conseguir de la vida lo que le pidas.

–Sí, eso es lo que me has enseñado. Y lo creo. Pero ¿a qué precio? Después de que la madre de Jada viniera a mi casa anoche, comprendí que...

–¡Espera! ¿Susan apareció por tu casa?

–Así es.

–¿Qué quería?

–¿Tú qué crees que quería?

–Madre mía. ¿Cómo de fea se puso la cosa?

–Fea. Atacó a Tobias. Gritó. Chilló. Golpeó. Arañó. Pateó.

–¿Está herido? –ella frunció los labios.

–Por suerte no es lo bastante fuerte como para hacer algo más que arañarle la cara. Pero lo peor no fue la parte física, sino más bien lo que dijo. Su ira se convirtió en puro odio, y le golpeó como un gancho en el peor momento posible, justo cuando empezaba a sentirse un poco mejor consigo mismo, tras disculparse ante Atticus.

–Siento lo sucedido.

Maddox metió la planta que Aiyana le había regalado el primer día de trabajo, en una de las cajas que estaba utilizando para llevar sus cosas.

–Yo también. Tobias se marchó de inmediato. Hizo autoestop hasta Los Ángeles.

–¿Has tenido noticias tuyas? ¿Está bien?

La preocupación se reflejaba claramente en la voz de la mujer.

–Sí. Está en casa de nuestra madre. Sin embargo, no creo que deba quedarse allí mucho tiempo. Si no hago nada para ayudarlo, puede que acabe lamentándolo el resto de mi vida. Es una de esas situaciones en las que tienes que actuar pronto si quieres conseguir algo.

–Respeto la decisión que estás tomando y, en cierto modo, conseguiré prescindir de ti si no me

queda más remedio. Las personas deben estar antes que el empleo, antes que nada. Pero ¿qué pasa con Jada? Tenía la impresión de que seguía habiendo una chispa entre los dos.

Maddox se detuvo y se echó hacia atrás en su silla.

—Hay más que una chispa —admitió—. Por lo menos por mi parte. Pero no puedo pedirle que le dé la espalda a su familia. Después de lo de anoche, sé que jamás me aceptarán, tampoco tenía muchas esperanzas de que lo hicieran, pero lo de anoche me convenció. Deberías haber visto a su madre, Susan jamás perdonará a Jada si me elige, y no voy a pedirle una elección así a la mujer que me importa, nunca. Además, Jada tiene una hija y cualquier cosa que hagamos le afectará a ella también —Maddox se levantó y empezó a meter sus libros en las cajas—. No es muy difícil mirar hacia delante y comprender que lo nuestro no va a funcionar, y mejor hacerlo antes de destrozarnos los corazones intentando forzar la situación.

—Oigo tus palabras, y te apoyo, hasta cierto punto, dado que Tobias y tu madre me importan. Pero...

—¿Pero?

—Hay otras consideraciones.

—Haré todo lo que pueda para ayudarte a encontrarme un sustituto. En Utah trabajé con alguien que podría estar interesado. Es una buena opción. Y dado que puede que tardes un tiempo en traerlo, a él o a otra persona, si hace falta volveré cuando empiece el curso. Me aseguraré de que tengas todo el apoyo necesario.

—Eli y yo podemos repartirnos la carga de trabajo hasta que encontremos a otra persona. No me estaba refiriendo al trabajo.

—¿Entonces? —él frunció el ceño—. ¿De qué hablabas?

—No soy libre para decirlo —Aiyana se frotó la frente.

—¿Hay algo que no puedes contarme? —Maddox ni se imaginaba a qué podía estarse refiriendo.

—Qué situación tan difícil —murmuró ella.

Aunque era evidente que hablaba consigo misma, él respondió.

—Lo es. Pero tú no estás directamente implicada, ¿verdad?

—No, esa es una parte del problema. Si lo estuviera me sentiría más cómoda expresando mi opinión. Tan solo te pido un favor...

—Haré todo lo que pueda. Sabes que te quiero como a una madre, y que te respeto mucho más que a mi propia madre.

—Eres un hombre maravilloso, Maddox. Te mereces ser feliz, y quiero que lo consigas. Por favor, prométeme que no te marcharás sin hablar primero con Jada.

—Te lo prometería sin dudar si creyera que fuera a servir de algo. Pero si oigo su voz podría cambiar de opinión, y ¿dónde situaría eso a los demás, incluyéndola a ella?

—Vamos, Maddox. Confía en mí.

—No puedo —contestó él.

Marcharse ya era bastante difícil.

Jada no había hablado con Maddox, ni le había enviado ningún mensaje desde que fuera a su casa. Annie y su familia estaban fuera de la ciudad, visitando a los abuelos, y Maya estaba todo el tiempo en casa, de modo que había mucha menos intimidad que de costumbre. Y como ya no iba a trabajar a la tienda, había estado poniéndose al día en su negocio y dedicando el resto del tiempo a su hija, buscando una pequeña casa para alquilar, haciendo compras para la vuelta al colegio y

comprando libros y demás material.

No le preocupaba demasiado que Maddox y ella no se estuvieran comunicando como antes. La noche que había pasado con él y con Tobias había ido bien. Al marcharse se había sentido esperanzada, incluso ilusionada, sobre su relación, y tenía muchas ganas de pasar todo un fin de semana con él. Supuso que estaría dejándola tranquila para que pudiera prepararse para el viaje. Y por eso el mensaje que le envió el lunes por la mañana la pilló completamente por sorpresa.

Lo siento mucho, Jada. No podré pasar el fin de semana contigo. Creo que no hemos estado considerando nuestra situación con objetividad, y me temo que si no lo hacemos alguien resultará lastimado. Quiero que sepas que mis sentimientos por ti siempre han sido sinceros. Y si pudiera cambiar algo para que pudiésemos seguir viéndonos, lo haría. Pero no te pediré que me elijas por encima de tu familia. No creo que pudieras ser feliz durante mucho tiempo así. Y no voy a obligarte a cargar con mi familia y sus problemas. No tienen a nadie que les ayude en la vida, y no parecen capaces de hacerlo por ellos mismos, de modo que he dejado mi empleo para mudarme cerca de ellos. Espero que me perdones por haber estado tan dispuesto a volver a lo que teníamos cuando no podemos terminarlo... otra vez. Jamás te olvidaré y, para serte sincero, dudo que alguna vez pueda amar tanto a otra mujer.

Un terrible dolor atravesó el pecho de Jada. Era un adiós. Apenas acababa de regresar a su vida, después de que lo hubiera echado de menos y lo hubiera añorado durante trece años, después de haber comprendido que ningún otro le serviría.

Se sentía enferma, aplastada bajo el peso del repentino revés. Desde que hubiera abandonado la casa de su madre se había sentido pletórica, en la cima del mundo, y la caída era muy fuerte.

Tras asegurarse de que Maya seguía durmiendo en el colchón inflable del suelo, apartó las mantas del sofá en el que dormía ella y entró en el dormitorio de Tiffany, que tenía que atravesar para llegar al cuarto de baño. En cuanto estuvo a salvo, cerró la puerta, echó el cerrojo y se apoyó contra ella. ¿Qué había pasado? ¿Qué estaba pasando?

Respiró hondo varias veces para controlar el repentino temblor de sus rodillas, se apartó de la puerta y se sentó sobre la tapa del inodoro.

¿Por qué haces esto?

Esperó una eternidad, pero no hubo respuesta, de modo que se decidió a llamarlo.

«Soy Maddox Richardson. En estos momentos no estoy disponible. Si quieres, deja tu nombre, número de teléfono y mensaje, y te llamaré en cuanto pueda».

Jada se aclaró la garganta, preparándose para oír el bip.

—¿Maddox? Soy Jada. Por favor, llámame.

Colgó y esperó quince minutos más, sin que sirviera de nada. Tenía la terrible sensación de que Maddox había dicho lo que tenía que decir y que la había eliminado de su vida para pasar página.

Había sido tan repentino. ¿Qué lo había provocado? ¿Tenía que ver con su trabajo, su hermano, su madre... ella?

No tenía ni idea. Supuso que tendría que avisar al colegio con dos semanas de su marcha. No podía marcharse de Silver Springs así sin más.

La idea le proporcionó un mínimo consuelo. Al menos tendría la posibilidad de hablar con él. Decidió llevar a Maya a casa de su madre y dejarla con Atticus, Susan pronto estaría en la tienda, de modo que ni siquiera tendrían que verse. Luego se dirigiría a New Horizons. Maddox iba a tener que recibirla si estaba en su despacho.

Pulsó en el móvil la tecla para llamar a su hermano.

–Hola –contestó él, la voz ronca por el sueño.

Eran casi las nueve de la mañana, pero todos apuraban los últimos días de vacaciones de verano antes de que comenzaran las clases.

–Siento haberte despertado –saludó ella–, pero quería preguntarte si, por un casual, estarás en casa esta mañana. Quería dejarte a Maya una hora o así. Tengo que hacer algo.

–¿El qué?

Dado que ya había admitido ante Atticus que sentía algo por Maddox, decidió mostrarse transparente.

–Tengo que hablar con Maddox. Algo va mal.

–¿Tiene algo que ver con mamá?

–¿Qué quieres decir? –el corazón de Jada falló un latido.

–Tuvimos un... incidente el jueves pasado.

–¿Qué clase de incidente?

–Le conté que iba a hacerles una visita a Tobias y a Maddox, para hacerles saber que les perdonaba a los dos por lo sucedido. Y se puso histérica.

–¿Exactamente qué consecuencias tuvo su ataque de histeria? –Jada agarró el teléfono con más fuerza.

–Al parecer fue a casa de Maddox, y no estoy seguro del todo, pero me temo que no fue bien. Cuando volvió a casa, tenía la cara hinchada de tanto llorar y la mano también.

–¿La mano? ¿Y te contó cómo se la había lastimado?

–Si hubiesen sido ellos seguro que me lo habría contado. Sin duda también te habría llamado a ti para explicarte lo asquerosos que son. O se habría limitado a llamar a la policía. Ha tenido que ser culpa de ella. Le pregunté si había golpeado a alguien, o algo, pero ni siquiera quiso hablar conmigo. Se fue directamente a su dormitorio y cerró la puerta de un portazo, y cuando intenté hablar con ella me dijo que me marchara.

–¿Y al día siguiente se levantó para ir a la tienda? –Jada se puso en pie.

–No, no se encontraba bien. Le dije que iría yo en su lugar, pero no quiso ni oír hablar de ello. Me dijo que dejara puesto el cartel de «Cerrado».

–¿Y no me lo contaste?

–He intentado dejarte libre, Jada. Dejarte que vivas tu vida.

–Y te lo agradezco, pero... –contempló su rostro de expresión infeliz en el espejo del cuarto de baño-. ¿Qué ha pasado desde entonces? ¿Ya tiene bien la mano? ¿Ha mencionado cómo se hizo daño?

–La mano está bien. Ayer volvió a trabajar. Pero no quiere hablar de aquella noche.

–¿Entonces hoy va a ir a la tienda?

–Supongo que ya se habrá marchado. Hace unos minutos oí cerrarse la puerta. Creo que todo va bien, esto se pasará.

Jada intentó deshacer el nudo de la garganta que amenazaba con ahogarla.

–Esto no se pasará, Atticus. Maddox deja el trabajo y se marcha de aquí.

–Pero yo creía que quería ese trabajo de verdad. New Horizons es el motivo por el que regresó a esta ciudad.

–Así es –pero había descubierto que ella también estaba, y había empezado a desear otras cosas. Eso era lo que le había echado realmente de allí.

–Mamá debe haberse pasado mucho –Atticus soltó un silbido.

A Jada no le cabía ninguna duda. Susan llevaba trece años muriéndose por darles una lección a los Richardson.

- ¿Puedo llevarte a Maya?
- Por supuesto. Aquí estaré.
- Te veo dentro de una hora.

No encontró a nadie en el despacho. De hecho, todo el edificio de administración de la sección de chicas estaba cerrado con llave y completamente a oscuras. Jada accionó varias veces el picaporte antes de juntar las manos a modo de visera alrededor de los ojos e intentar ver algo a través del campus. Maddox no podía haberse marchado ya. ¡Había recibido el mensaje esa misma mañana!

Por fin vio a una mujer, que sujetaba unos libros contra el pecho mientras corría hacia el aparcamiento.

- ¡Disculpe! –llamó.
- ¿Sí? –la mujer se detuvo y levantó la cabeza.
- ¿Podría decirme dónde puedo encontrar al señor Richardson, por favor? –Jada corrió a su encuentro.

La mujer frunció los labios en un gesto de evidente contrariedad.

–Me temo que ya no trabaja aquí, por desgracia. Me gustaba, y estoy segura de que hubiese hecho un gran trabajo aquí.

- ¿Qué ha pasado? ¿Lo sabe?
- Algo pasó, algo que tiene que ver con su familia. Por lo que he oído, se ha marchado a vivir a Los Ángeles –la mujer pasó los libros al brazo izquierdo para poder gesticular con el derecho–. Aiyana debería poder explicarle algo más. La encontrará en el edificio detrás de esa puerta, ahí mismo.

Jada se sentía aturdida. ¿Maddox se había marchado? ¿Ya?

–Gracias –balbuceó mientras obligaba a sus pies a arrastrarla hacia la sección de los chicos.

Allí había bastante más actividad. Jada vio alumnos caminando en grupos, riendo, hablando y alborotando mientras caminaban con las mochilas a la espalda, siguiendo a varios profesores que los conducían a distintos lugares.

Al entrar en el edificio de administración, Jada oyó el ruido del aparato de aire acondicionado, y sintió de inmediato sus efectos refrescantes. Pero en lugar de sentir alivio, se sintió helada.

- ¿Puedo ayudarla?
- La robusta mujer sentada tras el mostrador de recepción la había visto entrar.
- Sí, esperaba poder hablar con Aiyana.
- Creo que está en el campus, pero déjeme que lo compruebe –la mujer se levantó, asomó la cabeza a un despacho y regresó de inmediato–. Me temo que no está aquí. Si quiere sentarse, debería volver en unos minutos.

Jada sufría tanta ansiedad que era incapaz de sentarse.

- Esperaré fuera.
- ¿Con este calor? –la otra mujer la miró consternada.
- Hay un poco de sombra junto al edificio.
- Si lo prefiere así.

En cuanto salió del edificio, buscó el número de teléfono de Honey Hollow Tangerine Orchard,

el huerto de Uriah. Si no conseguía hablar con Aiyana, quizás Uriah podría contarle algo...

Temía que el anciano solo tuviera teléfono fijo y que no recibiera respuesta porque estaría en el huerto. El hombre era muy mayor y quizás no estuviera muy adaptado a las nuevas tecnologías. Susan era mucho más joven que él y no podía decirse que manejara los móviles con demasiada soltura. Sin embargo, al tercer tono, descolgó.

–¿Señor Lamb?

–¿Sí?

–Soy Jada Brooks.

Hubo una pequeña pausa antes de que Uriah contestara.

–Hola, señorita Brooks –casi daba la sensación de que había estado esperando la llamada.

–Yo... eh, estoy intentando contactar con Maddox. ¿Por casualidad no sabrá dónde está, verdad?

–En alguna parte de Los Ángeles.

–¿Va a volver? –el estómago de Jada se encogió.

–Según él no.

–¿Se ha mudado?

–Después de que su madre viniera el jueves por la noche, Tobias se marchó y no quiso volver. Maddox dejó su trabajo e hizo las maletas poco después.

«¡No!». Jada dejó caer la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

–Entiendo. ¿Qué dijo mi madre? ¿Lo sabe?

–No pude oírlo todo. Ni siquiera sabía que estuviera en mi propiedad hasta que oí sus gritos y salí corriendo. La vi clavar sus uñas en la cara y el cuello de Tobias.

Jada abrió los ojos de golpe y se tapó la boca con una mano.

–¿Señorita Brooks, sigue ahí?

–Sí –contestó ella dejando caer la cabeza–. Solo intento digerirlo.

–Lo siento.

–Yo también. ¿Podría... podría facilitarme el número de teléfono de Tobias?

De nuevo se produjo una pausa.

–¿Por favor?

–Siento afecto por ese joven y su hermano.

–Yo también.

–Entonces espere un minuto.

Jada puso el altavoz y grabó los números en la agenda del teléfono a medida que Uriah se los dictaba, pero en cuanto colgó la llamada vio acercarse a Aiyana.

–Jada, me alegra verte –Aiyana parecía tan acogedora como de costumbre–. Tenía ganas de llamarte, pero no quería extralimitarme.

–Se refiere a Maddox.

–Sí.

–No me puedo creer que se haya ido. Ni siquiera me dijo que fuera a marcharse. Recibí un mensaje suyo esta mañana y... eso es todo. Y ahora no responde a mis llamadas –Jada no estaba segura de por qué le estaba dando tanta información, pero las palabras surgían de sus labios más deprisa de lo que era capaz de detenerlas.

–¿Quieres pasar a mi despacho? –Aiyana le tocó un brazo.

Jada miró reticente hacia la puerta. Sin duda prefería la intimidad del despacho, pero no cuando tenía que pasar delante de los empleados del centro, en un momento en que estaba tan alterada.

–No, esperaba que pudiera decirme adónde se había ido, pero acabo de hablar con Uriah y me ha dicho que está en Los Ángeles. De modo que no hay motivo para que le haga perder su tiempo.

Aiyana miró a su alrededor como si quisiera asegurarse de que nadie pudiese oír lo que estaba a punto de decir.

–Intenté convencerle para que te llamara antes de marcharse, para que hablara contigo de sus intenciones, pero es muy testarudo. En cuanto decidió que vosotros dos no teníais ninguna posibilidad, no quiso escuchar nada más. Yo sabía que solo había una cosa capaz de detenerlo, pero no me considero la persona adecuada para comunicárselo. Eso debería oírlo de ti.

–¿Qué debería oír de mí? –Jada parpadeó perpleja.

–Jada, Maya vino a verme hace no mucho y me preguntó si había llegado a conocer a su padre. Yo pensé que se refería a tu exmarido, claro, pero no era así. Ella me dijo que su padre biológico se llamaba Madsen, y que murió en un accidente de moto aquí, en Silver Springs, antes de que ella naciera.

Jada se quedó sin aliento.

–Pero eso no es así, ¿verdad que no?

Jada sintió que un rayo de pánico la atravesaba, casi doblándole las rodillas. Aiyana conocía su secreto mejor guardado.

–No se lo contó... –exclamó.

–Claro que no. Y tampoco se lo conté a Maddox, aunque me hubiese gustado hacerlo. Es peligroso meterse en las vidas de los demás. No me gustaría ser responsable de poner algo en marcha, algo que podría llegar a lamentar, o algo que podrías llegar a lamentar tú. Te enfrentas a una decisión muy difícil y no puedo fingir que la decisión que quiero que tomes sea la correcta – Aiyana bajó el tono, pero habló con más convicción–. Pero lo que sí puedo decirte es que, si lo amas, si quieres recuperarlo, tienes que darle un motivo para luchar por ti y por lo que podríais tener juntos, una razón para creer que esta vez lo puedes elegir a él.

–Me está diciendo que ese motivo es Maya.

–Sí.

El corazón de Jada latía con tanta fuerza que casi no conseguía respirar.

–Pero no estoy preparada para decírselo. No lo conozco tan bien, no últimamente. A lo mejor los dos hemos cambiado demasiado desde... desde antes.

–Es una posibilidad –concedió Aiyana.

–¿Y si se lo cuento y los desafíos a los que nos enfrentamos siguen siendo demasiado grandes para superarlos?

–No hay manera de saber qué te hará más feliz. La vida es incierta. Lo único que puedo decirte es que un amor como el que, creo, siente él por ti, no aparece muy a menudo. Y aunque tu madre no estaría de acuerdo conmigo, no es fácil encontrar a un hombre tan valioso como Maddox. En mi opinión se merece el riesgo. La pregunta es si tú opinas lo mismo.

Capítulo 28

–Estás muy callada esta noche –observó Tiffany mientras Jada, sentada en el sofá con los pies apoyados sobre la mesita de café, trabajaba con el portátil sobre el regazo.

–Es que estoy intentando terminar unas cosas –contestó ella, aunque lo cierto era que no había podido concentrarse lo suficiente como para poder trabajar.

Había estado observando a Maya durante todo el día, percibiendo la emoción de la niña ante el comienzo del curso, oyéndola hablar con Annie por teléfono y pensando en el hecho de que su hija había ido a visitar a Aiyana en un intento de averiguar algo sobre su padre. Eso requería muchas ganas y esfuerzo por parte de una niña a punto de cumplir trece años. Era evidente que Maya sentía verdaderos deseos de averiguar más sobre el hombre cuyo DNA compartía. Buscaba la verdad, y Jada quería ofrecérsela.

Pero ¿y luego qué? Hablarle a Maya sobre Maddox y todo lo que había sucedido en esa fiesta, a raíz de la cual habían cambiado tantas vidas, ¿mejoría o empeoraría la situación?

Sabía que a su madre no iba a gustarle. Pero a Atticus no le importaría. Su comportamiento, quedándose con Maya para que ella pudiera ir en busca de Maddox, lo decía todo. Por fin su hermano parecía haber empezado a pensar por sí mismo, estableciendo cierta independencia. Incluso le había anunciado a su madre que estaba dispuesto a perdonar a Tobias y a Maddox. Atticus estaba dispuesto a pasar página y, si él podía hacerlo, los demás también deberían ser capaces de ello.

El teléfono sonó. Jada casi lo dejó caer al suelo al agarrarlo apresuradamente de la mesita de café, junto a sus pies. Esperaba que Maddox por fin se hubiera decidido a responder a sus intentos de localizarlo.

Pero no era él, era Atticus.

–¿Y bien? –preguntó su hermano en cuanto ella descolgó.

–¿Y bien... qué? –preguntó Jada confusa mientras se sentaba sobre las piernas encogidas.

–¿Qué pasó con Maddox? No quise decir nada delante de Maya cuando viniste a buscarla esta mañana, y no te he enviado ningún mensaje por si ella lo veía, pero no has dicho nada, y empiezo a cansarme de esperar. ¿Qué está pasando?

–Un segundo –Jada fingió que el volumen del televisor estaba demasiado alto y se dirigió al dormitorio para poder oír mejor. Tiffany la siguió con la mirada, sin duda consciente de que la televisión tenía muy poco que ver, pero Maya no se dio cuenta de nada, limitándose a levantar la vista cuando Jada entró en el dormitorio y cerró la puerta.

–Ya no estaba allí, Atticus. Dejó su empleo el viernes, se ha marchado de Silver Springs.

–Por culpa de mamá.

–La coincidencia en el tiempo sugiere que ella tuvo algo que ver con la decisión. Pero seguramente había más.

–¿Yo?

–Quizás... además de algunos problemas que tiene con su hermano y su madre.

–¿Y qué vas a hacer?

–No lo sé –Jada se pasó el teléfono a la otra oreja.

–¿Qué quieres decir? Supongo que no vas a rendirte de nuevo, ¿no?

–Hay muchas cosas que considerar...

–Pues a lo mejor deberías considerar intentar que esta vez funcione, haciendo todo lo posible, dándolo todo sin quedarte nada, sin importar a quien le guste o no.

Las palabras de Atticus resultaban estimulantes. Jada sintió crecer la excitación en su interior a medida que las asimilaba, y la pregunta de Aiyana regresó a su mente: «En mi opinión, se merece el riesgo».

Jada opinaba lo mismo, pero no soportaba la idea de volver a hacerle daño a su familia.

–Mamá me echará de la familia. ¿Le contaste lo que te dije sobre el motivo por el que alargaron la condena de Tobias?

–Lo intenté.

–Pero...

–No se me dio muy bien.

–Entonces dudo que alguna vez podamos dar un paso más.

–En ese caso, sería por decisión suya. No depende de ti.

–¿Crees que debería intentar hablar con ella?

–Yo no lo haría. Ya te he dicho que a mí no me sirvió de gran cosa.

–Entonces, ¿debería perseguir mi sueño sin más?

–¿Pues claro! No permitas que lo que ella piense te cueste la felicidad que podrías conseguir.

–¿Lo dices en serio? –preguntó ella sorprendida.

–He necesitado bastante tiempo para llegar a este punto, pero sí, lo digo en serio. No quiero verte vivir sin el hombre al que amas.

–Pero ¿no te resultará muy duro saber que estoy con él? ¿Vernos juntos?

–Más difícil aún resultará saber que has renunciado a lo que querías, y que Maya no tendrá el padre que podría tener, por culpa de algo que sucedió en el pasado y que ya nos ha costado demasiado a todos.

El corazón de Jada comenzó a acelerarse mientras se acercaba a la ventana y contemplaba el patio trasero de Tiffany, visible gracias a la luz de la luna.

–Pero ya es demasiado tarde. No me devuelve ninguna de mis llamadas o mensajes.

–Tiene que haber algún modo de llegar hasta él, de decirle que esta vez lo eliges a él.

–Aiyana podría enviarle un mensaje –reflexionó ella en voz alta–. Y también tengo el número de Tobias.

–Llama a Tobias. Pregúntale dónde puedes encontrar a Maddox y luego ve allí y habla con él.

–Eso implicaría contarle lo de Maya...

–Y creo que ya es hora, ¿tú no?

–Sí, yo también –reconoció Jada.

–Entonces, ¿qué haces aún colgada del teléfono? ¿No deberías estar en otro lugar?

–Gracias, Atticus. Gracias por quererme tanto como para perdonarme... y a él también.

–Tengo que admitir que me hace sentir bien –contestó él–. Si necesitas que cuide de Maya, aquí estoy.

–Acepto tu ofrecimiento, ya que los Coates aún no han vuelto. No quiero llevarla conmigo, por

si Maddox no reacciona bien. No quiero que sufra si él no parece tan excitado como ella desearía verlo.

–Sería buena idea darle primero la oportunidad para que asimile la noticia.

–De acuerdo. Veré si Tobias quiere ayudarme a encontrarlo. Y, si lo hace, la llevaré contigo.

–Ya te he dicho que aquí estoy. A mamá no le importará que se quede a dormir. No le ha gustado nada vuestra marcha.

–Ella es la única culpable de eso, pero gracias de nuevo. Eres impresionante.

–Lo sé –contestó Atticus y ambos rieron.

A Maddox siempre le había gustado el mar. Su extensión, el ritmo constante y relajante de las olas, el impresionante poder que encerraba para sustentar la vida, para tomar la vida. Cuando era pequeño, Tobias y él solían ir a menudo a la playa, cada vez que su madre tenía a un hombre en casa. A veces dormían sobre la arena. Siempre había soñado con tener una casa en la costa, de manera que tenía sentido alojarse en la pequeña e íntima cabaña que había alquilado para el fin de semana, a pesar de que Jada no estaría allí con él. A fin de cuentas la había pagado y lo mejor sería aprovechar el tiempo, y la intimidad, para asimilar los últimos cambios acaecidos en su vida. Tobias pasaba el fin de semana con Tonya. La chica lo había estado llamando, suplicándole que le diera otra oportunidad, y su hermano se había sentido obligado a hacerlo, dado que ella le había ayudado a sobrellevar mejor su último año en prisión. Maddox no confiaba en que funcionara, ni siquiera Tobias se mostraba optimista, pero por lo menos saldría de casa de su madre un par de días para hacer algo que, con suerte, le iba a resultar divertido. Y gracias a eso, el propio Maddox había podido tomarse un par de días para él.

Y por Dios que necesitaba estar solo. Dejar a Jada no había sido fácil. Ella le había enviado varios mensajes y también había llamado. Pero él no había tenido otra opción que ignorar sus intentos de localizarlo. De lo contrario, temía ceder y volver a verla, y eso solo haría que marcharse de nuevo resultara más difícil.

–Lo mejor será marcharse con un solo golpe –murmuró mientras caminaba por la orilla, recogiendo valvas marinas y arrojándolas de nuevo al mar.

Vio a dos amantes vadear en el agua de la mano y sonrió. Estaban tan centrados el uno en el otro que no se habían dado cuenta de su presencia, y seguramente tampoco les importaba. Estar con Jada había resultado así de sencillo, así de satisfactorio, lo que no hacía más que demostrar que había tomado la decisión correcta en cuanto a Paris. Una compañera no debería ser una carga, una obligación, alguien ante quien tener que apretar los dientes para poderla soportar. Lo había comprendido mucho mejor, y ni siquiera había sido consciente de estarse comprometiendo hasta ese punto. De modo que quizás le decepcionaba que su paréntesis en Silver Springs no hubiera funcionado como había esperado, pero por lo menos había aprendido que el amor que había compartido con Jada no era algo que recordaría únicamente si miraba a través de unos cristales de color rosa.

Era auténtico.

El que fuera a ser capaz de superarlo para entregarse a otra persona era un tema totalmente diferente. Y dado que no había conseguido hacerlo en trece años, supuso que le quedaba un largo camino por delante.

El sol desaparecía por el horizonte cuando se sentó a contemplar a las gaviotas sobrevolar por encima de él y zambullirse de vez en cuando para picar algo de comer en la playa. Había

encontrado un centro de desintoxicación para su madre, pero iba a costar una fortuna y, además, iba a tener que seguirle pagando su parte del alquiler mientras estuviera internada. Necesitaba encontrar un empleo rápidamente.

Era una pena no estar en New Horizons cuando abriera. Estaba seguro de haber reunido una buena plantilla, una que podría ayudar realmente a las alumnas que llegarían en otoño, doscientos ochenta y cuatro según el último cálculo. En el centro para chicas había sitio para quinientas, pero Aiyana no tendría ningún problema para alcanzar ese cupo en cuanto empezara a correrse la voz.

Un sonido le hizo volver la cabeza. Le había parecido oír su nombre, pero no había nadie cerca. Consultó el móvil. Nada. Lo estaba guardando de nuevo en el bolsillo cuando vio a una persona acercarse desde la casa que había alquilado. Al principio pensó que no era más que un extraño que paseaba disfrutando de la puesta de sol, pero algo en esa mujer le resultaba familiar.

Cuando oyó de nuevo su nombre, comprendió que le era muy familiar. Era Jada. De algún modo había averiguado dónde estaba y había ido a buscarlo.

El corazón le dio un vuelco mientras ella reducía la distancia que los separaba. A pesar de todo, de la charla que había mantenido consigo mismo sobre dejarla marchar y hacer lo mejor para ambos, se alegraba de verla. Quizás al final iban a poder disfrutar del fin de semana juntos, aunque supusiera estar aplazando lo inevitable. El dolor seguiría ahí. Podría esperar.

Se levantó y echó a andar hacia ella, vio la preciosa sonrisa en su rostro y le sonrió también.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó cuando se juntaron.

Jada no contestó, se lanzó directamente a sus brazos y lo abrazó con tanta fuerza que Maddox pensó que sin duda aquello debía ser un sueño.

—Por fin —dijo ella, como si el abrazo fuese la cosa más reconfortante del mundo.

Maddox deslizó una mano por la espalda de Jada y la apretó aún más contra él. Y cuando la soltó para apartarse y poder mirarla a la cara, vio felicidad, pero también nervios.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Te amo —contestó ella—. No puedo vivir sin ti.

Maddox le sujetó el pelo con una mano para impedir que la brisa del mar lo hiciera moverse a su alrededor.

—¿Lo dices en serio?

—Nunca dejé de amarte.

—¿Y qué hay de tu familia? Tu madre y Atticus, no puedo pedirte que elijas.

—Ya lo he hecho. Y te he elegido a ti. Los amo, siempre los amaré, pero van a tener que aceptarte, porque no pienso renunciar a ti.

Maddox no podía creerse que aquello estuviera sucediendo. Las cosas que parecían demasiado buenas para ser verdad, normalmente no eran verdad. Pero Jada parecía sincera.

—No sé qué decir.

—Dime que pelearás por lo que podríamos tener.

—¡Pues claro que lo haré! —Maddox deslizó una mano sobre la nuca de Jada y la besó, pero ella se apartó en apenas unos segundos.

—Eso no es todo.

—¿Qué más podría haber? —preguntó él—. Mientras te tenga a ti, tendré todo lo que pueda desear.

—Está Maya...

—Es tu hija, Jada, y eso significa que también la querré... como si fuera su verdadero padre.

—Esa es la cuestión, Maddox —ella lo agarró del brazo y lo miró a los ojos con expresión de preocupación—. Tú eres su verdadero padre.

Maddox sintió que sus rodillas cedían. De no haber estado abrazándola, se habría caído sobre la arena.

–¿Qué has dicho? –lo había oído perfectamente bien, pero, por algún motivo, necesitaba volvérselo a oír.

–Cuando Tobias disparó a Atticus, yo estaba embarazada.

Él la miró boquiabierto. ¿Jada había tenido una hija suya y no le había dicho nada? Había pasado trece años criando a la hija de ambos, ¿sin decir una palabra?

La traición lo golpeó como un gancho, sobre todo después de oírle decir que lo amaba. Era demasiado. De repente, ni siquiera se sentía capaz de mirarla a la cara. Se dio media vuelta y echó a andar, dejándola allí de pie, en el mismo sitio.

–Maddox, lo siento. Aquella noche, durante la fiesta, yo no tenía ni idea –gritó ella–. Y cuando lo descubrí, mis padres me prohibieron que te lo dijera. Empezaron a presionar a Aiyana y a tu madre para que te enviaran a otro colegio, con la esperanza de que con eso terminara todo –Jada corrió tras él y mantuvo su paso–. Y sí, yo les permití hacerlo. Y ahora me odio por ello. Pero me sentía tan culpable por haber llevado a Atticus a aquella fiesta, sabiendo que no debíamos estar allí, que pensé que me lo tenía merecido. Pensé que perderte era el precio a pagar por mi error. Intenté pasar página, intenté construirme una vida, para mí y para Maya, pero no hubo un solo día en que no te echara de menos y deseara tenerte de vuelta.

Maddox no se detuvo. No podía. Se sentía tan... tan... despojado.

–Por favor, deja de andar –le pidió ella–. Párate un segundo para que podamos hablar de ello, ¿de acuerdo? Dame un minuto para explicártelo.

Él levantó una mano pidiendo silencio. Necesitaba tiempo. Necesitaba espacio.

Jada se detuvo de inmediato y dejó de seguirlo mientras Maddox se alejaba. La separación resultó casi dolorosa, como si estuviese dejando atrás una mitad de sí mismo.

–¡Lo siento! –gritó Jada, disculpándose de nuevo.

Pero ¿cómo podía un «lo siento», disculpar algo así? Todos esos años transcurridos para Maya eran años que no iba a poder recuperar.

Cada vez le costaba más respirar. Trece años atrás, Jada le había roto el corazón en pequeños pedazos, y de repente había regresado a su vida, pero solo para volver a destrozarlo todo.

–¡Maddox!

Oyó su nombre, pero siguió caminando.

–¿Quieres por favor pararte y escucharme?

Las lágrimas, evidentes en su voz, hicieron que a Maddox se le formara un nudo en la garganta. Por Dios cómo la amaba. Siempre la había amado. Pero aquella terrible noche siempre se interpondría entre ellos. Cada vez que estaba con ella, la felicidad que ambos sentían era como un sueño que se desvanecía demasiado pronto.

Consiguió llegar a la cabaña antes de que las piernas le pesaran tanto que fue incapaz de dar otro paso más. Se quedó fuera, mirando fijamente la puerta, sintiendo el corazón estrellarse contra las costillas. Sudaba, pero ese sudor no tenía nada que ver con el esfuerzo de su caminata.

Alargó una mano hacia el picaporte, pero no fue capaz de entrar. Si lo hacía, la noche de aquella fiesta seguiría separándolos, y en esa nueva ocasión sería, en parte, culpa suya.

Miró hacia atrás, pero no pudo verla, pues había un edificio obstruyendo su visión. De todos modos, seguramente estaban ya demasiado alejados el uno del otro.

¿Se marcharía Jada?

Maddox se la imaginó entrando en su coche y marchándose de allí, y la imagen le produjo una

sensación de opresión en el pecho. Jada acababa de decirle que lo amaba, que siempre lo había amado.

A lo mejor, si esperaba que ella lo perdonara por sus errores del pasado, él también debía perdonarla a ella.

La idea lo atravesó como un relámpago, llenándolo de energía y renovadas esperanzas, además de determinación. Aquello resultaba doloroso, pero podría soportarlo. Lo soportaría... por ellos.

Antes de darse cuenta, corría de vuelta a la playa.

—¡Jada! —llamó en cuanto la vio, alejándose lentamente.

Cuando ella se volvió, Maddox vio lágrimas rodando por sus mejillas.

—Espera —gritó y, cuando la alcanzó, la tomó en sus brazos—. Lo siento. Es que...

—No hace falta que me expliques nada —le aseguró ella—. Temía que fueras a odiarme.

—No te odio —contestó él, sintiendo los sedosos cabellos contra sus labios—. Lo que sucedió fue terrible para todos nosotros, pero eso no significa que deba costarnos lo que podríamos tener ahora.

Jada no respondió, pero Maddox la sentía sollozar débilmente contra él. Le sujetó la barbilla hacia arriba para poder mirarla a la cara.

—Lo superaremos.

—¿Lo haremos, Maddox? ¿Podremos?

—Estoy seguro de que habrá momentos difíciles, sobre todo al principio, pero saldremos adelante —contestó él—. En realidad no tengo elección.

—Claro que la tienes —insistió ella.

—No, no la tengo... porque no podría dejar de amarte aunque lo intentara —Maddox le secó las lágrimas del rostro—. ¿Lo sabe Maya?

—Aún no. Ella cree que su padre murió en un accidente de moto, poco antes de que ella naciera. No se lo he contado por miedo... Bueno, quería asegurarme primero de que la noticia te hacía feliz a ti. De no haber sido así... no habría podido soportar verla sufrir.

Él cerró los ojos mientras recordaba a la dulce, inteligente y hermosa niña que había conocido.

—No tendrás que preocuparte por eso. Jamás haría nada para hacerla sufrir.

—Sé que no lo harías, a propósito no. Pero no quería que ella percibiera que eras infeliz por... al saber que eras padre.

—Lo que me hace infeliz es haberme perdido tantos años, no el ser padre.

—Temía que ella no fuera capaz de distinguir entre una y otra cosa.

—Lo sé —Maddox besó la coronilla de Jada.

Mientras ella lo abrazaba, la ira y el dolor que casi lo había tumbado al principio empezó a disiparse, dando paso a la excitación.

—Tengo una hija —dijo maravillado—. Tenemos una hija en común.

—Sí.

—Podríamos ser una familia.

—Eso me gustaría.

—¿Independientemente de Atticus o tu madre, o de mi madre o de Tobias?

Jada asintió.

—¿Y no vas a cambiar de idea? ¿Contarme lo de Maya es... es un compromiso?

—Lo es —Jada lo miró a los ojos—, si eres capaz de perdonarme.

—Estoy seguro de que se me ocurrirá alguna manera de que puedas compensarme —bromeó Maddox mientras le tomaba el rostro entre las manos y la besaba.

Aquel fin de semana fue seguramente el mejor de la vida de Jada. Dado que Maddox había alquilado la casa de la playa para todo el fin de semana, y Maya estaba bien atendida, decidieron quedarse y disfrutar el uno del otro en el hermoso escenario. Pasearon por la playa a la luz de la luna, hicieron el amor en el rompiente de las olas, sobre la arena, y de nuevo en la casa, despertaron y salieron a tomar café, disfrutaron viendo escaparates, alquilaron bicicletas para dar un paseo por el paseo marítimo y luego regresaron para disfrutar de una cena a la luz de las velas en un restaurante cercano. Parecía una luna de miel y, en cierto modo, así era. Aún no estaban casados, pero estaban celebrando el amor que sentía el uno por el otro, y el compromiso que esperaban sellar, en cuanto Maya conociera mejor a su padre.

Jada no solo no lamentaba lo que había hecho sino que estaba convencida de que había tomado la decisión correcta, y la sensación resultaba maravillosa. Sabía que se enfrentarían a dificultades. Maya seguramente se enfadaría porque no le había hablado de su padre, y le llevaría tiempo superarlo. Y luego estaba su madre. Susan se iba a enfurecer. Y la relación con Atticus seguramente sería incómoda de vez en cuando, cuando tuviera un mal día. Jada dudaba que su resentimiento se hubiera esfumado para siempre. Era humano. Pero después de haber pasado cada minuto de los últimos dos días con Maddox, lo quería aún más que antes.

El domingo por la tarde llegó y con él el momento de marcharse de la casa de la playa, pero Jada se resistía a irse, aunque también se sentía emocionada por lo que les depararía el futuro. Maddox había llamado a Aiyana el día anterior para solicitar de nuevo su empleo, y ella había tenido la misericordia suficiente para devolvérselo. También había llamado a Uriah para saber si podría volver a alquilar la casa hasta que encontraran algo lo bastante grande para los tres, momento en el cual Tobias se instalaría allí. Uriah también se había mostrado complaciente, pero había muchas otras cuestiones...

–¿En qué piensas? –preguntó Maddox.

–Tengo miedo –Jada levantó la vista sorprendida, pues no se había dado cuenta de que Maddox había regresado a la habitación.

–Miedo de...

–De tantas cosas.

–Ponme un ejemplo.

–Tengo miedo de que la paz y el contento que hemos disfrutado aquí desaparezca en cuanto arranquemos el coche –reconoció Jada.

–Mírame –Maddox se acercó y le tomó la barbilla–. Todo va a salir bien.

–Pero sigue habiendo muchas preguntas sin responder. ¿Qué pasará cuando tu madre salga del centro de desintoxicación?

–Con suerte permanecerá limpia y será capaz de encontrar otro trabajo y mantenerse.

–¿Y si no puede?

–Ya cruzaremos ese puente cuando lo alcancemos.

–¿Y Tobias?

–¿Qué pasa con Tobias?

–Le hemos dicho a Uriah que se instalará en la casa en cuanto nosotros encontremos otra cosa, pero ¿cómo sabemos si está dispuesto a regresar a Silver Springs?

–Creo que sí va a querer volver. Se marchó porque estaba disgustado, pero Uriah lo necesita, y ser necesitado es importante para él, sobre todo en estos momentos.

–¿A pesar de mi madre?

–Estaremos allí para tranquilizarlo y convencerlo. Y si eso no funciona, haré lo que pueda para ayudarle a conseguir un coche para que pueda buscar trabajo en Los Ángeles.

–¿Y Maya? Estoy muy nerviosa por contárselo.

–Pues ya somos dos –contestó él–. ¿Cómo crees que va a reaccionar?

–Estoy segura de que se va a enfadar y de que se sentirá tan engañada como te sentiste tú, ¿verdad? No puedo esperar que una niña de tan solo doce años comprenda lo difícil que fue la situación con Atticus y mi madre, y luego con la aparición de Eric.

–Intenta no preocuparte demasiado –él apretó los labios contra la frente de Jada–. Es una chica muy lista. Seguramente lo comprenderá mejor de lo que tú te crees.

–¿Entonces todo va a salir bien?

–Podría ser que no, pero nos ocuparemos de cada problema según vaya surgiendo.

–¿No dejaremos de apoyarnos? –Jada necesitaba oírsele decir.

–No. Nunca –contestó Maddox.

Jada apoyó la mejilla contra su pecho y escuchó el sólido latido de su corazón mientras él le frotaba la espalda.

Maya no estaba segura de por qué su madre la llevaba a un huerto de mandarinas. Le gustaba recoger fruta, y lo habían hecho una vez desde su llegada a Silver Springs. Allí había muchas pequeñas granjas y huertos. Pero su madre le había explicado que las mandarinas que tanto le gustaban salían en primavera. En esos momentos no había ninguna.

–No entiendo por qué no quieres decirme para qué hemos venido aquí –la niña vio a un anciano salir de su casa y saludarlas con la mano.

–Es una sorpresa –su madre devolvió el saludo, pero, para sorpresa de Maya, no detuvo el coche sino que continuó conduciendo hasta llegar a una segunda casa, más pequeña, y aparcó detrás de una camioneta.

–¿Qué clase de sorpresa? –preguntó la niña–. ¿Una sorpresa de cumpleaños? –eso tendría sentido, pues tan solo faltaban diez días para su cumpleaños. Pero ¿qué clase de regalo podría encontrar en ese lugar?

–Ya lo verás.

Jada se bajó del coche y esperó a que Maya se acercara hasta ella. No habían llamado a la puerta de la segunda casa, pero el señor Richardson salió de todos modos. La niña tenía la impresión de que las estaba esperando.

–¿El director de mi nuevo colegio vive aquí? –susurró ella–. ¿Por qué hemos venido a verlo?

El pecho de su madre ascendió como si acabara de respirar hondo, pero no contestó. Tomó a Maya de la mano y la condujo al interior de la casa del señor Richardson sin siquiera saludarlo.

El interior estaba un poco vacío, pero limpio, y olía a colonia de hombre. Era un olor agradable. Había una fuente de madera con galletitas saladas y trozos de queso, como en una jornada de puertas abiertas.

Su madre señaló que se sentara en el sofá y la niña obedeció.

–¿Tiene algo que ver con New Horizons? –preguntó Maya.

El señor Richardson rio, aunque se le notaba nervioso.

–No. Lo cierto es que no tiene nada que ver con el colegio.

–Entonces... –Maya miró a su madre–, ¿cuál es la sorpresa?

Su madre intercambió una mirada con el señor Richardson antes de carraspear.

–Quería hablarte de algo que sucedió cuando yo estaba embarazada de ti.

–Pero... ¿eso qué tiene que ver con el señor Richardson?

–Él también estaba allí.

–De acuerdo...

–Cuando yo tenía diecisiete años, tu abuela me pidió una noche que cuidara de tu tío Atticus. Él tenía once años. Pero yo no quería quedarme en casa y cuidar de mi hermano. Había una fiesta muy divertida y...

–Y yo le pedí a tu mamá que viniera conmigo –intervino el señor Richardson, retomando la frase donde Jada la había dejado.

–¿Usted también vivía en Silver Springs?

–Solo viví aquí durante unos meses.

–¿Y fuiste a la fiesta? –Maya se volvió de nuevo hacia su madre.

–Así es. Desobedecí a la abuela y llevé a Atticus conmigo, y fue una decisión terrible. Fue esa noche cuando...

–¿Fue esa noche cuando dispararon al tío Atticus? –interrumpió Maya.

–Sí –su madre palideció y asintió.

–Tu madre vino a la fiesta para reunirse conmigo, aunque yo no le gustaba a tu abuela –explicó el señor Richardson–. Y en esa fiesta había cosas muy malas. Había drogas.

–¿Tomó drogas? –Maya lo miro boquiabierta–. ¡Pero si es el director del centro!

–No, yo no. Fue mi hermano. Verás, yo también tengo un hermano. Solo tiene un año menos que yo y también estaba en esa fiesta. Las drogas le hicieron confundir su imaginación con la realidad, le hizo sentirse desesperado, creía que lo estaban atacando. Y en esa fiesta también había una pistola.

Maya por fin empezaba a comprender hacia dónde iba aquello, aunque no entendía que su madre lo presentara como una agradable sorpresa.

–¿Su hermano fue el que disparó al tío Atticus?

–Sí, me temo que sí.

–¿Y fue el chico que mandaron a la cárcel?

–Sí, durante trece años. Acaba de salir hace unas semanas.

–¿Es peligroso?

–No. Tomó una muy mala decisión, una que ha acarreado consecuencias para siempre. No hay excusa para lo que hizo, pero tampoco hay modo de volver atrás. ¿Lo entiendes?

Maya asintió.

–Quería que yo supiera que había sido su hermano el que había disparado al tío Atticus, por si acaso oía algo en el colegio este curso.

–No exactamente –intervino su madre–. Eso es solo una parte.

–¿Y cuál es la otra parte? –la niña jugueteó con el dobladizo de su falda.

–Has estado buscando información sobre tu padre, ¿verdad? Has ido a la biblioteca en busca de un listado de gente que vivía aquí cuando naciste. Has visitado la barbería para ver si encontrabas a alguien que lo recordara. Incluso fuiste a ver a Aiyana, ¿a que sí? Para preguntarle si recordaba a un joven que había muerto en un accidente de moto.

Maya se sintió algo avergonzada porque su madre sabía lo que había estado haciendo.

–Sí. Pero no se acordaba de nada –de repente, Maya se imaginó lo que estaba pasando–. ¡Madre mía! ¡No me diga que usted conoció a mi padre! –exclamó–. ¿Él también estaba allí?

El señor Richardson abrió la boca, pero no parecía capaz de pronunciar palabra. Miró a Jada y su madre asintió.

–Maya, él es tu padre.

Maya se quedó mirando fijamente al señor Richardson, que se movía nervioso.

–¿Mi padre está vivo? –dijo–. ¿Usted es mi padre? –se volvió hacia su madre–. ¿Por qué me mentiste?

Su madre parecía tan asustada que Maya sintió pena por ella, a pesar de lo enfadada que estaba.

–Por culpa de lo sucedido al tío Atticus –le explicó–. Porque la abuela estaba segura de que el hermano de Maddox era malvado y que Maddox y él no llegarían a nada bueno. Descubrí que estaba embarazada después de aquella noche, y ella se enfadó muchísimo. Me prohibió que tuviera contacto con Maddox.

–¿Maddox! ¿Ese es su nombre? ¿No es Madsen?

De nuevo él no tuvo ocasión de responder, pues su madre se adelantó.

–Así es. No quería arriesgarme a que lo encontraras, Maya. Tenía miedo de que si sabías que tu padre estaba vivo, algún día lo buscarías y... y yo te perdería.

A Maya le sorprendió que su madre, que siempre había sido tan formal y buena, mintiera. Y le entristecía saber que siempre había tenido un padre, sin saberlo. Al margen de todo eso, empezaba a comprender por qué su madre y su abuela se llevaban tan mal. La abuela culpaba a su madre por lo sucedido a Atticus. Por eso era tan mala con ella, aunque su madre se esforzaba mucho por ayudar en casa y en la tienda.

Maya no sabía qué hacer. Y el señor Richardson tampoco parecía saber qué hacer.

–Este fin de semana he descubierto que eres mi hija –fue él quien se acercó a Maya–. Pero me alegro muchísimo de ser tu padre. Espero que seamos capaces de dejar atrás la tristeza y la tragedia del pasado, los tres, y pasar página. Amo a tu madre, siempre la he amado, y me gustaría casarme con ella y formar parte de su vida, y de la tuya también. No podría ser más feliz de tener una hija, sobre todo alguien tan dulce y lista como tú.

Al mirar a los ojos de su padre y ver tanto cariño en ellos, Maya se sintió invadida por una sensación de emoción y esperanza que se abrió paso entre tanta confusión, y los ojos se le llenaron de lágrimas. Dio un paso al frente y se fundió en un abrazo con él.

–¿Mi madre también te quiere? –preguntó.

Su madre se acercó y les rodeó a ambos con sus brazos.

–Así es.

–¿Entonces vamos a vivir contigo y no con Tiffany?

–Si estáis dispuestas a intentarlo –contestó el señor Richardson... su padre.

Maya había vivido con Eric, y todo había ido bien hasta que su madre había empezado a ser muy infeliz. Pero su madre no parecía nada infeliz en esos momentos, más bien todo lo contrario, y eso le hizo pensar que podría ser una buena señal.

–Estaría bien, siempre que seamos todos buenos los unos con los otros.

Maddox la agarró de los brazos y la miró a los ojos, convirtiendo sus palabras en una promesa.

–Todos seremos buenos.

–¿Y todavía iré a New Horizons con Annie?

–Claro que irás. Y yo intentaré no mostrar ningún favoritismo contigo, aunque me temo que va a ser casi imposible –contestó Maddox mientras guiñaba un ojo y todos se echaban a reír.

Epílogo

—¿Qué crees que es? —preguntó Maddox mientras se acercaba a Jada por la espalda y deslizaba sus manos hasta posarlas sobre la barriga.

—No tengo ni idea. A veces pienso que un niño, pero luego que una niña —contestó, tan excitada que era incapaz de estarse quieta.

Se deshizo del abrazo y empezó retocar la mesa, moviendo un tenedor aquí, un vaso allá. La fiesta para revelar el sexo del bebé empezaría en quince minutos. En breve llegarían Atticus, Tobias, Tiffany, Aiyana, Uriah, Jill, suponiendo que realmente hubiese salido de Los Ángeles a la hora que había dicho, pues la madre de Maddox no era precisamente la persona más fiable del mundo. También iban a asistir Cindy y Annie, y Evangeline, la dueña de la tienda de aceite y vinagre balsámico cerca de la tienda de galletas, y que se había convertido en una amiga, además de nueva cliente del negocio de redes sociales de Jada. Evangeline iba a ir acompañada de su hija, Erica, que seguía siendo algo problemática, pero que había mejorado desde que estudiaba en New Horizons, con el especial interés que Maddox y Aiyana mostraban por ella, y con la amistad de Annie y Maya como apoyo a todo ese esfuerzo. Susan no había respondido a la invitación, ni Jada había esperado que lo hiciera. Desde que se habían instalado en una casa de tres dormitorios y tres baños, en el recinto de New Horizons, que había quedado libre poco después de su boda, su madre se negaba a dirigirla la palabra. A Susan le iba muy bien en la tienda desde la incorporación de los helados con galletas y había podido contratar a una estudiante para que la ayudara por las tardes. Y Maya le echaba una mano de vez en cuando los fines de semana, de modo que, por lo menos, la abuela y la nieta mantenían cierto contacto. Jada supuso que bastaría... de momento. Y aunque no fuera así, seguía convencida de haber tomado la decisión correcta. Nunca había sido tan feliz, al igual que Maddox y Maya. Y confiaba en que el bebé fuera a enriquecer aún más sus vidas.

—Tiffany no ha revelado nada. Fue ella la que recogió los resultados de la ecografía, le echó un rápido vistazo y sonrió —le explicó a Maddox, que permanecía de pie junto a la ventana.

—¿Crees que Maya se sentirá decepcionada si es un niño? —él se acercó a Jada y bajó el tono de voz para que la niña, que todavía se estaba arreglando en el cuarto de baño, no lo oyera—. Está convencida de que será una hermanita.

—Estoy segura de que, sea lo que sea, se pondrá contenta.

Maddox estaba tan entusiasmado como Maya con la llegada del nuevo bebé. Se le notaba, y a Jada le parecía de lo más enternecedor. Había insistido en acudir a cada una de las citas médicas que había tenido hasta el momento, y casi no había podido evitar mirar en el interior del sobre que habían recibido del médico, antes de pasárselo a Tiffany.

Tobias y Uriah fueron los primeros en llegar. Tobias había conducido desde el huerto, donde vivía de nuevo. Ayudaba al hijo de Aiyana, Gavin, con las tareas básicas de mantenimiento y

reparación en New Horizons, pero también ayudaba mucho a Uriah en el huerto.

A continuación llegó Atticus. Desde que trabajaba en New Horizons con Maddox y Tobias, se habían hecho amigos. De vez en cuando salían juntos, jugaban al ajedrez, a videojuegos, a los dardos en el Blue Suede Shoe, o veían algún partido juntos. Eso era lo que le daba a Jada esperanzas de que su madre acabaría por ablandarse. A Atticus parecían gustarle Maddox y Tobias, y mejoraba por momentos.

Tiffany llegó unos minutos después que Atticus, a la misma hora que el resto de los invitados, excepto Jill, y pronto la reunión se volvió animada y muy ruidosa. Jada se había dado cuenta de que su amiga estrenaba ropa, y sonrió para sus adentros. Sospechaba que seguía gustándole Tobias.

–¿Has traído el sobre? –preguntó Jada mientras seguía a Tiffany hasta la cocina, donde su amiga dejó las bolsas que había llevado con ella.

–No me hace falta el sobre –contestó ella–. Tengo estos cañones de humo revelador de género que encontré online.

–¿Cañones de humo?

–Es como un petardo –Tiffany sacó uno para mostrárselo a Jada–. Los enciendes y, en lugar de explotar, lanzan humo azul o rosa.

–¡Espera, no enciendas aún esa cosa! –exclamó Atticus, que las había oído hablar–. Todavía no he cerrado las apuestas.

El hermano de Jada abordaba a todos los invitados, obligándoles a comprometerse con una apuesta sobre el género, y dándoles la oportunidad de aportar unos pocos dólares para darle más emoción.

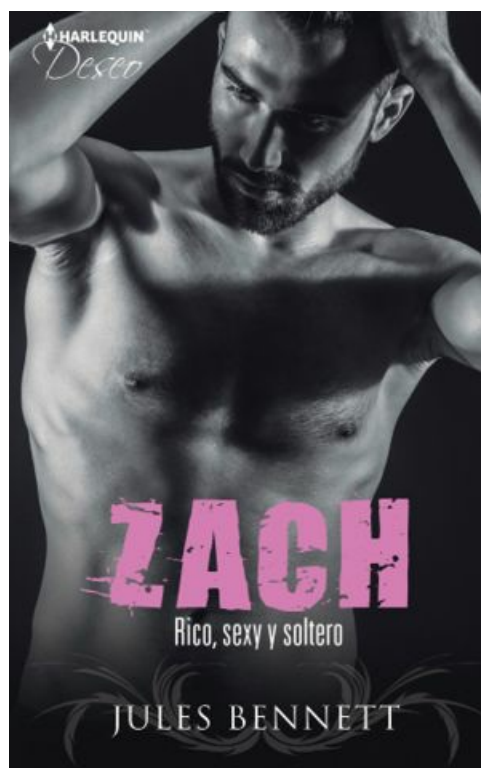
Maya por fin apareció y todos se pusieron a charlar, reír y comer aperitivos mientras esperaban la llegada de Jill. La madre de Maddox llevaba casi una hora de retraso, aunque al final apareció en la puerta. Dado que la cena iba a estropearse si no se servía enseguida, Tiffany pidió la atención de todos. Maya grabó la escena con su móvil y todos tenían sus copas de sidra preparadas para el brindis. Maddox encendió el cañón de humo.

El humo salió rosa.

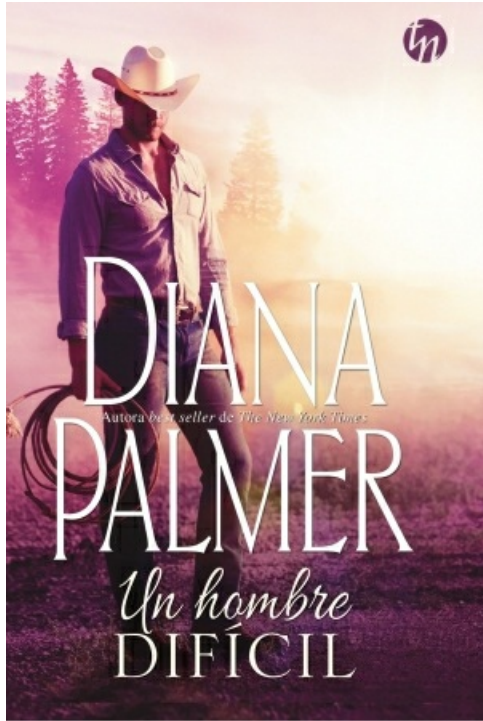
–¡Es una niña! –gritó Maya dando saltos, feliz porque su deseo se había cumplido.

Maddox abrazó a su esposa y la besó.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com



Un hombre difícil

Palmer, Diana

9788413075334

288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Blair Coleman era un millonario que siempre había cuidado de su negocio, el petróleo. Después de que la mujer de quien se creía enamorado lo utilizara y se librara de él, su vida personal dejó de ser una prioridad. Además, solo había una persona que lo quisiera de verdad, pero la irresistible belleza rubia tenía un problema: era la hija de su mejor amigo.

Niki Ashton había sido testigo de la desgracia amorosa y de la lucha del amigo de su padre. Blair era el hombre más fuerte y obstinado que había conocido nunca. Su gran corazón y su carácter apasionado lo habían convertido en el hombre de sus sueños; pero, cada vez que surgía la posibilidad de mantener una relación íntima, él se alejaba de ella.

Los celos de Blair solo flaquearon cuando se vio enfrentado a una posible tragedia. Ahora, era todo o nada: matrimonio, hijos, familia... Pero, ¿sería demasiado para Niki? ¿Llegaba demasiado tarde?

"Diana Palmer es una de esas autoras cuyos libros son siempre entretenidos. Sobresale en romanticismo, suspense y argumento".

The Romance Reader

"Diana Palmer es una hábil narradora de historias que capta la esencia de lo que una novela romántica debe ser".

Aff aire de Coeur

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Donna Sterling

**Sola con
un extraño**

e^{lit}



Sola con un extraño

Sterling, Donna

9788413077123

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Jennifer se estaba saltando todos sus principios. No podía acostarse con Trev Montgomery. Pero era tan guapo y atractivo... y había sido su marido durante un breve y maravilloso momento siete años atrás, así que trató de convencerse de que no ocurriría nada por pasar una última noche juntos.

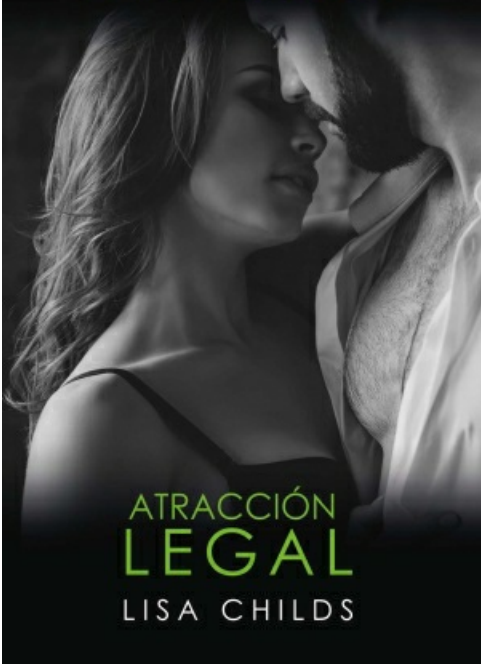
Trev la habría reconocido en cualquier lugar del mundo. Aquella mujer era Diana... ¡su mujer! Solo que decía llamarse Jennifer... y aseguraba que era una prostituta. No tenía otra opción que pagarle para comprobarlo.

¿Pero qué haría si se confirmaban sus sospechas?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HARLEQUIN

INTENSE



ATRACCIÓN
LEGAL

LISA CHILDS

Atracción legal

Childs, Lisa

9788413075150

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Ronan Hall, un abogado de divorcios increíblemente atractivo, arruinó la reputación de Muriel Sanz para conseguir un acuerdo más sustancioso para su ex. Ella, en venganza, quiso destruir su carrera. Tendrían que haberse odiado, pero no podían dejar de tocarse ni de besarse. Si no se destrozaban en los tribunales, era posible que lo hicieran en el dormitorio...

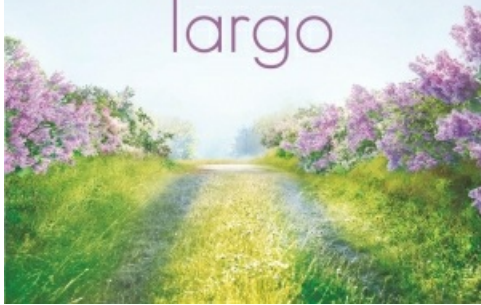
[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™

Autora *best seller* de *The New York Times*

SHERRYL WOODS

el viaje
más
largo



El viaje más largo

Woods, Sherryl

9788413075235

368 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Después de quedarse viuda, Kiera Malone tuvo que luchar para criar a sus hijos en un pueblo de Irlanda. Y justo cuando había vuelto a enamorarse, su prometido tuvo un ataque al corazón y murió, y ella volvió a quedarse sola. La pérdida de su amor la dejó hundida. Su hija y su padre la convencieron para que fuera a visitarlos a Estados Unidos. Y, con la promesa de tener un trabajo en O'Brien's, el pub irlandés de su yerno, decidió aceptar.

Sin embargo, resultó que atravesar el océano no fue nada comparado con instalarse al lado de Bryan Laramie, el malhumorado chef de O'Brien's. Muy pronto, sus peleas en la cocina se hicieron legendarias, y los casamenteros de Chesapeake Shores llegaron a la conclusión de que, donde había fuego, también tenía que haber pasión.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Miranda Lee
DESEO MEDITERRÁNEO

Deseo mediterráneo

Lee, Miranda

9788413074993

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una lujosa casa en la isla de Capri iba a ser la última adquisición del playboy Leonardo Fabrizzi, hasta que descubrió que la había heredado Verónica Hanson, la única mujer capaz de resistirse a sus encantos y a la que Leonardo estaba decidido a tentar hasta que se rindiese. La sedujo hábil y lentamente. La química que había entre ambos era espectacular, pero también lo fueron las consecuencias: ¡Verónica se había quedado embarazada!

[Cómpralo y empieza a leer](#)